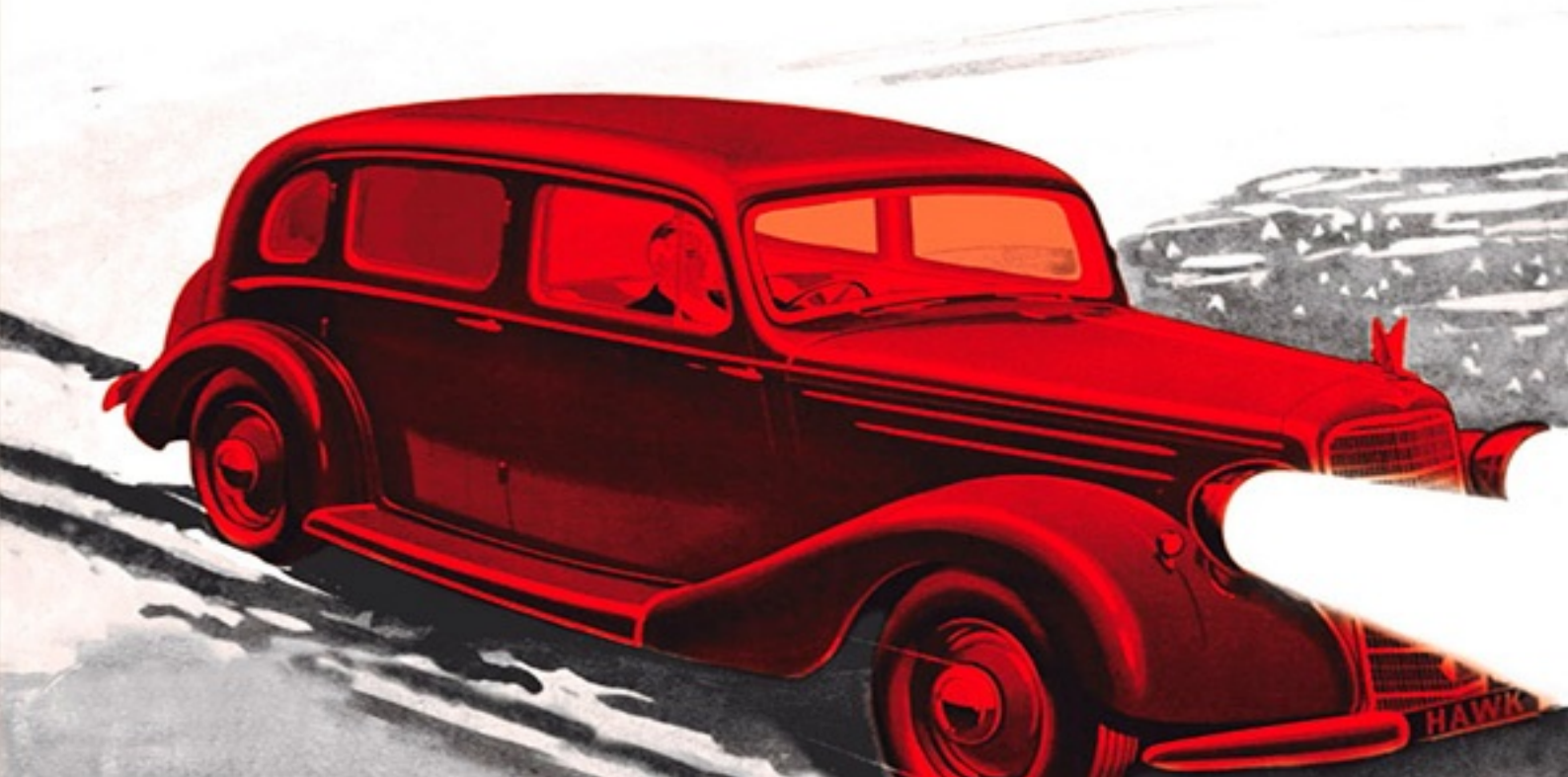


Retrato de un asesino

Crimen en Navidad

Anne Meredith



«Adrian Gray nació en mayo de 1862 y murió violentamente a manos de uno de sus propios hijos el día de Navidad de 1931. El crimen fue espontáneo e impremeditado, y el asesino se quedó mirando primero el arma dejada en la mesa, luego el cadáver, a la sombra de las cortinas de tapiz, aún sin miedo, sino incrédulo y sin palabras».

Así comienza *Retrato de un asesino* (1933), una de las primeras muestras de novela policíaca «invertida», donde la identidad del asesino es conocida desde la primera página y el suspense se elabora a partir de sus coartadas y de la incógnita de si será descubierto o conseguirá escapar. Al mismo tiempo, la novela pertenece a la noble tradición inglesa de los crímenes en Navidad, punto de partida, por lo general, para un siniestro retrato de familia.

Anne Meredith no desaprovecha ninguno de estos elementos y se adentra en la psicología criminal creando un gran personaje de asesino artista que entronca con otra conocida tradición británica, el esteticismo decadentista.

Anne Meredith

Retrato de un asesino

Crimen en Navidad

ePub r1.0
Karras 01-04-2019

Título original: *The Portrait of a Murderer*
Anne Meredith, 1933
Traducción: Daniel de la Rubia

Editor digital: Karras
ePub base r2.0



Índice de contenido

Nota al texto
Primera parte. Nochebuena
- Capítulo 1. Adrian
- Capítulo 2. Los Gray
- Capítulo 3. Richard
- Capítulo 4. Olivia
- Capítulo 5. Ruth
- Capítulo 6. Brand

Segunda parte. El diario de Hildebrand Gray
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5

Tercera parte. Navidad
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5

Cuarta parte. Consecuencias de un crimen
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9

Quinta parte. El veredicto de todos ustedes
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5

Sexta parte. Testigo de la defensa
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Séptima parte. La respuesta
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Epílogo
Sobre la autora

NOTA AL TEXTO



Retrato de un asesino se publicó por primera vez en 1933 (Victor Gollancz, Londres).

PRIMERA PARTE

NOCHEBUENA

1. ADRIAN



Adrian Gray nació en mayo de 1862 y murió de forma violenta, a manos de uno de sus hijos, el día de Navidad de 1931. El crimen fue improvisado y sin premeditación, y el asesino se quedó mirando el arma, que estaba en la mesa, y el cadáver, que yacía a la sombra de las cortinas de tapicería. No estaba preocupado ni asustado todavía, sino más bien sorprendido, incapaz de creer lo que había ocurrido.

2. LOS GRAY



En el momento de su asesinato, Gray tenía setenta años y seis hijos. Un séptimo había muerto de pequeño, y hacía ya tanto tiempo que los hermanos menores apenas guardaban recuerdo de su existencia. Solo cuando la amargura y la inutilidad de su paternidad pesaban sobre el anciano de un modo especialmente abrumador, se preguntaba Gray si el pequeño Philip no habría acabado procurándole consuelo y compañía. Pero esta disposición de ánimo era poco frecuente y, la mayor parte del tiempo, el pequeño, muerto hacía treinta años, no ocupaba su pensamiento más que el de sus hijos.

Tenía por costumbre invitar a toda la familia a pasar las Navidades en su solitaria casa de King's Poplar. Contando a la mujer de uno de sus hijos y a los maridos de dos de sus hijas, así como a la señora Alastair Gray, madre de la víctima, una anciana de noventa años, se reunían en total once personas. Había además varios sirvientes, tanto hombres como mujeres.

La investigación reveló que Gray no guardaba buenas relaciones con ninguno de sus hijos, y a más de uno le sobraban motivos para querer borrarlo del mapa. Su hijo mayor, Richard, tenía a la sazón cuarenta y dos años, y era ambicioso, obstinado y feroz en la persecución de sus objetivos, que no eran otros que posición y prestigio. No tenía hijos, lo que suponía un motivo de aflicción y humillación para él. Era conocido en el ámbito político y había conseguido hacía unos pocos años el título de *sir*. Llevaba mucho tiempo casado con Laura Arkwright, una mujer con una destacada posición social.

La hija mayor de Gray, Amy, la única soltera, se encargaba del gobierno de la casa en King's Poplar; era una mujer inteligente y regañona de cuarenta años, menuda, de facciones angulosas, pelo rojizo y manos y labios finos.

Su segunda hija, Olivia, estaba casada con Eustace Moore, el financiero sin escrúpulos pero inteligente en cuyas manos había permitido Gray que se esfumase la mayor parte de su capital.

A continuación había venido el difunto Philip, y después Isobel, quien llevaba varios años casada con Harry Devereux; un matrimonio saludado en su momento como una bendición pero que había resultado desastroso. A Gray lo llenó de alegría que Harry le pidiera la mano de su hija. El pretendiente era rico, apuesto y muy codiciado. Se había granjeado una fama de hombre ingenioso y encantador no del todo inmerecida, pero tendría que haberse casado con una mujer de su esfera, no con la joven, independiente y extremadamente idealista Isobel. A ella le bastaron dos años para percatarse de la insensatez que había cometido y, cuando quiso escapar a sus

consecuencias, se vio impotente. Su marido le aseguró que no sacaría más que deshonra si intentaba divorciarse, y ella comprendió que tenía razón. Un hombre de su reputación encontraría por todas partes mujeres dispuestas a defenderle, y le parecía improbable que él no se hubiera cubierto bien las espaldas a cada paso. Así pues, ella aguantó un año más, y después dio a luz una niña que murió a los siete meses. Isobel achacó la muerte del bebé a una acción violenta del padre, y pasó unas semanas angustiosas preguntándose cómo podría haber evitado la tragedia. Finalmente, le pidió a su padre que la acogiera en casa, después de detallarle lo mejor que pudo la vida insufrible que llevaba en Londres. Tanto Gray como Amy le escribieron, rogándole encarecidamente que se parase a pensar en qué situación quedaría si volvía, las habladurías a las que daría pie, la humillación que supondría para ella. La compadecieron por la muerte de su hija, dando a entender que su petición respondía al trauma causado por ella, y hablaron esperanzados de «la próxima vez». Isobel no respondió a ninguna de las dos cartas, y en la casa de King's Poplar no volvieron a tener noticia de ella hasta que el propio Devereux se presentó allí para sugerir que Isobel volviera a casa de su padre, pues estaba enferma, era tozuda, le negaba una y otra vez sus derechos y temía que acabase haciendo alguna locura, como, por ejemplo, suicidarse.

—Y ¿crees que sería más llevadero para nosotros cargar con el escándalo si se suicida en nuestra casa en vez de en la tuya? —fue el mordaz comentario de Gray.

—Ya nos cuesta salir adelante ahora —dijo Amy—, como para tener otra boca que alimentar.

Devereux dejó bien claro que le pasaría una generosa pensión a su mujer mientras viviera en la casa solariega. La actitud del padre y de la hermana cambió de inmediato. Isobel llegó una semana después. Los viejos sirvientes —había entonces un ama de llaves que conocía a la familia desde hacía muchos años, y que murió doce meses después, además del veterano Moulton— no ocultaron su sorpresa al verla. Isobel había sido siempre la independiente, la valiente: había trabajado en el mercado del pueblo, le gustaba leer y estar sola, se enorgullecía de haber viajado a menudo a Londres, frecuentaba librerías y galerías de arte. Isobel Devereux llegó pálida y lánguida, dispuesta a acatar sumisamente la voluntad de su padre, y le entregó a Amy, sin poner objeciones, casi todo el dinero de que la había provisto su marido. Tan poco carácter indicaba que apenas tenía presencia en la casa, pero se le podían confiar las tareas ocasionales e ingratas que rehuían siempre los demás.

Hildebrand, que debía su nombre al famoso cardenal, fue el siguiente; un hombre guapo, apuesto y de trato difícil, huraño y reservado, capaz de desplegar en un momento todo su encanto y florecer tan inesperada y maravillosamente como un milagro o una flor, pero sombrío, silencioso y taciturno con los suyos. Había sido desde la infancia una fuente de preocupación para su padre; original, testarudo e irascible, rompió muy pronto toda relación amistosa con su familia, que se oponía a sus ideales y sus propósitos y respondía con la mayor desconsideración

(comprensible, dadas las circunstancias) a sus continuas demandas de ayuda económica. Apenas lo nombraban delante de sus conocidos, y subsistía a duras penas llevando una existencia desdichada y con estrecheces en una casa pequeña cercana al cementerio de Fulham, en compañía de la mujer a la que se había unido en matrimonio y su estela de hijos sosos y poco agraciados.

La pequeña de los Gray, Ruth, llevaba ocho años casada con Miles Amery, un abogado joven y prometedor cuya carrera, lamentablemente, se había quedado estancada en la promesa. Richard y Eustace estaban enfadados e indignados con este obstinado pariente, pues se mostraba falto de ambición y sin el menor interés en aportar algo de prestigio a la familia con la que había emparentado. Ejercía su profesión conforme a sus extrañas ideas y con evidente satisfacción, sin aspirar a nada más elevado. Parecía pensar que unos ingresos moderados y una vivienda de clase media en un barrio intachable era cuanto podía desear un hombre. Si le preguntaban cómo estaba, respondía que en plena forma y disfrutando mucho.

—¡Disfrutando! —decía Eustace en tono sepulcral, como Chadband[1] podría haber dicho: «¡Bebiendo!», y convencido de que era exactamente igual de pecaminoso.

—¡Disfrutando! —exclamaba Richard, indignado y escandalizado por lo que consideraba una forma licenciosa de desperdiciar una oportunidad—. ¿Disfrutando de qué?

Esa era una buena pregunta que Ruth les podría haber respondido. Disfrutaba de la casa en St. John’s Wood, y de las dos niñas, Moira y Pat, y de todas las satisfacciones que le procuraba la vida plena y feliz que llevaban en pareja.

3. RICHARD



I

La mañana del día de Nochebuena de 1931, que tuvo un final tan trágico, Richard Gray y su mujer, Laura, viajaron a King’s Poplar en un vagón de primera clase. Richard alzó su rostro altivo y melancólico de las páginas de *The Times* y dijo, en un tono frío y pulido como el pomo metálico de una puerta:

—Te ruego, Laura, que tengas presente lo que opina mi padre de las tarifas. Es fundamental no irritarlo antes de que haya tenido oportunidad de discutir el asunto con él. Ya sabes cuánto lo alteran estos desacuerdos políticos.

Richard hablaba siempre como si llevara un periodista en el bolsillo del chaleco.

Laura, una mujer alta y atractiva, vestida con gran elegancia, respondió en tono despreocupado:

—Puedes confiar en mi discreción. Yo también sé lo importante que es no alterarlo. Al fin y al cabo, tengo tantas ganas de tener un título como tú de comprármelo.

Richard frunció el ceño y volvió a bajar la vista al periódico. El comentario de su mujer le pareció de mal gusto. A decir verdad, Laura había sido una de sus inversiones menos rentables. De joven, antes incluso de graduarse en la universidad, Richard tomó la decisión de triunfar en la vida. Trabajó incansablemente, se granjeó un buen número de amistades, viajó y cultivó la lectura, aprendió a apreciar el golf, pasó tardes lluviosas viendo cómo una pelota iba de un pie a otro dando vueltas y más vueltas por un terreno lodoso, e incluso, en compañía de ciertas personas, perdió dinero en el hipódromo. Al cabo de diez años, como resultado de todo eso, consiguió un buen cartel. Dio comienzo a su carrera en política y no tardaron en lloverle los primeros reconocimientos. Exaltado por el orgullo y la ambición, amplió su círculo de amistades y, a los treinta, conoció a Laura Arkwright. Era tres años más joven que él, guapa, heredera, rodeada de amistades influyentes, culta y elegante. Además, era una pianista aficionada de cierto renombre. En definitiva, la esposa perfecta para un parlamentario en alza.

Richard, satisfecho de su perspicacia, se dispuso a ver cómo su vida se enriquecía a través ese nuevo tentáculo que había desplegado, pero lo único que encontró en casi todas partes fue amarga decepción. Unas especulaciones desacertadas dilapidaron buena parte de la fortuna de su mujer, quien, por otro lado, dejó de tocar el piano relativamente pronto después de casarse, aduciendo, para desconcierto de su marido,

que no estaba dispuesta a comerciar con el arte. Richard estuvo un tiempo dándole vueltas a eso —para entonces ya se parecía mucho a su padre— y, por fin, la dolida curiosidad lo empujó a preguntarle qué había querido decir. Laura le respondió en tono displicente que no tenía ningún interés en volver a tocar para los amigos de él, y que siempre había sentido lástima por los perros de las exposiciones caninas, otra observación enigmática y absurda que él no logró entender. Pero ya se había cansado de pedir explicaciones, así que decidió demostrar su enfado por otros medios.

La mayor decepción, sin embargo, fue quedarse sin descendencia. Se había propuesto tener dos hijos —y una o dos hijas más adelante, quizá, pues, aunque las hijas en sí eran insignificantes, podían proporcionarle a un padre buenas conexiones a través del matrimonio—. Pero ni siquiera habían pasado por los sustos y las esperanzas habituales en una pareja joven. Richard, por supuesto, culpaba a su esposa; a veces, cuando se encontraba en compañía de hombres con los que tenía una gran confianza, y si estaba lo bastante resentido, admitía que era una mujer fría. Nunca dejaba de sorprenderle la cantidad de personas importantes que parecían pensar que valía la pena seguir casado con ella, incluso una vez perdida su fortuna, aunque lo atribuía en parte a que eran lo bastante juiciosos para comprender que el hombre con quien estaba casada podría serles de gran utilidad algún día.

Laura decía con desprecio que no le sorprendía no haber tenido hijos; de un hombre como Richard no se podía esperar otra cosa. Era tan mezquino que hasta eso, dar una vida al mundo, lo haría de mala gana.

Al cabo de tres años, ella lo detestaba. Cuando él comprendió que, con toda probabilidad, nunca tendrían hijos, se mostró ostensiblemente ofendido al principio. Más adelante, sin embargo, su enfado tomó una forma más sutil. Insistió en seguir colmando a su mujer de joyas, vestidos bonitos y pieles —«Poniendo en mí su sello, para evitar que me pierda vaya donde vaya», decía Laura con amargura—, una medida que daba pie a que otras mujeres casadas comentaran con envidia: «Debe de ser maravilloso tener un marido como Richard Gray. Esa mujercita suya no ha movido un dedo por él y, sin embargo, está casada con el alma más generosa del mundo. Qué suerte tienen algunas». Y ese era, como bien sabía Laura, el artero propósito de Richard, una nueva forma de humillarla. Por si fuera poco, los conocidos de ella no habían satisfecho las expectativas de su marido; de hecho, se habían convertido en un motivo de vergüenza más que en una ayuda. Se habían adherido a un radicalismo avanzado que horrorizaba y repugnaba a Richard, quien solía argumentar que cierta clase social había acaparado el poder y las tierras durante siglos y, por lo tanto, había demostrado su capacidad para gobernar.

Laura, pese a observar una actitud alegre y animada, era en realidad extremadamente infeliz. Esto se debía en parte a lo humillante que le resultaba su incapacidad cuando se comparaba con su propia ayudante de cocina, quien, con admirable compostura y sin sanción legal, había tenido gemelos hacía poco. Pero, aún en mayor medida, era consecuencia de la vida anodina e inútil que soportaba al lado

de su marido. Aunque su condición natural era temeraria e impulsiva, había aprendido a comportarse con serenidad y elegancia, lo que no era sino un alarde de cinismo en un mundo indiferente. La verdad era que detestaba las incontables intrigas políticas en las que andaba metido su marido, cuyas recompensas parecían ridículas. Además, estaba profundamente enamorada de un hombre al que, como a Richard, le preocupaban por encima de todo los frutos de su trabajo, y que elevaba aún más la pesada carga de humillaciones que acarreaba ella suplicándole del modo más cobarde que tuviese muchísimo cuidado de no dar ninguna pista de la verdadera naturaleza de su relación. Laura había acariciado varias veces la idea de pedirle a Richard el divorcio, pero en el fondo conocía a los dos hombres demasiado bien para abrigar la esperanza de que alguno de ellos fuera capaz de renunciar a una mínima parte de sus aspiraciones con tal de satisfacerla a ella.

Era consciente de la situación apurada de Richard, y le repugnaba. Llevaba un tiempo devorado por la obsesión de conseguir un título de nobleza; la cantidad de entusiasmo que era capaz de desperdiciar en la consecución de esa mísera ambición le parecía a ella más despreciable que el dinero invertido. No formaba parte de su plan original; pero, desde el momento en que oyó a un socio del club de golf decirle a un vecino: «¿De qué le va a servir un título a un hombre como Gray? No tiene quien le siga», pasó a ser una prioridad. Se ganaría el respeto y la atención costase lo que costase, si no de la posteridad, sí al menos de sus contemporáneos. Esta determinación se había acabado convirtiendo en una obsesión que lo había empujado ya a hacer cosas injustificables. No codiciaba solamente el título de nobleza, sino cierto nombramiento para el cual el título era, o así lo creía él, un paso necesario. Había un segundo aspirante, un hombre en muchos sentidos mejor posicionado que él, y Richard se consagró a esa carrera silenciosa, desgarradora e igualada de un modo temerario. El recorrido exigía un desembolso que superaba con creces el límite de sus posibilidades, y ya había contraído deudas que no podía saldar. El hombre al que tenía que convencer era un no conformista[2] que sin duda censuraría la decisión de su candidato de endeudarse hasta las cejas. Si la historia de su bochornosa situación económica llegaba a oídos de F., podía abandonar toda esperanza de conseguir no solo un título, sino cualquier ascenso en política.

El dinero, a su modo de ver, se había gastado con sensatez; una parte había sido invertida en buenas obras: una cama nueva en cierto hospital un tanto recóndito de la circunscripción electoral de F., una aportación a un fondo creado para los desempleados y varias donaciones a sociedades que velan por los indigentes y los necesitados. Hasta ahí, todo bien, incluso en opinión de F. Pero mucho más elevadas fueron las sumas gastadas en ocio, vinos caros, fruta fuera de temporada, vestidos suntuosos para Laura, joyas deslumbrantes, un coche que había aparecido en varias revistas de sociedad y sitios destacados en reuniones de la flor y nata: todo con la finalidad de crear la impresión de que donde no estaba Richard Gray faltaba algo. Y, por si no era bastante problemático el acoso de acreedores con poca visión de futuro

que, al parecer, no se daban cuenta de la posición o la buena fortuna con la que sería recompensada su paciencia, estaba la aventura con Greta Hazell.

La señorita Hazell era una joven imponente con una belleza de tipo sureño, apasionada, fascinante y… muy cara. Richard todavía estaba empezando a cobrar conciencia de hasta qué punto era cara. Se consideraba a sí mismo muy generoso, e incluso derrochador, en las atenciones que le dispensaba a su esposa, pero Greta le demostró cómo, sin toda esa ostentación, una amante podía ser igual de gravosa. Y esa, aunque no lo habría admitido por nada del mundo, era la raíz del bochorno económico que lo mortificaba día y noche. Podría haber hecho frente a lo demás, pero esta última carga era insostenible. La dama en cuestión, una mujer con talento y experiencia para los negocios, estaba chantajeándolo por una suma exorbitante. Cuando él protestó, ella dijo: «No te conviene en absoluto, mi querido Richard, que salga a la luz nuestra relación. En cambio, a mí no me perjudicaría lo más mínimo. De hecho, teniendo en cuenta la atención que has recibido últimamente, tal vez incluso me beneficiara. La mujer que sedujo a Richard Gray». Y se rio.

Él se quedó mirándola, sin habla. Incluso furioso y desilusionado como estaba en ese momento, no pudo menos que reconocer su encanto. No hay que decir que la conoció en una desafortunada ocasión. Había asistido a una cena solo para hombres en la que un novelista ilustre y sin pelos en la lengua, cuyos libros había leído incluso Richard, era el invitado de honor. Conforme avanzaba la velada, y bajo la influencia de este caballero y del vino, que era excelente, a varios invitados se les soltó la lengua, y Richard entendió, asombrado, que todavía le quedaba por experimentar uno de los placeres que podía conseguir el dinero. Los templados éxtasis que alcanzaba con su esposa se enfriaron sin remedio al escuchar las confesiones susurradas de aquellos hombres; ahí, al parecer, había una fuente secreta de placer en la que otros se ahogaban, pero no él.

Su fidelidad desde el matrimonio había sido una decisión tomada por prudencia; no se veía obligado por ningún principio moral, pero no había sentido nunca la tentación de engañar a Laura y, de hecho, había estado muy ocupado logrando conquistas en otros ámbitos. La conversación, no obstante, había avivado su inagotable amor propio. Lo cierto es que tenía delante a hombres menos adinerados, menos inteligentes, peor relacionados y menos brillantes que él en todos los sentidos, y, sin embargo, ahora los consideraba más ricos que él. Se dio cuenta de la estrechez de miras con que había vivido hasta entonces; había pensado solo en su trabajo, y nunca en compensaciones personales. Volvió a casa en un estado de ánimo inusitadamente excitado y entusiasta, preparado para encontrar deficiencias en su mujer. Y las circunstancias lo favorecieron. Ella había tenido esa tarde un encuentro muy insatisfactorio con su amante, y estaba furiosa con los hombres, con sus evasivas y con sus carteras de valores. Así pues, se apartó cuando Richard se acercó a ella y, cogiendo su brazo desnudo con firmeza, empezó a acariciarla. Esa muestra de frialdad conyugal dejó bastante complacido a Richard. Tres días después conoció a

Greta Hazell y, al cabo de dos semanas, había puesto a su disposición un apartamento pequeño y bonito en Shaftesbury Avenue —pasaron algunos días más antes de saber que el alquiler costaba trescientas veinte libras al año— y le compraba cualquier cosa que a ella se le antojase. A los pocos meses se dio cuenta de que no era ni mucho menos el único hombre que visitaba el apartamento. Cuando la acusó de haberle sido infiel, ella rio con insolencia. ¿Acaso se había creído que iba a tenerla a su entera disposición?, le preguntó. Richard se quedó mudo de asombro. Una de sus compras lo estaba desafiando. Era intolerable. Tomó de inmediato la determinación de romper la relación y no volver a ver a aquella condenada criatura. Pero entonces ella expuso sus condiciones, que eran escandalosas. Al principio Richard no la tomó en serio; sin duda estaba gastándole una broma —de muy mal gusto, eso sí—. Pero ella lo sacó de su error rápidamente. No había nada que él pudiera hacer. Lo tenía a su merced y, en esa fase de su carrera, habría sido peligroso ponerla en su contra. Lo dejó asombrado lo bien informada que estaba sobre la situación exacta en la que se encontraba él. No se le ocurrió pensar que un rival político estuviera visitando también aquel apartamento.

Así, pues, estaban las cosas esa Nochebuena. Todavía no había atendido las exigencias de su amante, ni estaba en disposición de hacerlo, pero era consciente de que no podría retrasar el pago mucho más. Dejando a un lado sus sentimientos, tenía que conseguir a toda costa la ayuda de su padre, le gustase o no. Primero tenía que pagarle a Greta —que tenía fama de no volver a acosar a los amantes que la dejaban o a los que dejaba—, y después debía reunir dinero suficiente para contener la presión cada vez mayor de sus acreedores hasta haber conseguido su objetivo. No sería tarea fácil. Cuando le concedieron el título de *sir*, Adrian Gray le dio la enhorabuena a regañadientes; en opinión de Richard, su padre no estuvo en absoluto a la altura de las circunstancias al decirle, se supone que con entusiasmo: «Justo lo que querías, Richard, cómo no. En mi época, había de sobra con ser un caballero. No nos entusiasmaba que nuestro nombre fuera acompañado de esos títulos y letras pomposos», a lo que añadió, por supuesto, que el término «caballero» tenía entonces un significado más exclusivo. Sin embargo, le procuraba cierto placer decir: «Mi hijo, lord Esto y Lo Otro», si bien era discutible que considerase ese privilegio merecedor de tanto esfuerzo. Sus propios negocios, como descubrió su hijo, iban peor de lo que el hombre creía. A Richard le parecía improbable que Eustace lo hubiera puesto al corriente de la verdadera situación, por lo que tenía especial interés en adelantarse a su cuñado y ser el primero en hablar con su padre. Una vez Eustace hubiera confesado, ya podían olvidarse todos de conseguir ayuda. En cuanto a Brand… Pero a Brand se le podía descartar fácilmente. Era una persona de poca importancia y ninguna influencia, el tipo de familiar que incluso un lord reconocería, aunque sería imprudente que lo hiciera un simple *sir*. La especulación de Eustace era un tema de conversación habitual en el círculo de Richard; todos opinaban que no tardaría mucho en fracasar, y que tendría suerte si se libraba de la cárcel. Aun así, cualquier

aficionado a las carreras de caballos habría apostado, pongamos, cincuenta contra uno por Eustace en una competición entre él y Richard. Este último intuía que solo tendría posibilidades si partía con ventaja, e incluso así tenía todas las de perder.

Unos asuntos oficiales, sin embargo, retrasaron sus planes, obligándolo a quedarse en la ciudad hasta el día 23 por la tarde, cuando ya no podía hacer el tortuoso e incómodo viaje hasta King's Poplar. Había decidido viajar en tren, lo que no le supondría ningún gasto. Llegar con su vistoso y publicitado coche justo antes de pedir ayuda predispondría en contra a Gray, y le daría a Eustace la oportunidad de señalarlo burlonamente con el dedo.

«¿Por qué no se deshace de ese coche si tan apurado está?», preguntaría Eustace. Y, aunque no lo hiciera, era muy probable que Gray se preguntase lo mismo sin necesidad de que nadie se lo apuntara.

Además, el coche era uno de esos lujos que todavía no había pagado, y le parecía más seguro dejarlo en la ciudad, guardado en el garaje. En la estación de London Bridge, buscó con nerviosismo a Eustace, aunque era casi seguro que este iría en coche; no había rastro de él ni en el tren ni en el andén, y tuvo que hacer acopio de toda su paciencia hasta que llegaron a King's Poplar. Un poco antes de que el tren se detuviera en la estación, habló de nuevo, con gélida aspereza.

—Dice mi padre que ha recibido una carta preocupante de Brand. Pidiendo dinero, como siempre.

Laura levantó sus preciosas cejas y respondió:

—Parece que por una vez tenemos algo en común.

Este comentario irritó mucho a Richard. Era detestable compararlo con un oficinista andrajoso que estaba atado a una mujer con un pasado siniestro, vivía en un barrio marginal de Londres y se entretenía con una caja de acuarelas en sus ratos libres —el pasatiempo típico de un lacayo—. Bonito familiar para un futuro lord X.

Cuando por fin llegaron, les informaron de que no había ningún vehículo disponible en ese momento; Richard mostró su fastidio de una forma que a Laura le pareció despreciable. Su indecoroso ataque de cólera con el jefe de estación le hizo sentir un poco enferma y, quedándose en un segundo plano, pensó: «¿Por qué diablos lo hice? ¿En qué creí que se convertiría? Nadie me presionó. Contaba con mi propio dinero, independencia y una familia a la que quiero. ¿Qué vi en él? Y ¿quién de los dos ha cambiado tan drásticamente?».

El jefe de estación pensó que la señora Gray era un aval para los dos; siempre con un aire tan distinguido, callada y orgullosa, con ese adorable pelo rojo que nunca se cortaba y que asomaba por debajo de su elegante sombrero. Les consiguieron enseguida un taxi que los llevó a la casa solariega: Richard presa de una febril agitación y Laura sumida en una aburrida repugnancia. Al primero que se encontraron fue precisamente a Eustace, que paseaba por el jardín con semblante serio y apesadumbrado.

—¿Has visto a mi padre? —le preguntó Richard educadamente.

Eustace respondió que lo había visto y que, en su opinión, el viejo no tenía muy buen aspecto. Habló de problemas cardíacos; ¿sabía Richard si padecía del corazón? Este dijo con firmeza que no y, haciendo caso omiso de las ostensibles advertencias de Eustace y Amy, a quien apenas se paró a saludar, entró en la biblioteca y le contó a su padre cuál era su situación.

Adrian no se mostró muy comprensivo.

—Al diablo tu título —dijo con fiereza—. Eustace me ha dicho que estoy arruinado. Arruinado. Todo es culpa de ese muchacho: un tipo desaprensivo y falso que no merece ser llamado caballero. Que me aspen si sé lo que vio Olivia en él. Una mujer con buena figura dejando que un pequeño canalla como ese juegue con ella.

Richard, tratando de sacar partido de tan lamentable situación, respondió de inmediato:

—Siempre he pensado que Eustace no era de fiar. Dilapida el dinero de todo el mundo.

Gray se volvió hacia él hecho una furia.

—Si tan seguro estabas, ¿por qué nunca me advertiste? Sabías que tenía la mayor parte de mi capital en sus manos.

Richard parecía un hombre que lucha desesperadamente por no caer de un caballo encabritado. Estaba pálido por la cólera y el esfuerzo por dominarla; su voz era aguda y forzada. Replicó, hablando con gran atropello, como si no pudiera dar salida lo bastante rápido a su rabia y a su decepción:

—Era imposible advertirte. No escuchabas a nadie. Estabas convencido de ser un financiero, más valiente que cualquiera de nosotros. Nos acribillabas con historias de grandes beneficios e inversiones audaces. Al menos podrías haber sospechado que, si todas las empresas serias estaban pagando menos de un cinco por ciento, debías de estar corriendo algún riesgo o haciendo algo fraudulento para conseguir un catorce por ciento. ¿Acaso no te reconveníamos tanto Miles como yo? Y ¿te dignaste escucharnos? Claro que no. No querías oír una palabra. Yo era un político miserable a tu disposición, y Miles, un abogado que esperaba sacar algo de las dos partes.

—Miles… —empezó a decir Gray con indecisión, pero su hijo no le permitió seguir.

—Miles es abogado, igual que Eustace es financiero, y ninguno de los dos mueve un dedo a menos que les paguen por moverlo. ¿Por qué iban a hacerlo? A poco que hubieras indagado, habrías averiguado lo que necesitabas saber; pregúntale a cualquiera en la ciudad por la reputación de Eustace. Te responderán en dos palabras. Sabías que siempre llevaba dinero en el bolsillo, a pesar de que no tiene un trabajo como tenemos los demás. ¿Alguna vez te has parado a pensar de dónde sale ese dinero? Sale del bolsillo de otros, y esos otros no estaban más dispuestos a perderlo de lo que estabas tú. Ahora imagino que querrá más…

—No va a ver ni un penique más. No lo tengo. Y tú tampoco vas a ver nada. No vas a comprar un título de lord para complacerme. Es un lujo demasiado caro, sobre

todo teniendo en cuenta que no tienes hijos que lo hereden.

—Todavía no —puntualizó Richard con voz ronca.

—¿Todavía no? —Su padre lo miró fijamente—. ¿Quieres decir que Laura, después de todos estos años…? —Enfrentado a la posibilidad de una humillación para su hijo, adoptó de inmediato un tono cortés—. Mi querido muchacho, ¿no te parece un poco sospechoso?

—No he querido decir eso —gritó Richard furioso—. Laura nunca tendrá hijos, y puedo decir aún con más seguridad que nunca será infiel. Una mujer como ella tal vez no sea la compañera ideal para un hombre en plenitud de facultades, pero es consciente de sus obligaciones, y una de ellas es no ponerme los cuernos. —Su enfado había forzado esa respuesta vulgar y destemplada.

—Entonces ¿qué has querido decir? Laura es una mujer completamente sana, ¿no?

—Completamente, sí, excepto por su lamentable incapacidad para darme hijos.

—Si eso es cierto, creo que eres muy optimista al contar con un futuro heredero. Y supongo que no querrás arruinarnos tanto a ti como a mí por el bien del hijo de Brand.

Es mejor no reproducir aquí la respuesta de Richard. Cuando se hubo ido, su padre, totalmente desconcertado, hizo algo extraño. Mandó llamar a otro de sus yernos, Miles Amery, y le dijo:

—¿Os veis mucho Richard y tú en la ciudad? Lo he notado muy raro.

—Tiene grandes aspiraciones, señor —respondió Amery, un hombre alto, delgado y encorvado, con ojos grises detrás de unos quevedos sin montura y vestido con un traje jaspeado—. Y eso puede resultar desquiciante.

—Por como acaba de comportarse aquí, me atrevería a decir que estaba al borde de una crisis nerviosa. ¿Tienes alguna influencia sobre él?

Miles negó con la cabeza.

—Somos prácticamente dos desconocidos. No tenemos nada en común, ya lo ve, y dudo que haya alguna cosa en la que estemos de acuerdo.

—Tiene tendencia a ponerse taciturno, pero hoy se ha comportado de un modo tan locuaz y desaforado que estoy convencido de que algo le ocurre. Todavía no he visto a Laura. ¿Qué tal está?

—A juzgar por su aspecto, nadie diría nunca que está preocupada o angustiada. Haría falta más confianza, mucha más de la que Ruth y yo tenemos con ella, para saber lo que siente o lo que piensa. La única conclusión que he sido capaz de sacar siempre al verla es que no he conocido a ninguna mujer más atractiva.

—Espero que vaya todo bien —dijo Gray con nerviosismo—. Tengo la impresión de que Richard está en un estado de ánimo tal que sería capaz de cualquier cosa. Y… bueno, entre nosotros (debes de escuchar muchas confidencias, Miles, y en un juicio negaré haber dicho esto), creo que le ha cogido a Laura auténtica aversión. De hecho,

ha insinuado la posibilidad de otro matrimonio más adelante. Y estoy convencido de que no se le ha pasado por la cabeza divorciarse.

Miles lo miró con preocupación.

—¿De verdad cree que podría ser peligroso para Laura seguir con él? Esa es una acusación muy grave.

—No estoy acusándolo de nada. Los abogados siempre queréis que las cosas se tuerzan. Es vuestro medio de vida.

—No seríamos humanos si no procurásemos por nuestro sustento tan afanosamente como cualquiera —observó Miles con tranquilidad.

—Solo digo que me ha parecido trastornado. Fíjate en el dineral que se está gastando y los esfuerzos que está haciendo para conseguir ese título. ¿Y todo para que acabe heredándolo el hijo de Brand? Richard suele ser muy reservado. Nunca lo había visto así, y en ese estado de ánimo tal vez sea capaz de hacer alguna locura.

—¿Cree que podría convencerlo para ver a un médico? —dijo Miles.

—No hará caso de nada que yo le diga. En cambio, si tú…

Con gesto indeciso, Miles dijo que lo intentaría, pero sin muchas esperanzas de éxito.

II

Richard, mientras tanto, le repetía con indignación el resultado de la entrevista a una indiferente Laura. Cuando terminó, ella dijo, dándole vueltas con aire pensativo al espléndido solitario de talla marquesa:

—¿Crees que es una respuesta definitiva?

—Supongo que, consciente o inconscientemente, ha dado en el clavo al asegurar que no tenía ni un penique. Si hay algo de verdad en los rumores que circulan por la ciudad, sin duda está acabado. Y también está acabado Eustace, y nosotros. Es el final de años de trabajo y ambición. Lo he sacrificado todo a mi carrera, y esto es lo que he conseguido. Lo he perdido todo: la salud, la reputación, el dinero, la seguridad, los gustos innatos, la libertad… Todo por la borda en solo una hora.

—Parece absurdo que no hayamos sido capaces de darnos cuenta antes —fue la inesperada respuesta de Laura.

—¿Que no hayamos sido capaces de darnos cuenta antes?

—Es decir, que todo nuestro esfuerzo y nuestra capacidad para poseer algo pueda perderse con tanta facilidad. Si hubiera sido algo más estable, que valiese más la pena… bueno, tal vez habríamos fracasado, pero no tendríamos que admitir que lo hemos perdido todo. Nos quedaría la satisfacción del trabajo realizado, y el placer de encontrar comprensión en los demás. Tal y como están las cosas, no tenemos nada. Excepto tiempo. Por suerte, todavía tenemos mucho tiempo.

—¿Tiempo? —repitió Richard tontamente, mirándola de hito en hito.

—Sí. Para empezar otra cosa. Doy por sentado que, si es cierto lo que dices, caerás en la ignominia… perderás tus apoyos… tendremos que empezar otra cosa. Elijamos esta vez algo mejor.

Richard parecía por fin entender lo que estaba diciendo.

—¿Ignominia? —exclamó—. Te ruego que no hables de mí como si fuera un vulgar ladrón. Yo no soy Eustace. Para él esto bien podría acarrear responsabilidades penales. Pero yo no he hecho nada ilegal.

—Te pido disculpas. Te he malinterpretado. Pero, en todo caso, tú mismo admites que esto significa decir adiós al título de lord. Si, como prevés, el caso Eustace salta en breve a las páginas del *Sunday Press*, sin duda saldrá a relucir tu nombre. Y el de tu padre. Tal vez no hayas tenido nada que ver con sus asuntos, pero los quioscos de prensa no se conformarán con llamar a Eustace «financiero»; anunciarán a bombo y platillo que se trata del «cuñado del conocido parlamentario», etcétera.

—Como si te preocupase que mis esperanzas se vean frustradas —la acusó él.

—No mucho —reconoció ella con calma—. Pero, Richard, si fueras capaz de valorarlo con objetividad, de ver la… la intrascendencia de todo esto… A algo que puede derrumbarse tan fácilmente no cabe considerarlo una estructura segura, ni vale la pena dedicarle toda una vida. Su único fundamento es el dinero, que es el activo más sujeto al azar de cuantos conozco. No tiene en cuenta ni el trabajo ni el idealismo ni las aspiraciones; no es más que una forma de desaprovechar la vida. Creo incluso que hay motivos para alegrarse de esta oportunidad que se nos presenta para abrir los ojos. Y son muchas las cosas que no hemos tomado en consideración y que reportan de por sí satisfacción, aparte de otros beneficios.

Cuando se volvió hacia Richard con una intensidad que este consideró ajena a su carácter y que no podía tolerar en tales circunstancias, parecía llena de vida y de color, de una alegría y un entusiasmo que no había manifestado en doce años. Él no se habría extrañado más si una rama muerta hubiera echado brotes verdes delante de sus narices.

Débilmente, con el ánimo encogido ante la efusividad de su esposa, preguntó:

—¿En qué cosas estás pensando?

En la imaginación de Laura se presentaban con suma claridad: los sueños que había acariciado de niña, las grandes aspiraciones de la juventud; con solo recordarlos se sentía feliz y revitalizada, aunque los años no pasaban en balde y hacía mucho que había dejado atrás la juventud. No obstante, se le encendió el rostro de puro placer con solo pensar en ellos, y experimentó una excitación que no había conocido en todos los años serenos y apagados de su matrimonio.

Richard interrumpió sus pensamientos y la dejó pasmada al volver a adoptar de pronto su actitud más digna e inaccesible para expresar su desagrado.

—Una mujer que no muestra el más mínimo interés por las aspiraciones de su marido es un lastre en la vida pública de cualquier hombre.

—No es así exactamente, Richard, pero no parece que esas aspiraciones merezcan todo tu esfuerzo y energía. Creo que es bastante humillante para ti desvivirte tanto por ellas.

Richard la miró fijamente mientras jugueteaba con un libro que había cogido de la mesa. Sus ojos tenían la peculiaridad de parecer más claros cuando estaba enfadado. Ahora apenas se distinguía en ellos color alguno.

—Entiendo. No obstante, por despreciable que lo consideres, no pienso renunciar a mi posición así como así. Hubo un tiempo en que abrigué la esperanza de que tus hermanos se dignasen utilizar su influencia; por desgracia, han perdido su oportunidad. No cabe sino verlos como una vana esperanza.

—Bastante vana —reconoció Laura—. Alastair no habría visto con buenos ojos un ascenso ganado con influencias, ni siquiera antes de que cambiasen sus ideas políticas. Y de Philip no cabía esperar mejor disposición.

Laura se acercó al tocador, cogió un cepillo de plata y se arregló un mechón de pelo rojo que se le había despeinado. Estaba asombrada. ¿Era eso lo que se ocultaba tras toda aquella pomposa dignidad, esa infantil batalla por hacerse un hueco? ¿Estaba hecha su armadura de papel de plata y cartón? Vio su vida como un paisaje que se extendía hasta perderse en el horizonte, sin tapias que lo acotasen ni una casa acogedora con puertas cerradas para retener al peregrino dentro; y Richard se esforzaba por hacerlo seguro, limitado y exclusivo. El ridículo énfasis de sus últimas palabras quedó suspendido en el aire, ensordeciendo los oídos de Laura y ahogando su corazón. Al fin y al cabo, hablaba en serio. Uno debería sentir compasión, no esa sensación de fría repugnancia. Para él era muy importante.

4. OLIVIA



I

A Eustace Moore, el marido de Olivia Gray, se le tachaba a menudo de sinvergüenza, pero llevaba esta cualidad con tan admirable discreción que casi siempre se le disculpaba. Era un hombre muy bien relacionado. Cuando entraba en un edificio público —un restaurante, una sala de conferencias, un bar—, lo saludaban de inmediato varias voces. Era un hombre lleno de energía y, en cierto modo, pícaro; tenía un concepto de sí mismo tan elevado que pasaba por alto cualquier obstáculo en su cabeza antes de enfrentarse a un problema, de tal modo que los obstáculos apenas existían cuando se ponía a trabajar. La imaginación era su punto débil. Acostumbrado a correr grandes riesgos, no entendía ni tenía paciencia con quienes temían correrlos. Estaba metido en multitud de asuntos y contaba con un arsenal de consejos financieros. Alardeaba a veces de saber calcular la posición económica de cualquiera con solo media hora de conversación. Era un hombre menudo, bien formado, bien afeitado y bien vestido con colores oscuros. Tenía las manos y los pies bonitos y muy pequeños, los ojos marrones y una sonrisa que derrochaba encanto y perspicacia. Ponía gran atención en el cuidado de sus uñas y manos. Se había casado con Olivia porque representaba un mundo en el que él, por aquel entonces, estaba lejos de sentirse a sus anchas. No se hacía ilusiones respecto a sus familiares políticos, a los que consideraba cortos de luces, estirados y con poca visión de futuro. Tenían, no obstante, una elegancia y una sofisticación innatas de las que él carecía. El tipo de mujer de la sociedad londinense que él prefería rechazaba sus propuestas de matrimonio, y no tardó mucho en darse cuenta de que su única oportunidad era casarse discretamente con una joven de buena cuna y, a ser posible, con una pequeña fortuna; esa joven le daría crédito y atraería a gente ejerciendo de anfitriona para él. Su círculo no estaba satisfecho con la elección, pues Olivia les parecía fría y distante. Pero el otro círculo en el que se proponía entrar contaba con mejores jueces. Eustace le sacó gran partido a su matrimonio. Después de la boda, Olivia estuvo unos años sin ver apenas a su familia, porque Eustace estaba convencido de que todos querrían que les prestase dinero. Olivia se ganó rápidamente fama de inteligente y divertida; escribía brillantes notas de sociedad para algunos de los semanarios de mayor formato, editados en papel muy satinado y con numerosas fotografías de las personas indicadas. En general tomaban la forma de cartas que empezaban con «Pequeños ángeles» o «Mis adorables princesas», y se decía de ellas que eran «demoledoras». A

Eustace le enorgullecía su capacidad para atraer una atención que resultaba provechosa y para ganar dinero por su cuenta. Le parecía poco corriente la combinación de estas cualidades con la apariencia y los modales de una dama y con la plácida aceptación de la ferviente adoración que él le profesaba y que mostraba incluso en público, cuando no era capaz de resistir la tentación de tocarle el hombro o el brazo, o de buscar el roce de sus cuerpos como por accidente.

En cuanto a los familiares de Olivia, Eustace no pensaba mucho en ellos. Richard era desconfiado, reservado y orgulloso, si bien Eustace no le veía fundamento alguno a ese orgullo. A Miles fingía tenerle antipatía —y, de hecho, se la tenía, fruto de los celos mezquinos y molestos de quien es consciente de su propia inferioridad—. En apariencia, su relación era cordial, pero apenas se veían. Miles —esto Eustace lo tenía muy presente— era más joven y más pobre, no destacaba por su físico y no tenía aspiraciones dignas de mención; se había casado con una hermana menor que no había aportado dote alguna al matrimonio; Ruth Amery ni siquiera había sido capaz de darle hijos. Habían tenido dos niñas que nunca iban a King's Poplar, y Ruth, menuda, con hoyuelos y un vestuario bastante pasado de moda, no era una figura de la alta sociedad. Cuando sus hijas eran pequeñas, salía ella misma a pasearlas con el cochecito de bebé, porque los Amery no podían permitirse un servicio doméstico como es debido; así las cosas, era absurdo que Eustace se sintiera inferior a Miles. Y, a pesar de todo, la sensación persistía. Naturalmente, casi nunca se veían.

Brand, por extraño que pareciera, le resultaba de cierto provecho. Eustace solía decir en tono informal: «Es el problema de estas viejas familias. Se casan entre ellos hasta que la sangre tiene el espesor del agua. Fijaos, por ejemplo, en mi cuñado. No es más que un pobre imbécil. Gana unas cuatro libras a la semana en algún despacho de tres al cuarto en Kingsway y, por supuesto, son la clase más fértil de la comunidad».

Olivia, por suerte, no era muy exigente. Podía comparar su casa, sus joyas, su ropa, sus tardes, sus distracciones, su coche y sus hijos con los de otras personas y juzgarlos superiores. Comparaba con total seriedad su trabajo con los «estudios» de Brand (los llamaba así porque consideraba que los lienzos de su hermano quedaban siempre inacabados) y se vanagloriaba de ser una artista más talentosa. Decía de su trabajo que era literatura, sin un ápice de ironía. Admiraba a los hijos ágiles, pícaros y zalameros de Eustace Moore, quienes eran ya conscientes de lo que constituía un valor real y debatían seriamente con su padre sobre el valor comercial de una educación universitaria.

—Uno conoce allí a un montón de tipos extraños hoy en día —decía Monty—. No sé si vale la pena que hagas ese gasto, papá.

—Si no son de buena cuna, tienen dinero —respondía Eustace con perspicacia—. Rara vez se dan las dos circunstancias. Pero en ambos casos vale la pena desplumarlos.

Al este de Oxford Circus, Eustace despertaba cierto recelo; era director de varias empresas y tenía una participación activa y determinante en otras muchas. Las suyas se contaban entre esas pocas que declaran grandes beneficios al poco de su creación. Los accionistas tenían la opción de retirarlos o dejar que se sumasen al capital inicial. En torno al ochenta por ciento optaba por lo segundo; el otro veinte cobraba sus dividendos y les recomendaba a sus amigos las acciones como una excelente inversión. Eustace lograba transmitir confianza gracias a su sonrisa y a ese trato generalmente agradable que tanto gustaba a las mujeres. Él no se sentía en realidad atraído por ellas, y menos aún por las jóvenes, a las que consideraba faltas, en general, del decoro y los buenos modales que tanto había admirado en la generación anterior. Pero si destacaba por algo era por su sentido práctico, y así soportaba los gestos y el habla informales, que tanto detestaba, cuando quien hablaba poseía rentas y él vislumbraba la esperanza razonable de que algunas de ellas acabasen en sus empresas, o, dicho de otro modo, en su bolsillo. No obstante, conservó hasta el final el arraigado espíritu de familia propio de su raza y, con la salvedad de su esposa, rehuía el contacto físico.

La crisis que había estallado esas Navidades era tan inesperada como decisiva. Un viajero anónimo sin importancia que había vuelto de un lugar lejano donde Eustace (y sus accionistas) tenía intereses se puso a hablar con franqueza ante un grupo muy variopinto sobre lo impracticable de las propuestas de Eustace en relación con ciertos asuntos. Quiso el azar que estuviera presente uno de los accionistas, un tipo malhumorado que le recriminó al viajero de inmediato sus palabras. Este, poco acostumbrado a que lo intimidasen o le llevasen la contraria, montó un pequeño escándalo. La insignificante discusión dio que hablar y las opiniones del desconocido llegaron a oídos de otros accionistas más dispuestos a darles crédito. A raíz de las cartas que recibió de desconocidos, el señor Plant escribió a ciertos medios de prensa, expresando de un modo contundente la opinión que le merecían la moralidad y el carácter general de un hombre que trataba de engañar a personas inocentes para despojarlas de sus ahorros. Todo el mundo esperaba que Eustace interpusiera una demanda por difamación y, cuando vieron que se cruzaba de brazos, se desencadenó una minúscula ola de pánico. Cada uno, impaciente por adelantarse a los demás, ordenó a su corredor de bolsa que se deshiciera de sus acciones. Estas inundaron el mercado, y su valor cayó en picado. En un intento por disipar la desconfianza de la gente, Eustace adquirió con ostentación todas las acciones cuando alcanzaron su precio más bajo, e hizo circular la noticia de que conocía bien a Plant y de que este recibía pagos generosos por difundir su historia. Sin embargo, no tuvo mucho éxito. El primer hombre que cometió la temeridad de irle a Plant directamente con esta versión de los hechos volvió a su casa con un incisivo menos, y solo la incapacidad de Plant para conseguir pruebas contra Eustace, quien había tenido la prudencia de no poner nada por escrito, evitó que lo demandase. Hubo más rumores, y acabó estallando un escándalo que llegó incluso a oídos de los hijos de Eustace, que le

escribieron a su padre cartas urgentes en las que citaban los lloriqueos de mediocres compañeros de clase cuyos padres se estaban arruinando por culpa de aquellos tejemanejes y le imploraban que acallase los rumores antes de que la reputación de ellos se viera también dañada. La gravedad del asunto alcanzó cotas que Eustace no había imaginado ni es sus momentos más pesimistas. Convocó de urgencia a los directivos de la empresa caída en desgracia, y estos, pálidos y asustados, se consultaron unos a otros sobre los pasos que había que dar. No había muchos, y la mayoría eran hombres más bien menudos a los que Eustace había seleccionado por considerarlos lo bastante inteligentes para serle de utilidad, pero no tan avisados como para trabajar por sus propios intereses. Se acordó que necesitaban reunir diez mil libras de inmediato si querían evitar un proceso criminal. Eustace no tenía ninguna duda de cuál sería el resultado de ese proceso: lo condenarían a prisión y, en el mejor de los casos, le caerían cinco años. Además, no había que olvidar a sus hijos.

Así pues, se imponía plantearle la situación con contundente claridad, por no decir con crudeza, a su suegro, quien, mediante una hábil manipulación de los hechos, podía ser presentado como socio del fraude. Esta posibilidad no se le había ocurrido a Adrian. Eustace adoptó para la desagradable entrevista un aire de cinismo desenfadado, disimulando su preocupación, presuponiendo erróneamente que el anciano estaba familiarizado con los procedimientos especulativos. Ningún hombre con la mitad de los conocimientos que Eustace le había atribuido a su suegro habría puesto en manos del joven una parte tan grande de sus rentas. Cuando Gray, comprendiendo por fin la situación, sucumbió a un ataque de horror y furia a partes iguales, Eustace lo trató con impaciente frivolidad.

—Vamos, vamos, señor —lo reprendió—, este tipo de cosas no nos ayuda a ninguno de los dos. Es demasiado tarde para fingir una inocencia que ningún jurado va a creerse. El hecho innegable de que ha estado cobrando con la mayor frescura unos sustanciosos dividendos en un momento en que cualquiera se siente agradecido con un simple tres y medio por ciento levantaría sospechas. Y ¿cómo cree que afectaría a las aspiraciones de Richard tener a su padre en el banquillo de los acusados por fraude premeditado?

Con esta pregunta consiguió tocar su único punto flaco. Gray nunca se había preocupado por ninguno de sus otros hijos, pero su primogénito ocupaba la parte de su corazón que dejaban libre sus negocios. No obstante, se enfrentó a Eustace con encomiable fortaleza.

—No soy un niño y no se me puede asustar con el coco —le dijo.

—Ni un niño que vaya a ser absuelto con argumentos que hasta un niño pondría en duda —replicó Eustace—. Le ruego, señor, que valore la situación objetivamente y vea su responsabilidad a los ojos de la sociedad, si no a los de la justicia o a los suyos propios. ¿Quién va a creerse que no estábamos conchabados? Ningún jurado británico, se lo aseguro, y aunque lo absolvieran del cargo principal por falta de pruebas, su reputación le olerá a podrido a cualquier hombre honrado.

Estas obviedades, lo único que acertó a decir Eustace, con los ademanes melodramáticos y refinados propios de su linaje, enfurecieron a Gray, tanto más porque comprendía que eran ciertas. Sin embargo, se aferró con obstinación a su negativa a desembolsar ni un solo penique más para ayudar a su yerno a salir de semejante apuro. En vano probó Eustace a engatusarlo, intimidarlo y amenazarlo. Tanto lo acosó que Gray, antes de poner fin a aquella conversación indecorosa y lamentable, exclamó con indignación:

—¿Acaso crees que no sé para qué quieres el dinero? Quieres esfumarte con él y burlar a la justicia, para así desplegar tus redes en algún otro sitio.

Eustace, temblando de ira, replicó:

—Una teoría muy ingeniosa por su parte, señor. Y ¿espera que alguien crea que un hombre tan perspicaz no sabía lo que hacía cuando invirtió treinta mil libras en mis empresas?

II

De un lado a otro de su habitación, dándose la vuelta, dudando, andando, deteniéndose, dándose la vuelta otra vez, así se pasó Eustace una hora tras otra de la tarde interminable, hasta que Olivia, cuando aquel ir y venir insufrible agotó por fin su tacto, su paciencia y su carácter apacible, le gritó:

—Eustace, por Dios, estate quieto. Vas a conseguir ponerme histérica.

Eustace no le prestó atención; en ese momento, ella no existía. Olivia, percatándose de lo profundamente ensimismado que estaba, hizo un esfuerzo por mantener la calma un poco más mientras observaba con envidia la ágil figura de su marido moviéndose como un gran felino por las sombras de la habitación. La suya estaba engordando de forma inquietante. Solía decirse de los judíos que eran corpulentos, gordos incluso, en especial los financieros, pero no cabía concebir nada más alejado que Eustace de la imagen de los judíos plasmada por los novelistas. Solo la expresión astuta de su rostro oscuro, y el suave pelo negro cepillado de tal modo que dejaba despejada la frente aceitunada, traicionaba sus orígenes.

«Y no tiene que llevar corsés ni soportar masajes. Y, desde luego, come y bebe mucho más que yo», pensó Olivia con resentimiento.

No obstante, se dio cuenta por fin de que, pasase lo que pasase, era inevitable alguna escena; así que, sentándose muy erguida en la cama y levantando mucho la voz, preguntó:

—¿Tienes aspirinas, Eustace? La cabeza me está matando. Es por verte así, una hora tras otra…

Él se detuvo de pronto a los pies de la cama.

—Olivia, tú deberías conocer a tu padre mejor que yo. ¿Hay alguna forma de obligarlo a ayudarnos? Creía que la amenaza de la deshonra sería suficiente, sobre todo si mencionaba a Richard, pero, al parecer, estaba equivocado. Es nuestra única esperanza ahora.

—¿Tiene el dinero?

—Tiene bonos por valor de quince mil libras en la caja fuerte de su habitación. Los vi con mis propios ojos hace menos de dos meses, cuando vine para hablar de nuevas inversiones en la empresa. Con diez mil saldríamos del apuro y nos recuperaríamos. Los prestamistas no pueden ayudarnos; la City de Londres está plagada de espías; se darían cuenta enseguida de que todo se ha ido al traste, incluso aunque alguien nos prestase algo con un aval. ¿Y bien?

—No se trata solo de nosotros —dijo Olivia—, también de Richard. Estoy segura de que se encuentra en un aprieto y ha intentado darle un sablazo a padre. Quizá haya tenido más suerte que nosotros.

—Sabemos que Richard se encuentra en un aprieto, pero no tan grave como el nuestro. No está en mejores condiciones que nosotros de permitirse una mala publicidad, pero al menos él no corre el riesgo de acabar con puntas de flecha en la ropa[3]. Apuesto —añadió, encogiéndose de hombros con afectación— a que no es muy agradable tener que venderlo todo. Dicen que sus despilfarros estos últimos seis meses han sido disparatados. Pero así son las cosas. Estoy convencido, sin embargo, de que Richard no ha tenido más éxito que yo intentando sacar algo de tu padre. En primer lugar, me he adelantado, y, en segundo lugar, he visto a Richard salir de la biblioteca con una pinta terrible. No quería hablar con nadie. Está metido en un buen lío. De lo contrario, tal vez habría hecho algo. No va a ser agradable para él ver a todos sus familiares en el juzgado de lo penal. Además, hace poco me llegó un rumor sobre una mujer.

Olivia se olvidó del dolor de cabeza.

—Richard… ¡y una mujer!

Eustace se rio imprudentemente.

—Bueno, ¿por qué no? Al fin y al cabo, es humano. Y esa mujer que tiene es un palillo, o ¿no es verdad?

—Me ha sorprendido porque no es propio de Richard gastar dinero que pueda ahorrar. Esta… mujer… ¿está causándole problemas?

—Eso dicen. Aunque, claro, es lo que hacen siempre. El muchacho tiene que ser idiota para permitir que esto le salpique en un momento tan delicado; pero, entre tú y yo, nunca me ha parecido que Richard sea ni mucho menos el tipo brillante que él se cree.

El pensamiento de Olivia seguía su propio cauce.

—Entonces, si ella está creándole problemas y él está sin blanca, ¡tiene que sacarle algo a padre para evitar la ruina, Eustace! —Las palabras salieron disparadas

—. Si es cierto lo que dices, que padre también está arruinado, desde luego no tendrá mucho que dar, y lo poco que tenga será para Richard. No me cabe ninguna duda.

A continuación, Olivia se sumió en el silencio. Eustace, que no veía razón en malgastar nada, ni siquiera palabras, reanudó sus paseos.

—Y está Brand —dijo Olivia con tristeza, decidida a extraer algún tipo de satisfacción rusa del abatimiento general.

—Sí, tengo entendido que ha vuelto a aparecer. No me gustaría estar en el lugar de tu padre. Toda su familia, incluidos sus yernos y sus nueras, a excepción de Miles, que carece de ambición, apretándole para que suelte dinero. ¿Hay alguna novedad sobre Brand? ¿También está amenazado por una orden judicial o por la policía?

—Oh, nada nuevo, supongo. No ha dejado de ser un incordio para nosotros desde que tenía quince años. Ya sabes, lo expulsaron de… por lo que el director del colegio llamó caricaturas obscenas de sus superiores.

—Oh, no hace falta que digas más —respondió Eustace con impaciencia—. Cualquier cosa que menoscabe la dignidad de esos viejos barbudos se considera obscena. Apuesto a que fue sumamente ingenioso, de eso no hay duda; es un artista de los pies a la cabeza, y un hombre que no fuera como tu padre estaría orgulloso de ayudarle. Tenemos suerte de que no sea así, porque nuestra última esperanza se esfumaría.

—Una encantadora *débâcle* familiar —admitió Olivia—. Bueno, tienes que reconocernos eso, Eustace. Hacemos las cosas a conciencia; una vez hemos empezado, los Gray no vamos escondiéndonos en cualquier rincón.

—¿Alguna vez te has parado a pensar para qué sirven los rincones, si no es para esconderse? ¿Y que desaprovechar una oportunidad es un crimen? —Por un instante, había permitido que su serenidad se alterase, pero ya había recuperado el dominio de sí mismo—. Debo decir que entiendo la postura de tu padre. Tiene que ser un auténtico fastidio, para un hombre que no cree en otro tipo de posesión que no sea la material, enterarse de que más de la mitad de sus acciones valen lo que un puñado de piedras. Hablamos de un hombre que interrumpiría las trompetas del Juicio Final para pedir las vueltas de su medio penique.

Olivia rio de mala gana.

—Qué buen tema para el malicioso pincel de Brand. Oh, Eustace, si no vienes a la cama de una vez, vas a volverme loca. Ya he tenido suficiente por hoy. Además, ¿te das cuenta de que ya es Navidad?

—Lo peor de tu padre es que no es aficionado a las carreras. Un hombre que va a especular como lo hacemos nosotros tiene que saber lo que es perder tres cifras con un caballo. Ese es el único tipo de persona que vale para especular. Los otros son idiotas; idiotas ciegos, si lo prefieres, pero sin remedio. En fin, Olivia. Me voy. Buenas noches.

Se ciñó a la cintura el batín azul oscuro de brocado y abrió la puerta de su vestidor.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó su mujer.

—Pensar en alguna otra forma de sacarnos de este lío —respondió con calma, y cerró la puerta.

Al cabo de un minuto, ella se tapó la cara con la almohada y gruñó furiosa. En teoría, la casa estaba sólidamente construida; pero, incluso a través de la puerta maciza, alcanzaba a oír aquellos pies estrechos y puntiagudos yendo y viniendo, dando vueltas por el vestidor igual que las últimas dos horas por delante de su cama.

5. RUTH



Mientras Richard desahogaba su ira —que, si bien no podía rivalizar con la misericordia del Señor y durar para siempre, al menos sí se prolongó un buen rato— con una indiferente Laura, mientras Eustace volvía loca a su mujer con su incesante ir y venir, y Amy, sentada a la luz de una vela, calculaba el coste por plato y por persona de la comida de Navidad, Miles Amery estaba sentado a los pies de la cama de su esposa y murmuraba con cariño:

—Querida, te estás poniendo rolliza como una perdiz. ¡Cómo me gustan las mujeres gorditas!

—No tengo ni un kilo de más —dijo Ruth sosegadamente—, y si lo tengo es solo porque me gusta complacerte. Te aseguro que no me procura ninguna satisfacción parecer algo salido de una bolsa de pudin.

—Ya sabes lo que opino de las cosas salidas de una bolsa de pudin. Ruth, querida, ni siquiera por ti volveré a pasar unas Navidades bajo este techo inhóspito. Antes las pasaría en la cárcel.

—Bueno, son mi familia —replicó Ruth con voz débil.

—Por enésima vez, estoy convencido de que naciste fuera del matrimonio. No pretendo ofenderte ni nada de eso, pero sencillamente es inconcebible que tengas parentesco de sangre con esta ridícula familia.

—No es que yo quisiera venir. Sabes que odio pasar las Navidades lejos de las niñas. Pero este año parecías tan entusiasmado como yo.

—Que no es decir mucho, si te paras a pensarlo. Y no se me ocurriría nunca venir con las mocosas, aunque tu afectuosa hermana Amy nos animase a traerlas.

—Tal vez le pareciese bien —insinuó Ruth, con el mismo tono indeciso.

—Apuesto a que estaría encantada. Seguro que no tardaría ni una hora en encontrar estupendos pretextos para zurrarles. Muy malcriadas están nuestras hijas. Es una lástima que tu hermana no haya vivido en la época de Salomón. Podría haber sido su mujer mil y una. Habría cumplido muy bien los preceptos del monarca en lo tocante a la educación de los niños. No, ni por todo el oro del mundo las traería aquí. Pase lo que pase, dejemos que sigan alimentando la ilusión de que la Navidad es la fiesta de los niños, cuando todos los esfuerzos van encaminados principalmente a entretenerlos, cuando ellos son lo más importante y pueden, en la práctica, pedir lo que les gusta y nadie se lo negará. Las niñas se convertirían en pequeñas cínicas si pasaran veinticuatro horas aquí.

Ruth pensó en sus hijas, de siete y cuatro años. Llevarían mucho rato durmiendo, y sintió celos de Emily, la hermana de Miles, con quien iban a pasar los tres días

festivos. Estarían acostadas con su pijama de rayas azules y blancas, emocionadas y con ganas de que llegase ya la mañana, Moira un poco más madura y menos dispuesta que antes a creer en visiones y en repentinas apariciones de ángeles, pero Pat aún preparada para darles la bienvenida en cualquier momento, con sus vestimentas clásicas en rosa y azul, con aureolas como platos soperos de oro; o incluso a la Sagrada Familia al completo emergiendo de la oscuridad. No se habría sorprendido ni asustado; habría sido otro ejemplo de la diversión y el esplendor en los que consistía su actual concepción de la vida.

Las dos tenían la cara en forma de corazón y el pelo corto y brillante y se pasaban todo el día con una expresión de viva atención que cautivaba a sus padres. La encantadora solemnidad y el entusiasmo que mostraban cuando planificaban una ruta para una comida campestre o cuando organizaban una merienda o un bautismo de muñecas enternecían a Miles, que encontraba la escena preciosa, de modo que le resultaba especialmente molesto estar separado de ellas en unas fechas tan señaladas.

Salió por fin de su ensimismamiento para observar en tono preocupado:

—De hecho, si acepté venir este año fue únicamente por Brand.

—¿Por Brand? —Ella no se molestó en disimular su sorpresa—. No sabía que tuvieras tan buena relación con él.

—Y no la tengo. Pero resulta que el otro día estuve de visita en el barrio donde vive, y me encontré con un hombre que lo conoce de una forma algo intermitente. Brand tiene muy pocos amigos por culpa de esa mujer que le hace la vida imposible en casa. Este tipo, Day, me dijo que había gente por allí interesada en conocer mejor a Brand, pero que las circunstancias y el carácter de esa espantosa mujer con la que está casado imposibilitaban cualquier acceso a la intimidad. No lo proclamaría a los cuatro vientos, pero creo que a un hombre decente le asusta presentarse en casa de Brand sin invitación, porque no sabe si se encontrará a solas con Sophy, que está siempre vigilando. En fin, según un rumor que circula por ahí, Brand ha asegurado que no va a seguir en esa casa; va a largarse y los demás que se las arreglen. No creo que de verdad vaya a hacerlo (sería un poco difícil, porque legalmente son todos hijos suyos, si bien las malas lenguas cuentan historias extrañas al respecto), pero no me sorprendería enterarme de que ha venido aquí con la esperanza de que su padre lo ayude a escapar.

—Me parece impensable que padre haga algo así.

—Y, sin embargo, sería lo mejor para todos. Desde luego, lo sería para Brand. En cuanto a esa mujer, no tardaría en encontrar quien la mantuviese, y enseñaría a esos niños a cuidarse solos. La mayor, Margot, no tendrá más de diez años, pero no es una criatura inocente. Sabrá desenvolverse casi tan bien como su madre cuando tenga quince. Y, sin lugar a dudas, librará a la familia de una adquisición cuestionable. Al fin y al cabo, supongo que esos niños son sobrinos tuyos.

»Y, si Richard consigue su título y no tiene hijos, Ferdinand (¿alguna vez has oído que llamasen así a un niño de Fulham?) será lord Tomnoddy[4] a su debido tiempo.

Me pregunto si Richard ha pensado en eso.

»Si no lo ha hecho ya, seguro que algún miembro de tu adorable familia se lo hace notar. Yo en tu lugar no me preocuparía.

—Pero tú, Miles, ¿por qué accediste a venir? ¿Qué puedes hacer?

—Seguro que nada, pero no creo que Brand me deteste tanto como al resto de la familia, y voy a desempeñar la función de observador por él, para evitar, si puedo, que ocurra algo demasiado horrible. Cosa que no me sorprendería, teniendo en cuenta la atmósfera de este sitio y las personas reunidas bajo su techo. Entre tú y yo, no me extrañaría en absoluto que sucediese alguna tragedia antes de marcharnos. Tenemos todos los ingredientes para una explosión de primera magnitud, y, si hace saltar este lugar por los aires, tanto mejor.

—Supongo —dijo Ruth con aire vacilante y la impulsividad irregular que había marcado su más tierna infancia— que si nos levantásemos ahora no habría ningún tren que pudiéramos coger, ¿verdad? No sé por qué, pero de repente siento que no aguanto más aquí. No siempre te creo, pero hay algo profético en lo que has dicho esta noche. Creo que va a ocurrir algo horrible…

—No será menos horrible porque huyamos de ello. No, tenemos que quedarnos. Además, está Brand. Hay otros también, pero no movería un dedo por ellos. Su problema es el dinero en el sentido más miserable. Brand es distinto. Está pagando un interés compuesto por un error estúpido que cometió hace una docena de años. Y tiene algo poco común que dudo que alguno de vosotros sepa ver. Todavía arde, a pesar de toda su desilusión y desesperación. Está en el sitio equivocado y, por supuesto, con su vida exprimida. Si pudiera salir de aquí, tal vez sería su salvación. Brand tiene algo valioso que no debe echarse a perder. Si no se hace algo pronto, habrá una tragedia peor que lo que pueda pasar aquí esta noche.

—No sabía que tenías esa opinión de él —respondió maravillada Ruth, con una expresión seria en sus ojos negros y su rostro iluminado, como el de su hija mayor, por la perplejidad y la curiosidad.

—No se trata de Brand (del individuo que representa, quiero decir); se trata de algo que él es, algo intangible; no el hombre, sino el vehículo de poder que representa. No sé si consigo explicarme.

Le pareció que seguramente no lo había conseguido, y fue hasta la ventana, desde donde se veían pequeños grupos de personas volviendo de la misa del gallo e inclinadas contra el viento nocturno. Los contempló como peregrinos de la nueva era volviendo de Belén. Sus siluetas oscuras, recortadas contra la nieve, semejaban una escenografía de Lovat Fraser[5]. El recuerdo de las niñas volvió a atenazar su corazón.

La casa estaba agitada por los ruidos propios de las casas viejas por la noche. Las puertas chirriaban y las sombras parecían llenas de vida desconocida; se oían pasos fantasmales en los pasillos vacíos y en las escaleras a oscuras. En una ocasión, Miles creyó haber oído realmente unos pies fantasmales titubear al otro lado de la puerta, pero desechó con brusquedad ese pensamiento por considerarlo un desvarío absurdo.

Lo que él no sabía era que los pies que pasaban por delante de su puerta eran los de Brand avanzando a tientas por el pasillo, con los zapatos en la mano, de vuelta a su habitación.

6. BRAND



Brand había sido desde el principio una espinita para la familia. Destinado a la Iglesia, en lugar del difunto Philip, para ocupar el magnífico beneficio familiar cuya titularidad había ostentado siempre un Gray, se rebeló a los dieciséis años, exigiendo la oportunidad de convertirse en artista. Fue singularmente desafortunado con sus padres a este respecto. A raíz de un incidente lamentable en su propia carrera unos años antes, Adrian se había vuelto cada año más intolerante, estúpido y desconfiado con las motivaciones de los hombres, y llegó a convencerse de que solo querían estudiar arte porque ese estilo de vida permitía mayores licencias a su moral y su comportamiento. Los artistas, bien lo sabía él, no se casaban con la mujer con la que vivían, no mantenían a sus hijos, dejaban la vivienda sin estar al día con el pago del alquiler, pedían dinero prestado sin intención de devolverlo… eran, *tout court*, un hatajo de borrachos, licenciosos e indecentes que no aportaban nada a las arcas de la comunidad a cambio de la comida y el alojamiento que reclamaban como un derecho.

La trayectoria académica de Brand había sido accidentada, y esa nueva prueba de su inestabilidad enfureció a su padre. Trató al chico sin tacto y sin la deferencia que los mayores le deben a la juventud. Brand reaccionó marchándose de casa sin decir una palabra, y nadie averiguó nunca de dónde había sacado los medios para fugarse. Unos meses después, les llegaron noticias de que estaba en París. Richard viajó hasta allí para traerlo de vuelta, pero volvió solo. Brand, dijo, había encontrado un trabajo que le daba para pagar la comida de cada día, las velas y el alquiler. Su alojamiento, añadió Richard quisquilloso, era sumamente insatisfactorio, y el modo de emplearse, impropio de su cuna y su origen. En cuanto a su tiempo libre, lo ocupaba del modo más derrochador e, incluso, peligroso. Había visto unos cuantos bocetos, del tipo que parecen preferir los jóvenes aspirantes a artista, entre la decoración de la habitación individual de Brand, y, personalmente, los encontraba espantosos. Le habló con gran seriedad a su padre del peligro de que corrompiese a sus hermanas, jóvenes e inocentes. Brand, por si fuera poco, había entablado amistad con una serie de sujetos indeseables, pues, por lo visto, su ascendencia y el respeto que le debía no significaban nada para él. En general, la situación era humillante y, al parecer, irremediable. Pasados tres años, Richard hizo un segundo viaje, en esta ocasión porque Gray estaba gravemente enfermo y no confiaban en que fuera a recuperarse. Aquella vez descubrió que su padre, Amy y él habían dado en el clavo con sus pronósticos. Brand había dejado su anterior empleo y ahora malvivía como artista. Era una especie de experimentalista, y, cuando consideraba que había alcanzado el dominio de una técnica, la abandonaba para embarcarse en otra: el colmo de la

estupidez, como le señaló Richard, pues los editores y los mecenas aprecian la estabilidad tanto como cualquiera y prefieren saber qué están comprando. Pero todos los cuadros de Brand eran una tomadura de pelo, y no pareció siquiera tomar en consideración la sugerencia de su hermano de que se centrase en una sola técnica. El Aprendiz de todo, lo apodó Richard.

Pero lo peor estaba por venir. Resultó que, durante el año anterior o más, Brand había vivido (promiscuamente, dijo Richard. «Deberías comprarte un diccionario», replicó Brand) con una mujer de turbia reputación, conocida en el barrio como Sophy. Nadie de la familia, en cualquier caso, supo nunca su apellido. Cuando se le planteó a las claras aquel episodio, Brand lo reconoció sin inmutarse, y añadió que la relación había terminado unos meses antes. Después de eso, Richard desistió de intentar persuadir a su hermano para que volviera, y, de todos modos, habría sido inútil.

En el informe que le dio a su padre, Richard no escatimó en matices e insinuaciones que sirviesen para hacerlo más eficaz. Pero incluso él se alarmó por la violencia y la furia con que reaccionó el anciano. Tuvieron que pasar varias horas antes de que se serenase lo suficiente para aguantar sentado en una silla un cuarto de hora.

—¡Qué libertinaje! —dijo jadeando—, ¡qué depravación! Y, si es así de joven, ¿qué cabe esperar más adelante? —arguyó, sin demasiada lógica, considerando que semejante conducta, en un hombre de más edad y con más experiencia, al que se le presume mayor autocontrol, sería menos abyecta.

—No es hijo mío —gritó colérico—, y nunca volverá a poner un pie en esta casa.

Pasó entonces a arremeter, con encendido fervor bíblico, contra aquellas «extrañas mujeres» y sus compañeros en la inmoralidad.

Richard logró apaciguarlo al fin, y el nombre de Brand dejó de pronunciarse. Entretanto, este siguió viviendo en París, en sitios extraños, y, cuando no conseguía vender sus cuadros, empleándose en trabajos a los que rara vez recurren los hombres de ilustre cuna y esmerada educación. No podía argumentarse, en defensa de la carrera que había elegido, que la fama o el dinero habían recompensado su genio singular. Estuvo a punto de morir de hambre en varias ocasiones a lo largo de aquellos años experimentales, y entonces, cuando parecía que había salido momentáneamente del hoyo de ansiedad y pobreza, la familia recibió, con sorpresa e indignación, el anuncio de que se había casado con aquella Sophy y ya tenían un hijo nacido unos meses antes de la ceremonia. Poco supieron de él a partir de ese momento. Gray se negó a hablar de su hijo o a conocer a su esposa, y Brand no escribió nunca. Fue el azar quien les trajo la noticia de la muerte del pequeño a los cinco años. Nada supieron de los días y noches de dolor, de las penalidades de cuerpo y espíritu que soportó Brand mientras veía a su hijo raquítico debatiéndose entre la vida y la muerte, con las extremidades retorcidas y el rostro transido de dolor; nada de todo esto llegó a sus oídos. Seis meses después, Brand, con su mujer y sus tres hijas, se mudó de París a Londres, donde consiguió un empleo insignificante como

dibujante de una turbia empresa que le pagaba una miseria y le obligaba a trabajar de forma poco honrada. Sophy volvía a estar embarazada, aunque, según las malas lenguas del vecindario, su marido no había intervenido esta vez. Brand no prestaba oídos a rumores, ni parecía preocuparle lo que hiciera su mujer. Tampoco le interesaban sus hijas, con quienes apenas hablaba. La familia se instaló en un deslucido barrio de artesanos de Fulham, donde podía verse a la desaliñada Sophy, con un chal cubriéndole el pelo desarreglado, cotilleando con los vecinos de peor reputación o comprando comida enlatada para su familia, mientras la casa acumulaba polvo y las niñas iban solas y sucias a un colegio en el que día tras día eran infelices y objeto de burlas por sus vestidos rasgados y sus zapatos rotos. No obstante, habían adoptado desde bien pequeñas una filosofía estoica. Como los vecinos no permitían que sus hijos jugasen con las Gray, estas se convirtieron rápidamente en unas pilluelas desaliñadas a las que veían jugar en la carretera y rebuscar en basureros y correr junto a vallas metálicas golpeándolas con un palo de madera, lo que sacaba de quicio a los más susceptibles del vecindario; a las niñas, por otro lado, no se les ocurría pensar que su madre fuera más negligente y maltratadora de lo normal. Aceptaban sin rechistar las discusiones entre sus padres, incluso entre ellas; cuando llegaba Brand, solían escabullirse enseguida. Su madre tenía el genio torcido e inestable de las personas dejadas, y era habitual que les pegase o las malnutriese cuando le daba uno de sus inexplicables ataques de furia o cuando, como ocurría a menudo, se encontraba bajo los efectos del alcohol. Los vecinos a veces se compadecían de ellas, cuando les parecía que estaban hambrientas y amoratadas de frío, y las invitaban a sentarse junto al fuego de la chimenea y les daban gruesas rebanadas de pan untadas con pringue o cortezas con una peculiar mermelada roja. Ni a Brand ni a Sophy les parecía raro que el tío de las chiquillas fuera un destacado parlamentario con residencia en Belgrave Square y su abuelo un caballero rural con rentas propias. Los niños, por supuesto, no sabían nada de sus familiares.

El 23 de diciembre de 1931, Gray recibió una carta de su hijo pequeño en la que le proponía que se uniría a su fiesta de Navidad. La prohibición de entrar en casa de su padre había sido levantada unos años después de su matrimonio. Así y todo, Sophy nunca lo acompañaba en sus visitas a King’s Poplar, algo que Brand agradecía. La vida con ella en las deficientes habitaciones que ocupaban, lo difícil que le resultaba escapar a sus continuas quejas y a sus sucias costumbres, lo irritaba aún más que las condiciones en los dominios paternos. Además, disfrutaba tomándole el pelo a Richard por no tener hijos y haciendo rabiar a Amy con su desprecio por las convenciones de la casa. Su hermana contaba las rebanadas de pan y las bolas de mantequilla que consumía cada visitante, y, para un hombre poco acostumbrado a la buena comida, era divertido, y al mismo tiempo satisfactorio, irritarla con tanta facilidad.

Gray no había respondido a la carta de su hijo, y Brand, cuya situación económica era aún peor de lo habitual, llegó sombrío y furioso, y resuelto a poner en marcha su

plan a cualquier precio. No podía esperar la comprensión de ningún familiar, pues el plan incluía en realidad el abandono de su propia familia con el fin de volver a París y retomar su trabajo allí. Pensó en sugerir que Sophy y los niños —el último de los cuales, dijesen lo que dijesen de él, estaba convencido de que no era hijo suyo— pasaran una temporada en King's Poplar, y tan insensatas eran su determinación y su confianza en el éxito del plan que logró persuadirse de que iba a formular una petición razonable. Se encontró con que Eustace y, a continuación, Richard le habían tomado la delantera. Sus esfuerzos por verse a solas con Adrian se vieron frustrados por sus dos hermanos, y también por Amy; así pues, tuvo que esperar a que se diera por terminada la velada —a hora temprana, pues al día siguiente era Navidad— para tener la oportunidad de abordar a su padre.

El encuentro fue acalorado desde el principio; el tono de Gray, aunque no dejó de ser cortés en ningún momento, se fue volviendo cada vez más despectivo y amargo. Brand habló feroz e imprudentemente. Gray respondió dándole su opinión sobre el arte, y la conversación terminó de la forma ya referida.

SEGUNDA PARTE

EL DIARIO DE HILDEBRAND GRAY

1



… Y lo más extraordinario de todo es que no fue más que un accidente, como si se me hubiera caído la jarra de la leche o uno de los platos llanos. Incluso presa del pánico fui capaz de comprender eso. No tenía más trascendencia que esas trivialidades. La trascendencia radicaba en las consecuencias. Y, se mirase por donde se mirase, era horrible solo pensar en ellas.

Fue tal mi desconcierto cuando lo vi desplomarse a mis pies, tan silenciosamente que bien podría haber sido un fantasma, que al principio no me di cuenta de lo que había hecho. Me quedé allí plantado mirándolo sin más. No me podía creer que estuviera muerto. Cuando por fin lo hice, dos cosas me asombraron. La primera fue la pasmosa rapidez de la muerte: un minuto antes estaba de pie en su pose favorita, tratándome con condescendencia porque yo era un fracasado desde su punto de vista, que siempre me había parecido tremendamente despreciable y falso, y ahora yacía en el suelo… y nunca, jamás, volvería a levantarse.

Supongo que no es una situación muy habitual. No debe de haber mucha gente que haya matado a su padre en un arrebato de ira; y, por esa misma razón, tiene que ser difícil para la mayoría creer que yo no lograba entender, no había forma de que me entrase en la cabeza, que eso era… lo que había sucedido. Me repetía una y otra vez: «Está muerto. Lo he matado. Soy un asesino. Los asesinos acaban ahorcados». Pero no servía de nada. No me lo creía, y al cabo de un rato, a fuerza de repetirlas, las palabras dejaron de tener sentido y se volvieron tan ininteligibles como cualquier combinación de letras cuando uno se queda mirándolas el tiempo suficiente. Incluso la palabra «asesino», la palabra «ahorcado», perdieron su significado.

Y lo segundo que me sorprendió fue el efecto que la muerte tiene en la gente; el efecto instantáneo y humillante. Tengo treinta y dos años, pero no he tenido mucho contacto con la muerte. La única ocasión que recuerdo, aparte de la que nos ocupa, es cuando Hartley murió en París, y todo fue distinto entonces. Ni siquiera había cumplido los seis años, murió después de sufrir un tormento, y todo se prolongó como una pesadilla. Aquello no se ajustó a la idea que yo tenía de la muerte. Fue un angustioso marchitamiento de la infancia empujada a una decadencia prematura. No había paz ni belleza en su cuerpo yacente en el ataúd, un trasto ridículo forrado de satén blanco, con lirios del valle rodeando aquel espantoso rostro consumido. Esa ha sido la única vez en que me he visto obligado a reconocer que hay un tormento al que los hombres son sometidos y que no solo puede conmover, sino estrujar literalmente el corazón. Aún hoy no soporto que me hablen de él, y uno de los motivos por los que me marché de París fue que quería vivir entre personas que no lo hubieran conocido.

Él ha sido, además de mi trabajo, lo único importante en mi vida, y la abandonó. Resulta irónico, si uno se para a pensarlo, que me casara con Sophy solo por el bien del pequeño y que ahora él se haya esfumado, dejándome con ella y con Margot, Eleanor, Dulcie, Anne y el bebé, del que muy probablemente no soy el padre, aunque, por supuesto, no puedo estar seguro y, de todas formas, ya da igual.

Pero, en esta ocasión, había algo tan horrible, tan espeluznante en esa muerte que me quedé mirando el rostro de mi padre con una especie de fascinación asqueada. Me esperaba algo de dignidad, en la muerte adulta al menos, cierta majestuosidad y grandeza. Pero no hubo nada de eso; ni rastro de heroísmo. Ahora que las comisuras de la boca ya no estaban controladas por la tensa mandíbula —y es curioso que nunca me hubiera percatado del esfuerzo desesperado que debía de suponerle mantener esa noble apariencia que le había granjeado la admiración de los hombres y ejercido una singular atracción sobre las mujeres—, los músculos cedieron a una débil mueca de irritación; las ventanas de la nariz, perfiladas con elegancia en su juventud, adoptaron un aspecto demacrado y de fastidio; la mirada estaba ausente, y el rostro, despojado de su magnífico ascetismo erudito, que le había servido de excelente máscara a lo largo de toda su vida, delataba ahora una asombrosa codicia.

Huelga decir que no me sorprendió, no más de lo que habría sorprendido a Richard, a Amy o —supongo— a Miles Amery, a quien siempre he atribuido más sentido común del habitual, no exento de una inteligente vena cínica, y no creo que se dejase engañar nunca por los modales de mi padre. Le gustaba (a mi padre) dárselas de filósofo, de hombre reflexivo y con un talante apacible, y, cuando alguna de las empresas de las que era accionista retenía sus beneficios o las acciones caían un par de puntos, se enfurruñaba como un niño, se negaba a comer, montaba números humillantes por nimiedades en los gastos de la casa, restringía este o aquel bien indispensable y, en general, se comportaba como si hubiera perdido miles de libras.

Alcé la vista y vi al primer Hildebrand observándome. Me llamaron así por él, el famoso príncipe de la Iglesia de principios del siglo XVI, cuyo retrato cuelga en un rincón de la biblioteca. Se supone que tiene un valor enorme. Hubo otro Hildebrand, pero era un oscuro fraile predicador que tomó el hábito y llevó una vida que nosotros —incluso yo, que vivo como un cerdo en un cuchitril inmundo de Fulham con el techo lleno de grietas, el papel de las paredes moteado por la humedad y en unas condiciones de salubridad infames— juzgaríamos repugnante. *Autres temps, autres modes*[6]. Él se adaptó muy bien, según parece, y poco después de morir se dio parte de tantos milagros en su tumba sin nombre que se aceleró su beatificación, y tal vez ahora ocupe una posición superior a la del cardenal. Lo cual ejemplifica la enseñanza de la Iglesia sobre los primeros y los últimos, y, por lo tanto, es perfectamente apropiado.

El Hildebrand que cuelga en la biblioteca tiene la expresión de un estadista, un estadista desencantado que es consciente de su poder y lo desprecia. Nunca me siento del todo cómodo cuando me encuentro con su mirada. Aunque, a decir verdad, nunca

he acabado de sentirme cómodo en la biblioteca. Que mi padre pudiera sentarse allí y cavilar sobre sus finanzas sin experimentar una sensación de autodegradación, o siquiera de incomodidad, puede dar una idea de la clase de hombre que era. Pensándolo mejor, no estoy seguro de que no sea el espacio idóneo que todo artista debería tener para trabajar; es decir, donde debería sentirse obligado a trabajar. No es un sitio donde uno pueda hacer chapuzas o darse por satisfecho con obras mediocres o incluso magníficas que apenas le hayan supuesto esfuerzo. Porque cabe imaginar que llegue un momento en que el trabajo no exija ningún esfuerzo, y entonces, claro está, tiene que avanzar y experimentar con lo imposible hasta que sea también factible, etcétera. Dudo que mi padre sintiese nunca ni una pizca de inseguridad de esa clase. Era capaz de entrar dándose aires en esta magnífica sala y pasarse horas y horas sentado calculando posibles ganancias y pérdidas, sin ni siquiera entender que estaba rodeado por la sabiduría, la belleza y los trabajos más sobresalientes de todas las épocas. Las paredes están cubiertas con los logros de los más grandes genios; hay allí libros rebosantes de sabiduría ante los que los artistas más brillantes deberían sonrojarse, conscientes de sus propias deficiencias. Y en una vitrina pegada a la pared hay expuesta una colección de artículos de cristal, ámbar y jade de tal belleza en su naturalidad y perfección que quitan el aliento. Por no hablar de los bordados de las sillas y el largo sofá que ocupa casi todo el hueco de la ventana. Mi padre solía hacerme bajar allí cuando me metía en líos, y, por más que lo intentase, no conseguía acordarme de la minuciosa mentira que había urdido antes de bajar. Él, en cambio, nunca sentía ninguna vergüenza. Cuando yo tenía unos diecisiete años, comprendí que solo había dos tipos de hombres capaces de trabajar en un espacio así: los muy humildes y los sumamente engreídos. Pero cavilando sobre su insignificancia, e incluso avergonzado de ella, se me ocurrió, mientras contemplaba su cadáver a mis pies, que seguramente aquel escenario le hacía un flaco servicio, y que tal vez habría parecido menos despreciable en otra estancia de la casa.

Me sorprendí, de hecho, diciendo en voz alta: «Sería una mala pata para cualquier hombre corriente morir aquí», y así escuché las palabras por primera vez y cobré conciencia de lo que había hecho. No me hizo falta repetir la fórmula. La situación, con todos sus riesgos, se presentó ante mí con repentina claridad. El hecho de que hubiera cogido el bloque de latón, que él utilizaba como pisapapeles, con la intención de estamparlo contra la mesa para hacerle callar de una vez por todas, aunque sin intención de golpearlo a él, no me dejaba en una posición muy favorable. Nunca conseguiría que un jurado sensato entendiese que, cuando un hombre del calibre de mi padre empieza a hablar de arte y de las obligaciones del individuo con la comunidad (obligaciones que, en su opinión, huelga decirlo, los artistas no satisfacen), hay que pararlo porque se hace insufrible. Noté cómo mi cuerpo temblaba con esa rabia frenética e impotente que sienten los niños cuando advierten su incapacidad para defender su punto de vista en alguna situación. Un hombre con esas opiniones no merecía seguir viviendo; era un desperdicio excesivo. No respeto la vida

como algo en sí mismo valioso, a pesar de que respeto cualquier forma de vida que cumpla su función. De igual modo, no acepto que cualquier grupo de hombres tenga derecho a dictarle al individuo, o a otro grupo, la naturaleza de su función particular. Todo en mi padre era fútil, así su muerte como su vida, y, puesto que yo había causado su muerte, participaba de esa futilidad. Es más, nunca me he avergonzado tanto por nada, y, al mismo tiempo, no lo sentía lo más mínimo. Fue una estupidez, lo admito, casarme con Sophy, pero puedo encontrar justificación a eso. Estaba Hartley, y no había forma de prever que moriría a los cinco años. Pero esto fue resultado de un arrebato de furia ciega, el tipo de sentimiento que la gente falsa e innoble despierta en mí. Me habría disgustado muchísimo menos si hubiera tenido el valor de defender sus convicciones y hubiera dicho: «Lo único que me interesa es lo que poseo, lo que me pertenece. Ese es el eje de mi vida». Pero tuvo que aparentar más refinamiento y nobleza de los que tenía, y fue ahí donde fracasó por completo desde un punto de vista artístico. Pero comprendo tan bien como cualquiera que es inútil esgrimir semejante argumento ante un jurado.

Pensar en jurados me recordó una particularidad de mi situación, y al punto me puse furioso de pensar que mi vida, que tenía cierto valor, había quedado arruinada por culpa de la suya, que no valía nada. A buen seguro, no todo el mundo estará de acuerdo con mi escala de valores. Desde luego, nadie de mi familia bajo este techo, y tampoco Sophy. Dudo que algo de lo que me suceda vaya a afectarle. Al menos ella no finge lo contrario, aunque no se puede decir que la admire más por eso. Sospecho que, en el fondo, soy tan incongruente como ella. Me niego a admitir que ella o mi padre hayan tenido alguna vez una meta en la vida, y eso, a mi modo de ver, te priva del derecho a vivir. Ella carece de un orgullo familiar al que apelar para atacarla y, dadas las circunstancias, sería absurdo buscarlo. Su madre no tenía mejor reputación que ella, y mi familia se ha negado siempre a reconocerla. A excepción de Isobel, que no cuenta y ha sido machacada hasta la saciedad por mi padre y Amy, no han querido que se acerque a la casa, y lo cierto es que Sophy no se sentiría cómoda aquí. No porque fuera a mostrarse avergonzada y humilde con el servicio y encogida con mi familia. Bien al contrario, sería descarada y maleducada. A fin de cuentas, ya sabía que era así cuando me casé con ella. De nada sirve lamentarse ahora.

Mi enfado era, sobre todo, conmigo mismo. Por fin había tomado una decisión inamovible, la determinación de cerrar esta etapa gris de mi experiencia y volver al único lugar del mundo en el que me siento cómodo y puedo hacer cosas útiles; y, justo entonces, un acto de supina estupidez iba a echar por tierra todos mis planes. Me resultaba intolerable que mi padre, que había frustrado y defraudado sistemáticamente todas las esperanzas que alguna vez he abrigado, tuviera la oportunidad de continuar esa tarea después de muerto, y en connivencia conmigo. Porque, si yo hubiera arrojado ese pisapapeles de latón contra el escritorio, como era mi intención, en vez de blandirlo contra él con el frenético deseo de borrar de su cara esa expresión falsa, desdeñosa y condescendiente, ni siquiera él habría podido evitar

que llevara a cabo mi plan. De un modo u otro, lo habría obligado a ayudarme. Había jurado que no lo haría, pero ni mucho menos habría permitido que se dijera que sus nietos estaban en casas de acogida. De hecho, creo que podría haberse visto obligado por ley a proveerlos de algún modo, y así se lo dije.

—Me largo —le anuncié sin más—. Vuelvo a París.

—Y ¿qué hay de Sophy y los niños? —preguntó.

Algo malvado dentro de mí me empujó a responder:

—Quedan a su cuidado, señor, si fallan otras provisiones.

—No les daré ni un solo penique —gritó, y añadió que probablemente la mitad ni siquiera eran hijos míos.

Respondí que, según la legislación inglesa, un hombre es responsable de todos los hijos de su esposa, con independencia de quién sea el padre, siempre y cuando siga siendo su esposa, y añadí que él sería considerado responsable de los cinco, en caso de intervención del Estado.

Se levantó de un salto, ciego de rabia, y gritó con crueldad que se desentendería de esos bastardos y que le traía sin cuidado que acabasen sus días en un asilo de pobres. Le dije que seguramente ni siquiera sabían que tenían un abuelo, pues no se les había permitido acercarse a menos de un kilómetro de la casa, y que mi desaparición tal vez les viniera bien a todos, ya que les daría la oportunidad de conocerse.

Me despreció; habló de estorbos y charlatanes y sanguijuelas; me recordó los días en que Richard y él me ayudaron. Me soltó una perorata sobre la imprevisión, la imprevisión deshonesta.

¿Qué podía decir yo? Claro que me había ayudado. Estaba al corriente de mi situación, y sería interesante ver cómo Richard o él sacaban adelante a una familia con algo menos de cinco libras a la semana. Mi única respuesta (que había gastado muy poco en mi educación y que, sin inversión, uno no puede esperar beneficios) tuvo por réplica que había tenido mi oportunidad y me había negado a aprovecharla, y, por lo tanto, había perdido el derecho a mayores consideraciones. Fue entonces cuando empecé a perder los estribos, porque pasó a comparar el presente con una imagen idealizada de lo que podría haber sido; lo que podría haber sido según él, claro, si yo hubiera acatado su criterio. Y, cómo no, tuvo que tomarla con Sophy. No la había visto nunca, y es poco probable que pudiera comprender alguna vez la impresión que me había causado doce años antes. Era una de esas mujeres de aspecto demacrado que parecen un pozo de pasión reprimida pero que son en realidad como esas mantequillas de cartón de los escaparates de las lecherías. En aquel momento, sin embargo, la vi como una Eloísa[7] o una Laura[8]. Pasamos un tiempo distanciados, y al principio la olvidé, pero después perdí la cabeza por ella otra vez y traté desesperadamente de encontrarla. Entonces me enteré de que había dado a luz un hijo mío. Yo tenía apenas veinte años, pero sentía que cargaba a mis espaldas con una cantidad de experiencia poco frecuente incluso en hombres que me doblaban la

edad. Cuando vi al pequeño Hartley —no se había molestado en bautizarlo, así que pude ponerle el nombre que quise—, insistí en casarme con su madre. Ella pasó desde el principio a un segundo plano; lo que yo sentía por ese chico no puede expresarse con palabras y, de todas formas, de nada serviría ya. No surgía, ese sentimiento, de un amor innato por los niños. Cuando Sophy empezó a engendrar niñas como conejos, las ignoré todo lo que pude. A ella tampoco parecían preocuparle, y nunca les prestaba mucha atención, más allá de alimentarlas con descuido y amenazarlas con despellejarlas vivas si no se estaban quietas.

Cada vez que llegaba un nuevo bebé, yo juraba que sería el último, pero viviendo como vivíamos, compartiendo cama en pequeños dormitorios, sin apenas dinero, agotado por el trabajo y una ansiedad a la que son ajenos los hombres solteros, no es de extrañar que renunciase a mi determinación y me procurase cualquier satisfacción que pudiese ofrecerme Sophy. Hasta yo tuve que admitir al poco tiempo que no podíamos seguir así; ganaba muy poco dinero, y no había un solo día en que no estuviera enferma alguna de las niñas, a las que había que llevar al médico y comprarles medicinas, cuando no pedían a gritos ropa de abrigo. Las quejas de Sophy me sacaban de quicio cada vez más. En cuanto me ponía a trabajar, entraba ella en el estudio con aire lastimero, protestando porque no había suficiente dinero en la casa para la comida del mediodía. Escribí a casa para pedir ayuda un par de veces, y mi padre me mandó una pequeña cantidad de dinero y una gran cantidad de consejos y de sabiduría atesorada a lo largo de los años. Pero la vida se me hacía imposible, y al final, desesperado, acepté una oferta de trabajo en el despacho de un delineante. Cobraba cuatro libras a la semana, y eso nos permitió alquilar una mísera casa adosada en Fulham. Para entonces, Hartley ya había muerto, y en su lugar había tres niñas pequeñas y un bebé de camino. Mi trabajo consistía en dibujar casas de forma que parecieran tres veces más grandes de lo que eran, lo que permitía a mis jefes engañar y estafar a sus clientes. No voy a fingir que el problema ético planteado por mi participación en el timo me afectaba mucho. Lo que me parecía imperdonable era desperdiciar los mejores años de mi vida en tan vana ocupación. Tenía veintisiete años y estuve cinco en aquel despacho. Y hace un mes decidí que, costase lo que costase, me marcharía de allí y volvería a mi trabajo.

Y, de igual forma que no me preocupaba la gente a la que engañaban con mis dibujos, me negué a tomar en consideración a Sophy y a sus hijas. Por entonces ya era lo bastante cínico para pensar que, si la gente permite que la engañen, es problema suyo. Y yo me veía a mí mismo como una víctima más de los embaucadores. Me despreciaba con toda el alma.

A lo largo de esos cinco años, trabajé —lo que yo entiendo por trabajar— siempre que pude. Al principio Sophy me alentaba, hasta que comprendió que no servía de nada. Me seguía hasta el estudio diciéndome: «Pero, Brand, ¿por qué no haces un cuadro bonito del puente? Siempre hay hombres pintando ese puente, y luego venden los cuadros y vuelven para hacer más».

—Y venden esos también y vuelven otra vez —aventuré.

Ella asintió.

—¿Y eso es lo que quieres para mí?

Su respuesta fue grosera, mordaz y vulgar, para variar.

—Mi idea es que los niños tengan zapatos y yo tenga ropa interior que no me dé vergüenza llevar puesta en caso de sufrir un accidente —gritó.

Al final uno acaba por acostumbrarse a esa mentalidad: la de quienes creen y aseguran que es más importante ganar un sueldo que trabajar en lo tuyo; es decir, la de casi todo el mundo. No hay duda de que era culpa mía haberme casado, pero no iba a malgastar mi valiosísimo tiempo libre pintando el maldito puente de Battersea o las vistas desde Hammersmith a Putney.

Mi hermana Olivia era otra que no podía dejarme en paz. Supongo que Sophy fue a verla para pedirle dinero, probablemente con alguna de las niñas vestida con harapos. Siempre he detestado a Olivia, y en especial desde que se casó con ese financiero judío pérfido y barbilampiño, Eustace Moore. Él está orgullosísimo de ella; van «sencillamente a todos los sitios, querida», y ella escribe cartas alegres y detestables en los semanarios ilustrados: «Mis adorables princesas, quiero hablaros de un sombrero que he visto esta mañana en el boulevard», o: «Dicen que anoche ocurrió algo de lo más extraordinario en el Monroe-Phillips…». Eustace la tiene en un altar porque puede parecer una dama (lo que él entiende por una dama, al menos) y, aun así, ganar dinero como una mujer de negocios. Tienen dos hijos, Montague y Arnold, y un coche cuya fotografía sale en los periódicos. De vez en cuando Olivia me escribe, o incluso se pasa por Fulham («Reza por mí, querida, voy a visitar los barrios bajos. Sí, mis familiares pobres. Demasiado horrible, ¿verdad?». Casi puedo oírla decir eso a sus amigas de la buena sociedad).

—No pienses que soy poco comprensiva, Brand —me dice, con lo que se suele llamar, según creo, una voz líquida—. No es que no lo sienta por ti. Pero la vida es aún más grande que el arte, y tienes hijos en los que pensar. Créeme, entiendo tu postura. Pero Eustace se sentiría terriblemente maltratado, igual que los niños, si yo no dejara a un lado el trabajo cuando me necesitan. Y, sin embargo, te aseguro que, cuando estoy en vena, es como si no existiera otra cosa en el mundo. Es cuestión de disciplina y, aunque a veces me molesta que Eustace me interrumpa, me consuelo pensando que la disciplina es tan necesaria para escribir (o para pintar) como para educar a los niños.

—Y toda esa porquería que hago en Higginsons ¿es disciplina valiosa para mí? —pregunté.

Sonrió y dijo que sí, que lo era. Desde hace años, cada vez que pienso en ella o la veo, sueño con desquitarme. Entre ella, Sophy y mi padre, las cosas han sido casi insufribles. Se lo recordé esa noche. Ya saben lo que pasa en estos casos, cuando la dignidad de la vida se apodera de ti y respondes por instinto, sintiendo un especie de nobleza por el simple hecho de estar ligado a la vida. Y hay otros días en los que la

palabra dignidad no significa nada, y te sientes rastrero y vulgar y descontrolado. A eso se le llama un ataque de nervios o de histeria, si no me equivoco. En definitiva, significa que has llegado a un punto en el que has soportado cuanto podías. Después de las últimas siete semanas en Fulham, la discusión de esta noche con mi padre fue la gota que colmó el vaso. Sabía cuando fui a King's Poplar que no estaba preparado para esa conversación; me habría gustado tomarme un poco de tiempo para recobrar fuerzas. Pero, cuando vi a Richard y a Eustace cerniéndose como buitres sobre un cuerpo que, aunque no estaba del todo inerte, consideraban ya carroña que merecía ser defendida con uñas y dientes, supe que no podía esperar. Mis reflexiones sobre el tipo de vida que me proponía llevar en adelante me habían llenado de un optimismo completamente infundado y, cuando fui a ver a mi padre, les doy mi palabra, aunque nadie vaya a creerme, lo hice convencido de que esta vez lograría que comprendiese mi punto de vista y aceptase mis sugerencias. Bastaron cinco minutos para darme cuenta de lo iluso que había sido. Puede que yo llegase cambiado por las expectativas y la esperanza, pero él era el mismo de siempre. Me conozco sus críticas de memoria. Siempre las mismas patrañas sobre la responsabilidad, la familia y el valor del trabajo honrado. Intenté hacerle ver que mi trabajo actual no era honrado, ni en esencia ni en la práctica, y que, para un hombre con mi potencial, quedarse allí era tan malo como robar. Ni que decir tiene que desestimó todo eso con el mayor desprecio —oratoria de Fulham, lo llamó— y tanto su ánimo como el mío empezaron a exaltarse. Bromeó de un modo insolente e impertinente a costa de hombres a los que no les llegaba ni a la suela de los zapatos. La discusión fue subiendo de tono; una vez perdida la calma, no tardé en llegar al límite de mi paciencia. Fue en ese momento cuando agarré el pisapapeles.

—Tienes toda la razón —dijo él riéndose—; argumentos como los tuyos necesitan refuerzos sólidos.

Y entonces le golpeé, sin tener más conciencia de lo que hacía cuando estiré el brazo que del propio pisapapeles. En cuanto cayó al suelo, silenciosamente y sin un quejido, noté cómo me abandonaba la ira. Me sentí pequeño, ligero y vacío. Me percaté también de que hacía frío. Miré hacia la chimenea: el fuego llevaba ya un rato apagado.

2



Después de recobrar la cordura y ver la situación tal como era en realidad, estuve deambulando por la habitación, sin hacer nada. Era vagamente consciente de que había cosas que hacer, pero no era capaz de determinar cuáles. Creo que durante un minuto esperaba que la puerta se abriera de golpe y entrase toda la familia atropelladamente, en bata, con el pelo revuelto y el ceño fruncido por la sospecha. De hecho, me los imaginé entrando, como en el final de algún cuento infantil. Pero no ocurrió nada, y me olvidé enseguida de ellos. Empecé a temblar, pero creo que por el fortísimo viento que se oía rugir fuera. La casa solariega de King's Poplar está construida en una ladera empinada, y queda muy expuesta a cualquier temporal. Por las mañanas, la hierba del prado es como cristal cuando la alcanza el sol, y todos los arroyos están congelados. La pasada noche de Navidad, la tierra estaba endurecida y escabrosa, como la retrata Christina Rossetti en su villancico: «El viento ruge, la tierra es como el acero, y el agua como la roca»[9]. No había ganado en los pastos (se habría congelado, supongo), ni aves en los lagos y arroyos atrapados bajo el hielo. El paisaje tenía un aire de profunda desolación. Buena parte de las casas vecinas son granjas, y ha habido mucha angustia durante el duro invierno. No se puede decir que la tierra le ponga las cosas fáciles a sus trabajadores, y esta temporada nefasta llegó después de una mala cosecha; los valles que se extienden bajo nuestras ventanas estaban repletos de hombres desempleados, y se oían historias inquietantes de disturbios cerca de aquí. Un vendaval había estado bramando a lo largo de las últimas veinticuatro horas. Si te quedabas quieto un momento y escuchabas, daba la impresión de que la casa iba a venirse abajo; había un ruido y una confusión enormes al otro lado de la ventana, donde los árboles y arbustos crujían y gemían con el viento. De hecho, cuando por fin bajé la vista al cuerpo tirado junto a la ventana, tuve la vívida impresión de ser la única persona con vida en la casa. A ese pensamiento le siguió la extraña sensación, conocida por todo el mundo, de que había alguien más en la biblioteca, y cuando alcé la vista de golpe vi, para mi gran horror, una cara mirándome fijamente. Al principio no reconocí aquel rostro de tez oscura con la cabeza erguida, el pelo negro peinado hacia atrás con pulcritud y determinación, los labios congelados en una mueca, la barbilla dominante y los ojos negros y centelleantes; todo su semblante irradiaba una vitalidad que me dejó sin habla. Entonces supe quién era. Desde mi última visita, mi padre había comprado un espejo francés de exquisita factura que estaba colgado en la pared que quedaba frente a mí. Y el rostro que yo veía, mirándome fijamente, era el mío. Me fascinó tanto ver el aspecto que tenía cuando estaba desprevenido, inconsciente y alerta, que pasé por

encima del cadáver y me acerqué al espejo, movido por una curiosidad mayor incluso que mi admiración. De modo que esa era la personalidad que solía ocultar bajo el porte y la indumentaria andrajosa de un empleado que cobraba cuatro libras y diez chelines a la semana. Aquel era el hombre esencial que me había propuesto ser, el que se había propuesto ser yo (seguí tergiversando las palabras para que la idea calase en mi sorprendida conciencia), y al que, al parecer, no habían vencido del todo las circunstancias de mi vida personal.

Cuando vi ese rostro inteligente y ambicioso, pensé de inmediato: «Es infame que un hombre así desperdicie su vida dibujando planos falseados para Higginsons». Tan poderosa era ya la fuerza de la revelación que estaba impaciente por marcharme a hacer mi trabajo. Me pareció notar una renovada agilidad en la muñeca, una mayor amplitud de miras, la imaginación más viva y las ideas acumulándose con gran rapidez en mi cabeza. Vi un futuro lleno no de éxitos —ni del dinero que los acompaña— sino de nuevas concepciones, de experimentos, de ideas colosales. Como si se hubiera roto un dique, o se hubiera derribado una puerta, sentí cómo me inundaban por dentro nuevas fuerzas que sumergían mi timidez y mi ansiedad. Le debía al yo que había revelado aquel espejo darle a ese hombre una oportunidad. Decidí instintivamente conservar su expresión y su determinación, fortalecer en adelante mi propia voluntad. Siempre llevo encima un cuaderno de esbozos y un lápiz, y ese lápiz no se lo dejo a nadie. No es una cuestión de superstición, pero no lo presto para anotar cualquier cosa. A decir verdad, no lo presto para nada.

Mi cerebro parecía en llamas. Mi mano se movía con una seguridad y un brío nuevos. Enseguida trasladé al papel ese rostro memorable y, cuando terminé, me quedé allí plantado admirando mi obra, la audaz economía en el trazo, la minuciosidad de los detalles, la impresión de personalidad enérgica que transmitía el esbozo.

Lo firmé como acostumbro hacerlo, con lo que Sophy llama mi melodramático monograma, y le eché un vistazo al calendario para comprobar la fecha. Siempre ha sido una de mis manías firmar y fechar incluso los trabajos más insignificantes. Cuando vi el número 24 en el calendario, me acordé de que era Nochebuena y pronto sería Navidad. Y, al mirar el reloj, descubrí con sorpresa que las manecillas marcaban la una y media, y que, por lo tanto, ya era Navidad. Empecé a garabatear 25-12… cuando me sobresaltó un repentino alboroto a mi espalda. Me volví, soltando el lápiz, preparado para hacer frente a un ataque aterrador. Pero era solo el viento, que había abierto de golpe una ventana, empujado las cortinas y tirado al suelo un cuenco azul. Se produjo un gran estrépito, con una sucesión de silbidos y ráfagas de aire y la batahola característica de las cortinas de tapicería en una tormenta. Me quedé horrorizado. Ahora, pensé, la casa entera se vendrá abajo y me aplastará como a una rata. Y, al desvanecerse de pronto toda esperanza, descubrí con sorpresa que no estaba asustado. Me puse tenso instintivamente, desde luego, como creo que le habría pasado a cualquiera; pero ni temblé ni sudé. Todavía tenía el dibujo en la mano, y

parecía transmitirme cierta entereza burlona. Se me había caído el lápiz con el estropicio del jarrón, y ahora, al agacharme a recogerlo, descubrí con fastidio que la punta se había roto. Miré alrededor en busca de un cuchillo, pero no vi ninguno, y de todos modos, reflexioné un segundo después, ya no lo necesitaba.

Me alegra decir que no entró nadie, a pesar de que la casa estaba llena de gente. Me los imaginé como los había visto en la cena, tan correctos y bien acomodados, con su ropa de primorosa confección, sus modales impecables, sus ademanes corteses y vacíos, su cháchara intrascendente, su desconocimiento total de la realidad. Y, sin embargo, me atrevo a decir que era pura fachada; por dentro, a Richard y Eustace los devoraban sin duda la impaciencia y la incertidumbre. Pero lo disimulaban bien. De todos modos, incluso con su cortesía conseguían dejar muy claro que yo no pertenecía a su mundo, pero estaba aquí, y no porque me hubiera visto obligado a venir de mala gana, pues, al fin y al cabo, no había sido invitado, sino porque me había pegado a ellos. Recordaba especialmente a Olivia vestida de satén blanco, que no le hacía ningún favor a su cutis, y a esa mujer con la que se casó Richard, espectacular con un brocado verde mar. El vestido era de una elegancia fuera de lugar en un sitio como este, pero la hacía sobresalir como una figura en un lienzo. No me interesan demasiado los retratos, pero me gustaría tener la oportunidad de pintarla como una de las grandes figuras simbólicas o legendarias. Nunca he entendido qué pudo ver en Richard; pero, igual que los demás, hace el papel de maravilla.

Al pensar en todos ellos, y en mis propias ambiciones, que ni por un solo instante se me fueron de la cabeza, los visualicé como una jauría siguiendo mi rastro, y al punto tomé la determinación de que no me dejaría atrapar. De alguna forma tengo que ingeniármelas para confundirlos, dejar pistas falsas, negar que he estado aquí. Me puse a examinar de inmediato la estancia para encontrar huellas evidentes de mi presencia. Lo primero que captó mi atención fue el pisapapeles, que estaba en el borde del escritorio, donde yo lo había dejado en el primer momento de desconcierto. Tenía una mancha oscura —sangre, por supuesto— y un resto de piel manchada de sangre. Me volví hacia mi padre y vi que la sien, donde lo había golpeado, estaba hinchada y amoratada. Se apreciaba un corte alargado y muy definido encima de la ceja. Mi primera esperanza de hacer que pareciera un accidente se vio truncada. Saltaría a la vista que no se había caído, sino que lo habían tumbado de un golpe. Barajé por un momento la posibilidad del suicidio, pero quedó también descartada. Difícilmente podría un hombre quitarse la vida de forma tan absurda. Solo cabía una solución: la verdad; y tenía que retorcerla de tal modo que todo apuntase a otro culpable. Me saqué un pañuelo del bolsillo y limpié el pisapapeles. Debía poner buen cuidado en no dejar huellas reveladoras que pudieran relacionarse con el crimen. Y, dado que el pañuelo estaba ahora manchado, decidí destruirlo antes de salir de la biblioteca. Lo sentí, porque era un buen pañuelo, de seda de primera calidad. Sophy me da unos de algodón barato con toda la pinta de haber salido de sábanas desechadas; en cualquier caso, nunca quedan bien al lavarlos, y acaban incautados

con frecuencia por alguno de los niños, aquel que haya cogido el resfriado de turno. Sorprendí a Olivia mirando con desdén mi pañuelo el día anterior, en la comida, así que, cuando al bajar a cenar vi que a Eustace se le había caído uno de los suyos de seda en la puerta de su dormitorio, me lo apropié sin remordimientos de conciencia. Isobel se burló de mí. Estaba prosperando en la vida, me dijo.

Olivia tiene una costumbre que siempre he detestado, pero de la que ahora podría aprovecharme. De pequeña siempre sabía con exactitud todo lo que poseía, y se libraban feroces batallas a propósito de la propiedad de algún mísero juguete o de un pedazo de tela. No tengo ninguna duda de que en cualquier momento de su vida matrimonial podría haber recitado de un tirón una lista del guardarropa de Eustace y del suyo, recordando dónde se compró cada artículo. Y, si él había perdido un pañuelo, con toda certeza a ella no le pasaría por alto. Confié por mi bien en que descubriera su pérdida antes de que alguien diera la voz de alarma, porque entonces se encontraría lo que quedase de él en la misma estancia que el cadáver, y se sacarían conclusiones evidentes. El fuego, por desgracia, estaba apagado, y tuve que quemar el pañuelo valiéndome de cerillas. Hicieron falta unas cuantas, pues entre las medidas de ahorro de Sophy está la de comprar cerillas baratas de fabricación extranjera que a menudo tienen la consistencia de una astilla y se rompen al menor contacto. Cuando acabé de quemarlo, metiéndolo entre las cenizas con un atizador para asegurarme de que quedaba como prueba, eché un vistazo alrededor preguntándome qué hacer a continuación. Y en ese momento sucedió algo espantoso. Toda mi vida, desde mi más tierna infancia, he sufrido repentinos ataques de pánico, debido por regla general a la fatiga excesiva de mi imaginación. Desde bien pequeño, la bruja de la noche venía a sentarse en mi almohada[10]; y, cuando el pánico se adueña de mí, vuelvo a sufrir esos viejos delirios. En ese momento, por ejemplo, me pareció ver en la penumbra a un hombre asombrosamente alto apoyado en la librería y mirándome con aire despreocupado y burlón. Al desviar un poco la mirada, descubrí a un enano encorvado entre las colgaduras del sofá; vi caras farfullando desde los pliegues de las cortinas, y oí pasos en los rincones oscuros. Reparé horrorizado en que no había advertido aquellas apariciones hasta que había cerrado la ventana, y me asaltó la idea de que, al hacerlo, me había encerrado con aquellas criaturas fabulosas e imaginarias. Por absurdo que parezca, tardé unos minutos en persuadir a mi alterado cerebro de que aceptase lo evidente: esto es, que me había dejado aterrorizar por un montón de sombras, ecos y efectos visuales producidos por una disposición casual de tapices y colgaduras.

Es asombroso lo lento que funciona el cerebro en momentos de crisis, justo cuando cabría esperar un nivel de alerta por encima de lo habitual. Me quedé con la mirada perdida vagando por la biblioteca, sin una idea fija en la cabeza, salvo la firme intención de eludir de algún modo las consecuencias de lo que había hecho. No es que subestime el asesinato como crimen; estoy dispuesto a admitir, incluso, que es el peor de los crímenes, pues significa privar al prójimo de lo único que vale la pena

poseer: la vida física. Aunque desconozco qué valor podría tener la vida para un hombre como mi padre, sobre todo si tenemos en cuenta que, de ser ciertos los rumores, estaba a punto de perder hasta las cosas despreciables que le importaban. Fue entonces cuando vi el talonario entre los papeles de su escritorio.

3



Son muchas las tonterías que quienes no son ni artistas ni pobres dicen sobre las ventajas de la pobreza, sobre la libertad que otorga una renta exigua y la correspondiente ausencia de responsabilidad. Poetas que no han de ganarse un salario, sino escribir lo que les plazca, cantar alegres alabanzas a nuestra Señora Pobreza y evocar a san Francisco y a otros santos, los cuales no parece que tuvieran familias que sacar adelante. En cualquier caso, serían los primeros en criticarnos si intentásemos librarnos de nuestras cargas y vivir integrados en la comunidad. Y mendigar no era delito antiguamente. Además, están equivocados en todo. Me gustaría que esos botarates tuvieran la oportunidad de experimentar la pobreza en sus propias carnes, la auténtica pobreza; eso les enseñaría lo que significan las responsabilidades cuando no hay ingresos suficientes para hacerles frente. La vida no reserva las responsabilidades más grandes a los hombres con las rentas más altas. Acucian a ricos y pobres por igual. Y la pobreza en el siglo XX significa, como me ha enseñado mi dilatada experiencia, techos agrietados, ardides y excusas indecorosos, paredes moteadas por la humedad y con el papel cayéndose a tiras, comida rancia, quejas incesantes de niños insatisfechos o enfermizos, hacinamiento general y ausencia tanto de tiempo libre como de privacidad, así como las humillaciones comunes a los pobres hundidos en el desaliento. No pretendo que todo el mundo experimente la falta de espacio para moverse, pensar y crear que sufro yo. Sé que mi padre y mi hermano consideran ese espacio un lujo, pero para mí es tan esencial como el pan. De modo que, cuando vi el talonario, pensé que era mi oportunidad.

Puesto que había matado a un hombre, bien podía aprovechar al máximo la situación. Tal vez me atormentase más adelante, pero al menos no se mofarían de mi inutilidad, cobardía, falta de iniciativa o como quieran llamarlo, por no hablar del crimen que había cometido. Conocía a mi padre lo suficiente para saber que no me iba a llegar un solo penique en herencia; y tampoco podría recurrir a ninguno de mis familiares. Pero desde pequeño he tenido cierta habilidad para falsificar firmas. Lo intenté en serio por primera vez cuando era un colegial de trece años y quería librarme de cierta tarea a la que no veía utilidad alguna. Falsifiqué una carta escrita por mi padre, la firmé con su habitual garabato apretado y la entregué. Por pura mala suerte, mi padre lo descubrió unas semanas después, cuando se encontró al maestro en cuestión y este sacó el tema. El enfado de mi padre fue indescriptible. Su hijo era un criminal, dijo, un vil delincuente en potencia (mejor dicho, consumado). No era digno de relacionarme con gente decente ni, desde luego, con mi propia familia. Comía apartado y, además, me azotó hasta que apenas pude tenerme en pie. Llegó a

proponer, incluso, que Green me diera otra tunda. Por suerte, el tipo tenía cierto sentido del humor y sugirió en tono conciliador que el asunto seguramente había empezado como una broma, y dijo estar convencido de que había recibido una lección suficientemente severa. Tenía razón, habida cuenta de que no repetí el experimento mientras viví en casa, pero hace unos meses, en Higginsons, me convertí en falsificador por segunda vez. Había en el departamento un hombre mayor que yo, un tipo llamado Wright, un don nadie rollizo y presuntuoso con una actitud intolerable. Acabó resultando tan desagradable que nos juntamos unos cuantos y redactamos una carta que firmé con el nombre del director de la empresa y en la que le advertíamos de que circulaban rumores inquietantes en relación con su trabajo y al trato que dispensaba a sus subalternos. A menos que se apreciase una mejora considerable en ambos aspectos, seguía la carta, tendría que buscar trabajo en otro sitio. No había necesidad de mencionar esta carta, cuya finalidad era la de advertirle de forma confidencial.

Los resultados fueron asombrosos. Wright se tomó la carta completamente en serio; su entereza, su engreimiento, los fundamentos de su seguridad se tambalearon. Tenía mujer y varios hijos y no contaba con rentas particulares. En menos de veinticuatro horas, su actitud había cambiado por completo. Ya no se mostraba oficioso y arrogante; bien al contrario, pedía consejo, se deshacía en disculpas y su actitud era muy dócil; servil, incluso. Tan sencillo fue que estuvimos tentados de llevar a cabo un segundo experimento, pero los más sensatos insistieron en que habíamos ido demasiado lejos y que intentarlo otra vez sería tentar demasiado a la suerte, así que dejamos las cosas como estaban.

Tenía presentes esos dos éxitos cuando le eché el guante al talonario. Por fin la posibilidad de conseguir tiempo libre y seguridad económica estaba al alcance de mi mano. Era deshonesto, de acuerdo, pero toda mi vida estaba marcada por la deshonestidad: el trabajo que hacía, mis relaciones con Sophy, mi ceguera deliberada frente a sus probables relaciones con otros hombres; esto no parecía peor, y al menos tenía un propósito. Era peligroso, por supuesto. Me percaté de hasta qué punto lo era estando allí plantado, preguntándome qué cantidad me atrevía a poner. Nadie creería que mi padre me había dado por voluntad propia ni medio penique. Tendría que inventarme alguna historia que convenciera o, en todo caso, silenciase a Richard, Amy y Eustace, o me pisarían los talones como una jauría persiguiendo a un zorro. Pero, dado que mi actual ocupación era insufrible y mi vida se encontraba atrapada en un callejón sin salida, decidí correr el riesgo. Había sufrido tanto por las humillaciones de la pobreza que cualquier cosa me parecía preferible.

Una vez tomada esta decisión, empecé a encontrar excelentes razones para falsificar el cheque. Afianzaría mi posición, me dije, pues ¿qué motivo tendría entonces para cometer el asesinato? Se trataba de un razonamiento tan brillante que cogí de inmediato una pluma del estante del escritorio y me puse a practicar la firma en un bloc que tenía a mano. Descubrí que no había perdido un ápice de habilidad.

Cualquiera de aquellas muestras, creo yo, habría sido conformada por el banco de mi padre. Así pues, cogí el cheque y, movido por un frenesí desatado e insensato, lo extendí por la suma de dos mil libras. Desorbitada, de acuerdo, pero tenía que asegurar el porvenir de Sophy y los niños, y yo no podía marcharme al extranjero con los bolsillos vacíos. En cualquier caso, la tentación fue demasiado grande. Era probable que me descubrieran, y entonces sería humillante haber perdido la libertad por quinientas míseras libras. Pero, cuando hube firmado y arrancado el cheque y rellenado la matriz, con la acostumbrada meticulosidad de mi padre, me quedé allí de pie, sin saber muy bien qué hacer, pero con la sensación de que debía tomar alguna medida para protegerme. Y es que, al analizar la situación, me pareció evidente que hasta la inteligencia más limitada repararía en que yo había sido el último en ver vivo a mi padre. Parecía improbable que alguien más bajase allí esa noche. Sin embargo, para salvar el pellejo, tenía que arreglarlo para que diese la impresión de que había recibido otra visita después de la mía. La solución, desde luego, era bien sencilla, aunque me llevó un tiempo dar con ella. Arranqué un cheque en blanco, lo destruí y rellené la segunda matriz con el nombre de Eustace, la suma de diez mil libras y fecha del 25 de diciembre. El plan era de lo más sencillo; cualquiera que hojease el talonario llegaría a la conclusión lógica de que Eustace había visitado la biblioteca después de mi marcha. Al estar fechada la matriz el día de Navidad, no tendría posibilidad de alegar que había recibido el cheque antes de esa noche.

Tenía la impresión de haberle tendido una trampa perfecta; además, los restos de su pañuelo estaban en la chimenea. Sin duda podía demostrarse que otros miembros de la familia también usaban pañuelos de seda, pero la asociación de los hechos se me antojaba concluyente. En cuanto a la suma, sabía que Eustace había hablado de diez mil libras como requisito para resolver sus asuntos.

Lo elegí instintivamente como víctima porque encajaba en mi plan mejor que ningún otro en la casa. Para empezar, necesitaba el dinero con urgencia. Por otro lado, cuesta imaginarse a Richard poniéndose violento con su padre, sea cual fuere la provocación, mientras que Eustace, me dije, podría perder fácilmente los estribos. (Ahora veo que me equivocaba, pero en ese momento creí a ciegas en mi razonamiento). Y, cuando me paro a pensarlo, me doy cuenta de que, si hubiera dispuesto de tiempo para madurar la decisión, habría llegado a una conclusión similar. Eustace era el marido de Olivia, y yo tenía muchas cuentas pendientes con ella, con él y con los jovencitos altaneros de sus hijos. Y, al margen de todo eso, me deleité con la idea de ver a ese pérfido corredor de bolsa retorciéndose y revolviéndose en un intento por escapar, como debían de haberse retorcido y revuelto más de una vez las víctimas de sus estafas, sin inspirarle ni una pizca de compasión.

Mi único deseo ahora era salir de la biblioteca antes de que me encontraran allí. Rellenando la segunda matriz había multiplicado por cien el riesgo que corría. Además, empezaba a asaltarme el pánico. A mis oídos inquietos les parecía que la casa estaba llena de agitación. No dejaba de alzar la cabeza sobresaltado para

observar la puerta, que en cada momento parecía a punto de abrirse. Era la única forma de vencer el impulso de atravesar la estancia y abrir la puerta de golpe para cerciorarme de que ninguna presencia malévola acechaba en las sombras del vestíbulo. Sombras extrañas, como pájaros misteriosos, cruzaban fugaces el techo. El estruendo del temporal en las ventanas y la chimenea estaba repleto de voces. Oía pasos en las escaleras y creía ver caras en los cristales. No obstante, conseguí aplacar la inminente tormenta de terror y obligué a mi imaginación a trabajar en favor de mi libertad. Antes de abandonar la biblioteca, tenía que urdir alguna historia para justificar lo sustancioso del cheque; es más, su existencia misma. Aunque me fuera la vida en ello —y, de hecho, me iba literalmente la vida en ello—, durante un rato no conseguí dar con una explicación plausible. La única solución al problema que se me ocurrió fue el chantaje, pero sabía demasiado poco, y es probable que Richard supiera mucho, sobre la vida de mi padre para permitirme jugar esa carta. Repasé con detalle la acalorada conversación que había precedido al golpe fatal. Él había hecho aquellos comentarios sobre el arte y los artistas, y las alusiones ofensivas a mi esposa. A continuación, recordé que le había prometido —e incluso me había ofrecido a dárselo por escrito— que, si me ayudaba ahora, ni yo ni Sophy ni nuestros hijos volveríamos a recurrir a él. Se había limitado a reír con desprecio, diciendo: «¡No me digas, mi querido Brand!». Pero supongamos, propuso mi imaginación, que no se hubiera reído; supongamos que hubiera aceptado mi promesa; en ese caso, sin duda habría accedido a sobornarme con una generosa suma.

Le di vueltas al asunto. Le había ofrecido una promesa firmada. Y no la había aceptado. Pero ¿quién podía saber eso? Disponía de pluma, tinta y papel. Ya había puesto a prueba mi destreza como falsificador. Y, en cualquier caso, mi ánimo estaba enardecido y envalentonado. No se me ocurrió pensar que esta nueva aventura pudiera delatarme, y en un arrebato de excitación me lancé a escribir.

Y lo que escribí fue algo así:

> Yo, Hildebrand Gray, por la presente acepto que, en consideración a la suma de dos mil libras que he recibido hoy de mi padre, Adrian Gray, de Manor House, King’s Poplar, Grebeshire, nunca volveré a recurrir al citado Adrian Gray en busca de ayuda económica o de otro tipo, ni permitiré nunca que mi esposa, Sophy Gray, o alguno de sus hijos, Margot, Eleanor, Dulcie, Anne o Ferdinand Gray, se acerquen a él por ningún motivo. Y renuncio voluntariamente a cualquier derecho que le haya reclamado alguna vez al citado Adrian Gray tanto para mí como para ellos. Además, me comprometo a no dar su nombre como referencia bajo ninguna circunstancia ni revelar nuestro parentesco excepto cuando sea inevitable.

Me pareció que, después de firmar esta absurda declaración, había hecho cuanto podía hacerse para engañar a las autoridades. Richard, y seguramente Eustace, reconocería en su ampulosidad la auténtica nota de pomposidad y crueldad que había caracterizado la relación con mi padre. La escribí con una pluma que encontré en la escribanía de marquetería, pero la firmé con una barata que llevaba yo en el bolsillo, y me detuve a admirar mi obra. Me había dejado guiar por mi instinto en lo tocante al

meticuloso trazado de la caligrafía de mi padre, pues hacía mucho que no recibía nada suyo, el tiempo suficiente para olvidar sus particularidades. Sin embargo, cuando releí mi obra de arte, me convencí de que, si no hubiera sabido la verdad, no habría puesto en duda la autenticidad del documento.

Lo único que me quedaba por hacer era ingeniármelas para llegar a mi habitación sin ser visto. La interpretación que esperaba que hicieran todos era que Eustace, quien se encontraba en un serio aprieto, había bajado a primera hora de la mañana para exponerle la situación a mi padre con más crudeza todavía. Yo sabía, aunque el anciano tal vez no, que Eustace había estado pisando terreno muy peligroso, e incluso podía verse envuelto en un proceso criminal. Al dejar mi documento tan a la vista en el escritorio, pretendía sugerir que él lo había leído por casualidad y se había enfurecido de inmediato porque un gandul como yo hubiera conseguido, en cualquier circunstancia imaginable, una suma tan abultada, mientras a él se le negaba hasta un mísero penique. A continuación, la conversación había subido de tono; Eustace habría confesado lo desesperado de la situación, dejando a mi padre sin más opción que desembolsar las diez mil libras. Es de suponer, sin embargo, que solo lo habría hecho con ciertas condiciones, y estas habrían resultado no solo humillantes para Eustace, sino extremadamente peligrosas. Mi padre tenía una lengua corrosiva, y Eustace se encontraba sometido a una tensión nerviosa considerable. Además, sería muy arriesgado permitir que alguien como Adrian Gray tuviera en su poder un documento que, en caso de salir a la luz, obligaría a Eustace a dar explicaciones muy complicadas, y dudo que mi padre fuera de los que desaprovechan una ventaja así. Eustace, cómo no, lo comprendería. Probablemente mi padre se regodearía sin escrúpulos. El pisapapeles quedaba al alcance de la mano. Las conclusiones a las que llegarían la policía —di por sentado, como es lógico, que el asunto acabaría en manos de la policía— y la familia serían, eso esperaba, demasiado evidentes para admitir discusión.

De camino a la puerta, arranqué del calendario la hoja correspondiente a Nochebuena. La cita era: «La riqueza está en la cabeza, no en el bolsillo». La nueva cita decía: «Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad». Eché un último vistazo alrededor para comprobar que no quedaba nada por hacer. Era mi última oportunidad. Los delincuentes aficionados, según dicen, suelen dejar a su paso alguna huella flagrante que echa a perder su minucioso trabajo. Cualquier cosa que dejase entonces me delataría a los ojos de los expertos. Mejor sería no volver a entrar en la biblioteca hasta que se dieran por terminadas las formalidades. Me sentía terriblemente somnoliento y atontado, y, para no dormirme, cogí una regla negra redonda y me puse a toquetearla. Cuando la volví a dejar, no me molesté en limpiar las huellas dactilares. Sería menos sospechoso dejar algún rastro de mi presencia allí, puesto que no tenía intención de negar la entrevista. Toda la familia está al corriente de mi costumbre de coger cualquier objeto que tengo a mano y toquetearlo mientras hablo. Es uno de los puntos de apoyo para sus diversas objeciones a mi carácter.

Indicativo del temperamento inquieto que nunca se siente satisfecho, comentan entre ellos; falta de autocontrol. Entonces se me ocurrió añadir una pizca más de misterio abriendo una de las ventanas; eso podría sugerir la alternativa de un criminal de fuera. Además, es precisamente una de esas cosas que haría Eustace en tales circunstancias.

Me sorprendió descubrir que estaba cayendo una intensa nevada. Y con la nieve había amainado el viento. Fuera, el silencio era sepulcral. No se veía ninguna luz; hasta la nieve parecía oscura. Y tampoco se oía nada, ni dentro ni fuera de la casa.

Decidí apagar la luz. Si la dejaba encendida, la descubriría algún criado entrometido que bajase temprano, y la historia que iba ya madurando en mi cabeza dependía de que me viera alguien de la familia antes de que se produjese ese descubrimiento. Además, no tenía ninguna duda de que Eustace la habría apagado. Siempre me ha sorprendido que un hombre que se embarca en proyectos tan peligrosos como los suyos adolezca de una imaginación tan pobre. Lo he puesto a prueba más de una vez, y nunca deja de sorprenderme que un ingenio —no lo voy a llamar cerebro— capaz de urdir esos planes descabellados para sacarle el dinero a los demás tenga una venda en los ojos la mayor parte del tiempo.

4



Tuve suerte de no encontrarme con nadie mientras subía sigilosamente las escaleras. Mi habitación se encontraba al final de un pasillo. La casa está construida de forma un tanto extraña, con poca altura y forma de L, siendo el brazo corto de la L el que comprende las dependencias del servicio, los trasteros y las despensas. Cuando cerré la puerta de mi dormitorio, me pareció que dejaba fuera toda mi inquietud y mis temores. Atrás quedaba el recuerdo de lo que había hecho. Cualesquiera que fuesen los errores que había cometido, era demasiado tarde ya para enmendarlos. Tengo la misma sensación cuando acabo un cuadro. Nunca he retocado mis lienzos. Cuando están terminados, están terminados. Si quiero hacerlo mejor, empiezo otro lienzo.

Al encender la luz, vi que también en el dormitorio de una criada se filtraba todavía algo de luz a través de la persiana. Lo tomé por la débil llama de un mechero de gas, aunque podría haber sido una vela. (Es indicativo de la posición que ocupa el servicio en la casa de mi padre que, cuando se instaló la electricidad, sus habitaciones se quedaran con la anticuada iluminación de gas). Empecé a preguntarme por qué seguía levantada a esas horas, teniendo en cuenta que le esperaba un día agotador, y qué hacía sentada tan quieta junto a la ventana cuando todos estaban ya acostados.

Este problema, por insignificante que fuera, me dejó intrigado. Crucé mi habitación hasta la ventana y la abrí de golpe, haciendo caer una tenue cortina de nieve. La sombra en la persiana se movió y vi una figura blanca inclinarse un poco. No estaba interesada en mí, de eso estaba seguro. «Pero no es posible que tenga un amante en esta casa triste», me dije maravillado, y entonces se me ocurrieron algunas explicaciones razonables, como que padeciera un dolor de muelas, o que estuviera zurciendo ropa, o incluso puede que fuera devota, aunque me costaba creer que esa devoción la tuviera despierta hasta las dos.

Apartó la persiana y se quedó mirando la nieve, pero estaba demasiado oscuro para distinguir su rostro. En mis escasas visitas aquí, los criados siempre son nuevos, y nunca les presto atención —excepto a Moulton, claro, que lleva aquí veinte años—. Alcanzaba a distinguir algo en su mano que, por su forma, me pareció un libro. Su sombra oscura, las líneas rectas de su atuendo y la naturalidad de su postura le daban la apariencia de una figura medieval; algo así como el espíritu de la Navidad. Estuvo allí sin moverse unos minutos. Pero entonces algo la sobresaltó. Quizá vio la luz de mi habitación. Sea como fuere, la persiana volvió a cerrarse y ella desapareció. Un segundo después se apagó la luz.

La visión de aquella muchacha me había agitado y estimulado, no física sino mentalmente. Semejaba la antítesis del cuerpo que yacía en el piso de abajo. Era

joven y enérgica, y, si había estado leyendo, estaba suficientemente empapada de vida para dejar a un lado todas las tareas tediosas que la ataban por el día y entrar en el mundo nuevo que nos abren los libros, incluso los más tontos y peligrosos. De modo que me quedé allí plantado, postergando el cansancio y mi intención de derrumbarme en la cama de inmediato, pensando en ella, no como persona, sino como símbolo de una nueva esperanza. Lamentaba que se hubiera ido, pero su recuerdo me complacía y me llenaba de energía.

A continuación, durante un rato, contemplé la nieve. Había borrado ya puntos de referencia que me eran familiares desde la infancia, y se acumulaba quedamente en el alféizar de mi ventana; al poco me tumbé en la cama, sin dejar de verla caer. Me fascinaron su belleza, su silencio y su persistencia. Mi dormitorio estaba ahora a oscuras —había apagado la luz—, salvo por el reflejo de la nieve, que apenas me permitía distinguir el contorno del austero y destartalado mobiliario. Los acontecimientos de la noche, aunque sobre todo, creo, la visión de aquella chica en la ventana, habían encendido la llama de la creatividad en mí, y empecé a preguntarme por los muebles: el tocador de caoba tallada, con su espejo altanero y sus patas curvadas en forma de garras. ¿Cuántas cosas había reflejado ese espejo? ¿Qué habían guardado esos cajones? Me imaginé las escenas que tal vez hubieran tenido lugar en esa habitación, toda la gama de emociones que habían presenciado las paredes: pasión, desesperación, tristeza, paciencia, alegría. Una procesión de Grays ya desaparecidos y de todos los invitados anónimos que se habían alojado en ese dormitorio, y que no podrían olvidarlo debido a algún momento de sufrimiento o éxtasis ligado a él, discurrió ante mí. Y al final de la procesión, quizá, yo mismo. El asesino. Quién sabe si no habría algún otro asesino entre ellos. Me pregunté si un miembro de una generación posterior, tumbado y despierto en una noche crucial, como me encontraba yo entonces, se haría una idea de los sentimientos que me atormentaban. Me di la vuelta y repasé las flores descoloridas del papel pintado con un dedo crítico. Pensé: «Nunca las olvidaré, estas rosas lila que no crecieron en un arbusto, ni fueron recogidas en una cesta y atadas con un nudo de los enamorados; nunca olvidaré su contorno, esa forma fantástica que parece surgida de la pesadilla de un botánico». Esa noche daban la impresión de tener vida propia. Mi vitalidad se apoderó de ellas. Supe que pasarían horas antes de poder conciliar el sueño. Aun así, empecé a desvestirme lentamente en la oscuridad. Para un hombre que no sabe lo que es la privacidad, esos minutos de soledad eran exquisitos. En casa estaba siempre Sophy, y a menudo algún niño enfermo cuya cuna había sido arrastrada hasta nuestro dormitorio y colocada en el exiguo espacio que quedaba a los pies de la cama. Si fuera rico, me decía, pasaría muchas noches en hoteles para disfrutar de saberme a salvo de alborotos. Dormir bajo el mismo techo que aquellos a quienes estás atado sin remedio destruye el encanto, aunque dispongas de una *suite* para ti solo. Siempre existe la posibilidad de una intrusión de aquellos que tienen derecho a interrumpir tu privacidad. Ahora, durante unas pocas horas, era libre. Cuando acabé de desvestirme,

volví a la ventana; al otro lado del cristal, el viento en calma arrancaba suaves susurros a los árboles. Dentro también había árboles, reflexioné, árboles que habían sido talados, tallados y obligados a adoptar formas artificiales para servir a los hombres, quienes moldeaban para su beneficio todo lo que tocaban, incluida su propia piel. Tan excitada estaba mi imaginación que se me figuraba que el ruido de las ramas provenía más de dentro que de fuera. Apenas me habría sorprendido si la cómoda hubiera echado brotes verdes y a las sillas les hubieran salido hojas. Mi imaginación me hace eso algunas veces, transportarme a un mundo de puro deleite, donde la belleza deja de tener forma o incluso de entenderse como belleza, y pasa a ser un entorno natural. Pero naturalmente uno se mantiene en apariencia frío, salvaje y taciturno, por si ese tesoro también es saqueado.

Fuera, en la oscuridad, merodeando por la nieve, alcancé a ver dos chispas gemelas de luz verde, los ojos de un gato vagabundo. Me gustó porque se movía silenciosamente por la oscuridad, desdeñando esa seguridad que ansían los humanos y los perros, y deambulando sin ningún temor. Recordé una frase que había leído en algún sitio: «Saqueando la riqueza secreta de la noche»; un ejemplo, pensé cuando vi esos ojos brillantes mirándome, y consciente de su ardor, de todos los aventureros sin comulgar de la tierra: Cyrano, Traherne, un anfitrión anónimo[11], hombres y mujeres que rechazaron la seguridad que mi familia tanto aprecia, y prefirieron lo inalcanzable y lo desconocido.

El gato se esfumó en busca de su aventura y me dejó cavilando sobre su aparición extrañamente silenciosa. Mis pensamientos se deslizaban de un asunto al otro sin ton ni son, tocando distintos niveles, como agua cayendo de un saliente de roca a otro. Pensé en gatos. Los negros eran un emblema popular en las tarjetas de Navidad. Salían en posturas ridículas, deseando felices fiestas de todas las formas imaginables, desde las absurdas sin más a las insulsas y vulgares. Recuerdo un enorme gato persa gris que solía ponerse en el escaparate de una funeraria en París. Había un gatito sucio y esmirriado que maullaba todas las noches en nuestras ventanas de Fulham, hasta que, desesperados, lo acogimos, y enseguida le pasó las pulgas a los niños. Estaba también la leyenda del gato que caminaba solo[12]; eso me llevó a las historias navideñas de Michael Fairless, que, a su vez, me hicieron recordar con entusiasmo una Navidad que pasé a los quince años en Alemania (uno de esos intercambios con los que se pretende que los jóvenes de ambos países aprendan la lengua del otro). Fue como un cuento de hadas, una impresión alimentada por los ángeles de cera pintados en brillantes árboles de Navidad, los muñecos del Niño Jesús en incontables pesebres, las bolas relucientes; los burros, los bueyes y los pastores; escaparates repletos de tartas con formas extrañas y decorados con campanas doradas, papás Noel con capas rojas, doradas y verdes, adornados con pieles, un trineo en miniatura tirado por renos y cargado de regalos, galletas y caramelos, caras redondas y sonrientes y tirantes trenzas rubias. La feliz inocencia de esa fiesta tenía poco que ver con las demostraciones de cinismo que celebramos en King’s Poplar, donde convertimos la

Navidad en un día de reproches, gula y celos reprimidos, de tasación secreta de regalos y cálculos para decidir si uno ha gastado demasiado dinero en los suyos.

Ahora mi pensamiento parecía avanzar en dos direcciones al mismo tiempo: atrás, hacia mi ardiente pasado, y adelante, hacia el futuro esperanzador. La nieve que se colaba por la ventana acabó en mi ropa, tirada encima de una silla. Al darme cuenta, sonreí. Tan relajado estaba que me sentí como un atleta después de una carrera agotadora. Ya lo había conseguido. Ese fue el efecto que me produjo mi primer asesinato.

5



En ese momento oí que el reloj daba las cuatro. Fue entonces cuando me dormí. Era Navidad, tenía preparado mi plan y rebosaba de esperanza.

TERCERA PARTE

NAVIDAD

1



Hacía unas horas que había dejado de nevar cuando Brand se despertó. Era muy temprano y no se escuchaba ruido alguno en la casa a oscuras. Su reloj, al que había olvidado dar cuerda, estaba parado en las tres en punto. El viento había helado la superficie del grueso manto de nieve que cubría todo lo que se veía desde la ventana, y la intensa luz blanca que precedió ese día le arrancaba destellos al amanecer. La carretera, los setos y la empinada ladera de la colina deslumbraban con su inmaculada blancura cuando, de pie en la ventana, igual que unas horas antes, contempló el mundo silencioso. Casi tocándole el codo había una rama vencida por el peso de la nieve. En el alféizar, sin ir más lejos, se habían acumulado siete centímetros; incluso los hilos de telégrafos vestían de blanco esa mañana de Navidad.

El cielo estaba muy despejado y pálido y con una luz brillante. Nadie había hollado todavía el gran manto blanco que se extendía desde la carretera hasta el horizonte. Mientras Brand estaba asomado a la ventana, un petirrojo completó la impresión de postal navideña posándose delicadamente en la nieve amontonada en el alféizar. Era un pájaro joven, con las plumas erizadas por el frío. En ese sencillo escenario romántico, los sucesos de la noche se antojaban una fantasía. Apenas lograba convencerse de que eran ciertos. No obstante, unas voces debajo de su ventana lo sacaron por fin de su ensimismamiento; de pie y descalzas sobre el fresco hule, vio a las mujeres de la familia formando un grupito al lado de la puerta, preparadas para la temprana celebración. Por encima de todas destacaba su abuela, una antigua aristócrata ataviada de un color negro apagado; iba, como era habitual, vestida ridículamente mal para la ocasión. Llevaba un vestido negro muy fino y un abrigo de seda también negro. Desde la ventana, Brand la vio quitarse de encima con un movimiento del brazo a una sirvienta que se presentó con chales y abrigos de pieles. La mujer insistió; la anciana señora Gray adoptó una actitud altiva y distante. La criada, sumisa e indiferente, desapareció cargada con devocionarios, paraguas, un chal negro y una gruesa capa para emergencias.

«Supongo que, si no insistiese, mi abuela la despediría de inmediato. No es más que un ritual, como casi todo en la vida».

—Será mejor que vaya —le había dicho Olivia a su marido—. De lo contrario, padre se lo tomará como una victoria personal. Y nunca se sabe. Diez mil libras son una nimiedad comparadas con el milagro que se supone que estamos celebrando.

Ruth no formaba parte de ese grupo, en el que sí estaban la suspicaz Amy, con su figura robusta y bien formada y esos ojos agudos que no perdían detalle de quién comía más jamón y quién se excedía con la mantequilla; Isobel, aún joven, con su

rostro pálido e infeliz, su corona de trenzas de un dorado tenue, sus manos adorables y el aire distante que la acompañaba desde la muerte de su hija pequeña; y Laura, con un abrigo de pieles que habría llamado la atención en un vecindario mucho más sofisticado. Pero cuando la criada, entorpecida por la carga que llevaba, forcejeó con el pestillo de la puerta y por fin la abrió, con tanta energía que a Amy le cayó encima una lluvia de nieve seca y la mujer recibió una severa reprimenda por su falta de cuidado, la puerta principal se abrió otra vez y salieron Ruth y Miles. El abogado, al alzar la vista, vio a su cuñado en la ventana y levantó la mano en un saludo amistoso. Los labios de Ruth formaron las palabras «feliz Navidad».

Brand respondió con una sonrisa. Se sentía sereno y de buen humor. Le vino a la cabeza la antigua palabra «jocundo». Supuso que su sentido de la continuidad se había quebrado. Sencillamente, no concebía relación alguna entre el cadáver tirado bajo la ventana de la biblioteca y su propio futuro. Lo relegó al olvido, como una experiencia desagradable en la que prefería no pensar y que formaba ya parte de su pasado. Lo invadió una sensación de libertad como la noche anterior; de anticipación, incluso. No veía la hora de empezar esa nueva etapa de su existencia, tan llena de esperanza, tan rebosante de propósitos.

Para reforzar esa convicción, cogió el esbozo que había hecho en la biblioteca solo unas horas antes y lo estudió con ojo crítico. Se había preparado para descartar el entusiasmo del artista de la noche anterior y descubrir que aquello era una mezcolanza de imperfecciones y falsos valores. Pero, para su deleite, resultó que la mañana respaldaba su primera opinión. De hecho, lo satisfizo aún más si cabe. El dibujo lo cautivó por su impecable economía en los detalles, su fuerza y su seguridad, su pureza en el trazado, su enorme sencillez. Era absurdo, era patético, era un error terrible que un hombre capaz de crear una obra así desperdiciase su vida con un trabajo rutinario en el despacho de un delineante. La atmósfera de optimismo, el aire puro y cortante y la sensación de comenzar de cero encontraron correspondencia en su pecho receptivo. Cobró conciencia de la esperanza y los horizontes ilimitados. La pobreza y las obligaciones de su desdichada vida doméstica lo habían debilitado pero no deformado por completo. Ya notaba energías renovadas en su cerebro y en su mano; el desafío, después de tanto tiempo obligado a hacerle oídos sordos, volvió a tentarlo. Espacio, tiempo libre, oportunidades: por fin los veía al alcance de la mano. Establecería su hogar entre los hombres duros, resueltos y obstinados con los que había vivido un tiempo antes de su insensato matrimonio.

Abstraído en estas meditaciones, le asombró descubrir, por las voces de fuera, que llevaba una hora en las nubes. Se apresuró a considerar su situación respecto a la familia. Y al punto la compostura de la que se vanagloriaba se desmoronó como un castillo de naipes, dejando al descubierto la agitación, la alarma; y comprendió, por fin, la posibilidad de una vida distinta de la que se había entretenido en imaginar. Ahora que había llegado el momento de la verdad, se notaba la boca seca y los ojos brillantes, y no dejaba de repetirse la historia que debía contar. Afortunadamente era

breve y no implicaba ninguna confesión importante por su parte, o al menos eso creía. Lo más probable era que incluso su familia lo creyera, aunque estarían encantados de verlo detenido por el crimen. La obsesión por el detalle que caracterizaba su trabajo lo ayudó, y se serenó bastante mientras memorizaba la historia, sintiendo incluso una especie de placer al asignarle con exactitud a cada suceso la relevancia que le correspondía. Su imaginación, de hecho, le planteaba problemas tan descabellados que ni siquiera a un detective de ficción se le habrían ocurrido, y, sin embargo, también para estos había preparado réplicas ingeniosas.

Abrió la puerta y salió al descansillo justo cuando los que venían de la parroquia subían por las escaleras. Hubo un breve intercambio de saludos. Eustace salió de su habitación cuando estaban hablando.

—Qué frío, ¿eh? —dijo en tono abstraído—. Supongo que todavía no ha llegado el correo. Buenos días, Amy. Feliz Navidad, Ruth.

Ignoró a Brand, quien le susurró a su hermana mayor:

—No tuvo suerte, supongo. Eso explicaría su mal humor. Debe de ser mortificante para un tiburón profesional descubrir que un novato se ha apropiado de su territorio.

Amy lo miró fijamente.

—¿De qué hablas?

—Pregúntale a Eustace. Pero no hasta después del desayuno. Al fin y al cabo, es Navidad. —Y bajó las escaleras corriendo y riéndose.

Los Gray, entre comentarios nerviosos y rehuyendo la mirada, se entregaron paquetes unos a otros con aire avergonzado, calculando para sus adentros el precio tanto de los que recibían como de los que cada uno daba a los otros miembros de la familia. A Brand le tocó una caja para cuellos de camisa, unos gemelos, un libro de cuentas, unos pañuelos que le regaló Olivia (estaba seguro de que le habían llegado primero a Eustace y habían quedado descartados por no ser adecuados para él), un álbum de cuero para sellos, un marcapáginas, dos calendarios con ilustraciones cómicas de golf (no jugaba al golf) y una historia navideña ilustrada. Se quedó con los gemelos y dejó todo lo demás cuando se marchó. Los pañuelos se los dio a Moulton.

Todos excepto Adrian bajaron a desayunar, aunque solo Ruth y su marido parecían alegres. E incluso ellos suspiraban de tanto en tanto, pensando en lo que debería ser la Navidad cuando uno tiene hijas pequeñas que aporrean la puerta a las cinco de la mañana pidiendo permiso para mirar dentro de sus calcetines y, una vez obtenido el permiso, meterse corriendo en la cama y regocijarse con cualquier cosa, grande o pequeña, que encontrasen dentro.

La anciana señora Gray estaba ocupada con cartas y postales de las supervivientes de su generación. Eustace estaba ostensiblemente nervioso: había recibido una carta con matasellos de la City, y, después de leerla entera, se la metió en el bolsillo y se puso a comer jamón de forma apresurada y con aire ausente. Olivia se animó y habló

largo y tendido, con alegría y agudeza, del estilo de Dot y Lalage en sus cartas. Laura observaba a Brand y a Eustace divertida e indiferente, y reflexionaba sobre las peculiaridades de su familia política. Pero tal vez todas fueran así. Era como encerrar a un animal en el zoo con otros de una especie distinta. Se supone que a uno puede proporcionarle cierta diversión cínica observar sus cualidades. Sabía muy bien la opinión que tenían de ella: que era una pésima adquisición. «En fin, qué más da», pensó ella. Aquellas ideas del principio, cuando veía la vida como una cruzada, un reto, una cuestión de pasión y esfuerzo, morían cuando llevabas unos años casada con Richard Gray. Sonrió y pasó su taza para que le sirvieran el té.

Richard, mientras tanto, protestaba indignado por lo absurdo de que no hubiera periódico ese día porque era Navidad, y aprovechó para soltar un discurso mordaz y, por fortuna, breve sobre la holgazanería en la industria y sus efectos en nuestro comercio de exportación, con alusión especial a los pianos alemanes.

Isobel estaba pálida y en silencio, comiéndose una tostada. Un comentario casual de Ruth sobre Pat hizo que se pusiera a temblar por el recuerdo de la pequeña Honor, su difunta hija. A diferencia de Laura, no era capaz de endurecer su corazón frente al recuerdo o la esperanza, y la vida le parecía inaceptable e insufrible.

—Te noto muy alegre esta mañana, Brand —dijo Amy mordazmente, y Eustace comentó en tono avinagrado que tal vez había tenido suerte con los regalos.

Brand se rio.

—Mucha suerte. Ya me entiendes. —Arqueó las cejas y señaló los rostros desconcertados de los demás.

—¿Ya te entiendo? —dijo Eustace sin comprender—. ¿A qué te refieres? No tengo ni idea de qué estás hablando. Claro que… —añadió, con una malicia que atrajo la atención de toda la mesa— nunca he entendido lo que te mueve, excepto, por supuesto, en una visita como esta.

Brand, de quien cabía esperar en condiciones normales que montase en cólera con una réplica tan descortés, se limitó a responder en tono agradable:

—Un poco de naturaleza… Ya sabes el resto, supongo.

Incluso su abuela se sorprendió lo suficiente para animarse a decir:

—La verdad, Brand, es que tu actitud parece haber mudado por completo desde ayer.

—Tienes razón —admitió Brand con sinceridad—, no me siento el mismo hombre. Ya sabes, sin esperanzas, sin nada. Así estaba cuando llegué aquí. Hoy, por supuesto, tengo razones para ilusionarme. Es la primera vez (no, la segunda) en mi vida, que yo recuerde, que siento el legendario espíritu navideño. Amy, no tienes mermelada.

A medida que avanzaba el desayuno, la prolongada ausencia de Adrian fue dando pie a comentarios y conjeturas.

—Es muy extraño que no esté aquí la mañana de Navidad —se quejó Olivia, como si lo tomara por una ofensa personal.

—Quizá piense que vio bastante a su familia ayer —respondió Laura con su voz alegre y sarcástica.

Amy se negó a sonreír. Simplemente dijo, frunciendo los labios en un gesto que no presagiaba nada bueno:

—No me extrañaría que estuviera cansado. Motivos no le faltan. —Tocó una campanilla y, cuando el criado apareció, le dijo—: Moulton, ¿puede ir a ver si el señor Gray se encuentra bien?, y dígale que hemos empezado a desayunar hace rato.

Llevado por un impulso, Brand se levantó y fue al aparador a cortar un poco de jamón que no le apetecía. El aparador era enorme y anticuado, con paneles de cristal empotrados en el fondo. Brand, consciente de que estaba a punto de producirse el descubrimiento, quería observar sus caras sin que se fijaran en él. Cortó el jamón muy despacio, volviéndose a medias para preguntar si alguien quería.

—Hemos terminado ya todos, creo —respondió Amy, con su sonrisa falsa.

—Olvidas, querida —repuso Brand con calma— que el jamón en el desayuno es un placer para mí. —Y al punto se advirtió a sí mismo: «Cuidado, no caigas en el error de delatarte ahora discutiendo con esa bruja. Ya los tienes a todos bastante en contra».

Moulton volvió cuando él todavía estaba en el aparador y anunció que el señor Gray no había dormido en su cama. Brand, que observaba con atención, se preparó para un desconcierto inmediato. Sin embargo, para su sorpresa, Amy se limitó a comentar en tono irritado:

—¡Menudo fastidio! Nunca está en condiciones de nada cuando se queda dormido en la biblioteca. Anoche di por terminada la partida de cartas temprano con la finalidad de que estuviera descansado esta mañana. Tiene que encargarse de las lecturas. Siempre lo hace en Navidad.

Brand reprimió un ataque de risa absurdo ante la imagen de una dócil congregación esperando a que aquella cosa muerta entrase en la iglesia y los instruyera en sus obligaciones. Gray era capaz de leer un texto sagrado igual que otros dan sermones, como si se atribuyese el mérito del contenido y les ordenase con severidad a sus oyentes que le obedecieran. No tenía sentido seguir junto al aparador; estaba claro que, de todas formas, el pánico se había pospuesto, y podría observar mejor desde su sitio en la mesa. Además, llamaba menos la atención. Así que volvió, llevando su plato, y dijo muy serio:

—Me temo que algunos, sin pretenderlo, unimos esfuerzos para frustrar tus buenas intenciones. Yo estuve reunido con él bastante rato anoche, y Eustace me tomó el relevo. Claro que no sé cuánto se alargó lo suyo.

Eustace alzó la cabeza.

—Estás loco, Brand —gritó en tono cortante—. No creo que sepas lo que estás diciendo, y, desde luego, yo no lo sé. Amy, anoche no volví a ver a tu padre después de jugar a las cartas. Olivia y yo estábamos cansados, y había un par de cosas de las

que queríamos hablar, así que nos acostamos temprano. No sé qué pretende insinuar tu hermano.

Miró a Brand desde el otro lado de la mesa, exaltado y con el rostro encendido. Brand parecía avergonzado.

—Bueno, en ese caso, te pido perdón —dijo, apartando la mirada—. Solo… Ha sido un error comprensible, creo yo. La biblioteca es casi la única estancia que utilizamos en ese lado del pasillo, así que supuse, como es natural, que ibas a hablar con padre. Mencionó algo al respecto cuando estuvimos discutiendo mis asuntos. Pero no creo que sea para tanto. En realidad, fue padre quien me indujo a pensar eso.

—A pensar ¿qué?

—Que no le sorprendería mucho verte otra vez antes de irse a dormir.

—No veo ningún motivo por el que tu padre y tú tengáis que hablar de mis asuntos —replicó Eustace ofendido.

—Surgieron en el curso natural de la conversación.

—Sobre dinero, imagino.

—Sí. Por una vez, parece que nuestros intereses coinciden.

La anciana señora Gray golpeó la mesa con un servilletero triangular de plata india profusamente grabado con elefantes.

—Por Dios Santo, ¿es que no puede haber paz en este día del año? —gritó—. Apenas os veis y, cuando lo hacéis, estáis como el perro y el gato. Es muy desagradable para Amy y para mí, que no os vemos en ninguna otra ocasión. Si tenéis que ser descorteses, ¿no podríais quedaros en vuestra casa con ese propósito?

Era propio de ella no prestar atención al criado, que estaba a su lado y le preguntó ahora respetuosamente si debía avisar al señor.

Richard se puso en pie de un salto.

—No, iré yo. Puede que esté durmiendo.

Se retomó la conversación general con desgana. Olivia sacó el tema de las ventajas de Capri respecto a Mallorca como lugar de vacaciones, y Miles, pese a que no había visitado ni uno ni otro sitio, habló tan hábilmente que Olivia dijo:

—Querido, parece que has sido un trotamundos. En tus años de soltero, supongo. No hay mucho tiempo para viajar al extranjero ahora.

Ruth le preguntó a Eustace por sus hijos. Isobel le murmuró a Brand algo sobre una tarjeta navideña, con su nieve y sus petirrojos, y él respondió con gravedad:

—Y fantasmas. No pueden faltar en las tarjetas tradicionales. Me pregunto cuántos habrá rondando esta casa hoy.

Brand se notaba muy sereno ahora y untó su tostada con una generosa capa de mantequilla porque sabía que Amy estaba observándolo; a continuación puso mermelada. Su hermana hizo un movimiento involuntario para detenerlo, pero su mano se detuvo, aunque sus cejas se movieron en un gesto de irritación.

2



Entró Richard, muy pálido y serio. Con la mano en el pomo de la puerta, y con una discreción que atrajo la atención de todos, preguntó:

—Eustace, ¿dices que no viste a mi padre anoche?

—No —respondió Eustace enfadado—, no lo vi. Quería hablar con él, sí, lo admito, pero decidí aplazar la conversación hasta mañana.

—Y ¿a qué hora lo dejaste tú, Brand?

—Poco antes de la medianoche.

—Me pregunto cómo puedes estar tan seguro —murmuró Amy de forma nada amistosa.

—Muy sencillo. Cuando vi a Eustace (no yendo a la biblioteca, pues no fue allí, pero el caso es que lo vi), pensé en saludarlo con una felicitación apropiada (feliz Navidad, o algo por el estilo), pero miré mi reloj y vi que todavía no era medianoche, de modo que, como no tenía ganas de recibir un desaire, dejé pasar la oportunidad. En cualquier caso, podría haberse interpretado como una burla: el mendicante exitoso compadeciendo a su desafortunado rival.

Se produjo un minuto de desconcertado silencio. Miles fue el único que captó al instante el significado de las palabras de Brand, y estaba demasiado curtido por su trabajo como para traslucir algún sentimiento. Isobel apenas daba muestras de haberle oído. Olivia estaba preocupada por Eustace; pero este solo tenía ojos para su avergonzado cuñado, que hablaba ese día con tanta alegría y tan gallarda seguridad. Amy también se había dado cuenta de lo que había querido decir y fue la primera en verbalizar sus sospechas.

—¿Estás diciendo que convenciste a padre para que te diera dinero, a ti, cuando no le sobra un penique?

—Me di cuenta de que las cosas no le iban muy bien. Parecía estar recibiendo presiones desde varios frentes, pero así y todo… —Le lanzó una mirada vacilante a Richard y después prosiguió sin demasiada convicción—: Seguro que tiene pensado decírtelo. No me pidió que guardara el secreto, por lo que es de suponer que tenía intención de ser sincero. Pero, sí, me dio dinero. A decir verdad —hablaba muy rápido—, no esperaba que fuera ni la mitad de generoso de lo que fue.

—¿Por qué a ti? —preguntó Eustace con voz ronca—. ¿Por qué demonios a ti?

Brand, que no había perdido el dominio de sí mismo en toda la mañana a pesar de las numerosas provocaciones, estalló entonces.

—Y ¿por qué demonios no? Yo no soy el yerno financiero que lo mete en líos, ni el hijo que quiere que le compre un título. Lo único que quería era una oportunidad, y

ahora, gracias a él, la tengo. Sabía que mi situación era más desesperada que la de cualquiera de vosotros. No tengo dinero ni amigos influyentes. No tengo perspectivas de futuro, excepto la de arrastrarme en Higginsons sin esperanza de mejorar. No me he casado con una mujer que cuenta con amigos influyentes o con su propio dinero —su amargo desdén no dejaba fuera a nadie—, y tengo cinco hijos…

—Eso es asunto tuyo —replicó Amy con frialdad.

—Y, si a eso vamos, no hay ninguna verdadera razón por la que mi padre no deba estar tan dispuesto a ayudar a un familiar como a otro. Ha utilizado su influencia para hacer lo que vosotros dos —miró a Richard y a Eustace— habéis querido desde que os casasteis. Venís aquí cuando os apetece y le consultáis cualquier cosa en la que os pueda ser de provecho. Sophy ni siquiera ha puesto un pie en esta casa. Nunca ha disfrutado de una hora de vuestra hospitalidad. Trabajo como un maldito esclavo en galeras ocho horas al día por dos chelines la hora, y os molesta cada vez que cojo un trozo del pastel. Eres la última persona, Eustace…

—De nada sirve montar una escena, Eustace —intervino Richard—; estaremos de acuerdo en que no hay razón para interrogar a Brand de esta forma. Si mi padre decidió ayudarle, era su dinero. No es eso, a decir verdad, lo que me interesa en este momento. Lo que quiero saber es qué aspecto tenía cuando estuviste con él anoche, Brand.

—Fue una conversación acalorada —admitió Brand—. Ya sabes que no hay muchas cosas en las que él y yo estemos de acuerdo. Me dijo que tenía a casi toda la familia alargando la mano para pedirle dinero. Me preguntó, como ha hecho Eustace hace un momento, qué había hecho para merecer su ayuda, y me recordó hasta el último cuarto que ha gastado en mí. Tenía todas las partidas, hasta los billetes de tren, apuntadas en una libretita negra. Sin embargo, al final se rindió. Pero estaba muy alterado.

—Richard, ¿qué ocurre? —dijo Amy con vehemencia—. Tenemos derecho a saberlo.

Él atajó de raíz ese arranque melodramático.

—No pretendo ocultaros nada. Al parecer ha sufrido un derrame cerebral o algo así, al menos eso me inclino a pensar.

La abuela puso en pie su figura menuda y robusta, con una actitud rebosante de determinación y don de mando.

—¿Dónde está? ¿Cómo se encuentra?

—Sigue en la biblioteca. No me ha parecido que tuviera mucho sentido trasladarlo arriba; desde luego, no hasta que el médico lo haya visto.

La anciana señora Gray sintió lo que siente la menos afectuosa de las madres cuando recibe la noticia de la pérdida de uno de sus hijos.

—Quieres decir…

—Está muy frío —fue la escueta respuesta de Richard.

La mujer atravesó rápidamente el comedor, con la cabeza inclinada hacia delante y su nuevo vestido negro enmarcando su amplio cuello. «Parece un toro pequeño —pensó Ruth—, cargando con esa fría determinación, esa sensación de inutilidad que solo se observa en los más viejos y en los más jóvenes».

—¿Por qué no me lo has dicho enseguida? —preguntó ella, mientras él abría la puerta con reticencia—. ¿Has llamado ya a algún médico?

—Al doctor Romford. Llegará en unos minutos.

Salió majestuosamente, y Amy, pequeña, pecosa, con la frente despejada y pálida y el pelo rojo, suave y sin brillo, muy estirado hacia atrás, la siguió con la insistente obstinación de una gallina fisgona.

—No hay nada que podamos hacer —objetó Richard con tristeza cuando cerró la puerta después de salir las dos mujeres—. Había abierto la ventana; anoche el viento era glacial. Debió de ser fatal para alguien como él que sufría del corazón.

Las palabras fueron una especie de penosa disculpa por su acción. Después de decirlas, se quedó en silencio, con aire de hondo pesar, observando a los seis que seguían sentados a la mesa. Estos daban muestras de intensa vergüenza. Eustace untó su tostada con un cuchillo sin mantequilla, y se la comió a bocados espasmódicos. Isobel susurraba aturdida: «Muerto… Pero no puede ser. Y anoche mismo…». Brand le puso la mano en el brazo para reconfortarla.

—Vamos, cálmate —le suplicó—. Al fin y al cabo —dudó un instante, antes de terminar desafiante—, no es como si hubiera muerto Saúl o Jonatán o cualquiera de esos hombres extraordinarios. Tampoco es que le profesásemos un gran amor.

La respuesta de Isobel lo sorprendió tanto que, por una vez, se quedó sin habla.

—Se acabó. Es demasiado tarde. Ahora ya no importa.

Nadie más parecía haberla oído. Ruth y su marido hablaban entre ellos en un extremo de la mesa; algo más lejos de Brand, la esposa del propio Richard guardaba una actitud orgullosa y elegante, sin mostrar un ápice de emoción. Eustace exclamó:

—No sabía que sufriera del corazón. ¿Es algo reciente? Y, si era tan grave que una ráfaga de viento podía matarlo, ¿cómo es posible que alguna compañía quisiera asegurarle?

—Me preguntaste ayer si sabía algo de sus problemas del corazón —dijo Richard con frialdad.

—Porque había dejado caer comentarios sobre su estado. Pensé que se estaba convirtiendo en uno de esos maniáticos que siempre creen que les pasa algo. No me negarás que estaba preocupado hasta el absurdo por su salud.

—No me habló mucho de eso —respondió Richard con el mismo tono, y lanzó una mirada inquisitiva a Miles. Este explicó que nunca había llegado a tener una relación de familiaridad con su suegro, y que, de todos modos, era poco probable que hubiera recordado algo sobre su corazón. Richard se fue, y al poco lo siguió Laura. Eustace, incapaz de abandonar el tema un segundo, retomó el interrogatorio a su cuñado acerca de las palabras exactas del difunto la noche anterior.

—Me dijo que no tenía nada que prestar a unos gandules —añadió con malicia.

—Y ¿de verdad te quedaste después de escuchar eso? Debías de estar en un buen apuro. Admito que yo lo habría hecho en cualquier circunstancia. Hay un animal llamado tejón que no ceja hasta la muerte. —No pudo seguir refrenándose; notó cómo la sangre le ardía y se espesaba en sus venas; como un hombre avanzando a la desesperada contra una ventisca que le impide ver, respirar y hablar, no podía parar a orientarse. Tenía que lanzarse de cabeza en la discusión; había finalizado su período de autocontrol.

Miles, lanzando una mirada desesperada a su esposa, aceptó la situación. El odio instintivo entre aquellos dos estaba llegando a un punto crítico; en los siguientes minutos, podía ocurrir casi cualquier cosa. Estaba a punto de estallar una batalla de ingenio —y tal vez de algo más—, cuyo relato se repetiría con regocijo en todas las cocinas del pueblo mientras el interés por la muerte de Gray diese pábulo a los chismorreos.

Eustace también respiraba con dificultad, presentando todos los indicios de una ira incontrolable.

—El tejón trabaja bajo tierra, si no me equivoco —comentó, temblando tanto como Brand, que rompió a reír ferozmente.

—Si se le ocurriera asomar el hocico a la superficie, lo golpearían en la cabeza sin compasión.

—Muy cierto, sí. Solo hay una forma de tratar a los tejones, y es acabar con ellos. Son dañinos.

—Comen avispas —se defendió Brand con rabia.

Olivia los interrumpió con frialdad.

—Brand, al menos podrías tener la decencia de guardar silencio, habida cuenta de que tu padre está muerto y, si cabe achacárselo a alguien, es a ti.

—¿Muerto? —exclamó Brand—. ¿Cómo sabes eso?

—Creo que no hay otra forma de entender lo que ha dicho Richard —observó Miles de modo desapasionado—. Por otra parte, dudo que se hubiera entretenido hablando y haciendo preguntas si hubiera existido la posibilidad de hacer algo.

—Últimamente estaba preocupadísimo —intervino Isobel en tono anodino—. No sé si eso podría haberle causado el derrame.

—Claro que estaba preocupado —dijo Olivia—. ¿Acaso no lo estamos todos, y mucho, por la situación del país, la estupidez del gobierno y las acciones que no arrojan dividendos? Y eso sin tener que lidiar con un hijo que se niega a trabajar.

Brand alzó la vista con sincera sorpresa, sin comprender al principio lo que había insinuado su hermana.

—Pero Richard… —empezó a decir; entonces se detuvo—. ¿Te refieres a mí? ¿A mí? Dios Santo, esa sí que es buena. ¿Yo no trabajo? ¿Y cuál es vuestro trabajo? ¿A qué se dedica Eustace? Engañar a la gente para dejarla sin camisa no es trabajar. Y Richard… Mira sus manos. ¿Son manos de un hombre que trabaja? Se sienta en la

Cámara y organiza fiestas y se endeuda con la esperanza de llamar la atención de sabandijas más influyentes que él. Pero del trabajo de verdad, ese que se hace sin pensar en la fortuna o la fama que te va a granjear, ¿qué sabéis ninguno de vosotros?

Miles, contándose generosamente como uno más, a pesar de que en toda su vida no le había pedido ayuda a nadie, dijo:

—Si Romford cree que la causa de la muerte es un derrame o una mala pasada de la ansiedad, ninguno de nosotros puede sentirse del todo libre de culpa. Es una situación desagradable, se mire por donde se mire. Por nuestro bien, mantengamos la calma.

—Creo que todos estamos bastante calmados, excepto Brand —observó Olivia—. Yo diría que carga sobre su conciencia con más cosas que los demás.

Eustace, sin embargo, no logró dominarse lo suficiente para salvar su dignidad.

—¿Quieres decir que le sacaste dinero? —exclamó—. Pero ¿cómo? Si no tenía.

Miles permitió que por un instante su rostro delatase la indignación que le producía aquella escena lamentable, y Eustace se apresuró a añadir:

—Tengo el honor, como sabéis, de ser su confidente en lo tocante a sus finanzas. Y, como ha apuntado Olivia, no podían correr tiempos peores.

—Y supongo que, como asesor suyo, te molesta que haga una inversión sin consultarte. Pero me atrevo a decir que tomó una decisión acertada. No le habría gustado tener a los asistentes sociales mandándole cartas o pidiéndole ayuda para la manutención de mi esposa y mis hijos.

—No habrían podido presionarle —replicó Eustace de forma escueta e inexacta.

—Tal vez no. Pero en un pueblo como este, donde la gente encuentra motivos suficientes para chismorrear si dos abejas eligen la misma flor al mismo tiempo, habría sido muy desagradable.

—Y ¿con qué frecuencia tenía que renovarse este… subsidio?

—Era un pago final. Lo hicimos con todas las formalidades. De verdad, Miles, tendrías que haber estado allí. Redactamos un documento de lo más cómico. Dudo que hubieras podido mejorarlo en algo. Era extremadamente legal para un profano en la materia. Lo firmé como un pajarito. Cierto es que sin testigos. ¿Lo invalida eso?

—Qué agradecido debe de estar padre de que sus otros hijos puedan mantener a sus familias —dijo Olivia con sorna.

—Y yo —respondió Brand cortésmente—. Si hubiera tenido que mantener a jóvenes Moore y Amery además de a jóvenes Gray, sin duda habría sido una desdicha para él. Aunque, por lo que se refiere a los Moore, apuesto a que ha contribuido a su manutención más de lo que piensa.

3



Llegó el médico, abriéndose paso a empujones por el vestíbulo como lo había hecho por la nieve de fuera. No tenía coche, y se movía a pie por este accidentado país, día y noche, con sol y con lluvia.

Richard lo recibió en el vestíbulo, se disculpó con todas las formalidades por haberle hecho ir y lo puso al corriente de la situación.

«¡Un muchacho enclenque! —pensó Romford—. Demasiado estrecho de hombros y de frente. No hay mucho sitio ahí dentro para un buen cerebro; todo apretujado como el estómago de una dama victoriana. Y ¿a qué viene disculparse por hacerme salir? ¿Se cree que la gente no enferma el día de Navidad?». A decir verdad, prefería las visitas de Navidad a cualquier otra; normalmente le ofrecían algo de beber y, para picar, algún que otro chisme local, pues era un cotilla empedernido. Corpulento y robusto, tenía una hirsuta barba gris rojiza y pelo largo y abundante; su mayor afición era la fotografía de peces. Estaba soltero, atendido por un ama de llaves a la que no reconocía cuando se cruzaban por la calle. Decía que se habría casado hacía mucho si tuviera la seguridad de que recordaría los rasgos de su esposa, pero tan molesto sería volver a casa y encontrarse a una mujer paciente esperándolo y abrazarla calurosamente, y acabar citado en un juicio de divorcio en calidad de amante, como confundir a su esposa con una de esas mujeres pacientes y charlatanas a las que veía entre las nueve o diez de la mañana y las seis o siete de la tarde.

Entró en la biblioteca delante de Richard y se inclinó sobre el cuerpo. No había pronunciado una sola palabra de condolencia o sorpresa desde su llegada. Richard, avergonzado y alarmado en su fuero interno, pues parecía posible que la historia de las entrevistas de su padre con la familia el día anterior se hiciera pública, se quedó de pie junto al escritorio, en una postura de fingida relajación. Allí estaba el ridículo documento con la firma de Brand y, sin cogerlo, lo leyó entero por primera vez.

«Brand tuvo que esgrimir argumentos muy poderosos para convencer a mi padre de que le ayudase hasta ese punto —caviló—. Tengo que hablar con él antes de que lo hagan los demás».

Romford se irguió y dijo:

—¿Dónde lo encontraron?

—En el suelo, junto a la ventana; que estaba abierta, por cierto.

—¿Por qué no lo ha dicho antes? Eso lo cambia todo.

—¿Quiere decir que, si no hubiera estado abierta, tal vez se habría repuesto?

—No. El asesino debió de causarle una muerte inmediata, si no instantánea.

—¿El asesino? —preguntó Richard aturdido.

—Bueno, ¿qué se había pensado?

—Un derrame, una caída…

—¿Acaso no ha visto a su padre? ¿Quién lo encontró?

—Yo. Moulton me ayudó a levantarlo y ponerlo en esa silla.

—¿En qué postura estaba? ¿Tenía la cabeza en dirección a la ventana?

—Estaba de cara a esa pared.

—En ese caso, no puede haber pasado por alto la herida en la sien izquierda. Es tan clara como la marca de la bestia que (tal y como se nos asegura) llevarán los condenados en la frente. ¿Cree que un derrame podría explicar eso?

—Tal vez… se cayó.

—Cayó sobre su costado derecho. Y, aunque no fuera así, la moqueta llega hasta la ventana. No hay caída que pudiera haberle contusionado la cabeza y abrirle una brecha. No cabe pensar siquiera en las esquinas de la mesa, pues, aunque se hubiera golpeado con una, son redondeadas. ¿Quién fue el último que lo vio?

—De quienes reconocen haberlo visto, mi hermano fue el último. —Lo declarado por Brand y la rapidez con que lo había desmentido Eustace parecían cobrar ahora sentido. Brand, como es natural, quería demostrar que no había sido el último en ver a su padre; Eustace no quería que nadie supiera que estaba levantado a esas horas.

—¿El joven exaltado que fracasó en París? Debería preguntarle qué explicación puede dar. Apuesto a que arrojaría mucha luz sobre la situación. Supongo que era bastante tarde cuando estuvo aquí.

—Un poco antes de medianoche, creo que ha dicho.

—O un poco después. ¿Quién sabe? Su padre no fue asesinado antes de la una, diría yo, y la ventana abierta podría haber acelerado el *rigor mortis*. De modo que cabría considerar incluso las tres o las cuatro de la madrugada. En fin, tendré que hablar con él, a ver qué tiene que decir, y avisar a la policía. No puedo hacer nada más.

—¿La policía? —Tan sincera fue la sorpresa en la voz de Richard que Romford sintió una punzada de compasión.

—Por supuesto. ¿Qué esperaba?

—Pero… ¿no puede haber sido un accidente?

—Es muy probable. Nadie, salvo los médicos y los abogados, se imagina la cantidad de asesinatos que se cometen por accidente. Aunque las consecuencias suelen ser las mismas en ambos casos: muerte violenta para los dos implicados.

—¿Y su corazón? —sugirió Richard con voz débil—. Eso podría haber hecho que se desplomara a la menor provocación.

—Bueno, yo no llamaría a medio ladrillo una pequeña provocación. Por otro lado, el corazón de su padre estaba más sano que el mío, solo que, como él no tenía que ganarse un sueldo, se podía permitir lujos que no están a mi alcance. Mi corazón no se atreve a fallarme; sabe lo que le diría si lo hiciera. Mano dura, es el mejor remedio para esas dolencias. ¿Qué es el corazón para ponerse en huelga? Cuando el mío me

amenaza con un motín, trabajo con más afán aún durante cuarenta y ocho horas. Así no tardo en doblegar a la orgullosa criatura. Será mejor que llame a la policía. Tendré que prestar declaración, supongo. Es una lástima que no se haya percatado usted de lo sucedido y los haya llamado directamente a ellos.

—¿Cómo iba a imaginar…? —exclamó Richard—. Sigo convencido de que esto tiene una explicación.

—Desde luego que la tiene. Si es la que acabarán encontrando ustedes al final o no, ya no lo sé. Como le he dicho, es una lástima que no haya sido un poquito más perspicaz. De esa forma, sería el médico forense quien dedicaría su tiempo a la investigación y no yo.

4



Richard colgó el auricular y se apoyó en la mesa. La incredulidad, el enfado y la estupefacción dibujaban en su rostro una expresión de estupidez. Desde hacía muchos años, veía a Brand como un salvaje, una de esas criaturas despreciables que son un pozo sin fondo y que se encuentran incluso en familias distinguidas y con solera como la suya. Se veían casos así constantemente; eran enviados al extranjero para cultivar caucho, té o café; se convertían en exiliados mantenidos por su familia en rincones perdidos del planeta, donde podían emborracharse hasta caer redondos sin que los descubriera ningún amigo de sus familiares más quisquillosos; muchos de ellos no solo renunciaban a su linaje sino también a su nacionalidad. Se mezclaban con degradante familiaridad con razas de color; suponían una carga y una vergüenza. Y Brand, en su opinión, era las dos cosas, con sus excesos en su época de estudiante, su deshonroso matrimonio con una mujer ligera de cascos, su vivienda humilde, su trabajo modesto y sus apariciones periódicas en King's Poplar, exaltado, resentido y resuelto a exigir ayuda. Siempre había pensado que su hermano pequeño no llegaría nunca a nada, pero la idea de que pudiera asesinar a su propio padre le había parecido inconcebible. Hasta los hombres como Brand tenían ciertos límites. Pero ahora todo apuntaba precisamente a que se había cometido ese crimen, un crimen que se convertiría en uno de esos casos horribles que tanto gustaban a los periódicos vespertinos y a la prensa dominical. Se publicarían fotografías de la familia; sacarían a relucir su historia y la de su padre y las presentarían de la forma más atractiva para las masas. Habría una investigación, un juicio; vería peligrar su posición; pasaría a ser el hijo del tipo que fue asesinado en King's Poplar y el hermano del que lo hizo. Y Brand, ese gandul despreciable, era el responsable de todo.

Se dirigió al comedor, donde seguía reunida la familia. La abuela había subido a su habitación, pero Amy estaba allí, con los labios apretados en una severa línea recta y haciendo ver con sus escasos ademanes que acusaba a todos de conspirar para asesinar a su padre. Se volvieron con expresión de impaciencia cuando se abrió la puerta.

—Brand —dijo Richard, con la mano apoyada en el pomo—. Me gustaría hablar un segundo contigo. —Y Brand, que se quedó helado de repente y acto seguido se puso a sudar como cuando se mareaba en los barcos, lo siguió.

«Supongo que ha descubierto algo. Algún error he cometido, después de todo».

Richard lo condujo a una pequeña sala detrás de la biblioteca y, después de cerrar la puerta, dijo:

—No voy a preguntarte por el resultado de tu entrevista de ayer con nuestro padre. Como le he dicho a Eustace en el desayuno, tenía tanto derecho a procurar por ti y por tus hijos como a hacerlo por cualquiera de nosotros. Pero ¿hizo alguna observación que te llevara a pensar que estaba muy preocupado por algún asunto?

—¿Qué tipo de asunto?

—Bueno, ¿estaba especialmente preocupado por algo o alguien? ¿No dijo nada?

—Dijo muchas cosas, poco halagüeñas la mayoría.

—¿Sobre ti, se refirió a otra persona? ¿O a la familia en su conjunto?

—Nos consideraba a todos sanguijuelas. Me dio la impresión de que Eustace lo había sangrado hasta dejarlo muy tocado.

Richard frunció el ceño.

—Nunca atiende a razones. La especulación quizá esté bien para ricos en apuros, pero un hombre con medios limitados tendría que evitarla como la peste.

—Sobre todo con una familia como la nuestra —añadió Brand—. Pero ¿a qué vienen todas estas preguntas?

Richard apartó la mirada.

—No insinuó nada sobre quitarse la vida, ¿verdad?

Por la cabeza de Brand pasaron pensamientos a toda velocidad. ¿Cabía contemplar esa posibilidad? La ventana abierta, el cuerpo caído… Pero su razón rechazó esa teoría.

—No. Estoy seguro de que no. Un hombre que se aferra hasta a la más insignificante de sus posesiones, como hacía nuestro padre, nunca, estoy convencido, se desharía de algo que él consideraba tan valioso.

—¡Por Dios, Brand, ten un poco más de compasión! Es nuestro padre, y está muerto.

—Lo sé. Y, dando por sentado que apreciaba en algo la vida, lo siento por él. Yo preferiría estar vivo que muerto en cualquier circunstancia. Pero no puedo fingir ahora un cariño que nunca he sentido. Esas hipocresías en el lecho de muerte me ponen enfermo.

—Una cosa más —continuó Richard—. No voy a preguntarte por los detalles de vuestra conversación, como he dicho antes. Pero… te dio dinero, lo sabemos, y no estaba en disposición de soltar un soberano… ¿cómo lo convenciste?

—Ya os lo he dicho.

Richard dio una palmada.

—Eso no tiene sentido, Brand. Conocía a mi padre mejor que tú. Estoy al tanto de la situación en que lo había dejado su fe en Eustace. Tenía que proteger hasta el último penique para… bueno, para evitar la deshonra.

—¿Crees que podría haberse suicidado para evitarlo? Pero yo creía al principio que había sido un derrame, y ahora se trata de una muerte violenta.

—Eso es lo que dice Romford.

—¿Qué ha ocurrido exactamente?

—Un golpe… un golpe muy fuerte en la sien.

Brand se mostró incrédulo.

—Me parece una forma un tanto estrambótica de suicidarse. Puedo entender que se utilice un revólver, un veneno… aunque en ambos casos hay que conseguirlos primero, claro. E imagino que también puede uno cortarse la garganta o saltar por la ventana. ¿Hay alguna otra forma de quitarse la vida, suponiendo que tenga que ser en casa? Fuera de casa, por supuesto, las posibilidades se multiplican. Taxis, trenes, ríos…

Richard hizo un gesto de profunda indignación.

—Brand, mientras estés en esta casa, te ruego que hables de tu padre con un mínimo de respeto. Cómo lo hagas por ahí es asunto tuyo. De todos modos, es poco probable que tengamos conocidos en común.

—Y, por lo tanto, no puedo emborronar tu admirable carrera. Pues permíteme aclarar que ni mucho menos estaba hablando de nuestro padre. No era más que una observación impersonal sobre las dificultades de suicidarse en casa.

—No has respondido a mi pregunta. Entiendo que no puedo obligarte, claro, pero de todas formas… ¿Qué le dijiste para inclinarlo a darte tanto dinero?

—Creo que lo hizo tanto por él como por ti. Le dije que me proponía poner en práctica un plan que llevaba madurando mucho tiempo. Esa maldita oficina me está matando. Tengo que salir de ahí. Y tengo que hacerlo ya, antes de que sea demasiado tarde. No puedo, desde luego, llevarme a Sophy y a los niños, y lo más probable es que durante un tiempo no esté en disposición de mantener dos hogares. Le pedí a mi padre que me diera una oportunidad, que me prestase algo de dinero para la manutención de mi familia mientras yo estuviera trabajando. Se negó, como me había imaginado. Se mostró, además, innecesariamente grosero. Pero, claro, no sabe apreciar el arte, por lo tanto, su actitud era hasta cierto punto comprensible, supongo.

—Tal vez pensó que no había ningún motivo para ser generoso con los artistas.

—Piensa en la estrechez de miras que supone juzgar el arte a partir de algún artista insatisfactorio; y no insatisfactorio desde el punto de vista artístico, sino desde el material. Oye hablar de un hombre que pinta cuadros, y que además bebe y tiene una amante, y de inmediato decide que el arte es inútil. En este caso, entiendo que te refieres a que podría haber sido un poco molesto para su bolsillo. Sin embargo, no se puede obligar a un hombre a tener una actitud inteligente con el arte, pero lo que te ofende de mi actitud no puede ser más molesto, me atrevo a decir, que la actitud de nuestro padre con todo lo que, a mi modo de ver, tiene importancia en la vida. En cualquier caso, nunca nos pondremos de acuerdo en eso, así que dejémoslo correr. Cuando se negó, le dije que mi decisión era firme. Iba a marcharme, y le aconsejaría a Sophy que se presentase en la beneficencia y dijese que sus hijos eran sobrinos del diputado por H. y nietos de un rico caballero rural. Eso le afectó. Se dio cuenta de que hablaba muy en serio, y que saldría en los periódicos. Estas cosas siempre lo

hacen. Y el golpe que supondría para la delicada situación de tu carrera política sería poco menos que catastrófico.

—¿Así que te dio dos mil libras? Caray, es fabuloso. No creo que esperases recibir más de quinientas.

—No. Pero se puso en evidencia de forma miserable. Estaba tan alterado que me percaté de que lo tenía más a mi merced de lo que había imaginado. De modo que subí el precio. Creo que si le hubiera pedido cinco mil, me las habría dado. Por supuesto, yo le di la garantía, que sin duda has leído, y este sería el último pago y, de hecho, el último encuentro. Tenía pensado marcharme esta tarde. A decir verdad, no veo razón para no hacerlo.

—Si la policía te lo permite, nosotros no pondremos objeciones.

Brand soltó un silbido.

—¿La policía? ¿A ese extremo hemos llegado, entonces?

—Si no se ha suicidado y no ha sido un derrame, ¿qué otra alternativa hay? Además, como bien has dicho, no es fácil matarse golpeándose uno mismo en la cabeza. No, lo que se me había ocurrido es que tal vez habías descubierto algún secreto que él deseaba ocultar a toda costa. De ser el caso, te habría pedido que me lo confiaras…

—Y yo habría rehusado de inmediato. De unos años a esta parte, las condenas por chantaje en este país han sido atroces. Preferiría que me juzgaran por atracar un banco; por cualquier cosa, en fin, menos por asesinato.

—Asesinato —repitió Richard—. Tal vez sea eso al final.

Brand se separó del borde de la mesa, donde se había sentado al comienzo de la conversación, y dijo:

—¿Juzgado por asesinato? ¿Yo? ¿Eso has querido decir? ¿Pensarán que lo he hecho yo? Qué idiota soy. Pues claro que lo pensarán. Según parece, soy la última persona que lo vio. Le saqué todo ese dinero. Pero ¿qué motivo tendría para matarlo si conseguí el cheque? ¿Por miedo a que intentara cancelarlo, o a que, cuando os enteraseis los demás, le presionarais para hacerlo? No me parece un buen motivo. Y, si lo maté, ¿por qué no destruí el acuerdo después? Reconozco que era poco probable que yo recibiera algo en herencia, pero si él me hubiera mencionado a mí o a alguno de mis hijos en su testamento, estoy convencido de que ese acuerdo lo invalidaría. De todos modos, no tengo ninguna duda de que Eustace pondría todos los impedimentos posibles. Y seguramente contaría con la ayuda de Miles. A decir verdad, nunca he logrado descifrar la actitud de Miles con la familia de Ruth. Creo que, en general, nos considera lamentables, sin nada de lo que presumir más que nuestro linaje, y, dado su carácter, no creo que eso valga un ardite para él.

—He de decir, Brand —repuso Richard—, que estas digresiones me parecen de pésimo gusto.

—¿Y consideras un derroche de buen gusto preguntarle a un hombre si ha asesinado a su padre?

—Solo quería advertirte de lo que posiblemente se insinúe.

—¿Para que vaya preparando mi defensa? Muy amable. Lo cierto es que no soy escritor. Pinto y hago trabajos de delineación, y a veces me emborracho y me comporto como un salvaje, pero ninguna de esas cualidades me capacita para contar una buena historia con la que engañar a la policía. —Se puso a andar de un lado a otro de la estancia con enérgicas zancadas—. Sé que estás pensando cosas terribles de mí, Richard, y, en cierto modo, lo siento. Pero no conozco ningún secreto inconfesable con el que hubiera podido amenazar a nuestro padre, y no soy tan hipócrita como para fingir que su muerte me afecta mucho. Nunca le he tenido en gran estima, y creo que no me equivoco si digo que el sentimiento era mutuo. En su mano estaba, literalmente, solucionarme la vida. Y no quiso hacerlo. Estoy harto de esos malditos poetastros que, en revistas que les sacan a los lectores media corona y no les dan a sus colaboradores ni las gracias, cantan las alabanzas de la pobreza, reina de los santos y memeces de ese jaez. La pobreza es deplorable; bastante mala es ya si uno está solo, pero cuando hay cinco o seis personas desesperadas por compartir el mendrugo de pan que es insuficiente incluso para ti, se vuelve degradante. He intentado hacérselo entender a mi padre en incontables ocasiones; y nunca me ha creído. Claro que tampoco le preocupaba lo más mínimo. Y así me he visto atrapado en la rutina de un trabajo monótono hasta casi perder la cordura. No sabes (y tampoco lo sabía él) lo que es deambular toda la noche por calles vacías porque no te atreves a ir a casa; tienes miedo de lo que seas capaz de hacer. No estoy diciendo que nunca te hayas pasado una noche sin dormir, pero en tu caso es porque alguien ha conseguido un trabajo mejor que el tuyo, o tiene una casa más grande, o levanta mayor revuelo. Pero saber que no estás haciendo tu trabajo… Y no me digas que en el mundo hay muchos hombres que se pasan la vida pintarrajeando lienzos sin ningún provecho; el caso es que es mi trabajo, y he perdido el juicio muchas veces porque no podía dedicarme a él. ¿Te acuerdas de esa tortura de la antigüedad?… ¿De cómo ataban a un hombre bajo un sol abrasador y le dejaban agua fuera de su alcance? Pues bien, se sigue torturando de la misma forma en estos tiempos civilizados, y nos vanagloriamos de ello. Y al menos ese tipo moría relativamente rápido. No se lo comía la envidia; es de suponer que los buitres se encargaban de eso, y, aunque sin duda él los maldecía con furia, eran en realidad una bendición… Aceleraban las cosas, ya me entiendes…

Richard fue hasta la puerta y la abrió de golpe.

—Siempre he pensado que apenas eres responsable de tus actos. Ahora sé que estás loco. Para hablar como lo has hecho… ha sido un discurso propio de alguien que no está en su sano juicio… y en un momento como este. Supongo que será la policía. Será mejor que vaya a ver, y, por el amor de Dios, cálmate y cambia esa cara. Ya te tienen por un mamarracho en toda la zona…

Brand se echó a reír. Una vez empezó, ya no pudo parar. Se sujetó a la mesa temblando por las carcajadas; le caían lágrimas por las mejillas, su cuerpo se

estremecía.

—Ay, Richard —dijo entre sollozos—. Ay, Richard. ¡Un mamarracho! ¿Porque quería pintar, y porque no tenía mucho dinero y caí en las garras de una ramera? Oh, no seas tan endiabladamente remilgado. ¿Habías oído a alguien utilizar esa palabra? ¿Has visto o conocido a algún mamarracho? Si tan ingenuo eres, lee la Biblia. Sería una buena excusa, al menos. ¡Un mamarracho! Sí, tal vez sea eso en una familia como la mía, que se pasa el tiempo intrigando por coronas de oropel y vanos títulos honoríficos… —Dejó de reírse tan repentinamente como había empezado—. Te ruego que me disculpes. Creo que estoy un poco histérico. Pero tienes que comprenderme. Cuando un hombre está esperando que lo arresten de un momento a otro por asesinar a su padre, no es de extrañar que sea un tanto incoherente. Al menos, eso me dice la experiencia. Si quien ha llegado ha sido la policía, mejor será que hagas los honores. Tienen que llevarse una buena impresión de la familia; de lo contrario, no se comportarán como corresponde. Ya sabes, es terrible que estas cosas puedan sucederle a gente selecta como nosotros. El asesinato no tendría que permitirse en las clases altas; es tan vulgar…

Su reacción violenta impresionó a Richard, que se apresuró a decir:

—Todo esto te ha disgustado, Brand. Te pido disculpas. No tendría que haber insinuado algo así. Lo cierto es que estoy fuera de mí. Es verdad que ayer tuvimos una acalorada discusión, pero era mi padre, mis raíces; no sé si lo entiendes, pero algo firme ha sido arrancado de mi vida. Ya nunca será lo mismo, aunque quizá sea más jubilosa, mejor en cierto modo. No lo sé. Hay cosas que quiero y que de momento no he conseguido. Tal vez lo haga ahora. Pero esto, tal y como era hace veinticuatro horas, ha desaparecido. Me entristece, Brand. Porque, por extraño que te parezca, era una relación basada en el afecto. Sin duda piensas que ahora soy yo quien se está poniendo histérico.

Lo inesperado de esta declaración, esta repentina expresión de los sentimientos de un hombre desapasionado, conmovió a un Brand sorprendido. Se le fueron las ganas de burlarse de él; ahora conocía la profunda soledad de un hombre que siempre había sido un extraño para su familia. Y este hombre a quien había ridiculizado y compadecido con descaro había pasado por una experiencia que él nunca conocería. Era, además, una experiencia que enriquecía y ablandaba. Al comprender en parte la aflicción que aquella pérdida debía de haberle causado a un hombre que, aunque resultase extraño, había querido de verdad al difunto, se serenó casi hasta el punto de sentir tristeza. Pero era una tristeza impersonal. Por la misma razón que no le preocupaba Adrian Gray, le era indiferente Richard; pero el corazón de este se encontraba oprimido a causa del inútil sufrimiento de los hombres por los fallecimientos, por lo intangible. Obligó a sus pensamientos a centrase de nuevo en las ilusiones puestas en el futuro. Eso seguía en pie, era sólido, fiable. El trabajo de un hombre no podía medirse con ninguna regla conocida; de inmediato se animó, la esperanza iluminó sus ojos. No obstante, al darse la vuelta para salir de la habitación,

se topó otra vez con aquellos ojos apenados, con la cansada resignación de aquel rostro delgado, y la dignidad y la desesperanza que traslucían lo sumieron en un hondo abatimiento.

5

Se dirigió al gabinete, donde la familia estaba ahora reunida. Todos se sobresaltaron al verlo, y Amy gritó:

—¿Qué ocurre, Brand?

—Está muerto —respondió Brand con voz cansada.

—Sí, ya lo suponíamos. Pero ¿qué quería Richard de ti?

—Saber si lo había matado yo. Le he dicho que no, pero no puedo asegurar que me haya creído. Tampoco es que importe mucho. Es peligrosa la tendencia a permitir que lo insignificante eclipse lo relevante.

—¿Estás dando a entender que ha sido un asesinato, Brand? —preguntó Miles, relajando la atmósfera de pánico que habían creado las palabras de Brand.

—Eso cree Richard, por lo visto. Un golpe en la cabeza. Parece poco probable que se lo propinara él mismo. ¿Por qué iba a hacerlo? Además, coincide con la opinión de Romford.

Eso hizo enmudecer incluso a Amy durante un segundo. A continuación exclamó:

—Pero ¿quién…? ¿Cómo…?

—La ventana estaba abierta.

—En ese caso, tal vez alguien se coló y padre lo sorprendió y el intruso lo mató. Y con todos nosotros en la casa. ¡Qué… qué horror! —Incluso ella se percató de lo inapropiado de la expresión, y se arrellanó en su silla, con la cabeza sepultada entre las manos en una pose teatral.

Brand se acercó a una ventana desde la cual se contemplaba una amplia panorámica de los valles. La nieve estaba ya bastante pisoteada, y franjas negras y feas estropeaban su reluciente blancura.

—Isobel —llamó casi en un susurro, y ella se acercó con paso nervioso y lo miró inquisitivamente. Se dirigían a ella con tan poca frecuencia, salvo cuando Amy le hablaba en tono autoritario, que parecía sorprendida de veras por aquella invitación.

Deslizó un brazo alrededor de su hermana.

—Ninguno de nosotros sabe cómo va a acabar esto —dijo—. Y, acabe como acabe, significará un cambio en nuestra vida. No puede ser de otra forma. Si tu entorno se rompe, es imposible que no te afecte de un modo u otro. No me he percatado de eso hasta que he visto a Richard. No anticipemos el futuro. Se nos echará encima muy pronto, y lo que nos traerá, ninguno de nosotros lo sabe. ¿Te acuerdas de aquella institutriz que tenías, la que le quitaba toda la gracia a la nieve diciéndonos que antes de pisarla era como la trayectoria de uno en la vida, y qué rápido se estropeaba?

—Llevaba el cuello del vestido armado con ballenas y un broche gigante hecho con el pelo de alguien en el pecho.

—Y nos llevó a ver a esas personas que, cuando les preguntamos si la iglesia era antigua, porque padre siempre quería saber esas cosas, respondieron efusivamente: «Bueno, lleva aquí más tiempo que nosotros, y eso ya son más de cuarenta años».

—Sí, me acuerdo. Fue el mismo día que vimos un armiño cruzando la carretera como un rayo.

—Y la señorita Gowan (así se llamaba) nos dijo que los armiños mataban a los conejos, y les quitó así toda la gracia a los armiños.

—Y también a los conejos, Brand. A partir de entonces, no pude soportar verlos, porque pensaba que, o bien los iba a matar un armiño, o bien les iban a cortar el pescuezo y a colgarlos en fila en una pollería.

—Siempre has sido demasiado compasiva. ¿Te acuerdas de cuando encontramos aquel tordo que había chocado con los cables de telégrafo, y pensaste que el diablo debía de haber inspirado a su inventor?

—Y tú dijiste que bien podía haber chocado contra un árbol, y me preguntaste si el diablo había inspirado también a quien los inventó.

—Es una pregunta para la que sigo sin tener respuesta. De cuántas cosas solíamos hablar.

—Y cuánto nos divertíamos. ¿Te acuerdas de cuando nos levantábamos para salir a buscar setas y la hierba estaba tan cuajada de rocío que parecía un manto que lo cubría todo?

—Y cuando había tanta neblina que no nos veíamos los pies.

—Y todas las cosas que nos proponíamos hacer. ¿Alguna vez te has parado a pensar, Brand, cuántas cosas hay en la vida y las poquísimas que logramos conservar? Van pasando sin que nos demos cuenta, y nos quedamos en medio de la abundancia con las manos vacías.

—Es culpa nuestra por no conservar nada. O por no extender la mano lo bastante lejos algunas veces. Demasiado arriesgado. Demasiado caro. Esos son los verdaderos motivos por los que la gente no tiene lo que quiere. Yo iba a componer una obra extensa y portentosa y tú ibas a ser feliz.

Isobel exhaló un suspiro tan hondo que pareció estremecerse de arriba abajo.

—No hemos llegado muy lejos, ¿verdad? Y hay un momento en que es demasiado tarde. Brand, ¿por qué crees que lo hemos echado todo a perder de este modo?

—Porque no hemos puesto suficiente interés.

Ella se volvió a mirarlo sorprendida.

—Pero yo lo he puesto. Ni te imaginas cuánto…

—Ni siquiera eso ha sido suficiente. De lo contrario, habrías conservado lo que querías.

—Nadie habría sido capaz de no perder a Harry.

—Has de aferrarte con uñas y dientes a lo que te propones tener. Si lo dejas escapar, es porque alguna otra cosa era más importante para tu corazón. Además, estás confundiendo a Harry con la felicidad. Perdiste la felicidad precisamente por eso. Si hubieras tomado esa determinación, no habrías permitido que nada se interpusiera en tu camino. Después de perder a Harry, habrías encontrado la felicidad en otro sitio. A mí me pasa lo mismo. No estoy censurándote. Dios sabe que no soy quién para censurar a nadie. Siempre he pensado que el trabajo era el vínculo indisoluble del hombre con la vida. Le sobrevive; es más importante que cualquier cosa en la que se embarque o posea. Si de verdad me hubiera propuesto ser artista, no habría permitido que nada me detuviera. Ni Sophy, ni los niños, ni mis necesidades o mis dudas.

—Pero hay cosas que uno debe hacer, Brand. Tú hiciste lo que debías cuando mantuviste a Sophy y tus hijos…

—No según mi teoría. Admitir eso sería admitir que la ética es más importante que el arte. Hacemos lo que (tanto si somos conscientes como si no) más nos ilusiona. Si la moralidad o la religión o las ideas convencionales guían tu camino, es como admitir que son más importantes que lo que siempre has considerado el móvil principal de tu vida. Para quien tiene un objetivo claro, las leyes no existen. Él dicta sus propias leyes; es el único con poder suficiente para hacerlo.

La respiración de Isobel se volvió más sonora; su hermano le había abierto un mundo nuevo, lleno de posibilidades; había negado su inutilidad; le había infundido esperanza.

—Brand, ¿por qué no habíamos hablado antes? ¿Por qué me he pasado tanto tiempo hundida aquí?

—Esa es una de las tragedias de menor importancia en la vida —dijo él—. Uno se desvía de su rumbo porque es muy difícil ir contracorriente, de eso no hay duda. Hay tanta oscuridad por delante… Ahora mismo te encuentras inmersa en un sueño luminoso, pero la realidad no es tan sencilla. Puedes decir: «No me vencerán: alcanzaré la felicidad», pero no sabes cómo acometer ese viaje. No dispones de brújula. Dudo incluso que sepas lo que significa para ti la felicidad.

—Eso sí lo sé, Brand —respondió ella enseguida—. En su día la felicidad significaba estar con Harry. Pero dejó de ser así hace mucho. Ahora significa ser libre, vivir donde quieres, tener libros y tiempo libre y tranquilidad, poder… ríete si quieres, pero esto lo pienso a menudo… poder entrar en un restaurante y disfrutar de una comida improvisada acompañada de un buen libro; sentir que formas parte de la vida, que perteneces a ella, y que te llena de energía…

Brand la miró asombrado.

—¿Has tenido eso guardado en tu corazón todos estos años? ¿Y te has quedado aquí metida?

—Es por ti, creo. No había sentido pasión suficiente ni siquiera para entusiasmarme tanto hasta que has empezado a hablar.

—No —dijo Brand con seriedad—, es por padre. Cuando ves que su vida ha terminado, y que no le ha reportado nada… Qué desperdicio. Cuando me confirmé, el obispo protestante de rostro anguloso que ofició la ceremonia dijo: «Hay un pecado imperdonable, y es el desperdicio». Es el pan de cada día: el desperdicio de oportunidades, de talento, de tiempo. Y, por lo general, el motivo es el miedo.

—Quizá tengas razón y sea eso lo que yo intentaba decir —asintió ella.

En ese momento, Amy la llamó en tono autoritario.

—¡Isobel!

Ella se volvió, con las mejillas encendidas, sus labios todavía sonrientes recobrando la compostura para enfrentarse a la mirada de su hermana. Brand, al verla caminar hacia ella, apreció en su paso un optimismo nuevo, un brío, un entusiasmo, un aire de superación y esperanza. Como encontrar una flor viva bajo una capa de hielo, pensó.

Miles había estado moviéndose por el gabinete. Ahora se detuvo al lado de Brand y dijo en voz baja:

—Como abogado con experiencia, Brand, y hablando sin prejuicios, permíteme que te dé un consejo. No hay duda de que nos interrogarán exhaustivamente a todos sobre este asunto, y no creo que vaya a ser agradable para nadie.

—No tienes nada que temer —dijo Brand con agresividad, ofendido por aquel intento de darle consejos.

—¿No? Mi posición no es tan envidiable como pareces pensar. Todos sospechamos que ha habido tejemanejes de alguna clase relacionados con los asuntos financieros que tu padre tuvo la insensatez de poner en manos de Eustace. Es muy probable que me pregunten (no tiene auténtica relevancia, pero en estos casos surgen todo tipo de irrelevancias) si estaba al tanto de la reputación profesional de Eustace. Y, de ser así, ¿por qué no le advertí a mi suegro que jugaba con fuego y que llevaba muchas papeletas para salir malparado? La explicación más evidente es que o no tenía conocimiento de esas empresas, y, por lo tanto, soy un idiota a quien nadie en su sano juicio volvería a contratar nunca, o lo sabía y guardé silencio por intereses personales, relacionados con beneficios económicos, en cuyo caso soy un bellaco. No, no creas que eres el único al que le espera un mal trago. Casi todos estamos metidos en un buen lío.

—¿Crees que lo hice yo?

—Amigo mío —dijo Miles en tono amable—, de nada sirve hacerme preguntas como esa. Soy abogado.

—Aun así, no estás aquí en calidad de abogado. Seguro que tienes alguna opinión personal.

—De todos modos, no podría responder a semejante pregunta. Hay códigos de conducta en todas las clases y profesiones. Piensa en el efecto psicológico de decirle a un hombre que se encuentra en un estado de nerviosismo exacerbado que lo consideras un asesino. Se rompería de inmediato el equilibrio y, aunque supieras que

eres más inocente que el arcángel Gabriel, tu confianza se debilitaría. Ni que decir tiene que, si estuvieras decidido a confesar el crimen, la cosa cambiaría por completo. Pero presumo que no es tu caso.

—No, no lo es —confirmó Brand—. Aunque no será porque no me hayan animado a hacerlo. Richard intentó persuadirme por todos los medios.

Pese a la ligereza de su tono, su voz estaba tan cargada de melancolía que despertó la compasión de Miles. Este era consciente de que la familia al completo había aceptado sin reservas la teoría de la culpabilidad de Brand, y el efecto de una creencia tan general en la atmósfera en que se movía la persona señalada debía de ser deprimente y descorazonador.

—No es el deseo de entrometerme en tus asuntos —continuó— lo que me empuja a decirte esto, pero como abogado uno ve muchos pasos en falso que podrían haberse evitado con una palabra a tiempo. Si no consiguen demostrar que Eustace o cualquier otro estuvo en la biblioteca después de la hora en la que admites haber estado tú, te verás en un aprieto. Claro que no sé lo que ocurrió en esa conversación, pero mi consejo (y se lo doy a todos mis clientes) es que te ciñas estrictamente a los hechos. Si fue un poco tensa, no finjas que fue una balsa de aceite. Y si, por decirlo de alguna forma, tuviste que arrancarle el dinero de las manos a tu padre, admítelo. Causarás una impresión mucho más favorable, y aunque, por supuesto, todo el mundo puede cambiar de opinión, esa segunda opinión no borra la primera. Si creen que te han pillado mintiendo una vez, pondrán en duda todo lo que digas a partir de entonces.

Detrás de ellos oyeron cómo Amy le decía a Eustace:

—Me gustaría que fueras sincero con nosotros. Todos sabemos que las cosas no iban tan bien como él esperaba. Mi padre lo admitió, así que no veo ninguna necesidad de andarnos con secretos. Quizá te pidió que no trascendiera esa última conversación, pero, claro, no podía prever la situación en la que nos encontramos. Y, sea como fuere, creo que es tu deber contarnos todo lo que tenga relación con el caso.

Le dirigió una mirada grave y penetrante, pero él se limitó a responder con mayor énfasis:

—Te aseguro, Amy, que no volví a ver a tu padre después de que se fuera a la biblioteca, cuando dimos por terminada la partida de *bridge*. Es cierto que estaba impaciente por discutir con él algunos asuntos, como la conveniencia de hacer un par de cambios en sus inversiones o noticias muy recientes, pero decidí no molestarlo antes de esta mañana. Cuando un hombre está rodeado de su familia, lo último que quiere es que lo importunen con cosas de los negocios.

Hasta el adusto Miles sonrió al oír eso. Brand se rio también, y Amy, que no se caracterizaba por tener pelos en la lengua, replicó con contundencia:

—Era cuando mi padre estaba rodeado de su familia cuando se veía acosado constantemente con cosas de los negocios.

Eustace dijo con furia:

—Eso podría explicar las continuas cartas que me escribía pidiendo mayores beneficios, un abanico más amplio de posibilidades para su capital. Si te figuras, mi querida Amy, que representar a tu suegro es una broma o una sinecura, permíteme que te saque del error. No habría soportado tantas intromisiones ni tantas quejas de ninguna otra persona, pero uno intenta ser lo más indulgente posible, y yo sabía que estaba siendo acosado por su familia.

Olivia rompió a llorar a lágrima viva.

—Es la peor Navidad que recuerdo —dijo entre sollozos, indiferente a la tragedia que se había abatido sobre ellos. Habría sollozado igual si el pavo no hubiera llegado a tiempo o se hubiera quemado el postre.

Eustace, debatiéndose entre la irritación por el numerito de su esposa y el alivio por la oportunidad que le brindaba de hurtarse al interrogatorio de su cuñada sobre sus motivos y sus acciones, la sacó del gabinete.

—Siempre ha sido igual —dijo Amy con despreocupación—. Se pasaba horas llorando de pequeña, solo para llamar la atención.

Muchos de los pensamientos de Eustace, que daban vueltas y más vueltas en su cabeza, le resultaban a Miles tan evidentes como peces de colores nadando en una pecera de bola, y sus sospechas coincidían con las de Amy. Si Eustace no había sido el último en ver a su suegro, ¿por qué estaba tan nervioso, tan atolondrado? ¿Por qué le daba miedo entrar en la biblioteca? ¿Por qué no había probado bocado en el desayuno, y había perdido tan rápido los papeles? Tal vez, pensó el perspicaz Miles, porque le esperaba una acusación tan grave como la de asesinato. Adrian Gray había sido lo único que se había interpuesto entre él y la ruina cuarenta y ocho horas antes; ahora habían quitado de en medio a Gray, y él se había quedado frente a frente con la deshonra. Miles, que detestaba a los granujas, sintió, pese a todo, una punzada de lástima por Eustace; no por su destino, sino por su falta de coraje para hacerle frente.

Llegaron voces apagadas provenientes del vestíbulo, y se abrió una puerta. A continuación se oyeron pasos en las escaleras y entró Richard, con el rostro consumido y exhausto. Paseó la mirada por el gabinete y preguntó inmediatamente:

—¿Dónde está Laura?

Miles dijo que Ruth y ella estaban con la abuela, que había preferido algo más de tranquilidad.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Amy—. ¿Quieren hablar esos hombres con alguno de nosotros? —y señaló a Brand con la mirada.

—Nos lo harán saber —respondió Richard con aire preocupado—. De momento quieren la biblioteca para ellos solos. Tienen que examinar cosas. Por descontado, nadie puede salir de la casa.

Y, dándose la vuelta, se marchó de nuevo.

CUARTA PARTE

CONSECUENCIAS DE UN CRIMEN

1

Ross Murray, el sargento a cargo del misterio de King’s Poplar, era un hombre con una destacada trayectoria profesional y una personalidad extraordinaria. Nacido y criado entre lujos y comodidades, en previsión de ocupar algún día el lugar de su padre, lord H., descubrió por casualidad, a la edad de dieciocho años, que no tenía derecho a ese título honorable. H., cuando le presentaron pruebas escritas del puño y letra de su esposa, se puso tenso y se quedó pálido como un cadáver, pero no intentó negar la evidencia.

—¿Siempre lo ha sabido, señor?

—Desde antes de que nacieras.

—Y, a pesar de todo, ¿me ha tratado como a un hijo?

—No tenía elección. Legalmente, los niños que da a luz una mujer son de su marido.

—¿Lo que quiere decir es que yo era responsabilidad suya?

—Con la ley en la mano, eres mi hijo. Insisto, no tenía elección. Como católicos, el divorcio no se contemplaba.

—Y ¿me aceptó usted como su heredero, señor?

—Eres mi heredero.

—No, señor. Su heredero es Philip. Y, si algo le ocurriese, quedaría Robin.

—¿Qué piensas hacer tú?

—Debo marcharme, señor, y buscar mi sitio. Si las cosas responden a algún propósito, todos tenemos nuestro lugar en el diseño divino. Creía que el mío estaba aquí, pero me equivocaba. Una última cosa. Mi padre…

El rostro de lord H. estaba desgarrado por una suerte de angustiosa vergüenza.

—Puedo decirte muy poco. Era más joven que tu madre, y no exactamente de su misma clase social. Tengo entendido que era muy apuesto, y ella me asegura que se esforzaron por ser honrados. La fatalidad quiso que sus caminos se cruzaran en circunstancias comprometedoras, y por lo visto aquello fue demasiado para ellos. Tu madre quería divorciarse; huelga decir que yo no podía aceptarlo. Creo que nunca volvió a ver a tu padre.

Ross frunció el ceño, pero no dijo nada. Pensó: «Cuánto dolor. Qué terrible sufrimiento deben de haber soportado los dos, y, sin embargo, nunca han exteriorizado nada. Santo cielo, ¡hay motivos para sentirse orgulloso!».

H. interrumpió sus meditaciones para preguntarle cómo se proponía evitar el escándalo. Difícilmente podía renunciar al título en favor de Philip sin levantar una ola de comentarios.

—Creo, señor —dijo Ross—, que será mejor para usted que me vaya al extranjero. Es mucho más fácil morir allí. Sin investigaciones oficiales, sin funeral público, sin preguntas incómodas. Paludismo o algo apropiado de ese estilo. Requiere cierta dosis de doblez, lo sé, pero al menos no significa toda una vida fingiendo, como sería el caso con cualquier otro plan.

—¿Y Philip?

—Robin y él tendrían que saber la verdad. Trascendería un poco, supongo, pero podemos confiar en la discreción de nuestros amigos. De hecho, seguro que ya hay personas que lo saben.

H. levantó la mano y tocó el hombro del muchacho.

—Créeme, Ross, estoy más que dispuesto a olvidar todo esto. Lo olvidé hace dieciocho años. Nunca me he permitido pensar en ello. Quédate y hereda. No llevas mi sangre, pero dormiría tranquilo sabiendo que el lugar está en tus manos.

Ross rehusó; tenía su propia filosofía de vida, e insistió en que todavía debía encontrar su vocación. Llevó a cabo su plan con sencillez y celeridad. Como dijo, daría pie a muchos menos comentarios si desaparecía entonces, cuando no se planteaba la cuestión del sucesor, que si lo hacía después de morir H., cuando surgirían toda clase de rumores injuriosos.

Lo cual explica por qué muchos años después llegó a la casa solariega de King’s Poplar, para investigar la misteriosa muerte de su propietario, un hombre asombrosamente parecido al hijo mayor de lord H., fallecido en África a los diecinueve años en trágicas circunstancias.

2



Desde un escalón para saltar la cerca de uno de los campos que atravesó de camino a King’s Poplar, un atajo marcado normalmente por un sendero que ese día había quedado sepultado por la intensa nevada, Ross contempló el sombrío perfil de la casa recortado contra la ladera. Se erguía solitaria, como un edificio maldito, en mitad de la pendiente pelada. Ese día el efecto quedaba atenuado por la nieve que todavía lo envolvía todo, pero se intuía sin dificultad que, incluso con la calidez del verano, tendría una apariencia de desamparo, como si la hubieran apartado para siempre de la amistosa compañía de los hombres. Se trataba de una construcción curiosa, con dos plantas que, no obstante, eran inusitadamente espaciosas, a pesar de una apariencia exterior angosta y furtiva. El tejado era oscuro y muy inclinado; las ventanas quedaban al mismo nivel que las paredes y demasiado cerca del alero, confiriendo a la casa un aspecto siniestro y un tanto fraudulento. A Ross le recordó un aguatinta especialmente inquietante que había visto una vez, titulada *La casa diabólica*, que le había helado la sangre y estimulado la imaginación. Ahora sintió la misma estremecedora sensación de desasosiego. Pensó que parecía el tipo de casa en la que cabe esperar que se cometa un crimen; no resultaba difícil creer cualquier historia extraña relacionada con ella.

Puesto que llevaba unos años viviendo en los alrededores de King’s Poplar y era un hombre observador y con criterio, Ross tenía formada una idea bastante precisa de las relaciones existentes entre los miembros de la familia Gray. Sabía, además, que últimamente habían recibido cartas de Londres —a ese extremo llegaba el chismorreo local—, que habían llevado a Adrian a mostrarse mucho menos accesible de lo habitual, acusando a su hija de irresponsable y de despilfarrar deliberadamente. Las frecuentes visitas de Moore no habían pasado desapercibidas, y se había extendido la opinión de que el anciano se había sometido al dominio del forastero, pues así lo veía la mayoría. Se sabía también que el hijo menor era un alborotador y una especie de mendigo. En cuanto a Isobel, Ross solo conocía las leyendas que se contaban en la vecindad, rica en ese tipo de historias; se afirmaba que pasaba por el pueblo sin proyectar sombra, que caminaba por los páramos con un farol en noches cerradas, y que, si un mortal se le acercaba, desaparecía, dejando el farol suspendido en el aire. Ross no concedía a estas historias más credibilidad de la que merecían, pero era lo bastante perspicaz para intuir que en los últimos meses se había producido una situación de cierta gravedad, difícil para personas adineradas, y prácticamente ruinosa para los pequeños especuladores.

Los Gray, sin duda alguna, habían venido a menos. En su día habían sido caballeros rurales de cierto prestigio; durante los últimos veinte o treinta años, sin embargo, su fortuna había decrecido y se habían desprendido de buena parte de sus propiedades. Al mismo tiempo, la familia empezó a separarse, con varios miembros mudándose a Londres y a otras grandes ciudades, y algunos incluso partiendo al extranjero. Lo que quedaba de sus tierras se arrendó a los granjeros, y la familia se quedó únicamente con la casa solariega. La vida del pueblo, que una vez se había congregado alrededor de la mansión, pasaba ahora por delante de su puerta sin detenerse. A nadie se le ocurría ir allí en momentos de dificultad o preocupación en busca de consuelo, ayuda o consejo. Era la vieja historia de un nuevo orden que anulaba el encanto de lo antiguo. Pero la ruptura de la tradición del condado había traído también, hasta donde alguien externo podía juzgar, la ruptura de la familia. En varios de sus miembros se apreciaba con claridad un continuo deterioro de su carácter; sus opiniones habían cambiado. Ahora participaban de las aspiraciones del vulgo, las mismas que antes habían despreciado. Posición, posesión, autoridad: esos eran sus nuevos dioses. Las generaciones de Grays que descansaban en el camposanto apenas habrían reconocido a sus descendientes, y con toda seguridad se habrían mostrado renuentes a admitir cualquier parentesco.

«Y ahora el anciano está muerto, es de suponer que asesinado por uno de sus hijos —reflexionó Ross, saltando la última cerca y aproximándose a la casa—. No nos harían venir para tomarle la temperatura. Uno no llama a la policía, en especial el día de Navidad, si puede evitarlo; no cuando has caminado por el pueblo durante años como un gallo entre un montón de gallinas sucias de las que puede disponer a su antojo y no cree que merezca la pena».

3



Richard salió a recibirlo al vestíbulo y lo condujo a la desordenada biblioteca. El continuo entrar y salir de gente, sus gestos vacíos y el trajín por el levantamiento del cuerpo habían desordenado muchos libros y papeles. Ross vio esparcidas en la mesa y en la moqueta varias cartas y notas que presumiblemente sujetaba el bloque de latón con el que, según Richard, se había cometido el asesinato. Había también unos cuantos folletos y prospectos tirados por allí, en su mayoría de empresas sin muy buena fama en la bolsa de Londres: buscadores de cobre y minerales, hombres con alocados planes para extraer oro y piedras preciosas en lugares remotos del planeta, inventos disparatados y trabajos pioneros que prometían pingües beneficios. Si Gray se había dejado convencer para invertir su dinero en alguno de aquellos negocios, significaba que sabía muy poco de asuntos industriales.

A Ross solía impresionarle la dignidad distante de Richard, una mezcla de calma y reticencia que le resultaba fascinante. Alto, enjuto y de tez grisácea, tenía la apariencia de un hombre triste abandonando su reserva natural para afrontar el desafío de la situación. Ross agradecía su actitud. La idea de que algo dentro del círculo familiar pueda autorizar a extraños curiosos a entrar en contra de la voluntad del propietario y hacer preguntas íntimas e impertinentes no puede ser sino mortificante.

—Está también el detalle bastante extraño de la ventana abierta —dijo Richard para terminar su breve explicación—. Parece poco probable que la abriera mi padre, puesto que solía acusar mucho el frío, y Moulton recuerda haberla cerrado y asegurado bien en algún momento de la noche.

Ross tomó su primera nota mental. Richard parecía preocupado por demostrar que la ventana abierta no tenía relación con el crimen, desechando así la única alternativa a un asesino en la familia. ¿Por qué?

Richard lo dejó entonces para que realizara su tarea de examinar la estancia. A Ross le sobrevino un extraño abatimiento muy poco habitual en él. Casi podía calificarlo de vergüenza; y era difícil localizar su origen. No es que aquel fuese el peor caso de su carrera; había investigado otros asesinatos antes. Su desánimo se debía más bien a cierta sensación de inhumanidad e irritación que irradiaba la casa, como si las personas que había en ella sintieran, no compasión o dolor, sino enfado por cómo había muerto Gray y por las molestias y la publicidad que se verían obligadas a soportar.

«Dios sabe que los muertos caen pronto en el olvido —pensó—, después de ser enterrados y recibir una flor como ofrenda a intervalos establecidos, además de un

mantenimiento decoroso de la lápida a cambio de unos honorarios. Pero aquí, por alguna razón, tengo la impresión de que lo único que les preocupa a estas personas son sus perspectivas de futuro».

4



Durante la hora siguiente, la familia estuvo reunida en el gabinete y apenas hablaron entre ellos. Brand, rígido por dentro pero sereno en apariencia, no se movió de la ventana. Contemplaba los movimientos de la vida en el silencioso mundo de fuera, la forma cambiante de las nubes, el vuelo de pequeños pájaros, sus cuerpos de color pardo proyectando una sombra negra sobre la inmaculada extensión de nieve. Dentro de poco, pensó, llegaría la hora de la verdad para él. Todo lo que había precedido a ese momento era evanescente, insustancial como una sombra, y distorsionaba, igual que esta, la realidad que le seguía los pasos. Le parecía que fallar ahora sería una traición, no a sus familiares o a su padre, sino a su propia personalidad, al espíritu que da forma a la carne rebelde. Solo la plena realización de su sueño podía justificar el acto de locura de la noche anterior. Acostumbrado a la reflexión y las discusiones filosóficas, era capaz de apreciar incluso cierta decencia irracional y cierto valor en su acción, siempre que no permitiese que el fruto se pudriera. «Como árboles floreciendo en un cadáver putrefacto», se dijo; un pensamiento muy propio de él.

Olivia, que se había reincorporado al grupo con su marido, exclamó de pronto asustada:

—No nos veremos implicados, ¿verdad, Eustace?

—Ya estamos implicados —replicó él—. ¿Cómo no íbamos a estarlo?

Observando la impasibilidad que volvió a adoptar Eustace de inmediato y el aire distante de Richard, que podía esconder cualquier emoción, desde un miedo atroz hasta una profunda resignación que ni espera ni cree en nada, a Brand lo impresionó el Poder Creador que, al hacer a los hombres con rasgos visibles, había hecho posible que ocultasen cualquier rastro de sensibilidad, para que así los curiosos pudieran observarlos, espiarlos en sus ratos de intimidad, y, aun así, no averiguar nada. Bajo su máscara, ¿qué emociones atormentaban a estos dos hombres para los que había tanto en juego? Debían de saber que su relación personal con el muerto sería objeto de debate público, y que ese debate por fuerza perjudicaría su carrera y sus ambiciones. ¿Estaban asustados, pese a ser conscientes de su inocencia? ¿O pensaban en lo que saldría a la luz, que afectaría a su vida profesional? ¿Alguno de ellos sentía compasión por el difunto o por aquel que cargaba con el peso de su muerte? No había duda de que él estaba en peor posición. Si se descubría la verdad, aunque se vería sometido a otro padecimiento, lo liberarían de la tremenda presión que tenía que soportar ahora, esa sensación de insufrible conocimiento. La pasada noche, junto al cadáver de su padre, había reprimido el impulso de avisar a los demás para soltarles algún cuento chino sobre que había oído ruidos extraños en el piso de abajo y había

bajado a investigar; cualquier cosa, pensó entonces, con tal de no soportar la carga de la verdad en solitario. Y hoy esa carga era todavía más abrumadora. Una parte de su carácter se esforzaba por ocultar cualquier prueba que pudiera señalarlo como responsable de la situación; pero otro instinto vociferante le aseguraba que contar la verdad sería un alivio inmenso. Supondría el final de ese tormento interior, de la sensación de estar solo en la oscuridad, sin la menor idea de dónde pisaba. En cualquier momento podía precipitarse al desastre; una palabra casual, una respuesta descuidada, podía delatarlo. Se vio a sí mismo como el zorro retorcido y ensangrentado en las fauces de los perros de caza; por dentro jadeaba y se esforzaba, como debe hacer el zorro para escapar, pero se preguntaba lo fuerte que sería ese instinto en un animal que sabe que, aunque escape esa vez, acabarán cazándolo y despedazándolo.

Se removía inquieto, con una mano aferrada al alféizar de la ventana. «Vamos, cálmate. Piensa en el futuro. Esto es una pesadilla, pero pasará. Todo pasa. Lo único indomable es el espíritu de un hombre». Del mismo modo que, cuando esperaba aturdido junto al cadáver, se había repetido una y otra vez: «Está muerto. Lo he matado. Soy un asesino. Los asesinos acaban ahorcados», ahora repetía en su corazón esas palabras de aliento para evitar la peor de las perfidias, la traición por culpa del miedo.

Le infundió seguridad ver a Eustace, desenvuelto, sofisticado e indiferente, con su aire de ofrecer apoyo a aquellos entre los que se movía, hombres con menos mundo que él y, por lo tanto, con menos éxito; solo que hoy advirtió indicios de que esa pose arrogante se resquebrajaba y el miedo asomaba por las grietas. Eso reforzó su determinación de seguir interpretando el papel que se había preparado, y su sentido de la responsabilidad se relajó.

—¿Cuánto tiempo lleva ese hombre en la biblioteca? —gritó Amy malhumorada —. ¿Qué puede estar haciendo tanto rato? Y qué insoportable tener a un extraño —su tono daba a entender que por extraño se refería a un hombre común posiblemente relacionado con la mitad de los sirvientes, quienes estaban siempre ansiosos por propagar rumores y sembrar hostilidad— revolviendo en nuestras posesiones íntimas.

—Tiene mucho que examinar, creo yo —respondió Richard con severidad—. Y no me cabe duda de que a sus oídos ha llegado ya un sinfín de rumores. En un sitio tan pequeño como este, la gente no tiene mucho que hacer aparte de hablar. —A pesar de su experiencia, creía, igual que Amy, que la población de la clase trabajadora, como se les llamó en una época en que trabajar abiertamente se consideraba una pequeña vergüenza, estaba pendiente hasta extremos exasperantes de los asuntos de la clase social superior; y, si alguien intentaba desilusionarlo diciéndole que los hombres y las mujeres a quienes hacía referencia estaban mucho más interesados en sus vidas que en la crisis más sensacional de, por ejemplo, el propio Richard, habría desechado esa información con un encogimiento de hombros. Para él, el mundo no había avanzado desde hacía casi una generación.

—Siempre he estado en contra de la costumbre de Amy de contratar sirvientes locales —terció Eustace con brusquedad—. Es garantía de problemas. Te aseguras de que el tipo de ahí abajo no va a hacer más que empeorar las cosas.

—No va a tenerlo nada fácil —observó Miles—, paraos a pensarlo un momento. La mitad del caso dependerá de lo que consiga sonsacarle a la biblioteca. Lo demás espera sacárnoslo a nosotros.

Su comentario desvió el curso de los pensamientos de Brand. Olvidándose de pronto de sí mismo, su imaginación le presentó una escena del hombre concentrado y silencioso, separado de ellos tan solo por madera y yeso, invocando la ayuda de objetos inanimados para resolver el problema que habían creado y enredado otros hombres que lo veían como un entrometido, un intruso en su intimidad: un enemigo, en definitiva. ¿Por dónde empezaría? ¿En qué basaría sus conclusiones? ¿Cómo diferenciar entre lo importante y lo insignificante? ¿Qué pensaría de la ventana abierta, del documento falsificado, de las cenizas en la chimenea? ¿Cabía la posibilidad de que uniese las piezas de tal forma que no llegase ni a la verdad ni a la mentira que Brand le había ofrecido, sino a una versión del crimen completamente distinta de todo lo que se le había ocurrido a él (al asesino)? Por vez primera, Brand se vio cara a cara con aquel hombre. El suyo iba a ser un duelo de ingenios, y, si uno podía inventar y tergiversar pruebas, el otro podía reservarse su opinión. Antes o después, se verían las caras, cada uno ignorante de los movimientos y estratagemas del otro, del curso de la acción; avanzando, desde ese punto de vista, a ciegas. Los escollos que tenía por delante se le presentaban ahora con pasmosa claridad, mientras pensaba, un tanto consternado, que la suya no era la única inteligencia capaz de poner trampas y dejar pistas falsas.

Enfrascado en tales reflexiones, no prestó atención a los demás hasta que la voz de Richard lo sacó de su ensimismamiento diciendo, primero con insistencia y después con impaciencia:

—Brand, la policía quiere verte.

5



Cuando entró en la biblioteca, Brand le lanzó una mirada escrutadora al hombre que estaba a punto de interrogarlo. No apreció en él ninguna característica destacada, ni los ojos penetrantes que esperaba encontrar, ni intención alguna de aferrarse a la palabra más insignificante para utilizarla en su contra. El hombre que tenía delante era frío y evasivo. Le hizo las preguntas sencillas que había previsto sobre la conversación con su padre.

Brand correspondió a su frialdad adoptando una actitud despreocupada. Las respuestas le salían de dentro con la misma facilidad y con tan poco esfuerzo como si estuviera teniendo una conversación normal y corriente en su club (suponiendo que fuera socio de alguno).

—En cuanto a esa ventana, señor Gray —dijo Ross entonces—, supongo que su padre no la abrió cuando estaba usted aquí, ¿verdad?

—No —respondió Brand, que se había preparado también para eso—. Estaba cerrada cuando me marché.

—¿Se le ocurre alguna razón para que la abriese?

—Ninguna. ¿Hay indicios de que la abriera él?

—¿Quién si no? —preguntó Ross con despreocupación.

—Esta mañana mi hermano parecía barajar la posibilidad de un allanamiento.

—¿Cuándo?

—Después de salir yo de aquí, supongo.

—Pero usted se encontró con el señor Moore en las escaleras.

—Entonces, cuando él se marchó de la biblioteca.

Ross negó con la cabeza.

—Creo que puede descartar esa teoría. ¿Sabe usted a qué hora comenzó a nevar?

—No me acuerdo. —Temió que estuviera tendiéndole una trampa, y que una respuesta afirmativa lo arrastrase a explicaciones que acabasen tejiendo una red de sospechas, hasta cristalizar en una acusación contra él, lo que debía evitar a toda costa.

—Resulta que yo sí. Empezó a nevar a las once y cuarto. Si, tal y como dice, no se marchó de aquí hasta casi las doce menos cuarto, y el señor Moore le tomó el relevo, el supuesto intruso tendría que haber hecho su aparición pasada la medianoche. Para entonces, los caminos estaban cubiertos por una gruesa capa de nieve. Puedo dar fe de ello porque, como católico, fui a Nunhead para asistir a la misa del gallo. Salí a las once, porque, por supuesto, tenía que ir caminando, y a las once y cuarto, de forma totalmente imprevista, empezó a nevar. Cuando salí de la iglesia a la

una, se había acumulado nieve suficiente para que caminar resultase desagradable. Cualquiera que hubiera entrado por la ventana, como usted sugiere (aunque abrir una ventana de bisagras desde fuera sin dejar huellas en el marco es tarea complicada), tendría que haber dejado restos de nieve en la moqueta. Y, como seguramente habrá observado ya, no los hay. No, dudo que la ventana tenga alguna relevancia en este asunto. Una cosa más. Cuando el señor Gray extendió ese cheque a su nombre, ¿lo sacó (el talonario, quiero decir) de la caja fuerte?

Brand se dio cuenta de que pisaba terreno peligroso. Detrás de aquella pregunta aparentemente inocente había escondidos varios cepos. Pero Brand se limitó a responder:

—No. Ni siquiera sabía que tenía caja fuerte. Alguna vez me lo he preguntado, a decir verdad, pero nunca he sabido dónde está.

—Entre los libros —le dijo Murray—. Escondida con mucho celo.

—Muy propio de él, ¿no cree? ¿Por qué diablos esconderla? ¿Pensaba que toda la familia se echaría encima de ella en caso de haber sabido dónde estaba?

—Al parecer era un hombre cauteloso —fue la respuesta igualmente cautelosa de Ross.

Brand asintió.

—Y ¿dónde dice que estaba?

—Detrás de *Los viajes* de Hakluyt[13]. ¿Sabe dónde los tenía?

—Me temo que nunca me he interesado mucho por los libros de mi padre. ¿Dónde?

—Había dos colecciones de la obra; eso es lo que me llamó la atención. Una estaba en el hueco que hay al lado de la chimenea, y la otra en los estantes junto a la puerta. La segunda, falsa, por supuesto.

Brand frunció el ceño.

—Parece más lógico que los volúmenes falsos estuvieran en el hueco. Así podría haber disfrutado a placer de su secreto.

—Oh, esos eran los falsos, sí —confirmó Ross, un poco sorprendido.

—Supongo que se lo contó alguien de la familia.

—No sé cuántos de ellos lo saben.

—Presumo que mi hermano, y también el señor Moore. En cuanto a los demás, no sabría decirle. Tal vez el señor Amery, pero no estoy seguro. Tengo para mí que mi padre y él no se llevaban demasiado bien.

—¿No? —La voz de Ross era evasiva. Brand se corrigió de inmediato.

—Le ruego que me perdone. Pensaba en voz alta. No pretendía insinuar que existiera ningún desacuerdo grave entre ellos. No creo que se vieran muy a menudo. Pero sé que sus principios morales eran distintos, y a mi padre le disgustaba lo que él consideraba falta de ambición del señor Amery. Eso es lo único que quería decir cuando he expresado mi duda de que mi padre se hubiera confiado a él.

—Entiendo —dijo Murray en el mismo tono—. Volviendo al asunto del cheque, ¿lo extendió delante de usted?

—Sí. No había previsto darme nada. Ni siquiera tenía preparado el talonario.

—Comprendo. ¿No hizo mención a un talón para el señor Moore?

—No. Pero me dio la impresión de que no le habría sorprendido en absoluto volver a verlo ayer mismo. A todos nos parecía evidente que algo grave tenía preocupado a mi cuñado.

—¿Y usted no dudó en relacionarlo con el señor Gray?

—La única razón por la que se reunían siempre mi padre y el señor Moore eran los negocios. No tenían nada más en común. Además, hasta yo me he enterado de lo inestables que son las empresas en las que mi padre y el señor Moore han invertido. Y no sería la primera vez que viene a pedir fondos.

—¿No le dijo nada al respecto? El señor Moore, quiero decir.

—El señor Moore me considera un imbécil redomado con el cual de nada sirven las palabras ni el sentido común.

—Entiendo. Gracias. Tengo una pregunta más. Este documento que firmó usted. ¿Estaba aquí a falta de estampar su firma o fue redactado en presencia suya?

Aquí Brand se lo pensó un segundo antes de responder, sospechando que se encontraba ante una nueva trampa.

—Lo escribió delante de mí —respondió, después de dudar un instante—. Él no sabía que iba a darme dinero, así que es difícil que tuviera el documento preparado, ¿no le parece?

—Cierto. ¿Me haría el favor de permitirme tomar sus huellas dactilares?

Brand se sobresaltó; no obstante, tras reflexionar un momento, se convenció de que no había nada que temer de este procedimiento. Había reconocido su presencia en la biblioteca y, dadas las circunstancias, cabía esperar que se encontrasen huellas suyas.

De todos modos, mientras accedía a la solicitud del detective y pensaba con fastidio que tendría que lavarse las manos antes de volver al gabinete, preguntó:

—¿Para qué las quiere? ¿O se trata solo de una formalidad?

—Oh, no —le dijo Ross en tono tranquilo—. Hay algunas huellas en la caja fuerte que queremos identificar. Claro está que, si no sabía de su existencia, no pueden ser suyas; pero, siguiendo el procedimiento habitual, he de tomárselas a todas las personas de la casa.

—Deben de ser de mi padre.

—Seguramente. Pero es arriesgado darlo por sentado. Gracias, señor Gray. ¿Sería tan amable de decirle al señor Moore que me gustaría hablar con él?

Brand subió los escalones de dos en dos, ágil y silencioso como un gato. Pensó rápidamente: «Tengo que estar en guardia, dar la impresión de que no he notado nada inusual. No debo parecer nervioso, y tampoco irme al otro extremo y parecer despreocupado. Al fin y al cabo, estoy implicado, y algunos dirían que hasta el

cuello. Puede resultar extraño que no haya huellas de Eustace en la biblioteca. Un tipo como ese seguro que hace algún comentario al respecto. ¿Cómo se comporta un hombre que sabe que puede acabar arrestado por asesinato, al que todos consideran el autor del crimen, pero que en realidad es inocente? Esa es la actitud que he de adoptar».

Asomó la cabeza en el gabinete y le transmitió a Eustace el mensaje del detective.

—¿Adónde vas ahora, Brand? —preguntó Amy ávidamente.

—A lavarme las manos. Esta sustancia con la que te toman las huellas dactilares… Oh, sí, es todo muy oficial, como en las películas. Buena suerte, Eustace.

Se quedó un rato en el cuarto de baño, intentando decidir la estrategia a seguir. Si aparentaba excesiva alarma por la situación, levantaría sospechas; y, si se mostraba despreocupado y desafiante, seguramente confirmaría una sospecha, no en la cabeza de sus familiares, quienes, en realidad, no importaban, sino en la de aquel hombre silencioso, perspicaz y atento que estaba decidido a llegar al fondo del misterio, del mismo modo que él, el asesino, intentaría escapar a las consecuencias de su acción.

Mientras se secaba las manos con la toalla a cuadros azules y blancos —«Qué toallas más baratas compra Sophy —pensó—; es un placer sentir este tejido grueso y suave entre las manos»—, siguió cavilando: «¿Cuánto sabe el tipo ese? ¿Qué ha descubierto? No ha revelado nada. ¿De quién sospecha? ¿Ha examinado la chimenea? Supongamos que no se le ocurre. ¿Qué sabe él (y esta es la pregunta clave) que yo no sé que él sabe?». Ahí residía el verdadero peligro, y, una vez más, le impresionó y le horrorizó pensar que había estado cara a cara, apenas a un metro, con un hombre que había tenido oportunidad de observar su expresión, sus gestos y el movimiento de su cuerpo, y, sin embargo, no tenía la menor idea de lo que pasaba por aquella cabeza equilibrada e inteligente. Dejó la toalla con descuido y volvió con el grupo reunido en el gabinete. Eustace seguía, supuestamente, sometido a interrogatorio. Tal vez estaba pasando también él por un trance penoso.

—¿Hasta dónde llega la autoridad de la policía? —dijo de pronto—. ¿Cuántas preguntas pueden hacer esos tipos? ¿No respetan nada? ¿Puedes negarte a responder algo?

—La gente honrada sin nada que ocultar no tiene inconveniente en responder preguntas —dijo Amy con malicia.

—Cierto. Pero ¿es ese el caso de alguno de nosotros?

Todos se volvieron a mirarlo.

—¿Qué diablos quieres decir?

—En estas circunstancias, ¿quién de nosotros no tiene algo que quiera esconder? Tú, Amy, si te preguntaran cómo era tu relación con nuestro padre, si os llevabais bien, ¿no te gustaría negarte a responder, sabiendo que tiene libertad para interrogar a todo el personal de la casa, quienes pueden corroborar o no tu historia? Y Richard, ¿de verdad quieres contarle a un extraño lo que pasó entre nuestro padre y tú cuando bajaste ayer a hablar con él? Imagino que Eustace está en la misma situación.

—¿Qué te ha preguntado? —quiso saber su hermana.

—Cualquiera diría que intentaba imitarte. Y le he dado exactamente las mismas respuestas que a ti. Ah, y le he dicho que no he manipulado la caja fuerte. Por desgracia, nunca he sabido dónde estaba.

—¿Quién ha hablado de la caja fuerte? —preguntó Richard con preocupación.

—La autoridad en el piso de abajo. Hay huellas en la caja. Muy comprometedoras, quizá. No lo sé. Yo he sugerido que tal vez fueran del dueño.

«Creo que eso ha sonado bastante natural —reflexionó, ocultando la ansiedad que iba aumentando rápidamente en su interior tras una máscara de calma burlona—. El tipo de comentario que esperan de mí, en cualquier caso».

La puerta se abrió, pero quien entró no fue Eustace, sino un criado. ¿Podría bajar la señora Moore a la salita que había detrás de la biblioteca? Olivia preguntó enseguida por su marido. El criado murmuró, con discreción y formalidad: «No sabría decirle, señora», y se quedó esperando en la puerta.

Al poco llegó Eustace, pálido y cauteloso. Respondió escuetamente a un par de preguntas y miró con malevolencia a Brand, que había vuelto a ocupar su sitio al lado de la ventana. Richard dijo algo en voz baja, y él respondió:

—Solo Dios sabe cómo acabará esto. Con cárcel para la mitad de nosotros, probablemente. El tipo es un escorpión. Nuestra aflicción no es más que su oportunidad para conseguir un ascenso.

Richard hizo un aparte con Miles, y Eustace fue moviéndose por el salón hasta que encontró la oportunidad de hablar con Brand sin atraer la atención de los demás. Este, que lo había estado observando de reojo, se preguntaba en ese momento lo que por fuerza había de preguntarse cada vez que un miembro del clan volviera del interrogatorio relajado pero infalible que se estaba llevando a cabo en el piso de abajo. «¿Qué le habrá sonsacado? ¿Cuánto sabe Eustace? ¿Qué pasó entre mi padre y él anoche?».

Se había vuelto hacia la ventana, absorto en estas reflexiones, y se llevó un leve sobresalto cuando sintió una mano cerrarse sobre su muñeca. La voz de Eustace dijo:

—¿Qué le has contado a la policía, Brand?

—Lo mismo que a vosotros. Ya he respondido a esa pregunta al menos una vez.

—Solo quiero preguntarte una cosa. ¿Dónde está el cheque?

—En mi bolsillo.

—¿Mi cheque?

—¿Tu cheque?

—Sí. Han comprobado el talonario y han visto que extendió un cheque a mi nombre inmediatamente después del tuyo; un cheque por valor de diez mil libras.

—Y, oyéndolo hablar, nadie habría creído que tuviera tanto dinero.

—Esa no es la cuestión. Necesito ese cheque, Brand.

—¿Y a mí qué me cuentas? Yo no lo tengo. Ni siquiera estaba delante cuando lo extendió. Una vez conseguí el dinero, no me quedé mucho rato. A fin de cuentas, era

lo que iba buscando.

—No cuela. Nadie vio a Gray después de que tú…

—Esa es una acusación bastante grave, ¿no te parece? Equivalente a decir que lo maté yo. Pero, claro, supongo que es justo lo que piensas.

Eustace amagó un ademán de impaciencia.

—Eso no viene al caso. El asunto ya no está en nuestras manos. Pero quiero saber lo de ese cheque…

—Mi querido amigo, sé razonable. Tú tienes más información que yo. Lo único que sé es lo que me acabas de contar: es decir, que existe. Y ni siquiera de eso tengo pruebas. Por cierto, si no lo has visto, ¿qué pruebas tienes tú?

—La policía ha visto el asiento en la matriz.

—¡Ah! Cierto. No se me había ocurrido. Bueno, parece poco probable que mi padre escribiera ese asiento sin extender el cheque.

—El cheque no aparece.

—¿Qué me dices de la caja fuerte?

—Ya lo han mirado. —Se adivinaba el resentimiento en la voz de Eustace—. Se abre con una combinación, y nunca he sabido cuál era. Pero ellos la han abierto enseguida. No era consciente de los recursos de los que dispone la policía.

—¿Les has dicho eso a ellos? —Brand parecía interesado.

—Los he felicitado. Ese hombre (¡maldita sea su impertinencia!) dijo con la mayor frialdad que, si todas las cajas fuertes fueran impenetrables, la policía se ahorraría mucho trabajo.

—Bueno, si no estaba en la caja fuerte, ¿dónde podría estar? ¿Hay algún otro escondrijo en la biblioteca?

—No que yo sepa.

—En tal caso, supongo que podemos descartar que lo haya. Por cierto, ¿sabías lo de la caja fuerte?

—¿Por?

—¿Qué se proponía mi padre escondiéndola con tanto celo?

—Tu padre, Brand, era un hombre muy extraño. Si crees que era provechoso trabajar para él, y por sus intereses, estás muy equivocado. Si alguna de sus acciones bajaba un par de puntos, me mandaba cartas y telegramas y acusaciones, hasta que tomé la decisión de empezar a ocultarle cosas, sabiendo que era cuestión de días que las acciones subieran de nuevo.

—¿Bajaban a menudo?

—Por supuesto, no eran estacionarias. En una situación como la actual, con los estándares cambiando en todo el mundo, con la incertidumbre reinando por doquier y las empresas más solventes reteniendo sus beneficios, con el desempleo y los astilleros parados y problemas por todo el este del país, con los bolsillos de la gente vacíos, y huelgas y disturbios en la industria, con el gobierno en declive y todo lo demás, ¿te crees que sus ridículas inversiones iban a ser inmunes?

—No le tenías mucha admiración a mi padre, según parece —observó Brand con ironía.

—Ni el desafecto suficiente para matarlo, pese a todo, aunque quizá te convenga decir eso. Justo cuando me has puesto en una situación lo más delicada posible con esa patraña de que me viste en las escaleras a medianoche.

—Si tan interesado estás en negarlo, amigo mío, imagino que no te resultará muy difícil. Seguro que Olivia puede responder de dónde estabas a esa hora.

—Me temo que no. Si te vieras en mi situación, estoy convencido de que tu mujer lo tendría fácil para responder por ti. Pero Amy tiene la amabilidad de poner a nuestra disposición un vestidor cuando lo necesitamos, y en una noche como la de ayer, en la que estaba preocupado con nuestros asuntos, preferí la soledad.

—Eso demuestra que los arreglos provisionales y precarios de los pobres, cuyos vestidores tienen que hacer las veces de dormitorios para los niños, tienen sus ventajas, ¿no crees? Como bien dices, Sophy sin duda habría estado en disposición de responder por mí. Pero seguro que Olivia no es tan escrupulosa como para negarse por una nimiedad como esa.

—La verdad es que no sé lo que dirá Olivia. Estoy seguro de que satisfará tu curiosidad cuando vuelva. Aunque —añadió, enfurecido de pronto— no creo que sea asunto tuyo cómo pasamos mi esposa y yo las malditas noches.

—En circunstancias normales, te daría la razón en que es una impertinencia por mi parte sacar el tema, pero dada la situación en que nos encontramos, cuando tantas cosas dependen de dónde estaba cada miembro de la familia a la hora señalada, convendrás conmigo en que es importante, tanto más cuando la ola de sospechas parece levantarse amenazadora sobre mí.

—Y tú eres el único responsable de que así sea. Pero, en cuanto a ese cheque, juraría que sabes más de lo que dices.

—Por lo que yo sé, mi padre ni siquiera extendió ese cheque —dijo Brand muy serio, y, en este caso, ajustándose a la verdad—. Aunque a lo mejor sí lo hizo pero cambió de opinión después y lo destruyó.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza. Y, aunque fuera lo que ocurrió, seguro que habría quitado también la matriz.

—Piensas en todo, ¿eh? Tienes razón. Era un hombre metódico. Aun así, ¿han buscado en la papelera?

—Me han dado a entender que sí. Dicen que había unos cuantos sobres rotos, y tu carta pidiendo ayuda.

—Unirán los pedazos hasta dejarla como nueva, de eso no hay duda. Tal vez les sea útil. Me pregunto qué decía en ella.

—A estas alturas, deberías conocer bastante bien tus propias exigencias.

—Esta era más ambiciosa (más indignante, como diríais Amy y tú) que las anteriores.

Pero, aunque estaba tranquilo por dentro, e incluso daba la impresión de disfrutar de este intercambio de golpes, el corazón de Brand se encogía a medida que iba cobrando conciencia de la inmensa parafernalia de la ley, a la que ahora se enfrentaba. Su mirada errante abarcó todo el salón, lleno de enemigos impacientes por verlo condenado y quitárselo de en medio, para así seguir con sus vidas y olvidarlo lo antes posible. Solo Miles Amery lo miraba con atención, y resultaba imposible estimar la naturaleza de sus pensamientos. Ruth, que ya había vuelto de la habitación de su abuela, estaba de pie, pálida, serena, inmaculada, como la joven Cristina[14], junto a la pared. De algún modo, parecía ajena a todo aquel revuelo de escándalo y codicia. Seguramente, pensó Brand, porque carece de aspiraciones que ninguno de ellos pueda desbaratar. Pero Eustace, al ver el rostro delgado y entusiasta del abogado, experimentó una ira repentina e irracional, y un complejo de inferioridad, que él reconocía infundado y absurdo, lo invadió de nuevo. Aquel tipo andrajoso, a quien nunca se había encontrado en los círculos en los que él se movía, más exclusivos, nunca dejaba de darle la impresión de que él, Eustace, era en cierto modo insignificante, y todos sus planes brillantes, poco más que oropel, y sus esperanzas, tan vanas como el aro de papel a través del cual salta el payaso en el circo para divertir al público.

6



Uno tras otro, el minucioso sargento del piso de abajo puso a prueba a toda la familia. Al final de la terrible experiencia, quedaron patentes unos pocos hechos significativos. Por encima de todos, destacaba la incapacidad de Eustace para negar que Brand lo hubiera visto en las escaleras; antes de comprender las implicaciones de tal afirmación, Olivia dijo, sin precisar mucho, que su marido había salido de la habitación antes de medianoche. Más adelante intentó retractarse y aseguró que había sido mucho después, pero Murray no se lo permitió, y ella salió de la biblioteca sabiendo que, en general, había empeorado las cosas para su marido. Consciente de la situación en que se encontraba Eustace, se dio cuenta de que podían presentarse cargos muy graves contra él.

Hubo una pregunta que no consiguió entender hasta que él se la explicó. Ross había dicho con despreocupación:

—Fue un gran alivio para usted, imagino, cuando su marido le contó que tenía plena confianza en que su padre le ayudaría.

—En realidad, desconocía cuál era la situación. Mi padre había estado ocupado todo el día, y no estaba segura de que fuera a mostrarse muy comprensivo con nuestros problemas.

—Pero si su marido le habló del cheque…

—¿El cheque?

—El que su padre le había prometido.

Olivia lo miró fijamente; habría sido difícil reconocer en aquella mujer ojerosa y angustiada a la creadora sofisticada, de melena ondulada y manicura perfecta, de Dot y Lalage.

—No sé nada de eso.

—Le ruego que me disculpe. —Ross no le dio más explicación.

Hasta que estuvo a solas con su marido, no pudo Olivia decir:

—Pero, Eustace, ¿por qué no me lo habías contado? ¿Cómo has permitido que bajase sin estar sobre aviso?

—Contarte ¿qué?

—Lo del cheque.

—Y ¿cómo querías que te lo dijera? No he tenido ocasión.

—Podrías habérmelo dicho esta mañana, antes de que llegase la policía. Has tenido tiempo de sobra.

—Lo que intento hacerte entender es que no sabía nada del cheque hasta que el tipo ese me ha preguntado por él.

—Entonces ¿existe?

—Eso parece.

—¿Dónde está?

—Dice que han registrado con lupa hasta el último rincón de la biblioteca y no hay rastro de él. Pero podrían haberlo quemado, claro.

—¿Padre? ¿Por qué, si acababa de extenderlo?

—Tu padre no. Ese queridísimo hermano abatido que tienes.

—Pero ¿cómo iba Brand a hacerse con él?

—Mi teoría es que de algún modo, probablemente deshonesto, convenció a tu padre para darle dos mil libras. Entonces Gray, percatándose del trato tan desigual, y de que era inútil persistir en su actitud de terco rechazo, llegó a la conclusión de que la única opción era afrontar la situación y darnos también a nosotros el dinero. Supongo que Brand se arrepintió de haber firmado ese papel y volvió con la esperanza de recuperarlo, pero se encontró con tu padre todavía en la biblioteca. Apuesto a que tuvieron una discusión acalorada, que derivó en una escena, durante la cual Brand, que tiene un temperamento endiablado cuando se enardece, golpeó a tu padre, seguramente sin intención de causarle ningún daño grave, y se encontró con que lo había matado. En ese momento reparó en el cheque a mi nombre, y lo destruyó.

—Pero ¿por qué no destruyó el papel que había ido a buscar?

—Eso tiene fácil explicación. Si de repente matas a un hombre y te das cuenta de que podrían ahorcarte por ello, hay muchas probabilidades de que pases algo por alto.

—En cambio, cabría esperar que un hombre en semejante situación fuera más cuidadoso de lo normal, puesto que hay tanto en juego para él.

—La historia de la legislación criminal apoya mi argumento —zanjó Eustace con brusquedad.

—¿Se lo sugeriste a la policía?

—No les dije que sospechaba de Brand. Les dije que probablemente tu padre había extendido el cheque con la intención de dármelo esta mañana.

—Y ¿qué dijo?

—Me preguntó con sarcasmo si pensaba que iba a dármelo como regalo de Navidad. Que hoy sea Navidad es pura casualidad, por supuesto. El problema es que esta gente tiene demasiada autoridad, y aún más propensión a abusar de ella. Es inaceptable la libertad que se les da a los policías y los jueces de instrucción hoy en día.

7



En la intimidad de su dormitorio, Richard le dijo con inquietud a su mujer:

—Frobisher vendrá mañana a primera hora. Es un fastidio que esto haya sucedido en Navidades. Habría sido mucho mejor tenerlo hoy aquí, antes de ser interrogados por la policía.

Laura lo miró sorprendida.

—Pero no tienes nada que temer, Richard. Media docena de abogados no habrían podido cambiar tus respuestas, de igual forma que no habrían cambiado las mías.

—Mi querida Laura —dijo él irritado, deshaciéndose del cuello y arrancando los gemelos de la camisa—, pareces totalmente incapaz de distinguir entre la verdad y la discreción. Claro que uno no desea ocultar información esencial, pero lo cierto es que estamos en manos de la ley, representada por ese oficial de policía y cualquier ayudante que pueda tener; el juez de instrucción, por ejemplo; hombres elegidos al azar para lidiar con este caso particular, y bastante propensos a sobrestimar la importancia de ciertas confesiones o a darle excesiva trascendencia a lo que otros miembros de la familia estimen conveniente contarles. Frobisher, una vez al corriente de la situación, podría habernos sido de gran ayuda. Al fin y al cabo, tenemos una reputación que cuidar.

—Creía que estábamos de acuerdo en que ya no la teníamos. Te aseguro que es un alivio para mí sentirme con libertad de acción.

De hecho, notaba cierto entusiasmo. Había contratado en una ocasión una doncella, una muchacha muy diestra con la aguja, rápida, con mucho tacto y encantadora. Al terminar el año, la joven se despidió.

—Pero ¿por qué, Lessing? —quiso saber Laura—. ¿No estás a gusto aquí? ¿Tiene algo que ver con los otros sirvientes? ¿Te han ofrecido un sueldo más alto o mejores condiciones?

Lessing dijo que no se debía a nada de eso. La razón (si bien no lo expresó con estas mismas palabras) era un miedo a echar raíces, a integrarse tanto en su entorno que su personalidad se diluyese, insensible a la impresión del cambio, hasta que, finalmente, dejara de desear cambios y empezase a temerlos. Todo su interés, explicó, se despertaba con solo pensar en nuevos contactos y nuevas experiencias. No le asustaba el trabajo duro, ni siquiera lo que sus contemporáneos considerarían trabajo despreciable. Sentía, dijo, gran entusiasmo e ilusión cuando esperaba noticias de un empleo nuevo; le divertía responder a anuncios, imaginar el tipo de personas entre las que encontraría su nueva vida, el campo, las condiciones, todas las circunstancias nuevas y desconocidas hacia las cuales la vida tal vez estaba a punto de encaminarla.

Con la charla de aquel día, Laura comprendió de dónde provenía aquel encanto peculiar cuyo resplandor la había iluminado también a ella durante las primeras semanas de servicio de la joven. Surgía de la sorpresa y la esperanza que se respiraban a su alrededor. No estaba, como la mayoría de los seres humanos, moldeada por las circunstancias; más bien las adaptaba a sus necesidades, las enriquecía y las absorbía. Nada, pensó Laura, podía afligirla ni derrotarla por completo. Se acordó de ella ahora, mientras miraba el rostro abatido y desconsolado de su marido. Qué rápido, pensó, se había derrumbado con aquel golpe. Se dio cuenta de que la herida que más le dolía era la infligida a su autoestima. Si uno hubiera mirado dentro de su cabeza, podría haber encontrado, en una segunda cámara, el cuerpo de su padre, por quien había sentido cierto afecto; pero en la sala principal solo habría visto la imagen de un hombre arruinado, hojeando a toda prisa los periódicos para ver cuánto podía salvarse de entre los escombros, y era a ese hombre arruinado al que ella detestaba.

—¿Libertad de acción? —replicó él con amargura—. A veces, Laura, tengo la impresión de que has perdido el juicio y no sabes lo que dices. Mi trabajo es mi vida; tal vez tú puedas forjarte otra a partir de las cosas que te interesan. No he sido capaz nunca de descubrir cuáles son esas cosas; pero, si no se ven afectadas por este desastre, te felicito.

Laura, con una de esas sonrisas extrañas y distantes que siempre lo habían enfurecido, dijo:

—No, no creo que se vean afectadas.

Se sentía completamente alejada de ese hombre con el que había compartido trece años de su vida; esforzándose en sentir lástima por él, no encontró más que desagrado, y en su fuero interno imaginaba una vida de la que él no formaba parte, una vida con valores distintos que enriquecería y satisfaría su personalidad hambrienta. Y así, mediando un abismo entre ellos por su actitud ante la vida y por aquella situación, se prepararon para dormir.

8



Frobisher llegó a la mañana siguiente. Ross se había marchado el día anterior sin expresar ninguna sospecha, pero todos comprendían que estaba esperando los resultados del análisis de las huellas dactilares. Tampoco es que esas marcas en la caja fuerte fueran a demostrar nada, dijo Richard con impaciencia; podían llevar ahí varios días. Le había preguntado al oficial de policía si habían robado algo de su interior. Y Ross le había respondido inexpresivamente:

—No sé lo que había en ella antes, *sir* Richard. Confiaba en que pudiera usted ayudarme.

—Yo tampoco lo sé. Tal vez el señor Moore…

Interrogado sobre este punto, Eustace dijo:

—Siempre he entendido que guardaba ahí documentos de cierto valor. A menudo he visto papeles dentro cuando estaba abierta, si bien nunca he llegado a tocarlos, de igual modo que nunca se me ha permitido abrir la caja fuerte.

A continuación preguntó qué habían encontrado dentro, pero Ross no satisfizo su curiosidad. Eustace subió al piso de arriba en busca de Miles, temblando de rabia y preocupación.

—Es infame —exclamó—. ¿Hasta qué punto nos podemos fiar de esta gente? Sí, ya sé, nuestro espléndido cuerpo de policía, el elevado espíritu de servicio y demás, pero están sujetos a tentaciones como cualquier otro hombre, y no olvidemos que de vez en cuando hay policías que se aprovechan de su posición, y también ellos acaban en el banquillo de los acusados. No sabemos nada de ese tipo, pero sí sabemos (al menos, yo lo sé) que mi suegro guardaba algunos certificados valiosos y cosas por el estilo en la caja fuerte.

Su cuñado observó con tranquilidad que, si estaban a nombre de Gray, no le servirían de mucho al oficial, y, en cualquier caso, no creía que aquel hombre quisiera buscarse su propia ruina.

—Además —añadió—, ahora estamos en sus manos. Reconozco que no tiene mucha lógica, pero es ley de vida, hasta donde sabemos. Pagan justos por pecadores.

—¡Sabemos de sobra quién es el culpable! —gritó Eustace furioso.

—¡Ten cuidado! —lo frenó Miles—. ¿Quieres que te demanden por levantar calumnias? Ya tenemos suficiente escándalo ahora mismo.

Richard se vio a solas con Frobisher. A esas alturas ya estaba agitado por la espera, y no dio muy buena imagen ante su hombre de negocios.

—Bueno, esto es un desastre —dijo Frobisher—. Supongo que mañana será la comidilla de toda la ciudad.

Richard convino con amargura en que lo sería, y en que llegaría un aluvión de periodistas.

—Bueno, no hay necesidad de atenderlos. Que los criados les informen de que no tienes nada que decir y que no vas a conceder entrevistas. De hecho, en un caso de estas características, es muy importante que no haya filtraciones. ¿Se puede confiar en el servicio?

Richard respondió con voz débil que no estaba seguro. Mencionó a Amy.

—¿Tiene buena relación con ellos? ¿La aprecian?

—No sabría decirte.

—Entonces supongo que no. Si quieres un consejo, prohíbeles que hablen con nadie. Bastante desagradables van a ser ya las cosas. ¿Cuál es la situación ahora mismo?

Richard empezó a explicárselo, pero su estilo oratorio, con tendencia a ser retórico y pesado por su costumbre de hablar en público, irritó al abogado, que lo interrumpió con impaciencia:

—Sí, sí. Pero ¿sabes si sospechan de alguien? ¿De quién sospechas tú, por ejemplo?

—Lo que parece más probable es que lo haya hecho mi hermano… en un arrebato de cólera, quiero decir. Él asegura que, cuando salió de la biblioteca, se cruzó a Eustace Moore en las escaleras, pero no sé si alguien lo ha corroborado. Dadas las circunstancias, lo veo difícil.

—¿Admite haber estado con tu padre, entonces?

—Sí. —Richard prosiguió con su explicación con más brevedad—. Supongo —concluyó— que se le dará mucha publicidad al caso.

—No veo forma de evitarlo. No tanto por tu padre, o por ti, como por Moore. Su nombre va a estar en boca de casi todo el mundo los próximos días.

Richard palideció.

—¿Es cierto, entonces? ¿Le espera un buen varapalo?

—Un varapalo penal, si algo sé de esto —respondió Frobisher en tono grave.

—¿Se habría visto envuelto mi padre?

—Como todas las víctimas de Eustace, imagino. En resumidas cuentas, creo que ha cometido una estafa y se ha descubierto el pastel. Yo diría que cinco años no se los quita nadie.

—¿Todo el mundo lo sabe, entonces?

—Quien no lo sepa se enterará muy pronto. Y será imposible salvar de la quema el nombre de tu padre. Se van a verter acusaciones muy graves. Brand no será el único que pague el pato, sobre todo teniendo en cuenta su versión de los hechos.

—Apuesto a que Olivia responderá por Moore.

—Y yo apuesto a que mucha gente murmurará que ha habido connivencia, si lo hace. No creo que la palabra de una esposa, sin pruebas que la respalden, vaya a

ayudar a nuestro financiero en esta ocasión, más cuando resulta que se ha llevado hasta el último penique de tu padre.

—¿Hasta el último penique? —se sobresaltó Richard—. Pero, Frobisher, hace apenas unos meses estuve conversando con mi padre sobre su situación económica. Habló claramente de quince mil libras que no tenía intención de poner en manos de Eustace.

—El hombre propone y los financieros disponen —le aseguró Frobisher con gravedad—. Moore le echó el guante a buena parte de ese dinero. De hecho, la situación empeoró tanto que tu padre estaba contrayendo hipotecas, y no siempre pagaba los intereses acordados. Tuve que hablar con él muy seriamente este verano a propósito de eso. Me consta que ha hipotecado todos los títulos que posee. Tendremos suerte si conseguimos salvar algo de este caos para su madre. Esa mujer apenas tiene medios. Y dudo que podamos satisfacer a todos los acreedores. No sé cuál es tu situación económica.

—¿Es verdad eso? —preguntó Richard con voz ronca—. ¿Tan mal están las cosas?

—No se me ocurre cómo podrían estar peor. Y, ahora que su nombre se ha mezclado con el de Moore, me temo que será imposible evitar el escándalo. Si se hubiera producido de otro modo, me habría inclinado a pensar en un suicidio. Pero eso parece descartado.

—Jamás me había imaginado algo así —dijo Richard, demasiado horrorizado para conducirse con prudencia—. ¡Menudo sinvergüenza! Si no lo cogen por el asesinato, espero que lo atrapen por esto.

Frobisher le clavó la mirada.

—En cuanto a tu situación económica… —tanteó.

—Vine aquí con la esperanza de conseguir que mi padre me prestase algo de ayuda. Estoy pasando por grandes dificultades económicas de carácter circunstancial. —Ni siquiera en momentos de crisis era capaz de librarse por completo de su estilo ampuloso.

—Eso no pinta bien. ¿Habías llegado a hablar con tu padre, por cierto?

—¿Para pedirle ayuda? Le dije que mi situación era… —dudó.

—¿Y se negó?

—Dijo que Moore le había informado (aunque este niega categóricamente la mayor parte de esa conversación) de que era, a efectos prácticos, un hombre arruinado. He de admitir que no me impresionó mucho. He oído tantas veces a mi padre utilizar expresiones similares cuando se enfrentaba a alguna pérdida temporal e insignificante que no creí que esta vez fuera más grave. Supongo que será imposible evitar el escándalo, como tú dices.

—Eso me temo, sí. Y no es porque haya pensado ni por un momento que puedas verte implicado en el asesinato. —No obstante, en lo más íntimo de su mente aguda y perspicaz, lo planteó como una pregunta.

Richard se sobresaltó.

—Faltaría más. El asunto ya es lo bastante desagradable sin necesidad de empeorarlo. Personalmente, creo que acabarán cayendo sobre Brand. Es bien sabido que mi padre y él siempre estaban a matar, y que nunca le perdonó que se casase con esa mujer abominable.

Frobisher estaba pensativo, como si valorase la conveniencia de alguna confesión cuya naturaleza Richard desconocía por completo. Fue este, sin embargo, quien le dio al abogado el ánimo necesario al observar:

—La cosa aún sería peor, desde luego, si mi padre hubiera ocupado algún cargo público… Aunque es un flaco consuelo.

—Más flaco de lo que crees —convino el abogado con indiferencia—. Casi esquelético, de hecho. Hay una cosa, Richard, que te vendría bien oír. No digo que vaya a ser recordado contra él, pero ya sabes cómo las gasta la prensa. Algunos periódicos son bastante dignos, pero se publican también periodicuchos difamatorios que solo buscan porquería, y puedo garantizarte que desenterrarán cualquier inmundicia que encuentren.

—Y ¿hay alguna… inmundicia… que afecte a mi padre?

—Sí. Me pregunto si alguna vez, Richard, te ha sorprendido la ferocidad completamente desproporcionada con la que tu padre trataba a tu hermano cuando era joven. No soy partidario de la vida disoluta, pero el muchacho no tenía lazos familiares, no había cumplido los veinte, apenas disponía de dinero, vivía en un país desconocido para él; en resumen, no contaba con apoyo alguno. Los apoyos son esenciales en esa etapa. Cuando se retiran…

—Cuando los haces trizas de forma deliberada —lo interrumpió Richard fríamente.

—La fraseología exacta es lo de menos. El caso es que no hizo nada que no hayan hecho miles de jóvenes, pero tu padre lo trató con una severidad fuera de lo común. No sé si sabes que una de sus auténticas pasiones era descubrir escándalos domésticos de figuras destacadas e intentar sacarlos a la luz. En más de una ocasión han estado a punto de demandarlo por calumnias, pero, por supuesto, hoy en día nadie hace caso de sus cartas. Era un monomaníaco en ese aspecto. Esa obsesión arruinó la vida conyugal de tu madre y, en mi opinión, ha ayudado a arruinar la de Brand.

—¿Quieres decir que sentía aversión por cualquier forma de inmoralidad?

—No por cualquiera, pero sí por la inmoralidad en el sentido limitado en que utilizaban esa palabra los últimos victorianos. Se convirtió en una obsesión a medida que envejecía y no encontraba otra forma de canalizar sus sentimientos. Andaba a la caza del mal allí donde estuviera.

—Pero ¿por qué? —preguntó Richard perplejo—. Sí, ya sé que era implacable con Brand; apenas podía dominarse.

—Exacto. No tenía otro sitio donde refugiarse.

—¿Refugiarse de qué?

—De la contemplación de sí mismo. Tú no recuerdas a tu padre cuando era mucho más joven. Vivía atormentado por lo que hoy llamamos deseo sexual, y se despreciaba lo indecible a sí mismo. Se despreciaba por haberse casado con tu madre, pues lo consideraba una debilidad, y se encargó de hacerle pagar cara su desdicha. ¿Nunca te ha sorprendido que, exceptuándote a ti, sintiera una profunda aversión por todos sus hijos? No los veía como cualquier padre, sino como concesiones (o las consecuencias de esas concesiones) a algo que juzgaba repugnante. Se burlaba de tu hermana Amy porque ella o bien no había padecido el mismo tormento que él, y, por lo tanto, a su juicio era una criatura más pura, o, si lo había hecho, había vencido ese deseo. Con la muerte de tu madre, la cosa empeoró. Sin duda tendría que haberse vuelto a casar, con una mujer sensata y capaz de brindar cariño, y es probable que les hubiera ido bastante bien. Pero no lo hizo. Tomó la otra salida, y se pasó todo el tiempo metiendo las narices en la vida de los demás. La guerra le dio una oportunidad espléndida. ¿Te acuerdas de las protestas que hubo en 1914 y 1915 por los niños nacidos durante la guerra, las madres solteras y demás? Tu padre, y unos cuantos hombres y mujeres como él, se unieron y formaron una organización para denunciar la inmoralidad y purificar la sociedad. Estaban en alerta permanente para detectar cualquier mala conducta. Era la principal motivación de su vida. No podían ver a una pareja joven sin desconfiar de ellos. Es una enfermedad horrible, y más extendida de lo que imaginas. Pregúntale a un neurólogo; él te lo dirá. Descubrían todo tipo de cosas en cada casa; parecían tener espías en todas partes. Consideraban que no era decente que dos personas cruzasen un prado o paseasen por la orilla del río; supieron de la existencia de segundos establecimientos mantenidos por gente conocida, y prácticamente los chantajearon hasta hacerlos caer en el olvido. Huelga decir que el asunto prosperó con aquello de lo que se alimentaba. Atacaron escuelas públicas, casas particulares, hoteles; la sociedad, decían, estaba corrompida hasta la médula por esa enfermedad. Llegaron al extremo de publicar una revista llena de advertencias y de colaboraciones anónimas. Incluían historias que habían leído y experiencias propias. Recibían mucha correspondencia y, por supuesto, vendían una cantidad considerable de ejemplares a lectores morbosos. Era una propaganda excelente para ellos. Como experimento pornográfico (hecho en el nombre del Señor, lo creas o no, con textos en la portada y fragmentos del Antiguo Testamento en la contraportada) era excepcional. También había mucho orgullo en la iniciativa, por supuesto. Eran tan condenadamente morales que pretendían que los demás también lo fueran. No iban a permitir que nadie siguiese caminos ilícitos en busca de la felicidad. Pero, si hubieras podido demostrarles que el pecado había sido erradicado durante la noche, y que todos éramos puros como margaritas, se habrían indignado. Verás, estaban convencidos de ser mejores que los demás, y no iban a hacer al vulgo partícipe de su virtud.

—Ahora que me acuerdo, cuando yo estaba en Francia (es decir, a principios de 1915) mi padre empezó a escribirme cartas de lo más extraordinarias, todas sobre este tema. Supuse que había escuchado historias, como escuchaban todos en casa por aquellas fechas, y no le presté mucha atención. No tenía ni idea de que estaba ocurriendo algo así. ¿Cuándo se terminó? Volví para quedarme en 1917, y por entonces él se había marchado de Londres.

—Sí. No era un lugar seguro para él. Ocurrió lo que era de esperar. Ese trabajo se había convertido en su vida; trabajaba, dormía, comía y se movía en una atmósfera de especulación malsana, y un día la organización se horrorizó al enterarse de que uno de sus directores más destacados visitaba un dudoso apartamento de Tottenham Court Road. Fue la presión unida a su propio temperamento, ¿sabes? No hace falta entrar en detalles, pero aportaron pruebas que lo demostraban. Tu padre se hundió hasta convertirse en el hombre neurótico y, en ocasiones, rayano en la locura que ha sido durante años. Abandonó todas sus actividades en Londres y se vino aquí. La cólera y el resentimiento contra la sociedad en su conjunto tenían su origen en la conciencia de su propio fracaso; podía perdonarle al mundo cualquier cosa menos eso. Había fracasado, había sido débil: era una ruina más que un hombre. Y, por supuesto, lo ocurrido no hizo más que reafirmarlo en su postura frente a semejantes comportamientos en todo el mundo. Por eso juró que nunca perdonaría a Brand. Por eso detestaba tenerlo aquí.

—¿No hubo escándalo público?

—La organización no podía permitírselo. Ya habían tenido problemas con la publicación, y se habían visto obligados a retirarla después de un número particularmente salaz. Le pusieron fin honrando su imagen de estricta moralidad: lo estaba comprando la gente equivocada, para los puros todo es puro y cosas así. Supongo que al final murió de forma natural. A nadie le importaba un ardite la revista si no era a los entrometidos de mentalidad lasciva que la publicaban. Pero tu padre fue a peor. Escribía innumerables cartas sobre el tema (he tenido oportunidad de leer algunas) a los periódicos. Decía que era el deber de cualquier ciudadano honrado revelar todo lo que llegase a sus oídos sobre ese asunto. Llegó al extremo de jurar que no haría la vista gorda ni siquiera con un hijo suyo, si se daba el caso. Nadie que ocupase un puesto de responsabilidad podía permitirse ser otra cosa que un Galahad[15]. Y en esto, Richard, dijo la verdad. Te habría echado a los leones con la misma rapidez que al hijo de otro. En fin, esa es la historia. No digo que vaya a hacerse pública. Espero que no. Aquello ya quedó atrás. Pero he pensado que debía advertirte. Hay hombres que tienen razones de sobra para guardarle rencor.

Acto seguido, ignorando la expresión de sorpresa y horror de Richard, pasó a tratar el testamento del difunto. Le había legado dos tercios de sus bienes a su primogénito, y el otro a su madre, después de asignarle a Amy una renta de cincuenta libras al año. El resto de la familia se quedaba sin nada. Hizo constar que Olivia, por medio de su marido, lo había exprimido al máximo en vida, que Brand había recibido

la última ayuda que podía esperar de él, que Isobel no parecía mostrar interés alguno en las finanzas, y que a Ruth le tomaba la palabra. Esta última cláusula hacía referencia a un incidente ocurrido aproximadamente un año antes, cuando los Amery estaban alojados en King's Poplar. Gray había montado una de sus escenas más desagradables, acusando a su familia de conspirar para sacarle el dinero antes de su muerte. Miles no había dicho nada; dotado de una notable serenidad y de una actitud racional ante la vida, rara vez prestaba atención a esos escándalos, pero, para su sorpresa, Ruth gritó con vehemencia que ellos nunca, en ninguna circunstancia, visitaban la casa por lo que pudieran obtener, y que no querían un solo penique del anciano ni entonces ni en el futuro.

—Lo dijo con total sinceridad, no me cabe duda —comentó Frobisher—. Esa pareja no va buscando sobornos, si algo entiendo de la naturaleza humana. —Y añadió para su fuero interno: «No me atrevería a decir lo mismo de los demás, a excepción de esa hermana casada a la que todos tratan como si fuera imbécil».

—No conocía las condiciones del testamento, pero entiendo, por lo que me has revelado antes, que no vale ni lo que cuesta el papel en el que está escrito.

—Como he dicho, tendremos suerte si podemos salvar de la debacle cincuenta libras al año para tu abuela. —Guardó silencio un momento, golpeando de forma irritante la mesa con los dedos, lo que enfureció a un Richard ya medio frenético—. Un testamento vengativo —prosiguió con aire pensativo—. ¿Tienes alguna idea de lo que hará tu hermana? Amy, quiero decir. Me imagino que Devereux seguirá manteniendo a su esposa.

—No tengo la menor idea —se limitó a responder Richard, pues no le preocupaba la situación de su hermana. A fin de cuentas, había tenido la casa y el control de ella durante muchísimos años, mientras otras mujeres solteras tenían que salir al mundo y ganarse la vida. Seguramente, conociendo su forma de ser, tenía un buen dinero ahorrado. Resultaba fácil imaginar lo que habría pensado su padre. Lo había intimidado durante tanto tiempo que le procuraba satisfacción pensar en la humillación que sufriría ella llegado el momento. No hace falta decir que, como familia, se despedazaban unos a otros.

9



Se escapó enseguida a su habitación y consiguió la ansiada soledad. Anduvo de un lado a otro, presa de una desesperación por lo que le esperaba. La información que Frobisher, con relativo desenfado, le había revelado cambiaba por completo las perspectivas de su situación. Había estado de acuerdo con Laura en que era poco probable que alguien intentase atribuirle el crimen. ¿Cuál, se habían preguntado, podía ser el móvil? Pero esas revelaciones daban un vuelco a la situación. ¿Y si el asunto de Greta Hazell salía a la luz? ¿Y si alguien sugería, como inevitablemente haría un buen número de personas, que esa información había llegado a oídos de Gray y este había amenazado a su hijo con ponerla al descubierto? A la luz de la historia de Frobisher, Richard no tenía ninguna duda de que ese habría sido el drástico proceder de su padre. Y todos los amigos de Richard sabían que su carrera era lo que daba sentido a su vida. Si su padre hubiera divulgado la historia de Hazell, sin duda habría significado el final de su carrera política. No habría podido seguir en el parlamento, y no era descabellado pensar —aunque hasta entonces no lo había admitido, ni siquiera a sí mismo— que Laura aprovechase la oportunidad para conseguir su libertad. Lo asaltó el pánico. Costase lo que costase, había que mantener en secreto esa información. Sus enemigos, y no andaba corto de ellos, estarían encantados de aferrarse a esa excusa para perseguirlo hasta hundirlo en el olvido; sería el punto final a sus ambiciones, además de su ruina. El apuro económico que, hasta esa mañana, se le antojaba de capital importancia era ahora insignificante en comparación. Su mente atormentada se hizo otra pregunta. ¿Y si Greta se enteraba de algún modo de su aprieto? A estas alturas, la conocía lo suficiente para comprender que era incapaz de sentir compasión; no vería más que una oportunidad para exigir sumas de dinero que él no podía pagar. Ahora todos los peligros se alzaban imponentes ante él, como se alzaría de pronto un muro o un gran arbusto ante los ojos del viajero distraído por la niebla en la oscuridad de la noche. No acertaba a encontrar una dirección por la que desviarse sin correr peligro. Ni a Laura, ni a Frobisher, ni a ningún amigo o consejero se atrevía a revelarle su aflicción. Al igual que Brand, notaba el peso del conocimiento sobre sus hombros como una carga imposible de soportar; pero él, en cambio, no esperaba sentir ningún alivio cuando la verdad saliera a la luz. Su imaginación, por lo general aletargada, se estimuló hasta alcanzar un frenesí irracional, se vio acusado de todos los crímenes habidos y por haber: asesinato, sedición, adulterio, malversación, perjurio… y la sangre se le heló, pese a saberse inocente de cuatro de esos cargos. Se dio la vuelta, se detuvo y se puso en marcha de nuevo. En su rutina diaria, esos días de infatigable trabajo en los que

apenas se permitía dormir y distraerse, no encontró ni consuelo ni fuerzas. Una profunda desesperación se abatió sobre él. Pensó: «Si es inevitable, deja que me quite de en medio. No puedo afrontarlo». Pero la sola idea de acabar con su vida bastó para encoger su escaso temple. No, eso no. Eso no. Ni tampoco ser arrestado. Ni, si podía evitarlo, protagonizar un escándalo público o levantar sospechas. Tenía que existir algún modo de garantizar el silencio. Sus pensamientos daban vueltas como una rueda de fuego en su alterado cerebro: Greta… Padre… Brand… Eustace… Escándalo… Quiebra… Vergüenza… Fracaso… Olvido… Greta… y así vueltas y más vueltas.

… Arriba y abajo, arriba y abajo, mientras, como las ruedas de un vagón de tren, marcando un ritmo monótono, sus pensamientos se apoderaban de él, expresándose con dureza, sin armonía. Arriba y abajo… abajo y afuera… no hay salida… afuera y abajo… Y así hasta que alguien vino a buscarlo, y tuvo que disimular su miedo y unirse otra vez a la sociedad.

QUINTA PARTE

EL VEREDICTO DE TODOS USTEDES

1

El día del juicio, la tierra brillaba por la escarcha. Desde Poplar, así como desde Munford, Greater y Lesser Uppington, Rest Wythies, Stoneford y Bringham y Leaford, los coches venían triturando la superficie cristalizada de los caminos, llenos de gente con chaquetas de piel y ropa de abrigo, hablando, adoptando poses, haciendo conjeturas, todos concentrados en el suceso, sin ser conscientes de su parecido con los primeros prototipos romanos, que se congregaban con la misma expectación abominable para ver a una joven sufriendo en el potro de tortura o retorciéndose con las tenazas. Decían (y los coches llenos se parecían tanto unos a otros que las conversaciones podían considerarse idénticas) que aquello era de esperar; que la familia era tan amigable como los gatos de Kilkenny; que corrían rumores inquietantes sobre cargos criminales por un motivo completamente distinto; que uno no podía fiarse de estos judíos con mucha labia; que el hijo menor se había presentado con terribles amenazas; que tenía al padre y al hermano mayor a su merced; que había habido violentas discusiones entre Richard y Amy por hacerse con el control… Entusiasmados y contentos con esta nueva sensación, conducían hasta la puerta del salón de actos de King's Poplar, donde iba a celebrarse el juicio, y bajaban del coche con gran revuelo de mantas de viaje, parloteo, bromas, intercambio de saludos y murmullos agitados sobre la necesidad de darse prisa antes de que otro ocupara un asiento codiciado.

Frobisher asistió al juicio en representación de la toda familia; no obstante, Eustace le había pedido a su abogado en Londres que asistiera, consciente de que, finalmente, la opinión pública se pondría en su contra sin remedio. Hinde era un hombre alto y delgado de perfil resuelto; había oído la historia de Eustace y su rostro se mostraba adusto y escéptico, aunque su apariencia era bastante insulsa cuando entró en el tribunal. Se sentó con los brazos cruzados, y con las muñecas, sorprendentemente huesudas, sobresaliendo de la camisa de franela que solía llevar. Captó la atención de Brand desde el primer momento. Había tanta fuerza, carácter y coraje en aquel rostro severo y cínico que lo dibujó a escondidas, con la sensación de que ni siquiera él, en una ocasión como aquella, podía desobedecer las convenciones y realizar su trabajo sin disimulo.

Las pruebas no causaron sensación hasta que el relato de la investigación de Ross tocaba a su fin. Habló del pañuelo, del papel secante quemado —sin duda, explicó, quemado para ocultar lo que podía revelar, pues junto al codo del cadáver había una papelera casi vacía—, de otras cenizas que no había sido posible identificar, del documento de Brand y de las huellas en la caja fuerte. Ningún miembro de la familia,

dijo, había dado una explicación al cheque desaparecido, cuya matriz indicaba que una suma de diez mil libras le había sido entregada a Eustace Moore a primera hora del día de Navidad. La búsqueda había resultado infructuosa y, aunque la matriz se había secado, como quedaba de manifiesto por el aspecto de la tinta, no habían podido encontrar la huella en ningún papel secante de la biblioteca. Ross pasó a detallar el descubrimiento de la caja fuerte y de las huellas, las cuales, tal y como informó al tribunal, se había descubierto que pertenecían a Eustace Moore.

Con esta espectacular revelación, la excitación en la sala alcanzó su punto más alto. Las pruebas que apuntaban a otros miembros de la familia apenas llegaron a asimilarse; la atención de toda la sala se concentró en la figura de Moore, cuya presencia fue requerida en ese momento. Casi todos los presentes consideraron extraña y poco convincente su explicación.

Las circunstancias lo obligaron a reconocer, a pesar de haberlo negado antes, que había estado en la biblioteca la madrugada del día de Navidad. Había ido a King's Poplar con la intención de explicarle a su suegro la delicada situación en la que se encontraban. Sus explicaciones no habían tenido ningún éxito. Gray no había mostrado ni un ápice de sensatez, lo había acusado de ser un vulgar ladrón y un desfalcador, y de sacarle el dinero con engaños, y, por último, había manifestado su intención de interponer él mismo una demanda contra su yerno. Moore añadió que no se había tomado en serio esas bravatas, pues no eran más que la forma que tenía el anciano de desahogarse, pero se convenció de que no podía esperar ayuda económica de su suegro.

En respuesta a las preguntas del juez de instrucción, repitió algunos detalles de la conversación que habían mantenido. Parecía haber sido acalorada y decisiva. Atormentado por la preocupación ante su incierto futuro, y sin saber a quién recurrir en busca de ayuda, decidió volver a intentarlo al día siguiente. Sin embargo, en el curso de una conversación casual con Richard, se vio obligado a aceptar que no había ninguna posibilidad de que Gray cambiase de opinión. A lo largo del día —es decir, del día de Nochebuena—, vio a sus dos cuñados entrar en la biblioteca con la intención de pedirle a su padre ayuda económica.

El juez de instrucción lo interrumpió para decir que, por lo que él sabía, el señor Moore no tenía pruebas concluyentes para sostener esta última afirmación. Eustace se quedó mirándolo, incapaz de creer que alguien pudiera imaginar alguna otra razón para que los hijos de Gray visitasen King's Poplar. Continuó con su relato. Se había enterado por su cuñada de que Brand había propuesto que Sophy y sus hijos se quedasen en la casa solariega por tiempo indefinido; tenía entendido que Gray no se había dignado ni tan siquiera considerar la propuesta, pero que Brand pedía ahora una suma de dinero que le permitiera escapar, de preferencia al extranjero, y descargar la responsabilidad de mantener a su familia sobre los hombros de otro. Amy también había hablado con tono furioso sobre la iniquidad de comprar títulos y esperar que otros paguen por ellos (Richard torció el gesto y enrojeció al oír esto); a estas

observaciones siguió un sermón deprimente sobre la imposibilidad de llevar una casa (con nata y Benger's[16] para la anciana señora) con la exigua cantidad de dinero que le daba su padre, más detalles sobre el gasto personal, sus escrupulosas costumbres y el precio de la mantequilla, el carbón y la carne, que no dejaba de subir.

Eustace continuó diciendo que había desistido de hacerle entender a alguno de sus familiares la precaria situación económica de su padre. Al parecer, creían que el único inconveniente de dirigir una empresa que se va a pique era que las acciones perdiesen un poco de valor. Así pues, como medida desesperada (y aquí Eustace dio muestras de un temor y un nerviosismo incontenible) ideó un plan que, lo admitió de inmediato, estaba concebido como un fraude. Resultaba evidente que confesaba eso como último recurso, la única alternativa que le quedaba para evitar una acusación de asesinato con premeditación.

Cuando la familia se retiró a sus habitaciones, él no había tomado ninguna decisión, y estuvo un rato discutiendo el problema con su esposa. Ella le dijo que estaba muy cansada, así que la dejó sola en el dormitorio y se marchó al vestidor, donde no tenía intención de acostarse, pero se sentó a darle vueltas a la situación. Negó, por supuesto, haberse cruzado con Brand en las escaleras, pero reconoció que a eso de las dos y media se acordó de que su suegro le había dicho que tenía documentos valiosos en la caja fuerte. Esos documentos iban a ser la salvaguarda de Gray, y por nada del mundo permitiría que Eustace se hiciera con ellos. Sabía dónde se encontraba la caja fuerte, y decidió intentar descubrir la combinación y coger los documentos. Fue un último intento, dijo con vehemencia, por salvar la intolerable situación. Había olvidado, si es que alguna vez lo había sabido, que Gray tenía por costumbre cerrar la puerta con llave cuando salía de la biblioteca por la noche, de modo que no le extrañó encontrarla abierta cuando bajó. No se cruzó con nadie; y la estancia, cuando entró, estaba sumida en la oscuridad. El viento había hecho volar la cortina y ahora tapaba la ventana y, debido a las prisas y los nervios, no se percató de que estaba abierta. La caja fuerte estaba en un hueco profundo, iluminada desde el suelo por una bombilla que pasaba muy desapercibida y no proyectaba luz alguna en el resto de la estancia. Gray, según tenía entendido, la había dispuesto de tal forma que, si se veía sorprendido mientras examinaba sus valores, podía apagar la luz sin moverse, frustrando así los planes de los fisgones. Siempre había sido extrañamente reservado para sus asuntos. Eustace cruzó la biblioteca en pantuflas, encontró a tientas el interruptor y se dispuso a abrir la caja fuerte. Sin embargo, no lo consiguió. Calculaba que había estado allí cerca de una hora. No se le ocurrió que hubiera más vía de entrada que la puerta. Estuvo muy alerta por si se encendía una luz en el vestíbulo. El hueco era lo bastante grande para ofrecer escondite a un hombre, a menos que alguien fuera directo hacia él. Al cabo de una hora, desistió. El pánico había aumentado en su pecho, y no se atrevió a correr el riesgo de ser descubierto por alguien de la familia. Cuando supo que la policía había abierto la caja y la había encontrado prácticamente vacía, casi se trastornó.

Esa era la esencia de su relato, y a la mayoría de quienes lo escucharon le pareció completamente insatisfactorio. Sostenían que en una noche tan fría y ventosa cualquiera habría reparado en la ventana abierta; que sería imposible pasar tanto tiempo en un salón donde yacía un hombre muerto sin ver el cadáver; que era absurdo que la policía consiguiera abrir sin dificultad una caja fuerte que había resistido todos sus esfuerzos; en definitiva, que la explicación era pobre e inverosímil de principio a fin.

El jurado e incluso el abogado del propio Moore participaban de esta opinión. El jurado se ausentó cuarenta minutos, durante los cuales buena parte del público salió a la pálida luz del sol para discutir algunos detalles de este apasionante misterio.

2



El jurado debatió el caso animadamente.

—¿Damos por sentado que el médico acierta al decir que el pisapapeles de latón se utilizó como arma?

—Parece probable, habida cuenta de que estaba limpio y reluciente como ninguna otra cosa. Además, dos personas (la señorita Amy y un sirviente) recuerdan haberlo visto encima de un montón de papeles sueltos, y no estaba sobre ningún papel cuando lo encontró la policía.

Hubo consenso general sobre ese punto. El presidente continuó:

—Os diré cómo lo veo yo. Creo que bajó, como él dice, y se puso a toquetear la caja. Tal vez pasara por alto lo de la ventana. Cuando toda tu atención está concentrada en una cosa, te quedas ensimismado. El calor y el frío no te afectan igual. Total, allí está él, intentando echarle el guante a los documentos del señor Gray, cuando, por la ventana abierta, aparece el mismísimo señor Gray. Hay una amplia galería fuera, como bien sabéis, y a lo mejor se escondió allí al oír pasos, pues no quería que lo importunase nadie más esa noche. Entonces se asomó y vio a este sujeto intentando abrir la caja fuerte. Ojo, ni por un momento me he creído que se pasara allí una hora, pero él quiere pintarlo lo mejor posible. Quizá el anciano estuvo observándolo un rato; entonces entró y pilló a su yerno por sorpresa. Aterrorizado y desprevenido, este lo golpeó…

—¿Y qué hay del cheque? —lo interrumpió un miembro más clarividente del jurado—. No se extendió hasta la mañana siguiente.

—Cierto. Tendremos que modificar ese relato de los hechos. Escuchad. ¿Y si el señor Moore consiguió hacerle entender al señor Gray lo mal que estaban las cosas y lo convenció de que le diera el cheque? O tal vez lo amenazó y le obligó a extenderlo delante de él. Pero entonces el señor Gray, con el sarcasmo que le caracterizaba, le dijo que la forma en que lo había escrito no tenía validez y se dio el gusto de reír el último. Acto seguido, el señor Moore, hecho una fiera por la burla, y renunciando ya a toda esperanza, le asestó un golpe, con el único propósito de hacerle callar, quizá, y sin intención alguna de matarlo. Cuando vio lo que había hecho, arrojó el cheque al fuego, limpió el pisapapeles y volvió al piso de arriba. No se paró a pensar en las huellas de la caja fuerte. ¿Qué os parece?

Al cabo de cuarenta minutos, el jurado volvió a la sala y declaró culpable de asesinato con premeditación a Eustace Moore.

3



El veredicto, si bien no sorprendió a casi nadie, sí produjo una gran agitación en la sala. Por el derrotero que habían tomado los interrogatorios y las argumentaciones, no cabía duda de adónde apuntaban las sospechas. Sin embargo, por un momento dio la impresión de que el propio Eustace, de entre todos los presentes, era el único que no había anticipado este desenlace. Durante unos segundos, perdió por completo el control de sí mismo. Recorrió con mirada feroz toda la sala, se puso en pie para hablar, pero no pudo dominar la voz, se agarró con las dos manos a una silla y se puso a temblar violentamente de pies a cabeza. Había algo tan repulsivo, tan alejado de la dignidad humana, en el espectáculo de aquel hombre de mediana edad, pálido, vestido con un impecable traje de chaqué, aferrado al respaldo de una silla y temblando de miedo, que hasta su abogado tuvo dificultades para disimular su desagrado. Pero, cuando la policía se lo llevó un poco después, su expresión ya había cambiado. Ahora era la de un hombre acostumbrado a bañarse entre tiburones, y, en vez de malgastar tiempo y energía lamentando su humillación, ya estaba, incluso en semejantes circunstancias, concibiendo planes para recuperar la libertad. El rostro alargado y amarillento, con las mejillas planas, la nariz decidida y la mirada viva e indiscreta; todo anunciaba su férrea determinación de escapar de aquella situación extrema, como lo había hecho ya de otras.

4



El asunto dio a toda la familia una desagradable publicidad. Los periódicos contribuyeron a ello en gran medida, y, poco después del arresto de Eustace, aparecieron unas pocas noticias, sobre todo en periódicos vespertinos locales, con títulos melodramáticos como «hijo encuentra a su padre ahorcado, hallado en el río, una mujer descubre algo terrible en el granero» y cosas por el estilo. La mayor parte de las víctimas de Eustace eran hombrecillos que habían invertido los ahorros de toda su vida en lo que les parecía un mercado seguro y remunerativo, y, cuando estos hombrecillos de Highgate y Peckham y Barnet comprendieron por fin que no iban a recuperar nada, se registraron un buen número de tragedias anónimas e insignificantes en pueblecitos, en zonas residenciales de las afueras y en los distritos más remotos de Londres. Isobel y Laura dijeron con franqueza que lo que Eustace había hecho era peor que cualquier asesinato, pero Richard les dijo con enfado que se dejasen de insensateces; no le hacía ningún bien a nadie y empeoraba las cosas para su cuñado.

Richard estaba pagando también las consecuencias del escándalo, y no le estaban saliendo nada baratas. El nombramiento por el que había corrido tantos riesgos y maquinado tantas intrigas había recaído finalmente en Pollenfex. (A decir verdad, aunque Richard nunca llegó a saberlo, habría sido derrotado de todas formas aunque la noticia del desfalco de Eustace no hubiera afectado a la decisión de F. Por irónico que parezca, habían sido precisamente el despilfarro y el lujo a los que se había entregado lo que había desbaratado las opciones de Richard, pues F., con perspicacia, consideró que un hombre tan manirroto con su propio dinero sería aún menos comedido con el control de los fondos públicos). Laura se tomó el asunto con mucha más flema que él, pero ella, justo es decirlo, no tenía nada que perder —a excepción de su amante, quien se había retirado por completo después de la debacle, dejándola que uniera los pedazos de su vida en lo que resultó ser un diseño bastante satisfactorio—. Un par de personas, entre las que se contaba Miles Amery, tuvieron el privilegio de escuchar unas opiniones tan poco convencionales y tan en desacuerdo con los intereses de su marido que la mayoría se habría asombrado por su crueldad y su falta de colaboración con las aspiraciones de Richard.

—Todos estos años, Miles —dijo—, no he tenido vida propia. Los amigos de Richard han invadido mi casa, exigiéndome atención, hospitalidad y fortaleza mental. No ha quedado nada para mi disfrute o beneficio. Ahora toda esa gente desaparecerá; estamos bastante seguros de que nos condenarán al ostracismo en los círculos modernos e influyentes que tanto le gustan a Richard. Dudo que alguna vez sea capaz

de volver a ganarse un sitio. Además, ha sido tal el golpe recibido que tardará mucho tiempo en recobrar las energías. Y esta es mi oportunidad. Ahora, por fin, dispondré de una casa para mí, donde podré invitar a mis amigos, y estar sola. —Pero, por supuesto, no se refería a ninguna casa construida por el hombre—. Es lo que he soñado, deseado y pedido al cielo siempre.

Olivia hizo insoportable la estancia en la casa solariega con sus ataques de histeria y sus incontables escenas, en las que se empeñaba en involucrar a toda la familia. Se desmayaba, lloraba, despotricaba contra los traidores, los complots y los engaños. Pedía a todas horas que hiciesen venir a sus hijos, pero estaban pasando las vacaciones en Suiza y no había forma de avisarlos de inmediato. Cuando no estaba desmayándose o gritando, se comportaba como una loca; tan pronto se quedaba en silencio durante largos períodos de tiempo como prorrumpía en acusaciones enérgicas e infundadas contra cada miembro de la casa, e incluso insultaba a los criados, responsabilizándolos de una trampa diabólica en la que su inocente y confiado marido había caído.

Amy estaba demasiado furiosa por su situación para prestar atención a nadie más. Ciega de ira por la mala pasada que le había jugado su padre, preguntaba encolerizada si esperaban que pudiera encontrar un empleo remunerado a su edad, ella, que no había recibido formación alguna y que, como es natural, había confiado en tener su porvenir asegurado.

—¿Qué se supone que voy hacer? —le gritaba a cada uno de sus avergonzados familiares—. Soy una mujer de cuarenta años y no me han enseñado a ganarme la vida. Eso está muy bien para chicas jóvenes; su situación es bien distinta. Todos esperáis, supongo, que me emplee en alguna casa, limpiando suelos, vaciando orinales y pelando patatas.

A su debido tiempo, le planteó esta pregunta retórica a la anciana señora Gray, quien respondió con voz tranquila y distante:

—No sé por qué habrías de esperar algo tan absurdo, Amy. Vivirás conmigo, por supuesto. El señor Frobisher dice que ha encontrado lo justo para pagar el alquiler de un pequeño apartamento en algún sitio… por la costa. Siempre he confiado en morir junto al mar; Felixstowe, tal vez, o Worthing, o Bournemouth, pero eso es bastante caro. Nos las arreglaremos muy bien, estoy segura. Nos hemos acostumbrado la una a la otra y, a mi edad, me vendrá bien tener alguna compañía.

Sonreía incluso mientras hablaba. Amy se había convertido en algo muy lejano en su imaginación, de poca más trascendencia, en realidad, que el mobiliario entre el cual se movía. Miles se quedó atónito por el entusiasmo y el cariño de aquella voz añosa. Había dado por sentado, como todos los demás, que los ancianos dejaban de albergar deseos, que su pasión estaba agotada, y sus sentimientos, incluso, adormecidos. Pasaban a ser, de hecho, como las sillas y los armarios entre los que transcurrían los días. La anciana era lo único que podía salvarse de este caso sórdido. Nadie más que ella lloraba de veras la muerte de Gray. Para ella había sido, por

encima de todo, el hijo al que había llevado en su seno hacía casi setenta años. Y seguía siendo al mismo tiempo el hijo anhelado y la criatura desilusionada y amargada en que se había convertido. Lo había visto cambiar, perder sus primeros ideales nobles; lo había visto hundirse poco a poco, perder la esperanza, caer cada vez más bajo. Y su afecto por él se había mantenido estable; no dependía del refinamiento de él, ni de sus logros, ni siquiera de sus cualidades. Tenía su origen en la sangre y la herencia en común. Y ahora él se había ido, y ella mantenía una actitud digna y distante. Sin embargo, a pesar de la edad, de su tristeza y de la experiencia acumulada a lo largo de los años, aún gozaba de la vitalidad suficiente para abrigar deseos y esperanzas, y para cumplirlos por fin. Se trataba quizá de pequeñas cosas, pero los deseos son algo relativo, al fin y al cabo. Y el interés de los ancianos se volvía por instinto hacia ese tipo de cosas, pensó Miles, cuando las intensas ambiciones de su juventud les quedaban ya demasiado lejos para sentirse estimulados por ellas.

En esos días sombríos, había algo bonito en ella, como sugería su forma de hablar y de escuchar rodeada de sus parientes, con aire tranquilo e inaccesible. En la cámara secreta donde el espíritu se sienta a solas, no admitía a nadie. Pero, por encima de todo, la belleza permanecía. No se trataba, en esencia, de la belleza de los rasgos o de la forma de los huesos o de su expresión; surgía de cierta elegancia natural, y del coraje del que hacen gala las personas ancianas, y eso atrajo la atención de los más considerados de la casa: los Amery, Laura, Isobel y Brand.

Isobel había reaccionado de una manera extraña a la situación. Desde la muerte de su padre, había cambiado, había despertado, había comenzado a brillar; como una pieza de plata que no ha sido pulida desde hace años y, cuando por fin se ocupan de ella, atrapa la luz desde una docena de ángulos, la refleja, se enciende y casi ilumina la estancia en la que se encuentra, Isobel destellaba con una pasión que había caracterizado sus años de juventud, pero que llevaba tanto tiempo apagada que nadie la reconoció al manifestarse de nuevo. Un poco antes de separarse, le dijo a Brand:

—Tienes razón, querido. Es una advertencia terrible. Sería espantoso llegar a la muerte como él, sin nada de lo que enorgullecerte o llevar contigo.

Se marchó de la casa antes de que su abuela y Amy partieran hacia el apartamento de Worthing, y encontró trabajo en Londres. Brand, al enterarse, pensó: «Solo por eso ya valdría la pena lo que hice. Era una prisionera mientras él vivía. Y, así como en la vida de nuestro padre no había ni ilusiones ni esperanzas, la de ella rebosa de ambas cosas».

5



Llegado el momento, Brand volvió a Fulham con su mujer. Caminando por la deprimente carretera, cargado con su raída maleta, se regocijaba ante la idea de dejar todo aquello atrás para siempre. Desde la detención de Eustace, había apartado de su pensamiento el asunto del asesinato; ya no se identificaba con el hombre que se había encogido, arrastrado y peleado con Sophy durante tantos años. Era como si una nueva personalidad, purgada por la terrible experiencia y el peso de la verdad que guardaba en su interior, hubiera nacido en la oscuridad de la biblioteca aquella madrugada de Navidad, el rostro mirando hacia el amanecer, libre de miedos.

La casa presentaba el aspecto ruinoso y destartalado de siempre. Formaba parte de una hilera de casas adosadas, separadas por una pared estrecha y sucia; un estrecho tramo de escalones agrietados conducía a la puerta principal, cuya pintura roñosa se caía a pedazos. Del suelo de algunas casas sobresalían pequeñas excrecencias antiestéticas, cajas pintadas de verde o marrón, invernaderos con nombres ridículos, con paneles de cristal azules y rojos, alternando con los rectángulos opacos de los baños y las salas de espera. Las casas eran victorianas, moles sin gracia, feas y poco prácticas, sin rastro de la belleza de lo antiguo o de la alegre actividad de los quehaceres domésticos. Brand subió los escalones, observando que no habían sido lavados desde hacía días, y se detuvo un momento bajo el pórtico pretencioso y horrendo. La hiedra zigzagueaba sobre las ventanas, con sucias persianas amarillas colgando torcidas y tapando a medias unos cristales oscurecidos al otro lado por largas cortinas de encaje. La impresión general era de pobreza sórdida y ordinaria.

Abrió la puerta su segunda hija, Eleanor, de nueve años. Su cara era una parodia de la juventud, aunque con unos rasgos bastante inmaduros a su modo pálido y demacrado. El pelo rubio, cortado sin gracia en la nuca, le caía sobre los ojos. Ni la cara ni las manos estaban limpias, y llevaba roto el vestido. Sin embargo, no pasaría nunca desapercibida en una reunión. Era su expresión, quizá, lo que atraía la mirada del desconocido. Era deslumbrante, feroz y retraída. Cuando se veía al padre y a la hija juntos, no cabía duda de su parentesco. La niña, además, carecía del candor y la vitalidad propios de su edad; más bien parecía una criatura en guardia permanente, preparada para cualquier nuevo tormento o preocupación que pudiera depararle la vida, provista de un estoicismo glacial que, a unos padres más atentos, les habría conmovido y partido el alma.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó Brand.

—Arriba. No sabía que ibas a venir hoy.

—No hace falta que se prepare para recibirme. Dile que estoy aquí.

Entró en el salón, que quedaba a la izquierda; a la derecha estaba la pared blanca que los separaba de la casa contigua. No había ofrecido ni esperado un beso o cualquier otra muestra de afecto de la joven criatura que había engendrado. La oyó subir las escaleras muy despacio, y pensó: «Otro numerito de Sophy, supongo. Es un milagro que no haya matado a ninguno de los mocosos todavía».

Aquel era un buen ejemplo de estancia desarreglada: platos sucios en la mesa, un mantel roto, harapos tirados en las sillas y polvo por todas partes. Pero, aunque le había recriminado esas cosas con frecuencia a su mujer, ese día apenas reparó en ellas. El presente lo sujetaba con muy poca fuerza; más allá lo esperaba el rutilante futuro, y en él tenía puestas todas sus ilusiones, igual que un viajero, consolándose con la imagen del mar que espera en la próxima curva del camino, puede hacer frente sin acobardarse al viento, al calor y al polvo en el aire, porque pronto quedarán atrás.

Eleanor volvió y dijo que su madre bajaría enseguida.

—¿No estaba vestida? —preguntó Brand con indiferencia.

La niña negó con la cabeza.

—Ha dicho: «Dios sabe que no habrá paz si él ha vuelto, así que disfrutemos de ella mientras podamos».

La miró por primera vez con curiosidad; había hablado con cierta entereza y atrevimiento, como si quisiera reafirmarse, no ante él, sino ante su propio corazón. La soledad y la determinación de la niña le hicieron sentir una complicidad momentánea.

—Los modales no son tu punto fuerte, ¿verdad? —dijo, con una ligera sonrisa—. De hecho, en una familia como es debido, seguramente te llevarías unos azotes por eso. Pero, por supuesto, no es el caso.

Ella cruzó las manos en la espalda y se quedó mirándolo. Él le devolvió la mirada, y de pronto la vio temblar. Aunque recuperó de inmediato el dominio de sí misma, el miedo seguía en su cabeza, si bien su cuerpo intentaba negarlo. Al observarla con detenimiento, y cada vez con más simpatía, se dio cuenta de que temía que él cumpliese aquella amenaza despreocupada, y estaba resuelta a desafiar su poder, aunque no pudiera escapar a las consecuencias. A pesar de su edad, pensó él, la niña llamaba la atención e incluso infundía cierto respeto. Su personalidad ya estaba tomando forma, y Brand pensó: «Coraje; esa es la respuesta a su actitud. Es lo único que importa. Eso y saber qué es lo más valioso de tu vida, para no dejarlo escapar».

Llegó Sophy, arrastrando un abrigo informe sobre los hombros; el pelo negro le brotaba de un moño deshecho y le caía por la espalda. Sus facciones eran angulosas, inquisitivas y ávidas; tenía los ojos de una horrible ave rapaz, abiertos de par en par en busca de carroña, y la forma de encorvar los hombros, la curva de las manos y el brillo malévolo de su mirada reflejaban la crueldad innata de su temperamento. Su apariencia era tan andrajosa, tan pobre, tan fea y tan sucia que Brand sintió una mezcla de repugnancia, compasión, asombro y pavor.

«¿Es posible que haya sido tan mezquino, tan indigno, como para verme impulsado a obtener el máximo placer incluso de eso? —pensó—. Dios mío, qué bajo he caído. Hace falta algo así para abrirle a uno los ojos. Bueno, esto es el final».

—¿Qué ha estado diciéndote esta bastarda? —preguntó Sophy con voz áspera—. Ya sabes lo que te espera, pequeña…, si has abierto la bocaza. En mi puñetera vida he conocido una mentirosa como esta —añadió dirigiéndose a su marido—. Las mentiras salen de ella como agua de un grifo.

Eleanor la miró, pálida, cautelosa, a la defensiva. Ahora Brand ya sabía por qué la mujer estaba en la cama. Aquellas borracheras interminables habían sido uno de los horrores de su vida conyugal. Ni siquiera ahora estaba sobria, y él la sentía como una enfermedad odiosa que dañaba y corrompía su vida.

—Así que has vuelto —dijo ella, desplomándose en una silla.

—¿No esperabas verme?

—¿Cómo iba a saberlo? —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Pensaste, como todos los demás, que lo había hecho yo?

—Bueno, tampoco creo que lo lamentases mucho de todas formas.

—No te habría afectado mucho que yo fuera el culpable, ¿verdad?

—Y ¿por qué demonios iba a afectarme? No éramos lo bastante buenos para él. No es ninguna pérdida para nosotros. —Entonces, inclinándose hacia delante, su estúpido rostro animal se retorció en una expresión lasciva en la que se mezclaban la codicia y la persuasión—. ¿Cómo conseguiste el dinero, Brand? Y no me vengas con que te lo dio.

—No vas a ver un penique de eso —respondió Brand con crueldad.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que ese cheque no vale ni el papel en el que está impreso. El anciano estaba sin blanca, como todos nosotros.

—¿Y qué vas a hacer?

—Largarme, por supuesto.

—No tienes dinero. Sé que no lo tienes.

Brand soltó una carcajada.

—Ya me has vaciado tú los bolsillos, ¿verdad? Dios, eres una esposa decente para cualquier hombre. En cualquier caso, me voy. De dónde saque el dinero no es asunto tuyo.

—¿Lo dices en serio? ¿Vas a abandonarnos? —Su cara era espantosa.

Una vena salvaje se despertó dentro de Brand en respuesta a la voz de ella, a su apariencia, a los estragos que había causado en su vida, a todo lo que podía querer decir con aquello, a la forma en que había frustrado todas sus esperanzas.

—Sí, y doy gracias a Dios por la oportunidad —exclamó con resentimiento.

—Y a nosotros nos toca morirnos de hambre, supongo.

Discutieron violentamente, soltándose una sarta de insultos. Sophy le gritó que tenía cinco niños que mantener. Brand replicó que ella había trabajado antes y podía

volver a hacerlo, y que tenía, sin duda alguna, otros recursos para hacer dinero al alcance de la mano.

—Por ejemplo, podrías probar con el padre de Ferdinand —sugirió con crueldad.

Sophy empezó a soltar tantas groserías que hasta la niña, acostumbrada como estaba a escenas de ese tipo, tembló y se refugió detrás de la andrajosa silla tapizada que había al lado de la chimenea. Fue una escena lamentable, no tanto por el lenguaje exhibido como por el modo indisimulado y desvergonzado en que se pusieron en evidencia sin recatarse ni siquiera tras el más tenue velo de decencia y amor propio. Brand era incapaz de sentir compasión por aquella mujer, que siempre despertaba los instintos más salvajes de su naturaleza. Esta pareja deplorable se echó en cara cada infidelidad y maltrato del pasado, cada conocido sobre el cual pudieran presentarse quejas, cada instante de rendición mutua a un instinto básico que ninguno de los dos trataba de vestir con los ropajes de la reticencia; todos los recuerdos, los resentimientos, las ocasiones de fealdad y crueldad, fueron lanzados como misiles a la cabeza del otro. En el caso de Brand, se abrieron las compuertas de la compostura, que habían contenido la ola de sus propios miedos y las sospechas de los demás durante la última semana. En el caso de la mujer, no le quedaba ya ni un ápice de amor propio que le permitiera percatarse de lo degradante de la escena.

En ese momento, Brand dijo con despreocupación:

—Sé razonable, mi querida Sophy. Dentro de un mes estarás tan agradecida por el cambio como yo. Te ofrecerá un nuevo abanico de posibilidades. —Y se echó a reír.

Sophy le preguntó furiosa si se proponía abandonar a los niños para siempre.

—No van a notar mucha diferencia —dijo Brand—. Un hombre u otro…

Eleanor reaccionó enseguida a este encarnizado intercambio de insultos. Ella, una personalidad diferenciada de la de sus padres, ya con sus propios sueños e ilusiones, estaba siendo ignorada como un objeto inanimado que puede colocarse indistintamente en un estante o en un aparador, algo que no merecía consideración. Salió de detrás de la silla; sus instintos eran los de un animal salvaje acostumbrado a correas y persecuciones.

—Supongo, madre, que cuando padre se vaya, el caballero que se ha alojado con nosotros esta semana se quedará para siempre, ¿no? Me gusta. De vez en cuando me da algún penique.

El aire con el que irguió su cabecita, la calculada insolencia de su actitud con sus padres, provocó en Sophy un incontrolable ataque de ira inducido a medias por el alcohol. Se abalanzó sobre ella y la emprendió a bofetadas hasta dejar a Eleanor mareada y aterrada. Brand, sentado en el borde de la mesa, había empezado a reírse. Como el día de Navidad en la casa solariega, se veía incapaz de dominarse. Parecía no ser consciente de cómo estaba tratando su mujer a la niña, a la que acabó sacando a empujones del salón gritando:

—Ve arriba y espérame. Te enseñaré a controlar esa lengua, pequeño demonio, aunque sea lo último que haga.

La hilaridad de Brand se atemperó con el portazo.

—Mi querida Sophy —dijo en tono burlón—, te felicito. ¿No creerás que esa niña me ha dicho algo que no supiera? Me alegra saber que la fidelidad del caballero se puede dar casi por segura.

—Sí, te encantaría librarte de mi manutención, ¿verdad? Pero no te vas a librar tan fácilmente. ¿Y si hiciste que acusaran a ese tipo en vez de a ti? ¿Acaso crees que no sé que lo asesinaste tú?

Brand, aún arrastrando las palabras con socarronería, respondió:

—Bueno, supongo que tienes razón. ¿Qué esperas que haga? ¿Un gesto magnífico? Caballeros, están equivocados. Su prisionero es inocente. ¡Aquí tienen a su hombre! —Se golpeó el pecho de forma teatral—. Pero ¿estás segura de que eso te conviene? ¿No espantará a tu devoto protector? Al fin y al cabo, la viuda de un asesino… —Se echó a reír.

En el piso de arriba, de pie con su vestido sucio junto a la ventana medio abierta (el cordón estaba roto, y la ventana, atascada), la niña, Eleanor, oía fragmentos de la conversación. Su agudo cerebro animal los iba uniendo. No le sorprendió ni le asustó que su padre reconociera, con tono burlón incluso, su culpabilidad; que hubiera matado o no a su padre no era asunto suyo. Pero comprendió que iba a marcharse y, aunque no le tenía afecto, lo consideraba en cierto modo parte de sus orígenes, y en ese sentido le disgustaba su marcha.

Se abrió la puerta y entró Sophy como una exhalación, con el rostro ensombrecido por la cólera. La niña se tensó al verla. Las palabras groseras que utilizó su madre no hicieron mella en oídos mucho más acostumbrados al lenguaje lascivo que al habla infantil que suele utilizarse con niños más afortunados; pero al final ni siquiera su valor resultó inmune a la furia de los golpes de su madre. Con moretones y despojada de ese amor propio que es la armadura de los niños solitarios contra la desesperación, estaba indefensa ante aquella mano poderosa. Pasaron varios minutos antes de que Brand, sumido de nuevo en un ensueño, se percatara de que los gritos que asediaban sus pensamientos provenían de su propia casa. Se lanzó escaleras arriba, entró corriendo en el dormitorio de su hija y se la arrebató a su madre de las manos.

—Por Dios, Sophy, ¿no tienes bastante con un asesinato en la familia? ¿Es que nunca vas a controlar tu carácter del demonio?

Empujó a la niña en la cama, diciendo con severidad:

—Deja de hacer ese ruido. ¿Por qué no cierras el pico, si es que quieres algo de paz?

Una furia ciega contra aquellas circunstancias degradantes, y el miedo atroz a que una compasión momentánea por la niña atacada lo debilitase, lo empujaron a una crueldad implacable. Cuando Sophy dijo, en tono malicioso y burlón: «Vaya, qué padre más cariñoso eres», él replicó, con deliberada dureza: «Oh, ahora le toca a ella.

Pero dale unos años y la tendrás convirtiendo en un infierno la vida de algún hombre. Para eso estáis las mujeres».

Fue al dormitorio que compartían y empezó a echar algunas prendas de ropa en una caja. Hizo caso omiso de las advertencias e insultos de Sophy; notaba pulsaciones dentro de su cabeza, una advertencia de que no era seguro continuar mucho más tiempo bajo el mismo techo que aquella mujer con la que estaba casado. Mientras caminaba de la estación a casa, había previsto una escena breve y efectiva, en ningún caso esa vergonzosa exhibición de los sentimientos y compulsiones más bajos de un hombre. Era como entrar en una cabaña llena de polvo y salir manchado, hecho un asco. Cerró de un golpe la tapa de la caja —no tenía ni cerradura ni correas — y la sacó al estrecho descansillo. Sophy lo siguió, acusándolo aún a gritos de ser un asesino.

—Espera a que comience el juicio —se mofó ella—. ¿Quién va a creerse tu historia? Adrian Gray no te habría dado dos mil libras ni en broma. ¿Por qué iba a hacerlo? Nadie se creería ni una sola palabra de lo que dijiste. No habrías sido capaz de asustarlo. Y no vales nada, nada, por muy alto que sea el maldito concepto que tienes de ti mismo.

Cuando escapó de la casa, Brand notó cómo toda aquella miseria y aquella vergüenza se separaban de él como la cáscara de una nuez. Ahora, por fin, era libre. No veía el futuro más que como un lienzo en blanco esperando a que plasmase en él sus logros. No contemplaba la posibilidad de que un jurado liberase a Eustace y lo encarcelase a él en su lugar. El juicio tardaría unas cuantas semanas en celebrarse, y ese intermedio lo veía como un lapso de tiempo para su vida personal. Durante ese período, no debía permitir que lo interrumpieran, ni que le afectase el frenesí de sospechas y miedo que iba a rodear el juicio. Se marchó de Inglaterra esa misma noche, y se lo tragaron de inmediato los barrios de París que conocía. Anónimo como una sombra, entraba y salía de casas altas y estrechas, hablaba con hombres en las esquinas y en los cafés, bebía, trabajaba e imaginaba; un hombre tan ajeno a los sucesos de tiempos pasados que se diría que no tenía conexión alguna con ningún otro Hildebrand Gray que el mundo hubiera conocido. No era fama ni esperanza lo que persiguió sin descanso durante ese período. Habiendo imaginado el trabajo que debía hacer, procedió a lograrlo. Por lo que se refiere a las consecuencias, comprobó que no le incumbían. Como un espíritu tenso, indomable y eléctrico, exprimió su vida reciente hasta agotarla.

SEXTA PARTE

TESTIGO DE LA DEFENSA

1



Miles Amery, en el viaje de vuelta a la ciudad con su mujer, comentó preocupado:

—No estoy satisfecho con esto, Ruth. Tengo el mismo dilema que un tipo con el que coincidí en Charterhouse, un católico destinado al sacerdocio. Era un buen muchacho, pero un día (él tendría unos dieciocho años) me confesó: «Esto no está bien; no puedo seguir adelante». Le pregunté cuál era la dificultad. Pensé que tal vez no comulgaba con la disciplina que la Iglesia católica impone a sus sacerdotes; tienen que ir adonde los destinen, no pueden casarse y esas cosas. Pero dijo que no era eso. Era la parte dogmática lo que podía con él. «Envidio a los verdaderos creyentes y a los ateos convencidos —explicó—. Estaría a gusto en cualquiera de los dos bandos. Pero me encuentro en la detestable posición de saber que la fe católica es verdadera sin creer una sola palabra de ella». Esa es también mi posición ahora mismo.

—¿Con Eustace?

—Sí. Sé, a la luz de todas las pruebas, que es culpable, pero al mismo tiempo no creo que haya un ápice de verdad. Para empezar, ¿por qué iba a darle tu padre ese dinero? En segundo lugar, ¿crees que un hombre como Eustace, acostumbrado desde siempre a los riesgos y las estratagemas, va a echar por la borda todas sus aspiraciones (que giraban en torno al señor Gray) por una pataleta infantil? Eso es tan propio de Brand, mucho más que de ningún otro miembro de la casa, que, a pesar de todas las pruebas, mis sospechas no dejan de apuntarle a él. Si hubiera sido un asesinato premeditado, estaría dispuesto a creer que fue Eustace, y a poner la mano en el fuego por Brand. Psicológicamente, sería tan imposible para este último planear algo así como para Eustace coger un pisapapeles y golpear a otro hombre en la cabeza con él. No olvidemos que ese tipo es un jugador, un especulador acostumbrado a correr riesgos; debe de haber estado al borde del abismo varias veces, y hasta ahora siempre ha conseguido salir indemne. Ese tipo de experiencia siempre aporta prudencia; una prudencia temeraria si tú quieres, pero prudencia al fin y al cabo. Lo pone a uno en guardia permanente, y, aunque ciertas cosas tengan la capacidad de burlar esa guardia, no creo que tu padre fuera una de ellas. Un hombre con la experiencia de Eustace no se pone hecho un basilisco y comete un asesinato por unas cuantas palabras duras que no deberían haberle pillado por sorpresa. Además, podría poner a tu padre entre la espada y la pared si estuviera vivo, mientras que muerto no le sirve de nada. Este asunto es un nuevo ejemplo del timo de las bolsas de Nueva York y Londres, y no veo cómo tu padre podría haber evitado que le salpicase. Aun quedando impune, su reputación se habría resentido sin remedio. Y

eso no es todo. El cheque. Si Eustace se hubiera hecho con ese cheque, nada en este mundo lo habría persuadido para destruirlo. Sencillamente, no se habría atrevido.

—Vamos, Miles —dijo Ruth angustiada—, no irás a salir en defensa de Eustace, ¿verdad? Aunque no hubiera matado a mi padre, lo que ha hecho, arruinando a miles de pobres personas que confiaron en él, es mucho peor. Ha habido ya muchísimos suicidios, y ¿quién es el responsable sino Eustace?

Miles le tocó la mano con ternura.

—No olvides que estás hablando con un abogado —dijo—. Eso no es una prueba.

Pero, aunque estaba decidido a apartar de su pensamiento aquel asunto, pues era evidente que no le concernía, se descubrió analizando las pruebas en cada hora libre que le dejaba su trabajo, esforzándose por descubrir alguna omisión, alguna pista falsa, algún punto en el que la policía se hubiera equivocado. Como siempre que estaba en vena, se olvidó de quiénes eran los implicados. No estaba a favor de Eustace ni en contra de Brand. Se ponía del lado de la verdad y en contra de la oscuridad.

2



Circula la teoría de que un hombre atrae las cualidades, los sucesos y la fortuna con los que ocupa su pensamiento más frecuentemente. Miles nunca había abrigado esa creencia; es más, nunca se había parado a considerarla. Sin embargo, poco antes del juicio, se vio arrancado de su confortable insignificancia y confrontado con una situación que iba a suponer una prueba de fuego para su integridad y sus sentimientos. Se encontraba trabajando en su bufete una mañana cuando entró su pasante para decirle que una mujer joven deseaba verlo. La joven no había querido dar su nombre, aduciendo que, de todas formas, no le sonaría de nada.

—Dígale que necesito saber cómo se llama, que no recibo a clientes anónimos —respondió Miles, acostumbrado a la legión de hombres y mujeres trastornados que acudían a él con terribles quejas imaginarias y afán de acaparar, de forma gratuita, muchas horas de su trabajo.

Edwards volvió para informarle de que la joven decía llamarse Teresa Field, pero había añadido que no esperaba que el señor Amery recordase ese nombre.

—¿Recordarlo? —repitió Miles con aire pensativo—. No. Tiene razón. No me dice nada. Me pregunto quién será.

—¿La hago pasar, señor?

—Sí. Hágala pasar.

Edwards volvió a entrar acompañado de una mujer muy arreglada de unos veinticuatro años. Tenía la apariencia robusta y sonrosada de las chicas de campo, e iba impecablemente vestida de negro, con guantes de tela y unos zapatos de punta cuadrada prácticos y muy relucientes. Sus modales eran deferentes sin llegar a resultar en absoluto aduladores o ansiosos. Su expresión era tranquila, y sus ojos, claros. Cogió la silla que le ofreció Miles y se sentó erguida, como quien no está acostumbrado a adoptar actitudes relajadas en presencia de sus superiores. Miles llegó a la conclusión de que era dependienta en una tienda o sirvienta de algún tipo para una familia de clase alta. Sus facciones le resultaron vagamente familiares, pero no habría sabido decir por qué, y eso lo irritó, pues solía tener a gala su espléndida memoria para las personas.

Habló con voz clara y suave, autóctona del condado del que venía.

—Le ruego que me perdone, señor, si he hecho mal en venir a verle, pero se trata de algo que no me había ocurrido nunca, y no sabía qué hacer. Nadie sabía decirme nada con certeza, y recordé que usted se dedicaba a la abogacía, de modo que tal vez no le moleste decírmelo.

—¿Decirle qué?

—Lo que debo hacer. Comprendo que está usted atareado, con todo el horrible asunto del señor Gray…

Él se acordó entonces de que era una de las sirvientas de la casa solariega.

—Por supuesto. La vi en la casa en Navidad, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Todavía sigue allí?

—Bueno… no exactamente, señor. Sobre eso quería hablarle. Ahora que se han ido la señora y la señorita Gray, huelga decir que no hacemos falta en la casa. La ha comprado un caballero, según cuentan. *Sir* Richard dijo que no quería volver a vivir en ella.

Miles, que ya sabía eso, desvió la conversación para centrarla de nuevo en la consternación de la mujer. Esta habló con sensatez y claridad, y respondió a las preguntas del abogado sin titubear, mientras alisaba con delicadeza una pequeña esclavina *beige* sobre su rodilla. Cuando se disgregó la familia, dijo, le pidió a la señora Cochrane, el ama de llaves, que estaba al cuidado de la casa hasta la llegada del nuevo señor, referencias para un puesto mejor pagado en los alrededores. La nueva señora parecía bien dispuesta, siempre que las referencias fueran buenas. Para sorpresa de Field, la señora Cochrane se negó a decir una palabra de recomendación. Miles se acordaba de la mujer: alta, de semblante avinagrado y labios apretados.

—Me dijo que ella no era tan tonta como pensaban algunos —prosiguió Field—, y que confiaba en ser una buena cristiana.

—Eso solo puede augurar problemas —le aseguró Miles.

—Le pregunté qué tenía contra mí, pues llevaba tres años en la casa sin recibir una sola queja —continuó la chica con mucha seriedad—. Al principio se negó a hablar. Y por fin dijo que ella sabía lo que sabía, y que había estado en contra desde el principio.

—¿En contra de qué?

—De que yo entrara en la casa, señor. Dijo que todo el mundo sabía lo de mi hermana, y que esas cosas se llevan en la sangre.

—¿Qué sabía?

—En realidad no hubo nada en contra de Betty. Solo era un poco boba, porque era muy vivaracha y le gustaba divertirse un poco. Pero la gente habla, tanto si hay algo que decir como si no, así que no se quedó en Munford, sino que vino a Londres y se puso a trabajar de camarera en un gran hotel. Ahora está casada, y tiene un bebé, pero, claro, la señora Cochrane dijo que eso daba igual.

Field insistió hasta conseguir explicaciones, puntualizaciones, algo concreto, y, después de mucho pelear, la historia se resolvió en una acusación de mala conducta en la casita del jardinero, situada junto a las grandes puertas de la verja, el día de Nochebuena. Otra criada había informado al ama de llaves de que se había visto a una chica joven del servicio saliendo a escondidas de la casita y entrando en la casa a las dos de la madrugada. La criada en cuestión había padecido un fuerte dolor de

cabeza y había tomado láudano. Desde la ventana tenía una buena perspectiva de la casita del jardinero, y había visto a la joven salir, acercarse sigilosamente a la casa y entrar por una puerta lateral.

—Asegura que era yo, señor —le dijo Field a Miles con notable angustia y, a pesar de todo, con un admirable dominio de sí misma que despertó el interés del abogado—, pero no es verdad. Aun suponiendo que hubiera corrido ese tipo de riesgos, lo cual es impensable, yo… quiero decir que ese tipo de cosas no me interesan.

Miles dio por sentado que insinuaba la existencia de un admirador formal, y así lo sugirió, pero ella lo negó.

—No, señor, es solo que ese tipo de cosas no van conmigo. No conducen a ninguna parte.

Miles observó, no sin razón, que conducían a un hogar y una familia.

—Lo que intento decir, señor, es que no conducen a ningún lugar al que quiera ir. Tengo dos hermanas casadas, y he vivido con las dos. Está bien para ellas, porque les gusta, pero me dio la oportunidad de comprobar que no es lo que yo quiero.

—¿Y sabe lo que quiere?

—Desde luego, señor. Pero, si no aclaro esta situación, no habrá posibilidad de conseguir el empleo. Antes o después, se sabrá que no me han dado referencias. Y entonces no alcanzaré mi sueño.

—¿Cuál es ese sueño?

Era demasiado apasionada para sentir vergüenza alguna al describir lo que imaginaba.

—Ser yo misma ama de llaves, señor —explicó, con los ojos brillantes y una expresión afectuosa y esperanzada—. Tener mi propia habitación, y una casa grande a mi cargo. Revisar el armario de la ropa blanca los viernes y ver las pilas de toallas, servilletas y manteles, todo perfecto, y ser yo la responsable.

Miles se contagió de su entusiasmo. Hablaba como los peregrinos al ver la tierra prometida, como han hablado los artistas a lo largo de los siglos, viéndose como sirvienta en esa casa bonita y refinada de su imaginación, entrando en habitaciones amuebladas con elegancia, sirviendo a todas horas. La frase más banal que había empleado estaba impregnada de cierta vitalidad estimulante. Para ella, esa casa ideal era el poema perfecto, el lienzo magnífico, la verdadera obra de arte.

Miles la dejó hablar. Le recordaba a un amigo suyo, un hombre con una perspicacia y una maestría portentosas que trabajaba diseñando casas en las afueras, en drástica contraposición a los constructores de pacotilla que estaban dañando la campiña desde Newcastle-on-Tyne hasta Cornualles. Hacía preciosas casitas de campo que sus propietarios valorarían en función únicamente de su coste y su comodidad. Había observado que todas esas personas, humildes o ambiciosas, tenían una raíz común, una raíz que había descubierto en Brand hacía mucho tiempo.

—De hecho —prosiguió Field—, no pude haber estado con el jardinero entre las doce y las dos, como dice mi compañera, porque estaba en mi dormitorio, pensando en el tipo de casa que tendría algún día, y pensando también en la Navidad. La Navidad siempre ha significado mucho para nosotros en casa, y nunca las hemos pasado sin un árbol y una fiesta y un pastel de salvado, y un baile en el Ayuntamiento. Y, desde luego, en la casa solariega no reinaba precisamente la alegría. Es una de esas casas que están en tierra de nadie.

Miles, intrigado, le preguntó qué quería decir con eso. Field le explicó con gran seriedad que los pobres que no se ofenden de que los Gray, por ejemplo, los tachen de ordinarios eran felices porque no veían inconveniente en dar rienda suelta a su vitalidad; y los ricos y los de ilustre cuna eran asimismo felices, porque no se les ocurría que pudieran criticarlos, o no le daban importancia a que lo hicieran; pero las personas como los Gray eran serias, porque no deseaban identificarse con las clases bajas y carecían de la seguridad suficiente para ser inmunes a las críticas.

—No me acosté cuando entré en mi dormitorio. Sentía un entusiasmo que me embarga siempre en Navidad. Había recibido las cartas y regalos de mi familia, pero no había abierto nada todavía. Decidí esperar a que fuera de verdad el día de Navidad, como hacíamos siempre en mi casa. Y me complació pensar que, aunque no pudiéramos estar juntos, abriríamos los regalos más o menos al mismo tiempo. Así pues, esperé hasta oír las campanadas del reloj, y entonces empecé a abrir cosas; había mucho, porque siempre nos mandamos algo unos a otros, por pequeño que sea, y somos nueve. Cuando hube leído todas las cartas dos veces, fui a sentarme junto a la ventana para pensar sin más. No me veía todavía con ánimo de acostarme. Aquella iba a ser la Navidad que tendría para mí. Después todo serían prisas y ajetreo por tener listas a tiempo las cosas, con muchas más personas en la casa de lo habitual. Ni que decir tiene que en casa todos íbamos a la parroquia por la mañana, y nos apresurábamos después de la misa, y el acebo, y el algodón, y las bayas rojas en las ventanas y rodeando el púlpito, y servíamos la cena. Cuando me puse a trabajar, eso es lo que más eché de menos, y el tiempo no lo ha ido haciendo más fácil para mí. Ya son cinco las Navidades que he pasado fuera de casa, y cada año me pregunto si sucederá algo que me permita volver, aunque ahora ya no quedamos tantos, solo madre y mis dos hermanas y un hermano casado y su esposa, acompañados de sus pequeñas. Y de vez en cuando alguno de los otros puede ir también. En fin, como le decía, me senté junto a la ventana y vi la nieve fuera, y me alegré, porque contribuía a la estampa navideña; y no pensé mucho en los que dormían en el piso de abajo o a uno y otro lado de mi dormitorio, hasta que vi de pronto una luz en una de las ventanas de la derecha. Ya sabe cómo es la casa; más o menos en forma de ele; supe, por lo tanto, que se trataba de una de las damas o de los caballeros de la casa que iba a acostarse, y pensé: «Verá que tengo la luz todavía encendida, y que son casi las dos, y si le dice algo a la señorita Amy, habrá problemas». Supe que era uno de los invitados. La señora Gray, la señorita Amy y la señora Devereux duermen más lejos.

En ese momento, un hombre se acercó a la ventana y se quedó allí de pie, como yo en la mía; a continuación la abrió un poco y se asomó. Y vi que era el señor Brand. Tenía una perspectiva muy buena desde donde estaba, y su rostro era tan distinto al de la mayor parte de los que se alojaban en la casa que me quedé un minuto donde estaba, solo para observarlo. Parecía tan… lleno de vida, no sé si me explico, como si contemplase su futura habitación de ama de llaves. Se le veía tan encantado que sentí una especie de afecto, como si hubiera alguien más en la casa que sabía cómo me sentía, aunque él no supiera que yo lo sentía. En ese momento, el reloj dio las dos, y él volvió la cabeza y me miró directamente. Yo había apartado la persiana para ver la nieve; y entonces me sentí un poco tonta, y pensé que tal vez estuviera preguntándose qué hacía yo ahí. Ya sabe, cosas que se le antojan a una la mar de sensatas cuando está sola parecen otra cosa totalmente distinta si alguien está mirándote. De modo que apagué la luz y me desvestí a oscuras, y confié en que no me descubriese, porque, si la señora Cochrane hubiera sabido que tenía la luz encendida a esas horas, me habría metido en un buen lío, desde luego.

Su expresión había sido de afabilidad y entusiasmo durante los últimos minutos, pero ahora se le ensombreció la mirada de nuevo.

—Pero no sé si algo de eso ayudará. Supongo que alguien podría decir que no habría tenido la luz encendida de no haber un motivo, y nadie me creería. Pero quiero saber, señor, si hay algo que yo pueda hacer.

Miles le preguntó si Brand estaba totalmente vestido cuando se acercó a la ventana, y Field dijo con seguridad que sí, que llevaba un traje azul. Estuvo parado en la ventana un rato; porque, aunque ella se desvistió, no fue capaz de conciliar el sueño de inmediato; estaba muy contenta disfrutando de su tranquila soledad, y tardó bastante en alejarse de la ventana y prepararse para dormir.

3



Miles salió del despacho con el cerebro sumido en una mezcla de excitación y consternación. Esta nueva luz arrojada sobre el caso lo inquietaba, e incluso lo indignaba. Porque no tenía ningún deseo de desempeñar ningún papel destacado en el juicio. Caminó por la orilla del río hacia Westminster. Había quedado para cenar con un cliente, pero se sentía tan inquieto y desconcertado que no prestaba atención a los relojes. El agua oleaginosa se movía lentamente, con un oleaje calmado que mecía los barcos y gabarras amarrados. Pasó un barco comercial alemán con franjas de colores pintadas en la chimenea, paseando su forma baja y achaparrada con dignidad; al cabo de un rato llegó una hilera larga y desordenada de barcazas unidas por cuerdas. En la primera había un hombre sentado que fumaba con aire despreocupado y contemplaba el anochecer de principios de febrero; en la segunda ondeaban, a modo de banderolas en una cuerda de tender, camisas rosas y delantales azules, camisetas largas, calcetines y un camisón informe, hinchándose un poco con la brisa fresca; en la tercera, una chica con una blusa de franela rosa y las piernas al aire hervía agua en un pequeño hornillo; en la cuarta, una mujer inmensa y desaliñada se cepillaba el pelo. Miles se detuvo a contemplar su lenta marcha. Había otros codos apoyados al lado de los suyos en el desgastado pretil; algunos de sus propietarios miraban los brillantes letreros anunciando *whisky*, harina y cigarrillos en la otra orilla. El robusto perfil gris humo de las grúas y las dragas se recortaba sobre el cielo color perla, una de esas perlas oscuras, pensó sin mucha lógica, que tanto admiraba Ruth. Los tímidos amantes se estrechaban, susurrándose y tocándose las manos; chicas con maletines pasaban caminando con brío; resultaba asombroso el nervio de esos cuerpos esbeltos, tan lozanos después de todo el día trabajando en estancias calurosas, ruidosas y mal ventiladas. Hombres jóvenes, de apariencia no tan despierta, avanzaban por aceras atestadas hablando de electricidad y velocidad, los dioses de estos tiempos. En el bordillo, una mujer ofrecía ramilletes de crisantemos marchitos; más adelante, un anciano vendía corchetes y cordones. La larga formación de autobuses de cercanías se iba llenando rápidamente. Miles oía frases sueltas, fragmentos de conversaciones indescifrables, confesiones, dudas. No eran ni mucho menos suficiente para formarse una idea clara de la situación, y, sin embargo, despertaban en él esa curiosidad instintiva que convertía la vida en un cuadro espléndido, donde este asunto de Brand, al fin y al cabo, no era sino un detalle más en el lienzo abarrotado.

—Y si no hay sitio en la platea, tendremos que ir al cine. No puedo correr esta noche para coger la línea de Brighton.

—¿Y qué me dices de Croon, en la Estación Victoria? Sé que no son rápidos, pero hacen un buen pan con queso tostado por un chelín y no es tan ruidoso como la mayoría.

—Lo que él quiere es un expendedor automático. Metes un chelín y consigues un montón de cartas. Puedes darle patadas y no te las devuelve, así que estas completamente a salvo. Eso es lo que quiere tener de secretaria.

—Querida, no creerías lo que había allí… pijama y un chaleco y un cepillo de dientes espantoso.

—Peter se ha ofrecido a prestarme quince libras, si puedo robar las otras diez. Está claro que no es muy elegante, pero ¿qué más da? No vamos a llevar a muchas chicas en él. Escúchame, piensa en los domingos, saliendo cuando y a donde nos plazca, sin apelotonarnos para coger el tren ni hacer cola para subir al autobús e ir al maldito destino al que quieran llevarte.

—Y las tardes de verano, amigo; hay una piscina natural cerca de Leatherhead…

El animado grupo de jóvenes pasó de largo. El aire que rodeaba a Miles estaba cargado de gases del petróleo, humo de cigarrillos baratos, polvos para la cara y la esencia artificial de los ramilletes que llevaban las mujeres prendidos en sus abrigos; pero también estaba cargado de vida. Miles volvió a experimentar la conocida sensación de formar parte de un circo enorme, lleno de luces, voces, aventura, riesgo y encanto. Ese pensamiento trajo consigo otro, inevitable. Eustace… quien, a su modo calculador, disfrutaba de la vida, si bien veía bastante poco de su colorido y su belleza esquiva y cambiante. El abogado que Miles llevaba dentro le impedía aceptar el enardecido razonamiento de Ruth: «No ha cometido uno, sino decenas de asesinatos», ni el más sincero de Isobel: «¿Qué derecho a vivir tiene un hombre así?». Eustace tenía, conforme a la ley vigente, tanto derecho a vivir, siempre y cuando no fuera el asesino de Adrian Gray, como el más ferviente de sus detractores.

«La cuestión es —razonó Miles sin sosiego mientras caminaba hacia el puente de Westminster, por donde no dejaban de pasar ómnibus hasta los topes adelantándose unos a otros, bicicletas, carretas, coches, camiones y tranvías traqueteando, tocando el claxon e iluminándolo todo con sus faros. De fondo, el Parlamento recortado contra el cielo crepuscular—; la cuestión es ¿estoy obligado a intervenir? No puedo demostrar nada, excepto que Brand no se ciñó por completo a la verdad. No puedo demostrar que tuviera nada que ver con la muerte de su padre. No puedo probar la inocencia de Eustace. Tal vez conseguiría enturbiarlo todo y dar pie a una nueva teoría. Pero ¿conduciría eso a algo?».

Analizó el problema desde todos los ángulos mientras se internaba abstraído en Victoria Street, en dirección a Sloane Square, donde tenía su compromiso. La mala fama que cobraría su nombre le preocupaba muy poco; los abogados se acostumbran pronto al oprobio.

«Desde luego, es significativo que Brand mintiese sobre la hora a la que se acostó —pensaba—, y que se cubriese las espaldas diciendo que vio a Eustace en las

escaleras. Y parece bastante improbable que este negase haberlo visto si de verdad estaba allí. Y, sin embargo, lo negó desde el principio. Desde que Brand dijo que se había ido a la cama antes de medianoche, antes de que alguno de nosotros tuviera noticia del asesinato. Su historia es precisamente la que cabría esperar si fuera culpable. Continuemos a partir de esta pequeña prueba. Supongamos que Brand se encontraba en el piso de abajo, en la biblioteca, a las dos. ¿Adónde nos conduce eso? Romford dijo que Gray fue asesinado poco después de medianoche, probablemente entre la una y las dos, pero pudo ser más tarde, dado que la ventana abierta habría acelerado el *rigor mortis*. Cabe imaginar, sin arriesgar mucho, que hubo una pelea. Pero ¿y el cheque? ¿Por qué querría Brand pelear con su padre cuando había conseguido lo que había ido a buscar? Y ¿había alguna probabilidad de que lo golpease por un insulto casual, cuando, por primera vez en muchos años, tenía la oportunidad de encarrilar su vida conforme a su deseo?».

No había que olvidar, se dijo, el problema del cheque a nombre de Eustace, fechado la mañana de Navidad. Si Brand había asesinado a su padre, ese cheque tenía que haberse extendido antes de su llegada (la de Brand). Entonces ¿había visitado Eustace la biblioteca antes que su cuñado? Y, en ese caso, ¿cómo podía llevar su cheque fecha posterior al de Brand?

Atrapado entre la espada y la pared por culpa de esa prueba, Miles se esforzó en encontrar una solución. Volvió una y otra vez al problema del cheque. Brand debía de haber recibido su cheque en Nochebuena; así pues, supongamos que subió a su habitación antes de medianoche, momento en que Eustace le tomó el relevo en la biblioteca. Ahora imaginemos a Brand bajando por segunda vez. La lógica se impuso de inmediato, preguntando: «¿Por qué?». Ya tenía el cheque. Eso, dadas las circunstancias, podía darse por hecho. Era impensable, de eso Miles estaba seguro, que quisiera destruir el extraordinario documento que había firmado, pues servía para darle credibilidad a su historia. Sin él, sería difícil convencer a alguien de que Adrian le había dado voluntariamente una suma de dinero tan elevada. Entonces… ¿qué excusa había para volver? Además, Eustace había dicho que bajó a la biblioteca a las tres. Puesto que Gray no pudo haber salido de la biblioteca, su yerno tuvo que examinar la caja fuerte después de su muerte. Lo que volvía a dejar a Miles en el punto de partida, un tanto desalentado.

¿Quién había cometido el crimen, Eustace o Brand?

4

Su llegada a Sloane Square alejó el problema de su cabeza durante un rato. Pasó una noche entretenida y animada, y volvió a casa a medianoche. No le dijo nada a Ruth de momento, aunque el asunto seguía torturándolo. Dos días después, se colocó con discreción el segundo ladrillo del muro que había de levantarse contra Brand.

Sin haber dado todavía ningún paso para ponerse en contacto con las autoridades, Miles iba caminando por Charing Cross Road bajo un cielo soleado. El viento, cortante el día anterior, había amainado y la tarde era agradablemente cálida y alegre. Llenaba de alborozo contemplar la vivacidad y el entusiasmo de los hombres y mujeres que paseaban por la calle. En todas las librerías de segunda mano había hombres hojeando los volúmenes expuestos en la acera. En la intimidad del interior, donde las paredes estaban cubiertas de libros, podía verse alguna figura ocasional, indefinida como una sombra, alargando el brazo para extraer un libro de algún estante alto, o encorvada cerca de la puerta o, en los pocos establecimientos que lo tenían, en el escaparate, en un intento por hacer llegar algo de luz a determinada página. Miles, empujado por un deseo más fuerte que cualquier sentido de la obligación o la conveniencia, se unió a ellas. Acabó comprando un volumen epistolar editado por el señor L., y, seducido por sus láminas coloridas y evocadoras llenas de púrpuras, amarillos y rojos oscuros, un libro sobre pintura francesa. Mientras esperaba a que le envolviesen los libros, cogió una edición ilustrada de los *Cuentos* de Hans Andersen, con fascinantes ilustraciones en color e innumerables bocetos en blanco y negro. Moira y Pat, pensó, se volverían locas de felicidad si se lo llevaba. Pero era caro: media guinea. Dudó mientras hojeaba las páginas con renovado placer y asaltado por los recuerdos.

Seguía indeciso cuando una voz alegre le dijo al oído:

—Hola, Miles. Tiene pinta de ser muy divertido.

Alzó la cabeza sorprendido y vio a Isobel sonriéndole. Pero una Isobel transfigurada. Ni rastro de la languidez, la timidez y la apatía que la habían caracterizado durante años. Habían sido sustituidas por seguridad en sí misma, encanto y un aire saludable y esperanzado que resultaba contagioso y reconfortante.

—¡Hola! —dijo él—. ¿Este también es uno de tus lugares predilectos?

Isobel se rio y respondió:

—Es uno de los muchos vicios nuevos que estoy adquiriendo; virtudes, lo llamarías tú, por supuesto. Tengo un trabajo nuevo, así que puedo permitírmelos.

Le preguntó de qué trabajo se trataba.

—Nada demasiado importante —respondió ella—. Estoy catalogando una biblioteca para una anciana solterona que está apabullada porque ha heredado una enorme colección de literatura de un hermano erudito. Pobre mujer, está aterrorizada por el peso del saber, y debatiéndose entre el desdén por alguien capaz de desperdiciar su vida absorbiendo las ideas de otros, y la sensación de que tantos libros, tan sombríos, tan voluminosos y de tan ardua lectura, deben de tener un valor incalculable. Así que los estoy catalogando y, cuando haya terminado, la mujer le llevará la lista a un experto para decidir qué conviene hacer con ellos.

—¿Y te gusta?

—Sí, Miles. He descubierto una sed de libros latente, y creo que con el tiempo se convertirá en una pasión. Disfruto con solo tocarlos. Ahora cualquier salón me parece vacío y sin brío si los libros no forman parte del mobiliario. Yo misma he empezado a comprarlos. ¡Mira!

Le enseñó un volumen que llevaba debajo del brazo. Era una edición especial de los *Cuentos* de Chaucer.

—¿Dónde has conseguido esto? No es nada fácil encontrar esta edición hoy en día.

—Es mi día de suerte. Todo está bonito en el jardín. De hecho, mi empleadora me ha dado unas prímulas esta mañana. Le habían traído una cesta del campo. Y ahora esto. Ahora me encuentro contigo. ¿Vas a comprarle eso a las niñas? —Señaló con la cabeza el libro de Hans Andersen.

—Estoy luchando contra la tentación.

—¿La tentación de comprarlo? Oh, Miles, ríndete ahora mismo. No hay nada tan encantador como un regalo que no sea con motivo de un cumpleaños.

Estaba tan radiante, tan persuasiva, tan segura de su esperanza, que él cedió con una risotada.

—Y no tendría inconveniente en comprarte ese libro por lo que te haya costado —añadió, apoyando un dedo en el volumen de Chaucer.

—No podría, Miles. De verdad que no. Cuando pienso en el tiempo que me he pasado esta semana tranquilizando mi conciencia de no conformista, la indecisión que me atormentaba esta misma tarde mientras caminaba por Oxford Street; no, no podría. Llevo toda la semana esperando reunir el dinero suficiente para comprarlo, y anoche me pagaron. Estaba aterrada por si se me habían adelantado.

—¿Por qué la conciencia ha desempeñado una función tan relevante en el asunto? ¿Va contra tus principios comprar libros?

—Es una cuestión de dinero. Mi conciencia insistía en que, si no me lo gastaba en pañuelos, acabaría llevando trapos como esos de pintor que se saca Brand del bolsillo delante de todo el mundo. ¡Pobre Brand! —Su expresión se volvió grave—. Ha llevado una vida horrible con esa mujer, ya sabes. No te imaginas en qué condiciones ha tenido la casa todos estos años; mugrienta y rebosante de porquería asquerosa, todo de mala calidad, roto y sin ningún valor. Esos pañuelos eran una buena muestra.

Aunque, ahora que lo pienso —volvió a sonreír—, la otra noche sacó de algún sitio uno de seda. Bromeé con él a propósito de eso.

A Miles le dio un vuelco horrible el corazón. Mientras esperaban a que le envolviesen el libro de Hans Andersen, él le preguntó con aire despreocupado a qué noche se refería, y, sin despertar sus sospechas, averiguó que había sido en Nochebuena. Era evidente que ella ignoraba el propósito de sus indagaciones; estaba demasiado feliz para que la sombra de aquella tragedia la afectase ese día. Miles la envidió; Isobel habló con despreocupación de un buen puñado de trivialidades que la complacían, y lo cogió con la mano para detenerlo cuando se marchaba dejándose el cambio.

—¿Soñando despierto? —lo pinchó, riéndose.

Él recobró la compostura, le dio una respuesta apropiada y fue caminando con ella hacia Trafalgar Square.

—Tomemos un té —propuso él de pronto, haciendo un esfuerzo, cuando cayó en la cuenta de que eran ya las cinco.

Ella negó con la cabeza.

—Tengo que volver. Si alguna vez quieres que te cataloguen la biblioteca, Miles, llámame, y te haré un precio especial.

5



Miles pasó ofuscado por debajo del arco del Almirantazgo y se internó en St. James's Park. El destino, al parecer, había decidido implicarlo a fondo en aquel asunto. Se preguntó si más adelante Isobel cobraría conciencia de lo que había dicho, de las consecuencias decisivas que podría desencadenar aquel comentario hecho tan a la ligera. Pues, si Brand tenía un pañuelo de seda en Nochebuena, sin duda tenía que ser el pañuelo encontrado en la chimenea de Adrian Gray unas horas después. Si no se hubiera quemado, lo habría encontrado la policía entre sus pertenencias, puesto que habían registrado hasta el último bolsillo, cajón y cesto de ropa sucia en busca de pañuelos de seda, y no habían encontrado ninguno, excepto en el equipaje de Eustace.

«Tenía que ser suyo —razonó Miles con desesperación—. Es inútil negar lo evidente. Ya hay demasiados idiotas haciéndolo a todas horas. Tuvo que ser Brand quien mató a su padre. Lo mató, en un arrebato de ira, con el pisapapeles, el cual limpió después con un pañuelo, y a continuación quemó el pañuelo en la chimenea. Es de suponer que estaba manchado de sangre —tenía que estarlo por fuerza, habida cuenta del estado en que había quedado el rostro de Gray—. Y ahora volvemos a la eterna pregunta: ¿por qué?».

Dándoles vueltas y más vueltas, como un lirón haciendo girar sin descanso su rueda, repasó los consabidos argumentos. Y, como un lirón furioso por no encontrar una salida, recorrió las calles de Londres repitiéndose una y otra vez los mismos hechos y las mismas frases, como si a fuerza de repetirlos pudieran cobrar un nuevo significado.

Hay un juego infantil, especialmente popular entre los Boy Scouts de la última generación, que consiste en transformar una palabra, cambiando una sola letra cada vez, en otra completamente distinta. De este modo:

gato
pato
palo
polo

Aunque en realidad no suele ser tan sencillo como en el ejemplo y las palabras nunca tienen menos de cinco letras. Pero a algo muy similar estaba jugando Miles ahora. Empezó con la situación tal y como la conocía el público, y se esforzó por modificarla, cambiando un hecho cada vez, hasta conseguir un argumento irrebatible en contra de Brand.

«Está claro que el problema es el cheque de Eustace —se dijo—. Si pudiéramos sacar a Eustace de la ecuación, las cosas se simplificarían mucho. Brand consigue su cheque, discute con su padre, lo mata, sin duda por accidente, y se va a dormir sin ser visto, es de suponer que después de borrar cualquier pista que pueda incriminarlo».

Pero esa versión se le antojaba sumamente insatisfactoria. Su relación con Brand no era ni mucho menos estrecha, y, sin embargo, estaba convencido de que, una vez conseguido el dinero, nada que dijera Adrian Gray, por hiriente e insultante que fuera, tendría ningún efecto apreciable en su hijo, y es seguro que no hasta el punto de empujarlo al asesinato.

«Hay algo más —decidió, encaminándose hacia la estación de metro y sacando su abono para enseñárselo al hombre de la barrera—, algo que destruyó o algo que ha escondido. La cuestión es… ¿qué? Y ¿qué relación tiene con los dos cheques?».

Al día siguiente tomó la decisión de examinar el caso con el mayor detenimiento, y fue, por lo tanto, a las oficinas de un periódico, donde leyó informes detallados sobre la muerte de Gray y las noticias posteriores. Examinó cada detalle con minuciosidad, y enseguida se le ocurrió una nueva conjetura.

«Quienquiera que quemase el pañuelo quemó el papel secante —pensó—. Uno no quema papel secante cuando hay a mano una papelera, a menos que tenga una buena razón para hacerlo. No creo que Gray hubiera escrito nada que quisiera destruir. Había muy pocas cenizas de papel: una cantidad ínfima, según la policía; en ningún caso suficientes para pensar que se hubieran quemado también cartas o alguna otra cosa comprometedora. Además, de haber existido cartas incriminatorias, no se habrían escrito y secado en esa sala; ni siquiera estarían escritas por Gray de su puño y letra. Así pues, yo diría que el papel secante lo quemó otro. Y ¿es Brand ese otro? Si lo hizo él, ¿por qué? ¿De qué había quedado constancia en ese papel? Sabemos que se secaron los cheques, y también el documento de Brand, pero nadie llegó a ver esa hoja de papel secante. Ahora bien, ¿por qué quemarla a menos que en ella quedara constancia de algo que podía suponer un peligro si acababa en manos de otro? Debía de ser algo breve, además, porque había muy pocas cenizas».

Entonces se le ocurrió que tal vez el asesino se había llevado el papel comprometedor, aunque no se habían encontrado cenizas en ninguna otra habitación.

«Y hay una cosa más, ahora que lo pienso: las cerillas. Es bien sabido que Eustace tiene un encendedor; solo Brand utiliza esas horribles astillas baratas. No parece que la policía haya sacado ninguna conclusión al respecto».

Al poco saltó de esa línea de investigación a otro problema que lo había preocupado desde el principio. ¿Cómo obligó Brand a su padre a extenderle un cheque por esa cantidad? La única explicación que se le ocurrió fue el chantaje, pero enseguida surgió la pregunta: ¿con qué podía chantajear Brand a un hombre como Adrian Gray? Es poco probable que alguien estuviera dispuesto a prestarle oídos. Por otro lado, Gray no tenía mucho que perder, y Brand no conocía a suficientes personas honrosas para que su palabra tuviera alguna repercusión. Por no hablar de ese papel.

Es absurdo, pensó Miles, chupando con ferocidad una pipa. Es el tipo de estupidez exagerada que podría concebir Gray; pero ¿quién le daría dos mil libras a cambio de una garantía tan vaga? Además, a Gray no debía de ocultársele que, si Brand desaparecía, y con esa cantidad de dinero en el bolsillo era seguro que lo haría, recaería sobre él la responsabilidad moral y legal de esos niños si acababan en manos de los servicios sociales. Y, puesto que Brand no tenía ningún derecho legal sobre él, no le habría dado el dinero. No podía decirse que ese papel mejorase su situación en el futuro. Y, dado que no había obligaciones, ese documento no lo absolvía de nada. Por lo tanto, ¿qué incentivo le había ofrecido Brand?

Seamos melodramáticos por un momento y supongamos que Brand se puso violento. Es bastante probable, si el joven vio alguna posibilidad de obtener un beneficio personal por el que sería capaz de blandir cualquier amenaza sin titubear. Pero ¿qué amenaza podría valer? ¿Apuntar con una pistola —literalmente, una pistola — a la cabeza de su padre? Tonterías. Brand no tenía pistola, y no habría sabido cómo utilizarla, de todas formas. Entonces ¿había amenazado al anciano con el bloque de latón?

¿«Te aplastaré la cabeza si no me das ese dinero»? ¿Era algo así lo que había ocurrido en la biblioteca en Nochebuena? Miles volvió a negar con la cabeza. Eso no lo habría dicho Brand. Además, *cui bono?* Gray solo tenía que negarse a darle el cheque y Brand no podría haber hecho nada. Un asesinato sin la recompensa adecuada era un tipo de actividad que no ejercitaban ni siquiera los hombres de genio errático como Brand. Y además había dos argumentos en contra de esta remota posibilidad. Uno era la existencia, en el borde del escritorio de Gray, de un timbre eléctrico oculto; que sonase a esas horas habría suscitado comentarios y averiguaciones. El segundo era la más que segura traición de Gray a su hijo a la mañana siguiente delante de toda la familia, cuando sin duda contaría la historia del atraco y recuperaría el cheque.

«Brand no tenía nada con lo que chantajearlo —concluyó Miles—, porque lo habrían encontrado entre sus papeles. Y, aun suponiendo que hubiera forzado a Gray a darle el cheque, y después lo hubiera asesinado porque era su única esperanza de quedarse con el dinero, seguiría siendo un misterio el cheque de Eustace. Que me aspen si hay forma de encajarlo en la historia. A menos, claro, que Eustace lo falsificase. Sí, sería una explicación. Me pregunto si hay alguna remota posibilidad de que ocurriese así. Es justo la cantidad que él quería; estaba condenado a la cárcel si no la conseguía, y tal vez pensó: “De perdidos, al río”. Entonces ¿en qué momento aparece Gray en escena? Sería posible, por descontado, sentarse a esa mesa en penumbra y extender un cheque sin ver el cadáver al pie de las cortinas; posible pero no muy probable. Pero sin duda habría echado un vistazo a la matriz más reciente y habría visto las dos mil libras a nombre de Brand. Y, en cambio, juraría que se sorprendió tanto o más que los demás la mañana de Navidad cuando lo dijo su cuñado. No, no lo sabía. Estoy convencido. Pero, por otro lado, ahora que recuerdo la

escena mejor, Brand estaba bastante seguro de que Eustace no había recibido un penique. Se burló de él por eso. Pero, si Eustace había recibido ese cheque, ¿por qué no lo dijo en ese momento? Habría sido lo lógico. Y ¿por qué no se lo dijo a la policía? Por fuerza tuvo que darse cuenta, si no es un completo idiota, de que sería imposible ocultar la existencia de ese cheque, y, en cualquier caso, ¿qué motivo tendría para querer hacerlo? Y ¿qué pasó con él? Si se iba a conocer su existencia, ¿con qué finalidad lo destruyeron?».

Probemos con otra hipótesis. Eustace no había destruido el cheque. No lo había destruido porque nunca lo tuvo. Se había extendido, pero nunca llegó a sus manos. En ese caso, ¿quién? ¿Gray? Habría anulado la matriz. ¿Brand? ¿Por qué? Y ¿cómo sabía que existía? Lo vio, tal vez. Pero, si Eustace había sido incapaz de convencer a su suegro y codirector, ¿qué argumento pudo sacarse de la manga Brand para conseguir ese asombroso *volte-face*[17]? ¿Habría extendido Gray el cheque delante de Brand? Por otra parte, había un salto de tiempo considerable entre la fecha de uno y otro. Era mucho más razonable suponer que Gray habría esperado a estar solo para firmar el de Eustace. De hecho, habría esperado seguramente a reunirse con él. Pero, si Eustace había firmado su propio cheque… bueno, no lo habría destruido. Tal y como estaban las cosas, era sencillamente la coartada de Brand…

¡La coartada de Brand! Menuda suerte para él. Pero… si había matado él al anciano, ¿en qué momento había firmado el segundo cheque? La respuesta, por supuesto, es que no había tenido tiempo de hacerlo. Visualicemos la escena. Aquí tenemos a Brand, con el cadáver de su padre a sus pies. En la mano tiene el cheque que demuestra que fue el último que vio a Gray con vida. Eso fue en Nochebuena. Piensa en lo irónico de la situación. Dispone de dinero quizá por primera vez en su vida; pero, por culpa del absurdo crimen que acaba de cometer, no le va a servir de nada. De nada, a no ser que pueda evitar de alguna forma las consecuencias de su acción. Y la única forma de desviar las sospechas es demostrar que alguien estuvo en la biblioteca con Gray después de marcharse él. No será nada fácil demostrar eso, porque de algún modo hay que inducir a ese visitante imaginario a dejar huellas de su presencia allí, algo que acabe encontrando la policía, algo que lo señale como el autor del crimen. ¿Cómo conseguir eso? El cheque que tenía en la mano debió de darle a Brand la idea. Hacer un segundo cheque; por un cheque lo condenarían si fracasaba, y por un cheque atraparían al otro tipo. Ahí tienes la solución. Muy ingeniosa, además. Le había llevado mucho tiempo dar con ella. Explicaba muchos cabos sueltos: la desaparición del segundo cheque, y el enigma de su existencia. Eustace no lo tenía, claro que no. Nunca llegó a verlo. Nunca había existido un cheque a su nombre ni al de ningún otro. Las pocas cenizas de la chimenea seguramente eran del cheque en blanco. Pero el engaño había sido perfecto.

6



Tras muchas dudas, Miles se confió a su esposa, describiéndole la situación tal como la veía él. Ruth se quedó horrorizada.

—Miles, ¿no irás a intentar dar caza a Brand? ¿No crees que tiene ya bastantes enemigos?

—Querida, no puedo quedarme de brazos cruzados viendo cómo condenan a un hombre inocente. Daría igual que fuera Brand u otro. Es algo que uno debe hacer y punto.

—Pero… ¿tienes que hacerlo tú?

—Eso parece. No creas que lo he buscado. No me hace ninguna ilusión. La primera pista que me llegó la dejé correr. Pero no puedo seguir con la cabeza metida bajo tierra. Hay demasiadas incongruencias en este caso para que un hombre honrado tenga la conciencia tranquila.

—Tu explicación es plausible, desde luego —admitió Ruth con desgana—. Aún recuerdo la espantosa pelea que se produjo hace años, cuando Brand escribió una carta entera con la letra de mi padre y nadie advirtió el engaño. Lo descubrimos por pura casualidad. Así pues, supongo que falsificar un cheque (¿o crees que falsificó los dos?) no le habría supuesto una gran dificultad. —Miles se volvió de golpe y la pipa que estaba cargando se le escurrió entre los dedos.

—Dos cheques —repitió en voz baja—. Dos. Has dado en el clavo, Ruth. Qué bobo he sido de no verlo antes. Así es como Brand consiguió el dinero, claro que sí. No he hecho más que darle vueltas y más vueltas intentando entender cómo lo había conseguido; qué incentivos le había ofrecido a su padre; cómo le había sacado ese dinero a un hombre que se sabía arruinado. Según tengo entendido, nadie excepto su abogado estaba enterado de la gravedad de su situación. Ni siquiera Eustace, ni Richard. Si no tuvo reparos en tomarle el pelo a Brand, aunque hasta eso me parece improbable, habría intentado hacer lo mismo con Eustace. Reconstruyamos esto juntos, ¿quieres?

Se levantó del sillón, fue hasta el escritorio, cogió una pluma de plata y empezó a tomar notas.

—Once de la noche. Brand baja a la biblioteca.

—Dos de la madrugada. Es visto volviendo a su habitación.

—Entre las once y las dos, asesinan al señor Gray. Según el médico, no pudo ocurrir antes de la medianoche, y lo más probable es que fuera entre la una y las dos. ¿Qué diablos hicieron esos dos desde las once hasta la una?

—Discutir —respondió Ruth con tristeza.

—Me inclino a pensar que Brand no bajó hasta casi medianoche. No sé si hay alguna forma de demostrarlo. Supongo que no, dado que nadie ha cuestionado las pruebas hasta ahora. Es probable que discutiesen durante una hora, y los ánimos se enardecieron. En torno a la una, o un poco después, Brand pierde la cabeza por completo (mala hora para discutir incluso para el hombre más ecuánime) y golpea a su padre con el pisapapeles. No creo que en ese instante fuera consciente de lo que hacía, pero eso a los jurados les trae sin cuidado. Lo único que les interesa es el hecho de que mató al anciano. Ahora observémosle con el cadáver, comprendiendo lo que ha hecho. Quizá al principio ni siquiera piensa en las consecuencias; el mero hecho de la muerte es suficiente para él. Pero, antes o después, entiende la gravedad de la situación. Ha matado a un hombre, y seguramente lo ahorcarán por eso. No sé qué lo llevó a pensar en el talonario, a menos que fuera lo desesperado de su situación. Tal vez su imaginación estaba agudizada por la idea de escapar, no solo de las consecuencias de su crimen, sino también de la vida detestable que llevaba con Sophy y los niños. Y huelga decir que, una vez falsificado un cheque, nada más sencillo que falsificar otro. Y debió de escribir también el documento. Fue una ocurrencia arriesgada, pero inteligente. Demostró un profundo conocimiento del temperamento de tu padre. No me cuesta nada imaginármelo redactando un documento absurdo como ese. En fin, ¿qué hacemos ahora?

—¿Vas a la policía? —preguntó Ruth con aprensión.

Miles lo meditó.

—No veo con qué finalidad, por el momento. No tenemos nada que ofrecerles, solo especulaciones, y bastante disparatadas, además. Necesitamos fundamentar nuestros argumentos. De momento son demasiado endebles para resistir un examen minucioso.

Fue precisamente la debilidad de su argumentación lo que se obligó a reconocer más tarde, cuando estaba solo. Todo se reducía a la historia de una criada, sin nada que la sustentase, y al comentario casual de Isobel sobre un pañuelo. Sospechaba, con gran perspicacia, que Isobel negaría haber dicho nada si con ello podía absolver a su hermano. Aunque apenas se veían, los unía una extraña relación, estrecha y profunda, casi subterránea. Probablemente tenía sus raíces en algún recuerdo temprano y ya olvidado por los dos, pero que implicaba lealtad (por parte de Isobel, al menos), sin considerar la lealtad más amplia que el hombre le debe a la comunidad en su conjunto, y que es la base de la civilización. Y, con la prueba de Isobel descartada, ¿qué quedaba? El cuento de una criada; una criada, además, ansiosa por dar validez a una coartada para su propio beneficio. Y en cuanto al resto… meras suposiciones, fantasías, especulaciones.

—Con eso no basta —decidió Miles—. Entonces ¿qué?

SÉPTIMA PARTE

LA RESPUESTA

1



Miles tenía la teoría de que, cuando uno se siente apabullado e incluso abatido por un asunto, lo más sensato es apartarlo por completo del pensamiento durante cuarenta y ocho horas y concentrar la atención en otra cosa, de tal forma que, después de ese intervalo, la inteligencia vuelve al ataque con renovado vigor y agudizada por el descanso. Dio la casualidad de que, a las pocas horas de su conversación con Ruth, llegó a su bufete un caso relacionado con una disputa sobre una herencia, y a él se entregó en cuerpo y alma por espacio de unos días. Al cabo de ese tiempo, volvió a ocuparse del asesinato de King's Poplar con la cabeza despejada y (hasta donde era posible) libre de prejuicios.

Como su cerebro trabajaba con más entusiasmo rodeado de gente, salió de su despacho, caminó hacia Charing Cross y finalmente se internó en St. James's Park. Era un día muy agradable de principios de febrero, con un cielo azul claro y nubes de un blanco plateado moviéndose, esponjosas y etéreas, por encima de puntiagudos árboles sin hojas. Había palomas azules por todas partes, con las plumas erizadas como boas alrededor del cuello debido al viento. Por el parque paseaban unas cuantas personas, y le impresionó la energía y el placer por la vida que transmitían. Unos niños se lanzaban aros y jugaban, se tropezaban y caían junto al lago ornamental donde estaban los pelícanos y los patos. Todo era muy animado y alegre, y el fantasma general de la indigencia, que arruina tan a menudo el disfrute de una escena londinense, estaba ausente. Había unos cuantos haraganes, por descontado, pero hasta los más pobres tenían su periódico y su pipa y disfrutaban de la agradable temperatura. La atmósfera de entusiasmo y bienestar que lo rodeaba estimuló el intelecto de Miles. Abrigaba la tranquilizadora convicción de que daría con la solución, incluso antes de saber dónde se encontraba. Una sensación de competencia alejó sus vacilaciones y sus dudas cuando, después de haber atravesado el parque, salió por la puerta del palacio de Buckingham. Bajó hacia la estación Victoria, que era un bullicio de energía y entusiasmo. Un grupo de estudiantes se preparaba para viajar al Continente, y canturreaban en torno al quiosco, comprando libros para el viaje, plátanos, bocadillos y paquetes de uvas pasas, calándose las cómodas boinas, charlando, discutiendo, debatiendo. Era muy estimulante; Miles se quedó a un lado observándolos. Experimentó entonces una sensación ya conocida de que su cerebro había encontrado la pista que faltaba, y solo tenía que concentrarse para identificarla. Le gustaba pensar rodeado de gente. Aquellos a quienes tanto gustan los templos de silencio, como solía decir, están en su derecho, pero él simpatizaba más con el novelista que, cuando quería escribir, se iba a un salón de té. Adoraba el ruido de los

coches, los camiones, los autobuses, las carretas y los carros pesados pasando por debajo de su ventana; el ruido de timbres y bocinas, de gritos, exclamaciones, advertencias, el ladrido de los perros y el relincho de los caballos, todo el bullicio y el ajetreo de la vida diaria le llenaba de gozo y alegría. Razón por la que había elegido como despacho la habitación más ruidosa del bufete, y montado el cuarto de las niñas en el lado de la casa que daba a la calle.

En el quiosco, los estudiantes compraban novelas policíacas con portadas espeluznantes: esqueletos, cuerpos colgados, sombras aterradoras, cuchillos, botellas de veneno y misteriosas huellas de pies gigantes. Se preguntó si alguno de los rompecabezas que escondían aquellas portadas estridentes sería tan complicado como el suyo; sin duda serían más fantásticos. Un asesinato doméstico les sonaría muy insípido a quienes no estaban relacionados con él.

Pasó una joven con boina azul, hablando con un hombre igual de joven que vestía un jersey de la isla de Fair y una boina negra. Los dos llevaban cámara de fotos. El hombre, entre risas, comentó:

—Bendito sea el hombre que inventó las huellas dactilares. ¿Qué harían estos tipos sin ellas?

Miles no oyó lo que respondió la mujer. Tenía su pista, así que echó a andar sin perder un segundo.

Ahí, pues, tenía su caso. Brand Gray había asesinado a su padre, falsificado dos cheques y el sorprendente documento, y había salido impune. Eustace había sido arrestado, en parte por culpa del cheque a su nombre, pero sobre todo porque habían encontrado huellas suyas en la caja fuerte. Pero ¿qué pasaba con las huellas dactilares del documento? Por lo visto, nadie había pensado en eso. Se había dado por sentado que era auténtico. Pero si, como sospechaba ahora, el documento era obra de Brand, las huellas que encontrarían en él en ningún caso serían de Adrian Gray. Ahí tenía, o eso parecía, una forma evidente de poner a prueba su teoría.

2



No obstante, ese descubrimiento no le procuró ninguna alegría. Hasta ese momento, lo fascinante del caso había desplazado otras consideraciones. Pero ahora se veía como el principal enemigo de Brand, el incansable perseguidor que, sin motivo, estaba dando caza al hombre al que había ido a ayudar a King's Poplar. La situación resultaba irónica y, para él, desesperada. La personalidad de Brand, poderosa y creativa, se le presentó como algo valioso e incluso bello; por Eustace, en cambio, no sentía más compasión que por la babosa que había destruido sus rosas o la tijereta que correteaba por su escritorio. Y, sin embargo…

Atormentado por las dudas, volvió a casa. Ruth salió a recibirlo al vestíbulo.

—Está aquí Monty —anunció—. El hijo de Eustace.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Miles, indignado.

—Supongo que querrá tu ayuda.

—Pues no la tendrá. Es puro nepotismo. ¿Acaso no hay bastantes hombres en este país deseando que les paguen por lavar los trapos sucios de Moore en público, sin necesidad de venir aquí? ¿Es que no tiene ni un ápice de decencia ese muchacho?

Pero cuando vio a Montague su cólera se esfumó. El chico era bastante bien parecido y se comportaba con una dignidad que, dadas las circunstancias, resultaba conmovedora.

—Espero que no te moleste que haya venido, tío Miles —dijo—. No he venido por motivos profesionales ni nada de eso. Padre tiene un abogado que está haciendo todo lo que está en sus manos. Pero pensé que me vendría bien hablar contigo.

Miles, desconcertado y cada vez más impresionado, le ofreció un cigarrillo y lo invitó a sentarse.

—No creo que yo pueda hacer mucho —observó con inquietud y con un inesperado sentimiento de culpa.

—Apuesto a que no estarías muy dispuesto a hacerlo aunque pudieras —fue la sorprendente contestación de Montague—. Significaría implicar a otra persona que quizá te despierta más simpatía que mi padre.

—Querido muchacho —protesto Miles, cuya dignidad profesional se sintió ultrajada por la insinuación de una preferencia personal. Pero se interrumpió, porque se dio cuenta de que eso era precisamente lo que estaba pensando.

—Dado que estabas en la casa aquel día —prosiguió Montague—, he pensado que tal vez recordases algo extraño que llamase tu atención. Pero supongo que, en ese caso, ya se lo habrías dicho a la policía. No, no he acudido a ti porque crea que puedes hacer algo, es solo… Es horrible, ya sabes. Madre está destrozada, y

Arnold… no se me ocurre qué decirle. Y el correo nos trae cada día cartas sumamente injuriosas de gente que se ha arruinado por los negocios de mi padre. Ni que decir tiene que le echan la culpa de todo. La gente nunca se culpa a sí misma por haber sido idiota. También nuestros amigos nos escriben para decirnos lo terrible que es para ella (para mi madre, quiero decir), y que tenemos toda su comprensión. Lo cual no es sino una maldita estupidez. Mi madre no se atreve a salir sola, por miedo a que la insulten o la compadezcan.

Miles se la imaginó, egoísta hasta la médula, aterrada, incapaz de albergar ningún sentimiento generoso, ningún pensamiento elevado, sentada y temblando en su bonito y absurdo salón, con las paredes pintadas a mano y paneles de plata, viendo su vida arruinada, y su muerte —a manos de los gamberros que la abucheaban y le gritaban y le escribían cartas groseras— inminente en cuanto asomase la cabeza por la puerta. Sin embargo, aunque era bondadoso por naturaleza, en su pecho no sentía ni una pizca de compasión por un espíritu tan mezquino.

—¿Has visto a tu padre? —le preguntó a Montague de pronto.

—Justo ahora vengo de verlo. Por eso… —Dejó la frase a medias.

—Entiendo —murmuró Miles, y, después de un breve silencio, preguntó—: ¿Cómo lo lleva?

—Bastante mal. —El tono de Montague era lacónico, pero abría y cerraba el puño en un gesto nervioso, heredado de los Gray, más elocuente que las palabras—. Ya sabes, tiene que ser horrible estar encerrado allí y saber que en las próximas dos o tres semanas te van a llevar a rastras al juzgado para acusarte de algo que no has hecho, sin prueba alguna de que no lo hiciste. Padre sabe que no puede demostrar su inocencia, y que todo el mundo quiere que lo condenen. Eso basta para desquiciarlo a uno. Lo único que le queda es esperar… esperar, sin ver ninguna salida.

Se levantó de un salto y se puso a recorrer el salón de un lado a otro con grandes zancadas; pero incluso esos movimientos eran gráciles. Quiere a su padre, pensó Miles, avergonzado por su propia sorpresa al descubrir aprecio por un hombre así en algún ser humano. Al fin y al cabo, hay al menos dos personalidades en cualquier individuo, y la familiar podía funcionar como debe en alguien que era un tiburón, un asesino y un cobarde.

—Si pudiera hacer algo, aunque ese algo nos llevase a un callejón sin salida —estalló Montague—. Es peor, creo yo, cuando sabes que no lo hiciste, porque, para colmo, te sientes engañado.

«Sin la satisfacción de haber cometido realmente el asesinato», reflexionó Miles, asqueado de pronto. No había forma, por lo visto, de vencer los instintos comerciales de aquel tipo, ni siquiera en una situación tan grave como esa. Sí, Miles podía imaginárselo despotricando porque se le exigiera pagar una deuda que no le correspondía. Habría miedo, también terror, la resistencia desesperada de la bestia dominada por el pánico.

Dejó que Montague se marchara sin más consuelo del que traía; pero, cuando se quedó a solas, afrontó la nueva situación creada por la visita de su sobrino. Hasta ahora había contemplado el caso principalmente desde el punto de vista de Brand, viendo esa figura extraña, salvaje y, aun así, no del todo innoble viviendo conforme a sus normas férreas, forjándose un carácter que nada tenía que ver con el del resto de la familia, saboreando por fin la libertad de la que se había visto privado tanto tiempo. Y, en su firme adhesión a la causa de aquel cuñado, había dedicado muy pocos pensamientos al sufrimiento de Eustace. La honradez le obligó a admitir que, aunque fuera despreciable, no dejaba de tener nervios y deseos, y, aunque solo fuera por el linaje humano que los unía, merecía consideración. Tenía derechos; tenía opiniones; tenía puntos sensibles como cualquier otro organismo vivo. Y podía reclamar justicia y alivio de la tortura puramente psicológica que atormentaba a Eustace día y noche.

«Tendré que llevar adelante esto —decidió de repente—. No tengo derecho a imponer esa clase de infierno a ningún hombre. Eustace quizá merezca casi todo lo que pueda pasarle, pero yo no soy su juez. En cierto modo, soy responsable de lo que está soportando ahora».

3



Se examinó el documento firmado por Brand y se encontraron varias huellas dactilares. De Brand, de Richard, de Amy… pero no de Gray. Ni rastro de Gray por ningún sitio, y las suyas era manos firmes, con yemas cuadradas y fuertes; no, él no había tocado esa hoja de papel. Y para Miles eso significaba que Brand había firmado su sentencia de muerte.

No había mucho tiempo. Tenía que advertírselo de algún modo; Miles no podía soportar la idea de que cayera en la trampa como un animal, poniendo un pie despreocupado en la maleza dispersa y hundiéndose de pronto en el hoyo preparado para él. Había un hecho que destacaba por encima de los demás. Brand no podía escapar a las consecuencias de su acción. Si era necesario, habría que obligarle a exonerar a Eustace. Pero al menos le daría la oportunidad de elegir su propio final.

Localizarlo no fue tarea fácil. Miles preguntó a Isobel, a Sophy y a Richard, pero ninguno sabía dónde estaba. Sophy, además, dejó muy claro que no tenía ningún interés en saberlo. Su sucesor, aunque irregular, era, en su opinión, una mejora considerable: menos crítico, menos maniático, menos sarcástico, menos exigente y con una fiereza simple que superaba todas sus expectativas y la dejaba satisfecha. Nunca había comprendido que el origen de la dureza de Brand con ella estaba en su propia ordinariez, en su incapacidad para apreciar los matices más sutiles de los sentimientos, de cualquier respuesta, en realidad, que no fuera instintiva o sensual. Los niños también preferían al recién llegado: era más generoso, más simpático, no los cohibía con observaciones maduras que no entendían y evitaba que Sophy los mordiera. Por si fuera poco, les daba golosinas y peniques y los dispensaba de hacer los aburridos deberes del colegio.

Cuando Miles salía de la casa, una niña pequeña pálida y salvaje cogió su mano con dedos pringosos y le dijo con un ronco susurro:

—Lo hizo él. Le oí confesárselo a mamá. Dijo que a ella le daría igual, y así fue. Y se rio. Yo lo oí.

Una vez transmitida entre jadeos esta información, apretó los labios en una línea recta y miró fijamente a aquel tío que no conocía. «¡Dios mío, qué tragedia! —pensó Miles—. Lo que Brand ha echado a perder con esta niña. Está intentando vengarse a la desesperada por lo mal que la ha tratado, porque ha comprendido instintivamente que la han engañado, por eso me cuenta esto». Sintió una profunda pena que lo angustió y lo enfureció al acordarse de sus preciosas hijas, tan inocentes, tan felices, tan confiadas.

Cuando todos sus esfuerzos por encontrar a su cuñado se vieron frustrados, Miles tomó la determinación de contratar un detective privado. Ni era un método muy de su gusto ni estaba impaciente por ayudar a la otra parte, que debía de estar poniendo tanto empeño en localizar a Brand como él, pero el tiempo apremiaba y no se atrevió a correr más riesgos. Tal y como estaban las cosas, solo la casualidad podía revelar el paradero de Brand, y no había razones para suponer que tendría más suerte que la defensa.

Ruth frunció el ceño cuando se enteró de su decisión.

—¿De verdad tienes que hacerlo, Miles? —le preguntó con desagrado.

—Te aseguro que no lo haría si me quedase otra alternativa. Es el lujo más caro que conozco. Una vez tuve una clienta que contrató a un detective para espiar a su marido, que le era infiel. Le costó un ojo de la cara, porque al caballero le gustaba mucho viajar al extranjero. Cuando vio la factura, dijo arrepentida: «Dudo que Henry se haya gastado tanto dinero en su amante, y a cambio se ha divertido mucho, al contrario que yo». Es el último refugio de los desesperados.

Carr, el hombre al que contrató Miles, también visitó Fulham, y consiguió que Sophy, quien se mostró muy poco dispuesta a hablar, admitiese que Brand se había marchado al extranjero; a París, dijo, pero no sabía su dirección.

Así pues, Carr fue a París, a esa parte de París donde se reúnen los artistas, donde escasea el dinero, abundan las aspiraciones y se representan mil tragicomedias en un mes. Entró y salió de todas aquellas casas altas y grises con su insistente pregunta, sin éxito; habló con un sinfín de caseras, estudiantes y chicas para todo. Empezó recorriendo las calles en las que Brand había sido conocido en la época anterior a su matrimonio, pero ya nadie lo recordaba. Habían pasado muchos años, y los inquilinos de esas casas cambian sin cesar. Ningún hombre se queda allí mucho tiempo: algunos se hunden hasta ponerse a la altura de la incómoda buhardilla, con sus velas como única iluminación, la comida por valor de unos pocos *sous*[18], los harapos y la miseria; otros abandonan el mundo del arte y se meten en los negocios; o se casan y se convierten en maridos y padres prósperos que solo recuerdan su pasado cuando compran pinceles y tubos de pintura para sus hijos. De los hombres con quienes logró contactar el detective, algunos no guardaban el menor recuerdo de aquel individuo en concreto de entre aquella masa de personas en perpetuo movimiento; los había para quienes solo era un nombre del pasado; e incluso los que más habían intimado con él llevaban años sin tener noticias suyas. Ya no tenía ningún vínculo con el círculo en el que se había movido una vez, abandonado ahora por ellos igual que él los había abandonado (si bien es cierto que a su pesar) hacía años.

Carr entraba y salía de casas inescrutables, de cafés, de teatros de variedades y de estudios, inventando cientos de razones por las que lo andaba buscando, pero nunca la verdadera, por si Brand llegaba a enterarse y lo eludía. Descubrió entre las mujeres

del barrio a las modelos y las *cocottes*, quienes tenían en común su vida de artistas, y encaminó por ahí su búsqueda. Este tipo de mujer, como había tenido oportunidad de comprobar otras veces, solía seguirles la pista a los hombres, bien por celos, bien por curiosidad o bien por supina estupidez. Pero tampoco de ellas sacó nada en claro.

Finalmente dio con su presa por pura casualidad. Se había acercado a un quiosco de prensa para ver si tenían algún periódico en inglés. Le dijeron que solo quedaba uno, y que lo tenían reservado para un caballero inglés que iba todas las mañanas. No habían acabado de hablar cuando entró Brand. No había hecho nada para cambiar su apariencia; estaba delgado y desnutrido y no se había afeitado. La mujer del mostrador le entregó el periódico y le dijo que el *monsieur*, señalando a Carr, había intentado llevárselo.

Brand alzó la vista con recelo.

—Hay más quioscos —dijo en tono ofendido, y se marchó.

Carr, no del todo seguro de su identidad, lo siguió a una distancia prudencial por el otro lado de la calle. Lo vio entrar en un café, sentarse en una pequeña mesa redonda y abrir el periódico. No levantó la cabeza para pedir, sino que continuó leyendo. Daba la impresión de estar buscando un párrafo en particular. Examinó las columnas rápida y metódicamente, página por página; cada vez que pasaba una hoja, la descartaba, dejándola caer al suelo. Pero entonces algo captó su atención; dejó que el café se enfriase; su expresión cambió y se volvió audaz, decidida, implacable. Al cabo de un momento, apartó el periódico y salió del café. Carr fue rápidamente a la cafetería, arrancó la página que acababa de dejar Brand y lo siguió por la calle. Un poco después, lo vio subir los escalones de una casa que se encontraba apenas a un metro de una hilera de adosadas en la que había llevado a cabo sus pacientes interrogatorios dos días antes. Brand había entrado sin llamar, despejando así cualquier duda sobre si vivía allí; Carr pulsó el timbre y una parlanchina casera le informó de que el caballero inglés por quien preguntaba, M. Brett, no se alojaba allí; el único caballero inglés era un artista, M. Gray, que ocupaba una habitación en el último piso; no recibía correspondencia y no recibía a ningún amigo. No hacía más que pintar, pintar y pintar. El único que lo visitaba era un modelo… un hombre, *mon Dieu*.

Alzó los brazos.

En un segundo café, donde pidió un *bock*, Carr examinó la hoja que se había guardado en el bolsillo. En una esquina de la página, encontró un párrafo titulado:

Juicio por asesinato en King's Poplar

El juicio de Eustace Moore por el asesinato de su suegro, el señor Adrian Gray, se celebrará finalmente el día 8 de marzo (es decir, pasado mañana). La muerte del señor Gray el día de Navidad en misteriosas circunstancias causó un gran revuelo. El señor Moore es el director de [seguía una lista de empresas prácticamente en quiebra].

«De modo que eso es lo que ha visto Gray, y cabe imaginar que lo que ha estado esperando desde que llegó. ¿Le siguen la pista? ¿Se especula con que otro hombre ocupe el banquillo de los acusados en lugar del que tienen arrestado? ¿Se le menciona a él, bien como testigo, bien como sospechoso?».

Sintió cierto resentimiento por tener, en este punto, que cederle el caso a Miles, después de aquella búsqueda tan intrigante. Además, su cliente le había revelado solo una parte de los detalles del caso, y se devanó los sesos intentando imaginar qué pruebas podía presentar Miles. De todas formas… ¿quién quería que Moore se librase?

4



Miles recibió el telegrama de Carr a tiempo para coger el barco nocturno. Ya en los primeros años de su matrimonio, Ruth había aprendido que no era recomendable intentar cambiar los planes de su marido; no obstante, en esta ocasión hizo lo indecible para detenerlo.

—¿Quieres que pierda el barco? —le preguntó él, disimulando con una sonrisa su comprensible exasperación.

—En realidad no serviría de nada, supongo. Cogerías el siguiente.

—¿Por qué estás tan en contra de que me vaya?

Ella se puso delante de él, pálida y desesperada.

—¿No te das cuenta de lo que vas a hacer? Brand ha matado a un hombre y tú lo has descubierto. Eso significa que él sabe que está perdido, y ¿crees que le va a preocupar si lo condenan por un asesinato o por dos? Además, si te quita a ti de en medio, ¿quién más sabe lo que sucedió?

—Admito que no se me había ocurrido —reconoció Miles—. Lo de ir de cabeza a una situación peligrosa, quiero decir. Pero, si uno basa su vida en la seguridad, no llega muy lejos. No correré ningún riesgo innecesario, cariño, pero esto es algo que debo hacer.

El estudio de Brand era una habitación enorme en el último piso de la alta casa de piedra rojiza. La luz entraba por un gran ventanal que iba de suelo a techo en la pared orientada al norte. En otro rincón, se veía una cama deshecha detrás de una sucia cortina roja; había un cuenco de porcelana de mala calidad lleno de agua; en una mesa redonda que reflejaba la fría luz del norte, había una lámpara, una taza y un plato de manzanas.

Miles pensó: «No le habrá dado por pintar bodegones, ¿verdad? No a Brand». Pues a su naturaleza fría y carente de sensibilidad artística siempre le había parecido muy poco varonil que un hombre hecho y derecho «fuera haciendo el tonto con un pato muerto y un florero con aciano».

Brand se encontraba en el estudio cuando él abrió muy despacio la puerta, pero estaba enfrascado en su lienzo y no oyó nada. Así pues, Miles se quedó allí quieto observando con tranquilidad el estudio. Brand estaba de espaldas a él; y el modelo era un hombre joven que también le daba la espalda. Llevaba un traje azul y tenía la cabeza oscura inclinada hacia el suelo. Los brazos, con los puños cerrados, colgaban a los lados. La pose sugería una gran energía conmocionada y detenida por un suceso

imprevisto. La atmósfera de la habitación era tensa, con cierta urgencia interior, como si se estuviera disputando una carrera desesperada contra el tiempo.

Miles, fascinado y muy atento, esperó inmóvil a que Brand advirtiese su presencia. Tal vez se habría quedado en esa posición indefinidamente si no hubiera distraído su atención una hoja de papel que, empujada por la corriente de aire, cayó al suelo flotando en silencio. De forma instintiva, Miles se agachó a recogerla; hasta que la tuvo en la mano, no se percató de que aquello era la piedra angular del edificio que tan laboriosamente había ido levantando contra el artista a lo largo de las últimas semanas. El dibujo que sostenía en la mano representaba una cabeza, uno de esos autorretratos tan del gusto de ciertos pintores. El rostro se encontraba enmarcado en un espejo de factura francesa y diseño poco corriente. A Miles le bastó un vistazo para saber dónde estaba colgado aquel espejo. Al pie de la hoja, estaba el intrincado monograma de Brand, y una fecha: 25 de diciembre…

Miles soltó un profundo suspiro. Ningún jurado, pensó, podría eludir las implicaciones de una prueba como aquella.

Como si el suspiro lo hubiera sacado de su abstracción, Brand se volvió de golpe. A Miles le pareció que lo había reconocido, aunque no mostró sorpresa al verlo allí. Seguramente, pensó el abogado, aún no era lo bastante consciente de su entorno para experimentar esa emoción. La visión que había tenido en su cabeza toda la mañana todavía estaba encadenada a su imaginación y a su voluntad. Sin embargo, su voz sonó bastante normal cuando habló.

Se dirigió al modelo:

—Puedes irte. Está terminado.

No se apreciaba el menor temblor en su voz, pero Miles se acordó enseguida de otra ocasión en la que había empleado una expresión similar. «Está terminado». Algo tan magnífico que trascendía el habla. Brand, además, parecía haber cambiado, haber madurado y evolucionado hasta hacer aflorar la personalidad que siempre había llevado dentro, solo que atrofiada y reprimida hasta ahora. Mientras el modelo cogía un sombrero blando marrón y pasaba al lado del desconocido sin dedicarle una mirada, Miles tuvo oportunidad de contemplar de frente el rostro de su cuñado. Y sintió una vergüenza nueva. No era la vergüenza que había imaginado, el bochorno de admitir su responsabilidad en lo que se le antojaba ahora una cobarde traición, sino la vergüenza que un hombrecito siente ante la presencia de alguien superior. Miles no habría sabido explicar a qué se debía el cambio, pero se sentía culpable de venir a importunar a este desconocido con advertencias de lo que le esperaba, y dictándole medidas necesarias que ahora apenas consideraba.

—No te esperaba —dijo Brand, y Miles notó que, bajo la serenidad y la determinación de ese rostro inolvidable, subyacía una nueva fortaleza para aceptar cualquier circunstancia que se le presentase—. ¿Ocurre algo?

—He estado buscándote —respondió Miles como un estúpido.

—Me siento halagado. Pero ¿por qué? —En realidad, conocía la respuesta a esa pregunta, y Miles lo sabía. En el fondo había comprendido que en cualquier momento aquello caería sobre él, y las semanas transcurridas desde la muerte de su padre le habían dado la entereza para soportar cualquier desenlace, incluso el que ya veía aproximarse.

—¿Se te ha olvidado que el juicio empieza mañana?

—¿Debería interesarme? No tengo nada nuevo que decir.

—¿Estás seguro, Brand? —Y, como no podía aguantar esa humillación ni por él ni por su compañero, añadió enseguida—: Créeme, no pinta bien. Sabemos demasiado. Podría demostrarte exactamente lo que hiciste; cómo falsificaste los dos cheques, uno para tu beneficio y el otro como medida de protección; cómo quemaste el pañuelo de Eustace…

Brand acusó un pequeño sobresalto.

—¿El pañuelo de Eustace?

—Sí. Isobel recuerda haber bromeado contigo por eso. Es todo verdad. No habría venido a advertirte si no hubiera estado seguro del suelo que pisaba.

—No —coincidió Brand sin prisa—. No creo que lo hubieras hecho. Y, sin embargo, pensaba que me había cubierto muy bien las espaldas.

—Y así es —le aseguró Miles—. Pero la suerte no te ha sonreído. No siempre se puede contar con que lo haga.

—La suerte —repitió Brand—, el único factor que no puede controlarse. Cuando has dicho que venías a advertirme, ¿a qué te referías?

—A que puede que estén buscándote, por lo que sé.

Brand lo miró con curiosidad.

—Eres un tipo de abogado muy peculiar, ¿verdad? Frustrando los fines de la justicia. ¿Estas cosas no te convierten en un encubridor?

—Tal vez —reconoció Miles—. Pero, a decir verdad, la justicia no va a resentirse. El fin, de hecho… —Pero se interrumpió. No era capaz de expresar la verdad descarnada.

—Y le ahorrarás al país cinco mil libras —le felicitó Brand con franqueza—. ¿Cómo lo descubriste?

Miles se lo explicó.

—No tenía forma de prever que te vería la criada o que vendría a verme por un asunto completamente distinto. No sería razonable esperar que hubieses pensado en las huellas dactilares del documento. Y en cuanto a esto… —Sostuvo en alto el papel —. Debiste de hacerlo en la biblioteca, después de que ocurriese, y antes de marcharte de allí.

Miró a Brand con una expresión extraña, ya ni despectiva ni horrorizada, solo la mirada de un hombre que acepta las normas del otro sin suscribirlas.

—Lo he titulado *El asesino* —dijo Brand con calma.

Miles liberó algo del sentimiento reprimido en una aguda exclamación:

—Y te ha traicionado.

—¿Traicionado? —No comprendió el significado de la sonrisa de Brand—. ¿Traicionado? Oh, no. Eso no es justo. Ese, al menos, es un cometido que he desempeñado yo.

Le indicó con gestos que se acercase al lienzo.

Miles, con una curiosidad atenuada por el temor, atravesó la habitación; pero, cuando vio lo que representaba el cuadro, se quedó mudo de asombro. Brand se volvió a olvidar de él al instante.

El lienzo era grande, y mostraba a un hombre con traje azul, de espaldas al observador, mirando fijamente una figura tendida a sus pies. La cabeza del hombre yacente estaba ladeada de tal forma que no se veía su rostro, pero, aun así, aquel perfil escorzado era inconfundible. Miles se quedó petrificado, horrorizado, humillado, estupefacto. Ahora podía encajar el vívido dibujo a lápiz en el esquema general. Y es que en la pared pintada en el lienzo estaba colgado el espejo, cuyo original Miles había visto en la biblioteca de Adrian Gray unas semanas antes. Y en el espejo del cuadro estaba reflejado el rostro del joven, tan llamativo, tan distinguido, tan rebosante de cierta nobleza que no acertaba a determinar y que conmovió el corazón del abogado. Allí estaba por fin el verdadero hombre que hasta ahora no le había sido dado contemplar a ninguno de ellos. Traslucía tanta ilusión, tanta ambición y tanto orgullo, tan acusada era la sensación de dominio, que habría captado la atención del observador menos entusiasta. Pertenecía a un hombre a quien no era posible ignorar. La fuerza de esa ferviente personalidad llenaba la sala.

Miles se dio la vuelta para hablar con Brand, pero se detuvo, silenciado por la realidad de carne y hueso. Brand contemplaba su propio dibujo, absorbiéndolo, exhausto. Toda su vitalidad había ido a parar a su obra, y daba la impresión de haberse quedado sin deseo, y también sin miedo. A Miles le vino a la memoria un estudio que había visto una vez de uno de los primeros santos latinos; lo había sorprendido el fanático abandono de sí mismo que ese dibujo había captado. Y allí, por segunda vez en su vida, alcanzó la misma concentración en un objeto, más grande que el individuo que lo planeó, y, así y todo, era una expresión concreta de su personalidad. Ahora Brand no era consciente del peligro, y tampoco de sí mismo. Y si todo su peligro pudiera expresarse con síntomas tangibles, pensó Miles observándolo con sensibilidad, extendidos en una mesa delante de él, habría sido ajeno a su determinación. Esta fuerza indescriptible lo poseía y lo devoraba. Y Miles se dio la vuelta, con las palabras congeladas en los labios.

Tal vez no fuera un gran crítico de arte, pero ese cuadro lo abrumó, no solo por su fuerza sino por su excelencia técnica. En la gris inutilidad del hombre muerto, en la enérgica determinación del asesino, Brand había logrado una obra maestra. En cada detalle —la luz reflejada en la mesa pulida, las aristas del pisapapeles de latón, el brillo del cojín azul de piel en el sillón orejero, las cenizas apagadas de la chimenea, la superficie mate de la cortina color terracota que colgaba cerca de la cabeza del

muerto— se apreciaba la perfección de la obra. El efecto general, incluso en alguien para quien no tuviera un significado especial, no podía ser sino terrorífico. La exaltación que había conducido al crimen había sido superada por la que había inspirado el cuadro.

—¿Y bien? —dijo Brand con voz suave, saliendo por fin de su larga abstracción.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —preguntó Miles con brusquedad—. ¿Qué va a decir la gente? Esto es la obra de un demente. ¿Qué demonios te ha empujado a hacer semejante locura?

Cuando le relató el encuentro después a su esposa, Miles dijo: «Parecía haber experimentado un cambio asombroso en cuestión de minutos. No me podía acercar a él. No hay forma de expresar con palabras la pura magnificencia de ese hombre».

Aquel Brand transfigurado, inclinándose hacia delante desde su sitio en el borde de la mesa, donde se había sentado, replicó:

—Ojalá supiera la respuesta a esa última pregunta que me has hecho. ¿La obra de un demente? Pero ¿cómo puedes decir tal cosa? ¿Qué sabéis tú o los demás en realidad? Y ¿qué es la normalidad, si a eso vamos? ¿Es merecedora, en todo caso, del tremendo precio (el sacrificio de la originalidad, el idealismo y la ambición) que nos hacen pagar por ella? Supongo que no hay nadie capaz de dar una respuesta satisfactoria. Tal vez ni siquiera importa mucho. Cuando pintaba eso, se me ocurrió que podría aportar una explicación; pero, ahora que está terminado, no estoy tan seguro. Seguramente lo más cercano a una explicación sea decir que tenemos la obligación (la obligación moral) de acometer el trabajo que nos corresponde hacer, sin cuestionarlo ni rehusar. —Sonrió con sincera amabilidad, mostrando comprensión por una situación que Miles consideraba insufrible—. Me atrevo a decir que habrías preferido no perseguirme. Pero hay cosas que son inevitables. En cierto modo, ni siquiera interviene nuestra voluntad. Tan poca libertad tenía para no pintar ese lienzo como tú para guardar silencio, quedarte en St. John’s Wood y dejar que colgasen a Eustace. Llegado cierto punto, las consecuencias pasan a un segundo plano. Un dibujo puede llevar a un hombre a la Academia de Bellas Artes, y a otro, según parece, a la horca. Sin embargo, eso no importa, no si tienes una buena escala de valores. Creo que todos los artistas piensan lo mismo. Supongo que para el escritor lo importante es escribir un libro, al margen de que se publique o no. La publicación, a fin de cuentas, no es más que una concesión a su vanidad… salvo cuando se gana la vida con ello, pero no es el caso de la mayoría. Lo que de verdad le importa, si merece llamarse artista, es la calidad de su trabajo. Cuando esta se agota, su labor esencial ha terminado. Esa es la única explicación que he sido capaz de darme a mí mismo durante estas semanas. Toda nuestra experiencia se reduce a un solo objetivo: producir una cosecha propia y suficiente. Y supongo —añadió con aire pensativo— que si nos conformásemos con algo menos, no valdría la pena seguir adelante.

5

La noche había ido cayendo sigilosamente sobre la calle, envuelta ahora en sombras. Los puntos que brillaban con luz trémula a través de innumerables cortinas solo servían para intensificar la oscuridad más allá de su minúsculo resplandor. Miles, de pie junto al ventanal orientado al norte mientras Brand, detrás de él, escribía su metódica confesión, página tras página, sintió una náusea que no pudo reprimir y lo estremeció. La travesía no había sido nada buena, y el barco se había bamboleado durante unas cuantas horas cerca del puerto antes de poder llegar a él; a continuación había cogido un tren lento y malo a París. Suficiente, pensó con tristeza, para poner enfermo al más fuerte de los hombres. Sin embargo, sabía que ese malestar, esa sensación de pérdida y desaliento, no tenía un origen físico. Pensó en muchas cosas y personas mientras esperaba allí, fumando sin parar, un cigarrillo detrás de otro, en un intento por adormecer su cerebro. Recordó a los traidores de la historia, desde el falso Sexto a Judas Iscariote, y desde Iscariote a los espías que había conocido en la última guerra. Y sintió que les tomaba ahora el relevo, infectado de su enfermedad para siempre. Nunca más, lo sabía muy bien, volvería a escuchar cómo condenaban a un criminal a la pena capital sin acordarse de aquella hora horrible en la última planta de una estrecha casa de París, sin volver a experimentar aquellas emociones de horror y misterio que lo poseían ese día.

—Mejor será que leas lo que he escrito —dijo Brand por fin—. Asegúrate de que está todo en orden. ¿Necesito un testigo? —Ignorando la negación de Miles con la cabeza, prosiguió—: Me gustaría que supieras cómo pasó todo. —Le entregó el delgado fajo de hojas a su compañero—. ¿Lo he explicado bien? —preguntó.

Lo había explicado tan bien que Miles, cuando levantó la cabeza después de leer la larga y detallada confesión, pareció desconcertado, como si echase de menos el voluminoso mobiliario, los libros, los cuadros y las alfombras que había esperado encontrar a su alrededor; y también la figura de un hombre joven moviéndose con rapidez por la estancia, tergiversando pruebas y firmando delante del espejo su sentencia de muerte.

—Está perfectamente explicado —dijo con gran pesar.

Brand asintió. Liberado ya de toda esperanza, estaba llevando a cabo los preparativos finales. Para Miles había llegado el momento de irse. Si podía evitarlo, no participaría en el acto final del drama. Cuando los periódicos anunciasen:

Novedades sobre la tragedia de King’s Poplar
Misteriosa muerte de un artista inglés

él estaría sentado tranquilamente con su esposa en St. John’s Wood, y mostraría tanta sorpresa y consternación como cualquier otro hombre interesado en el caso.

—Eso es todo, creo —dijo Brand—. No. No debo hacer mi última reverencia sin firmar mi… confesión.

Miles parecía desconcertado.

—Pero si… juraría que…

Metió un dedo debajo de la solapa del sobre que tenía en la mano. Pero se detuvo. No había duda de que su falta de entendimiento iba a prolongarse hasta el final, pues Brand, sin prestarle atención, había cogido su pincel y estaba firmando, con un intrincado monograma, su asombrosa obra.

6



Miles salió a la calle ofuscado, con la carta en la mano. En toda la noche no pudo sacarse de la cabeza que, por su culpa, un hombre rebosante de energía y viveza sería borrado del diseño divino del cual se enorgullecía y que tal vez había enriquecido y justificado. Caminando por las calles mal iluminadas, lo asaltó la tentación de destruir el sobre y su contenido, y dejar que la criatura temblorosa y de rostro cetrino encerrada en la prisión de Grebershire afrontase su destino. Al fin y al cabo, su vida no valía nada. Pero el sentido común, salvándolo del sentimentalismo y las preferencias personales, le hizo comprender que era demasiado tarde para heroicidades de esa naturaleza. En la vida nunca se puede volver atrás, y, te depare lo que te depare el futuro, debes salir a su encuentro y afrontarlo. Y así, con una sensación de irrevocabilidad, introdujo la confesión en un buzón de color azul grisáceo y anclado a la fachada que encontró en una calle. Después caminó y caminó sin dirección, hasta que la luz del día lo iluminó todo a su alrededor.

Y la luz diurna —el amanecer de una nueva era, pues no era otra cosa para el individuo cada nuevo día— llegó acompañada de reflexiones que lo tranquilizaron y lo consolaron. Recordó el comienzo de una novela que había leído y que le había causado una honda impresión: «Es una pena no morir cuando nuestra vida ha terminado». ¡Una pena! Cuando uno se paraba a pensar en la legión de artistas, escritores y poetas que trabajaban con la convicción patética y autocomplaciente de que la aplicación puede sustituir al talento, que insistían en bombardear al público con una obra tras otra mucho después de haber agotado su inspiración, aferrándose con desesperación a su antigua fama (y a sus regalías), ¿qué mejor deseo para cualquiera de ellos que morir cuando esté en el apogeo de su talento y en la cima de su carrera? Brand nunca superaría ese cuadro. Había expresado en él toda la fuerza, la vitalidad y el talento que poseía; era el apogeo de su madurez artística, la única forma de inmortalidad que habría apreciado.

Y, confortado por esta idea, Miles volvió sobre sus pasos y se dirigió a la estación, donde lo esperaba su tren para llevarlo a Calais, y de ahí a Inglaterra, de regreso a las sorpresas en el juicio, y a la nueva detención de Eustace Moore y su condena a siete años por fraude.

EPÍLOGO



La crítica del *Times* del 27 de octubre de 1932 decía:

> Pero la *pièce de résistance*[19] de la exposición es sin duda el lienzo titulado *El asesino*, obra del difunto señor Hildebrand Gray, con cuya trágica muerte en la primavera de este año el Arte perdió a uno de sus discípulos más valiosos. Este magnífico cuadro, tanto por su atrevida concepción como por el vigor de su ejecución, desprende nobleza y supone un logro que se acerca mucho al auténtico genio. Es imposible predecir adónde habría llegado el señor Gray de no ser por su muerte prematura.

El propio Brand podría haber observado, con su agudo cinismo: «Puesto que es imposible, ¿por qué hablar de ello? Y del mismo modo, en cuanto a lo que un hombre podría haber conseguido, ¿por qué hablar de eso? Lo único que importa es lo que hace. Y esto —podría haber dicho— es lo que hago. En cuanto a lo que significa… ¿quién sabe?».



LUCY BEATRICE MALLESON, conocida por los seudónimos de *J. Kilmeny Keith*, *Anthony Gilbert* y *Anne Meredith*, entre otros, nació en Upper Norwood, un suburbio de Londres, en 1899, hija de un agente de bolsa que se arruinó en la Primera Guerra Mundial. Educada en la Escuela Femenina de St Paul en Hammersmith, no quiso seguir los deseos de su madre de que estudiara para maestra y aprendió mecanografía y taquigrafía para colaborar a la economía familiar. A los diecisiete años ya trabajaba como secretaria y empezaba a publicar versos y cuentos en revistas como *Punch* y a escribir novelas policíacas que eran rechazadas por los editores o, si conseguía publicarlas, por el público.

Su primer libro bajo el nombre de *Keith J. Kilmeny*, *The Man Who Was London*, vio la luz en 1925. Convencida de que la falta de popularidad se debía a prejuicios de género, decidió firmar como *Anthony Gilbert* y finalmente en 1927, con *The Tragedy at Freyne*, logró el éxito. En 1934, como *Anne Meredith*, le dio la vuelta, con *Retrato de un asesino*, a la clásica fórmula detectivesca al desvelar la identidad del asesino desde la primera página; y en 1936, de nuevo como *Anthony Gilbert*, creó en *Murder by Experts* el personaje del abogado Arthur Cook, que se convertiría en el protagonista de una larga serie de novelas —más de cincuenta, la última de ellas publicada póstumamente en 1974— y radiodramas para la BBC. En 1940 publicó una autobiografía, *Three-a-Penny*. Fue secretaria del Detection Club, fundado en 1932 con G. K. Chesterton como presidente. Murió en Londres en 1973.

Notas

[1] Personaje de la novela *Casa Desolada* (1852-1853), de Charles Dickens, un sacerdote falso y pedante. [*Esta nota, como las siguientes, es del traductor*]. <<

[2] Protestante que no pertenece a la Iglesia anglicana. <<

[3] Es decir, de acabar en la cárcel. A finales del siglo XIX y principios del XX, el uniforme de los prisioneros en las cárceles del Reino Unido estaba estampado con el dibujo de una cabeza de flecha ancha, lo que en heráldica se conoce como *broad arrow*, y las suelas de sus botas dejaban huellas con esa forma. La *broad arrow* se utilizaba para indicar que algo se había comprado con dinero de la monarquía o que era de su propiedad. <<

[4] Referencia al poema *My Lord Tomnoddy*, del escritor inglés Robert Barnabas Brough (1828-1860). En este poema, lord Tomnoddy, primogénito del conde de Fitzdotterel, es un botarate de pocas luces que lleva una vida regalada en la que va medrando sin dar palo al agua, únicamente por ser hijo de quien es. <<

[5] Claud Lovat Fraser (1890-1921), escenógrafo inglés. <<

[6] Otros tiempos, otras costumbres. <<

[7] Eloísa (h. 1098-1164) fue una intelectual francesa, esposa del teólogo y filósofo Pedro Abelardo, con quien vivió uno de los romances más conocidos de la historia. <<

[8] Seguramente se refiere a la Laura celebrada en los versos del poeta renacentista italiano Petrarca, que, a su vez, se sospecha que podía estar inspirada en Laura de Noves (1310-1348), abuela del marqués de Sade. <<

[9] Versos del poema navideño *In the Bleak Midwinter*, de la poetisa inglesa Christina Rossetti (1830-1894). Más adelante, el compositor Gustav Holst le puso música y lo convirtió en villancico. <<

[10] Existía la creencia de que el fenómeno conocido como parálisis del sueño (la sensación de estar despierto pero no poder moverse, acompañada generalmente de alucinaciones) era obra de demonios o brujas que se sentaban sobre el pecho de la persona que las sufría, inmovilizándola. <<

[11] Probablemente, una referencia al poema *Vision of Hell*, de Robert Montgomery (1807-1855). <<

[12] Título de un cuento infantil de Rudyard Kipling, *The Cat that Walked by Himself*. <<

[13] Richard Hakluyt (1553-1616) fue un geógrafo inglés conocido por defender en su obra la expansión isabelina, en especial la colonización de Norteamérica. <<

[14] Se refiere al retrato que Hans Holbein el Joven le hizo a Cristina de Dinamarca cuando esta tenía dieciséis años. <<

[15] *Sir* Galahad, caballero de la Mesa Redonda en las leyendas artúricas, conocido por su gallardía y su castidad. <<

[16] Suplemento alimenticio consistente en unos polvos que se tomaban mezclados con leche, café o té. <<

[17] Cambio de opinión. <<

[18] Un *sou* equivale a la veinteava parte de un franco. <<

[19] Plato fuerte. <<